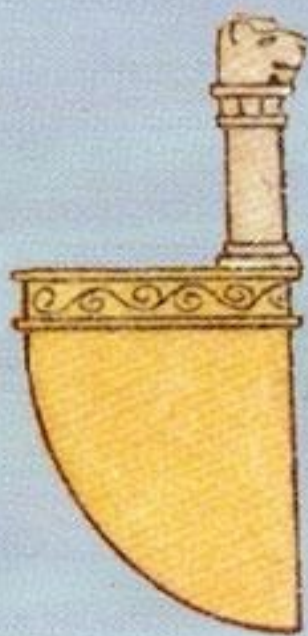


CUCHULAIN

LADY GREGORY



Lectulandia

Con Cuchulain de Muirthemne, publicado en 1902, Lady Gregory rescató uno de los mitos más importantes de la Irlanda celta. Su traducción, que ha dado desde entonces la vuelta al mundo, gozó de enorme fama en su época, siendo muy ponderada en Estados Unidos por figuras como Theodore Roosevelt o Mark Twain. En su país natal se convirtió en un libro clave del renacimiento literario irlandés de principios de siglo. En su prefacio, William Butler Yeats escribió con efusión:

«Yo creo que este libro es el mejor que ha salido de Irlanda en mi tiempo. Acaso debería decir que es el mejor de cuantos libros han salido de Irlanda; porque las historias que cuenta constituyen una parte principal del legado de Irlanda a la imaginación del mundo, y las cuenta perfectamente por vez primera.»

Lectulandia

Lady Gregory

Cuchulain de Muirthemne

Historia de los hombres de la rama roja del Ulster

El ojo sin párpado - 7

ePub r1.0

orhi 15.12.14

Título original: *Cuchulain of Muirthemne*

Lady Gregory, 1902

Traducción: María Luisa Balseiro

Prólogo: W. B. Yeats

En cubierta: Casco y cuchillo de la Edad Antigua, de *Historia General del Arte*, Montaner y Simón, 1893

Foto de autora, Mansell Collection

Editor digital: orhi

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

I

Yo creo que este libro es el mejor que ha salido de Irlanda en mi tiempo. Acaso debería decir que es el mejor de cuantos libros han salido de Irlanda; porque las historias que cuenta constituyen una parte principal del legado de Irlanda a la imaginación del mundo, y las cuenta perfectamente por vez primera. Hasta ahora los traductores del irlandés han relatado una u otra de las historias tomada de una de sus versiones, y no pocas veces sin un sentido profundo de la lengua inglesa, de esos cambios de ritmo, por ejemplo, que son cambios de sentido. Han traducido los manuscritos mejores y más completos que conocían, con la mayor exactitud posible; y no es más lo que se puede pedir a los primeros traductores de una literatura antigua y difícil. Pero pocas de las historias empiezan verdaderamente a existir como grandes obras de la imaginación antes de que alguien extraiga los mejores fragmentos de muchos manuscritos. A veces, como ocurre con la versión de Deirdre que ha hecho lady Gregory, es necesario que una docena de manuscritos den cada uno lo mejor de sí, como otras tantas perlas para el collar. Ha hecho falta, también, suprimir además de agregar, porque generaciones de copistas, que a menudo tenían en poca estima las historias que copiaban, han mezclado torpemente las versiones, con frecuencia repitiendo un mismo episodio varias veces, y cada siglo ha ornamentado con sus adornos, con frecuencia extravagantes, lo que empezó siendo una historia sencilla. Quizá no haya exageración en afirmar que ninguna historia ha llegado hasta nosotros en la forma que tenía cuando el narrador la relataba en las noches de invierno. Lady Gregory ha hecho su trabajo de composición y selección con tanta firmeza, y al mismo tiempo con tanta reverencia, que no creo que nadie, si no es de tarde en tarde y con fines científicos, necesite otro texto que éste, o la versión del mismo en irlandés moderno que va a publicar la Gaelic League. Cuando lady Gregory le haya añadido sus traducciones de otros ciclos, habrá dado a Irlanda su Mabinogion, su Morte d'Arthur, su Nibelungenlied. Ha puesto ya un gran caudal de historias, en las que vive aún el corazón antiguo de Irlanda, en una forma que es, a un tiempo, armoniosa y característica; y esto sin escribir más que unas cuantas frases propias para enlazar episodios o pensamientos tomados de diferentes manuscritos, sin añadir, de hecho, más de lo que en muchas ocasiones tendría que añadir el narrador para corregir una vacilación momentánea. Quizá, más que nadie, haya acertado a dar con un dialecto apropiado para verterlas. Hace años escribí yo unos relatos de la vida irlandesa medieval, y al escribirlos me desolaba a veces pensar que no conocía ninguna clase de inglés que les cuadrara del mismo modo que el lenguaje de las narraciones en prosa de Morris —el más hermoso que yo he leído— cuadraba a sus expediciones a bosques y pozos más allá del mundo. No conocía yo otro lenguaje con que escribir sobre Irlanda que el seco inglés moderno; pero

lady Gregory ha descubierto una lengua tan hermosa como la de Morris, y que además es una lengua viva. Moviéndose entre los suyos aprendió a amar la hermosa habla de quienes piensan en irlandés, y a comprender que es tan dialecto del inglés como pueda serlo el dialecto en el que escribía Burns. Tiene algunos cientos de años, y la edad da autoridad a una lengua. Encontramos en ella el léxico de los traductores de la Biblia, con un modo de elocución que la hace tierna, compasiva y servicial, como es la propia lengua irlandesa. Ciertamente es apropiada para vestir una literatura que no dejó de ser popular ni siquiera cuando se recitó en las Cortes de los Reyes.

II

Lady Gregory habría podido hacer con menos esfuerzo un libro que hubiera agradado más al lector apresurado. Habría podido eliminar detalles, podar peculiaridades hasta no dejar más que la pura historia; pero un libro así no evocaría el pasado ni movería la imaginación de un pintor o un poeta, y a la vuelta de pocos años sería tan poco recordado como una novelucha.

La abundancia de lo que a primera vista puede parecer invención innecesaria en una historia como la de la muerte de Conaire es esencial si lo que se pretende es rememorar una época en la que los hombres se enamoraban de las historias, y se entregaban a la imaginación como a una amante. Podemos pensar que hay demasiadas efusiones líricas, o en algún caso demasiados símbolos enigmáticos, pero al final siempre abocamos al deleite. Llegamos a aceptar sin reservas un arte que es a medias épico y a medias lírico, como el de las partes históricas de la Biblia; el arte de un tiempo en el que acaso los hombres pasaban más fácilmente que ahora de un estado de ánimo a otro, y se sujetaban con más trabajo que nosotros al talante con que se suman cifras o con que se bromea con un amigo.

III

La Iglesia, en su época de mayor poderío, enseñaba a doctos e indoctos a escalar, por así decirlo, hasta las grandes realidades morales pasando por jerarquías de Querubines y Serafines, por nubes de Santos y Ángeles que tenían cada cual sus particulares deberes y privilegios. Los narradores de Irlanda, quizá los de todos los países primitivos, crearon una confraternidad no menos refinada, con la diferencia de que en este caso eran estéticas las realidades de las que querían hacernos cofrades. Crearon, para doctos e indoctos por igual, una comunión de héroes, una nube de testigos recios; pero, porque se emocionaban tanto como el monje con sus oraciones, no se paraban lo bastante a pensar en la forma del poema y del relato. Hay que mirar el tema con un poquito de cansancio, o con un poquito de desconfianza, quizá, para perder el sueño pensando cómo sacarle el mejor partido. A ellos les acuciaba más pintar personajes enérgicos, inventar historias bonitas, que expresarse con perfecta lógica dramática o con palabras perfectamente ordenadas. Compartían unos con otros sus personajes y sus historias, sus imágenes incluso, y se las transmitían de generación en generación; pues a ninguno, ni aunque hubiera añadido una nota nueva, o un nuevo incidente, se le ocurría reclamar como suyo algo que, de manera tan obvia, vivía su vida propia, alegre o dolorida. Habría sido como si el imaginero o el mosaísta que por primera vez puso a Cristo en la Cruz hubiera reclamado como suya una idea que quizá el propio Cristo pusiera en su espíritu. También los poetas irlandeses tenían, quizá, algo parecido a una sanción sobrenatural, pues un poeta principal tenía que conocer no sólo innumerables clases de poesía, sino también el arte de mantenerse en trance durante nueve días. Seguramente creían, o creían a medias, en la realidad histórica de sus imaginaciones más desorbitadas. Y tan pronto como el cristianismo hizo despertar en sus oyentes el deseo de una cronología que corriera pareja con la de la Biblia, se complacieron en disponer sus Reyes y Reinas, las sombras de mitologías olvidadas, en largas líneas que ascendían hasta Adán y su Jardín. Quienes les escuchaban debieron sentir como si los vivos fueran a manera de conejos que abrieran sus madrigueras bajo murallas edificadas por Dioses y Gigantes, o de golondrinas que hicieran sus nidos en las bocas de piedra de efigies inmensas, esculpidas por no se sabe quién. No ha de sorprender que a veces se nos hable de hombres que vieron en una visión hojas de hiedra que eran mayores que escudos, y mirlos cuyos muslos eran como muslos de bueyes. El fruto de todas esas historias, a menos que las mejores actividades de la mente no sean más que un pasatiempo, son la ágil inteligencia, la abundante imaginación, las maneras cortesanas de la población rural de Irlanda.

IV

William Morris vino a Dublín cuando yo era muchacho, y tuve algunas conversaciones con él sobre estas viejas historias. Había sido su intención dar algunas conferencias sobre el tema, pero «las señoras y los señores» —ponía en la expresión un fervor de odio comunista— no sabían nada de él. Hablaba de la narración irlandesa de la batalla de Clontarf, y de la narración escandinava, y decía ver los temperamentos escandinavo e irlandés en una y otra. Al escandinavo le interesaba cómo se hacen las cosas, pero el irlandés se desviaba, evidentemente complacido de librarse de asunto tan tedioso, para describir hermosos sucesos sobrenaturales. Estaría pensando, me figuro, en el joven que venía de Aoibhell de la Peña Gris, renunciando al amor y la juventud inmortales, para luchar y morir al lado de Murrugh. Decía que el escandinavo tenía el temperamento dramático, y el irlandés el lírico. Yo creo que yo habría dicho, como el profesor Ker, épico y romántico mejor que dramático y lírico; pero sus palabras, que encierran tanta autoridad, marcan muy bien la distinción, y no sólo entre la irlandesa y la escandinava, sino entre la irlandesa y otras literaturas no célticas. El narrador irlandés no podía aplicarse con interés ininterrumpido a cómo hombres como él quemaban una casa, o conquistaban esposas no más maravillosas que ellos. Su espíritu escapaba constantemente de la circunstancia cotidiana, como se endereza de golpe la rama arqueada por una mano débil. Su imaginación corría a toda hora a Tir na'n Og, a la Tierra de Promisión, que está tan cerca de las gentes del campo de hoy como lo estaba de Cuchulain y sus compañeros. Su creencia en esa cercanía arropaba a su vez al temperamento lírico, que siempre está sediento de una emoción, una belleza que no se puede encontrar perfecta sobre la tierra, o en todo caso sólo por un instante. Su imaginación, que no había podido creer en la grandeza de Cuchulain hasta que trajo a la Gran Reina, a la diosa de rojas cejas, a cortejarle en el campo de batalla, no podía satisfacerse con una amistad menos romántica y lírica que la de Cuchulain y Ferdiad, que se besaban al acabar la pelea de cada día, ni con un amor menos romántico y lírico que el de Baile y Aillinn, que murieron al saber cada uno de la muerte del otro, y se desposaron en Tir na'n Og. Su arte, también, suele alcanzar su cumbre cuando es más extravagante, porque él sólo siente estar entre cosas sólidas, entre cosas con leyes fijas y propósitos satisfactorios, una vez que ha rehecho el mundo siguiendo el dictado de su corazón. Comprende tan bien como Blake que las ruinas del tiempo edifican mansiones en la eternidad, y no permite nunca que permanezca invariado por mucho tiempo lo que podemos ver y manejar. Los personajes han de seguir siendo los mismos, pero la fuerza de Fergus puede cambiar hasta el punto de convertirle, a él que un momento antes no era más que un hombre fuerte entre muchos, en señor de Tres Golpes que podrían destruir a un ejército si en lugar de eso no descrestaran tres montecillos, y hacer que su espada, que un necio había podido hurtar de la vaina, tome de pronto el aspecto del

arco iris. Una luna lírica errante debe amasar y encender perpetuamente ese movido mundo de mantos hechos con los vellones de Manannan; de hombres armados que se transforman en aves marinas; de diosas que se hacen cornejas; de árboles que dan fruto y flor a un tiempo. Sólo las grandes emociones del amor, el terror y la amistad deben permanecer imperturbadas en ese mundo, que todavía es el mundo de los campesinos irlandeses, que no se asombran demasiado ante la mudanza más milagrosa, ante el encantamiento más súbito. Los sucesos, las cosas y las gentes de ese mundo son salvajes, y son como caballos sin domar, tanto más hermosos que los que han aprendido a correr entre varas. Pensamos en la vida real leyendo esas historias escandinavas, que ya estaban en decadencia, tan necesarias eran las proporciones de la vida real para sus esfuerzos, cuando un moribundo recordaba su heroísmo lo bastante para bajar los ojos a su herida y decir: «Se están poniendo de moda estas lanzas anchas»; pero con las historias irlandesas comprendemos por qué los griegos llaman mitos a las actividades de los demonios. Las grandes virtudes, las grandes alegrías, las grandes privaciones vienen en los mitos y, por así decirlo, toman a la humanidad en sus brazos desnudos, y sin despojarse de su divinidad. Los poetas han tomado sus temas más a menudo de historias que son del todo o a medias mitológicas que de la historia real, o de historias que den la sensación de ser verídicas, por entender, en mi opinión, que la imaginación que recuerda las proporciones de la vida no es sino un largo noviazgo, y que tiene que olvidarlas para pasar a ser la antorcha y el tálamo.

V

Encontramos, como era de esperar, en la obra de hombres que no se dejaban inquietar por otras verosimilitudes o exigencias que las de la propia emoción, una variedad inmensa de incidentes y caracteres, y de maneras de expresar la emoción. Cuchulain combate con un hombre tras otro durante la gesta del Toro Colorado, y ninguno de esos combates es como otro, y a ninguno le falta emoción ni rareza; y cuando ya pensábamos que la imaginación no podía ir más allá, la historia de los Dos Toros, emblemática de toda pugna, eleva de pronto el romance a profecía. También los personajes tienen una diversidad que no encontramos entre las gentes del Mabinogion, quizá ni siquiera entre las de la Morte d'Arthur. Sabemos que tardaremos en olvidar a Cuchulain, que vive una vida vehemente y llena de placer, como si en todo momento recordara que pronto habrá terminado; y al soñador

Fergus, que traiciona a los hijos de Usnach por un banquete, sin dejar de ser noble; y a Conall, que es fiero, cariñoso y leal, pero no tiene la savia de divinidad que hace a Cuchulain misterioso para los hombres y amado de las mujeres. Y son las mujeres, en efecto, con sus lamentaciones por amantes y maridos e hijos, y por techos caídos y riqueza perdida, las que dan a las historias sus frases más bellas; y, después de Cuchulain, son ciertas grandes reinas lo que más estimamos: la airada y enamoradiza Maeve, con su rostro largo y pálido; Findabair, su hija, que muere de vergüenza y de lástima; Deirdre, que si no fuera por su sabiduría profética podría ser una dulce ama de casa de nuestros días. Si no colocamos las lamentaciones de Deirdre entre los más grandes poemas líricos del mundo, creo que podremos estar seguros de que en vano se ha pisado para nosotros el lagar de los poetas; y sin embargo yo pienso que puede ser la orgullosa Emer, la digna esposa de Cuchulain, la que más tiempo perdure en el recuerdo. ¡Qué pura llama arde siempre en ella, ya sea la esposa recién casada que lucha por la precedencia, fiera como un ave hermosa, o el ama de casa confiada, que despierta al marido de su sueño mágico con palabras burlonas; o la gran reina que querría sacarle del nudo corredizo de su perdición enviándole al Valle de los Muertos con Niamh, su querida, porque a ella será más obediente; o la mujer a la que el dolor ha enviado junto a Helena e Isolda y Brunnhilda, y Deirdre, a compartir su inmortalidad en el rosario de los poetas!

«“¡Oh amor mío!, a menudo estuvimos en compañía uno del otro, y estábamos felices; pues buscando en todo el mundo, desde donde sale el sol hasta el ocaso, jamás se habría encontrado cosa igual en un mismo lugar, como el Sainglain Negro y el Tordo de Macha, y Laeg el conductor, y yo y Cuchulain.”»

«Y después de eso Emer le pidió a Conall que hiciera una tumba ancha y muy honda para Cuchulain; y se tendió al lado de su gentil compañero, y puso su boca junto a la de él, y dijo: “Amor de mi vida, mi amigo, mi amador, mi único elegido entre todos los hombres de la tierra, muchas son las mujeres, casadas y sin casar, que me han envidiado hasta hoy; y ahora no seguiré viviendo sin ti.”»

VI

Debemos los irlandeses llevar esos personajes muy dentro del corazón, porque vivían en los lugares por donde nosotros cabalgamos y vamos al mercado, y a veces se encontraron en los montes que arrojan su sombra sobre nuestras puertas al atardecer. Con sólo que contemos estas historias a nuestros hijos, la Tierra empezará

de nuevo a ser una Tierra Santa, como era antes de que los hombres dieran sus corazones a Grecia y Roma y Judea. Cuando yo era niño no tenía más que subir al monte que había detrás de la casa para ver una serranía larga, azul y quebrada a lo largo del horizonte, hacia el sur. ¡Qué belleza me perdí, qué hondura de emoción me falta quizá todavía, porque nadie me dijo, ni siquiera los capitanes mercantes que lo sabían todo, que al otro lado de aquella serranía larga, azul y quebrada estaba Cruachan de los Encantamientos!

W. B. YEATS
Marzo de 1902

Cuchulain de Muirthemne

I

NACIMIENTO DE CUCHULAIN

HACE mucho tiempo, Conchubar, hijo de Ness, fue rey del Ulster, y tuvo su corte en el palacio de Emain Macha. Y he aquí cómo llegó a ser rey. Era aún mozo, y su padre no vivía; y Fergus, hijo de Rogh, que por entonces era el rey del Ulster, pidió en matrimonio a su madre, Ness.

Ness, que en tiempos fuera la más tranquila y bondadosa de las mujeres de Irlanda, había venido a ser dura y traicionera por un agravio que le hicieron, y meditó arrebatarle el reino a Fergus para dárselo a su hijo. Y así, le dijo a Fergus: «Deja que Conchubar tenga el reino por un año, para que después sus hijos puedan llamarse hijos de rey; ésta es la dote que te pido.» «Puedes hacerlo así», dijéronle los hombres del Ulster; «pues, aunque Conchubar lleve el nombre de rey, serás tú quien reine durante todo el tiempo.»

Conque Fergus convino en ello, y tomó a Ness por esposa, y el hijo de ésta, Conchubar, fue hecho rey en lugar de él.

Mas todo el año estuvo Ness tramando para conservarle el reino a su hijo, y dio grandes presentes a los jefes del Ulster para ponerlos de su parte. Aunque Conchubar no era más que un mozo por entonces, era discreto en sus juicios, bravo en la batalla y bien formado, y mucho le querían. Acabado el año, cuando Fergus pidió que le restituyeran el reino, ellos consultaron entre sí, y convinieron que Conchubar lo conservara. Y dijeron: «Poco se cuida Fergus de nosotros, cuando tan dispuesto estuvo a dejar de gobernarnos durante un año; que Conchubar conserve el trono, y Fergus la esposa que tomó.»

Sucedió cierto día que Conchubar daba una fiesta en Emain Macha por las bodas de su hermana Dechtire con Sualtim, hijo de Roig. Y estando en la fiesta Dechtire tuvo sed, y le dieron una copa de vino; y según la estaba bebiendo, entró en la copa una mosca de mayo, y Dechtire se la tragó con el vino. Poco después salió a su solana, y sus cincuenta doncellas con ella, y cayó en profundo sueño. Y en sueños se le apareció Lugh de la Mano Larga, y le dijo: «La mosca de mayo que te entró en la copa era yo, y ahora has de venirte conmigo, tú y tus cincuenta doncellas;» Y les dio la apariencia de una bandada de aves, y marcharon con él hacia el sur hasta llegar a Brugh na Boinne, donde habitaban los sidhes. Y nadie en Emain Macha pudo obtener noticia de ellas, ni saber a dónde habían ido, ni qué les había sucedido.

Como un año después de esto hubo en Emain Macha otra gran fiesta, y en ella estaban sentados Conchubar y los principales de entre los suyos. Y de improvviso vieron por la ventana una gran bandada de aves que se posaban en el suelo y se ponían a comer cuanto hallaban a su paso, de suerte que no dejaban ni una brizna de

hierba.

Los hombres del Ulster se enojaron al ver que las aves lo destruían todo a su paso, y engancharon nueve de sus carros para ir tras ellas. Conchubar iba en su carro, y le seguían Fergus, hijo de Rogh, y Laegaire Buadach el Vencedor en Batallas, y Celthair, hijo de Uithecar, con otros muchos; y con ellos iba Bricriu, el de la lengua amarga.

Siguieron a las aves por todo el país hacia el sur, por Slieve Fuad, Ath Lethan, Ath Garach y Magh Gossa, entre Fir Rois y Fir Ardae; y siempre las aves iban por delante de ellos. Eran las más hermosas que nunca se viera; nueve bandadas de aves enlazadas dos a dos por cadenas de plata, y a la cabeza de cada bandada dos aves de distintos colores, enlazadas por una cadena de oro; y había tres que volaban solas, y todas iban por delante de los carros, hacia el confín del país, hasta que se hizo de noche y ya no se las vio más.

Y cuando se acercaba la oscura noche, Conchubar dijo a los suyos: «Mejor será que desenganchemos los carros, y busquemos algún lugar donde pasar la noche.»

Entonces se adelantó Fergus a buscar algún lugar, y lo que halló fue una casita muy pequeña y de aspecto miserable. Estaban en ella un hombre y una mujer, y al verle dijeron: «Tráete aquí a tus compañeros, que serán bien recibidos.» Volvió Fergus junto a sus compañeros y les contó lo que había visto. Pero dijo Bricriu: «¿Para qué vamos a ir a una casa como ésa, donde no habrá ni sitio ni provisiones ni cobertores? No vale la pena que vayamos.»

Entonces Bricriu fue solo a donde estaba la casa. Pero al llegar vio que era una casa grande, nueva y muy iluminada; y estaba a la puerta un joven vestido de arnés, muy alto, apuesto y gallardo. Y dijo el joven: «Entra en la casa, Bricriu; ¿qué haces ahí mirando?»

Y estaba junto a él una mujer joven, hermosa y noble, de cabellos rizados, y ésta dijo: «A fe que eres por mí bienvenido.»

—¿Por qué me da la bienvenida? —dijo Bricriu.

—Por ella te la doy yo —dijo el joven—. ¿No falta nadie de entre vosotros en Emain?

—Ya lo creo —dijo Bricriu—. Hace un año que nos faltan cincuenta muchachas.

—¿Las conocerías si las vieras? —dijo el joven.

—Si no las conociera —dijo Bricriu—, sería porque en un año hubieran cambiado, y por eso no estaría seguro.

—Intenta reconocerlas —dijo el joven—, pues en esta casa están las cincuenta muchachas, y esta mujer que ves a mi lado es su señora Dechtire. Fueron ellas, cambiadas en aves, las que fueron a Emain Macha para traerlos aquí.

Entonces Dechtire dio a Bricriu un manto de color púrpura con cenefas de oro; y él marchó a reunirse con sus compañeros. Pero por el camino pensó: «Conchubar me daría grandes tesoros por encontrar a esas cincuenta muchachas, y a su hermana con ellas. No le diré que las he hallado. No diré sino que hallé una casa donde había

hermosas mujeres, y nada más.»

Cuando Conchubar vio a Bricriu, le pidió nuevas.

—¿Qué nuevas traes, Bricriu? —dijo.

—Llegué a una casa hermosa y muy iluminada —dijo Bricriu—; vi a una reina, noble, amable, de regio aspecto y rizados cabellos; vi una multitud de mujeres, hermosas y bien ataviadas; vi al hombre de la casa, alto, generoso y gallardo.

—Vayamos a pasar allí la noche —dijo Conchubar.

Conque llevaron allá sus carros, con sus caballos y sus armas; y apenas habían entrado en la casa cuando les fueron servidos toda clase de manjares y bebidas, unos conocidos y otros no, de modo que nunca pasaran mejor la noche. Y cuando hubieron comido y bebido y empezaban a estar satisfechos, Conchubar le dijo al joven:

—¿Dónde está la señora de la casa, que no sale a darnos la bienvenida?

—Esta noche no la podéis ver —dijo el joven—, porque está con dolores de parto.

Así pues, descansaron allí aquella noche, y a la mañana el primero en levantarse fue Conchubar; pero ya no vio al hombre de la casa, y en cambio oyó el llanto de un niño. Fue al aposento de donde procedía, y allí vio a Dechtire, y a sus doncellas con ella, y a su lado un niño recién nacido. Y ella le dio la bienvenida a Conchubar, y le contó todo lo que le había acontecido, y que le había llamado allí para que volviera a llevarlos, a ella y el niño, a Emain Macha. Y dijo Conchubar: «Bien te has portado conmigo, Dechtire; nos diste cobijo, a mí y mis carros; resguardaste del frío a mis caballos; a mí y a los míos nos diste de comer, y ahora nos das este buen regalo. Que sea nuestra hermana Finchoem la que eduque al niño.»

—No, no es a ella a quien le corresponde educarle, sino a mí —dijo Sencha, hijo de Ailell, el jefe de los jueces y poetas del Ulster—. Pues yo soy hábil; soy diestro en el debate; no soy olvidadizo; en presencia del rey hablo antes que ninguno; vigilo lo que él dice; doy sentencia en las disputas de los reyes; soy juez de los hombres del Ulster; nadie puede disputar mi derecho, si no es Conchubar.

—Si se me da a mí el niño para que le eduque —dijo Blai, el distribuidor—, no sufrirá de falta de cuidados ni de negligencia. Son mis mensajes los que ejecutan la voluntad de Conchubar; yo convoco a los luchadores de toda Irlanda; yo sé bien proveer para ellos todo lo necesario para una semana, y hasta para diez días; yo arreglo sus asuntos y sus disputas; yo mantengo su honor; yo tomo satisfacción de sus agravios.

—Demasiado te estimas —dijo Fergus—. Seré yo quien eduque al niño; yo soy fuerte; tengo saber; soy el mensajero del rey; nadie se puede medir conmigo en honor ni en riquezas; estoy curtido en guerras y batallas; soy buen artesano; soy digno de educar a un niño. Yo soy el protector de todos los desdichados; los fuertes me temen; soy el apoyo de los débiles.

—Escuchadme de una vez, ahora que ya estáis callados —dijo Amergin—: yo puedo educar al niño como un rey. El pueblo ensalza mi honor, mi valentía, mi

coraje, mi prudencia; ensalza mi buena fortuna, mi edad, mi hablar, mi nombre, mi valor y mi estirpe. Aun siendo guerrero, soy poeta; soy digno del favor del rey; yo venzo a todos los hombres que pelean desde sus carros; no debo gratitud a nadie si no es a Conchubar; yo no obedezco a nadie más que al rey.

Entonces dijo Sencha: «Que Finchoem se quede con el niño hasta que lleguemos a Emain, y, una vez que estemos allí, Morann el juez zanjará la cuestión.»

Partieron, pues, los hombres del Ulster para Emain, y Finchoem llevaba al niño con ella. Y cuando llegaron, Morann dictó su parecer. «Corresponde a Conchubar», dijo, «ayudar al niño a hacerse buen nombre, pues es su pariente más próximo; que Sencha le enseñe las palabras y el hablar; que Fergus le tenga sobre sus rodillas; que Amergin sea su maestro.» Y dijo también: «Este niño será ensalzado por todos, por los que conducen los carros y los que combaten, por los reyes y los sabios; de muchos será amado; él vengará todos vuestros agravios; defenderá vuestros vados; reñirá todas vuestras batallas.»

Y así quedó acordado. Y, hasta que el niño entrara en edad de razón, le dejaron con su madre Dechtire y con el esposo de ésta, Sualtim. Y le criaron en el llano de Muirthemne, y el nombre que le daban era Setanta, hijo de Sualtim.

II

HECHOS DE LA INFANCIA DE CUCHULAIN

QUISO la fortuna que un día, cuando Setanta era de edad de unos siete años, oyera hablar a algunos de la casa de su madre sobre la corte del rey Conchubar en Emain Macha, y los hijos de reyes y nobles que allí vivían, y que pasaban buena parte de su tiempo en juegos de pelota y de otras cosas.

—Déjame ir allí a jugar con ellos —dijo el niño a su madre.

—Es pronto para eso —dijo ella—; espera a tener edad para hacer un viaje tan largo, y a que yo pueda encomendarte a alguien que vaya a la corte, y allí te ponga bajo la protección de Conchubar.

—Demasiado tiempo tendría que esperar —dijo él—; iré yo solo, si me enseñas el camino.

—Está muy lejos para ti —dijo Dechtire—, porque es más allá de Slieve Fuad donde está Emain Macha.

—¿Está al este o al oeste de Slieve Fuad? —preguntó él. Y cuando ella le hubo respondido a esto, en el mismo momento echó a andar, sin llevar consigo más que su pala de pelota, su pelota de plata y su dardo; y para entretenerse por el camino golpeaba la pelota lanzándola lejos, y tras la pelota arrojaba la pala, y tras ésta el dardo, y luego de una carrera recogía las tres cosas en la mano, sin que ninguna llegara al suelo.

Así fue caminando, hasta que llegó al prado de Emain Macha, y allí vio a ciento cincuenta hijos de rey que jugaban a la pelota y aprendían proezas de guerra. Entró en medio de ellos, y cuando tuvo cerca la pelota la cogió entre los pies, y la llevó rodando, sin que nadie se lo pudiera impedir, hasta lanzarla más allá de la marca. Grandes fueron la sorpresa y el enojo de los otros cuando vieron lo que había hecho, y Follaman, el hijo del rey Conchubar, que era el jefe de todos, les gritó que se juntaran para echar de allí a aquel extraño y deshacerse de él. «Pues no tiene derecho», dijo, «a entrar en nuestro juego sin pedir permiso, y sin poner su vida bajo nuestra protección. Tened por seguro que será hijo de algún luchador vulgar, y no le corresponde jugar con nosotros.» Con esto todos le acometieron, y empezaron a tirarle sus palas, y sus pelotas y dardos, pero él los esquivó a todos; y luego se abalanzó sobre ellos, y derribó en tierra a algunos. En aquel mismo momento salía Fergus del palacio, y, cuando vio lo bien que se defendía el chiquillo, le llevó a donde estaba Conchubar jugando al ajedrez, y refirió todo lo que había pasado.

—Ésa no es manera suave de jugar —dijo.

—Ellos han tenido la culpa —dijo el niño—; yo venía como forastero, y no me dieron la bienvenida que se debe a un forastero.

—¿Acaso no sabías —dijo Conchubar— que nadie puede jugar con los muchachos de Emain sin pedir su permiso y su protección?

—No lo sabía, pues de saberlo se lo habría pedido —dijo él.

—¿Cómo te llamas, y de qué familia eres? —dijo Conchubar.

—Me llamo Setanta, y soy hijo de Sualtim y de Dechtire —dijo él.

Cuando Conchubar supo que era el hijo de su hermana, le hizo un gran recibimiento, y ordenó que los muchachos le dejaran ir con ellos y no le hicieran ningún daño. «Así lo haremos», dijeron. Pero, cuando salieron a jugar, Setanta empezó a meterse entre ellos y a derribarlos, de modo que ninguno podía con él.

—¿Qué quieres de ellos ahora? —dijo Conchubar.

—Juro por los dioses por los que jura mi pueblo —dijo el niño— que no les quitaré la mano de encima hasta que se hayan puesto bajo mi protección, al igual que me he puesto yo bajo la suya.

Entonces todos convinieron en someterse a esto; y Setanta se quedó a vivir en la casa del rey en Emain Macha, y todos los jefes del Ulster tomaron parte en su educación.

Había en el Ulster un gran herrero, de nombre Culain, que por aquel tiempo dio una fiesta para Conchubar y los suyos. Cuando Conchubar se disponía a ir a la fiesta, pasó por el prado donde estaban los muchachos en sus juegos, y se detuvo a mirarlos; y vio que el hijo de Dechtire les ganaba a todos.

—Ese chiquillo ha de servir al Ulster algún día —dijo Conchubar—. Llamadle acá, para que venga conmigo a la fiesta del herrero.

—Ahora no puedo ir con vosotros —dijo Setanta, después que le llamaron—, porque estos chicos aún no se han cansado de jugar.

—Se me haría tarde si te esperase —dijo el rey.

—No es necesario que me esperes; yo seguiré la huella de los carros —dijo Setanta.

Conque Conchubar se fue a la casa del herrero, y allí se le hizo un gran recibimiento; esparcieron por el suelo juncos frescos, y hubo poemas y cánticos y se recitaron leyes, y se sirvió el banquete y comenzó la alegría. Entonces dijo Culain al rey:

—¿Alguno más de los tuyos ha de venir aún esta noche?

—No ha de venir nadie más —dijo Conchubar, olvidado de que había dicho al chiquillo que le siguiera—. Pero ¿por qué me haces esa pregunta?

—Porque tengo un mastín muy grande y fiero —dijo el herrero—, que, cuando le quito la cadena, no deja entrar a nadie allí donde él esté; y no obedece a nadie más que a mí, y tiene la fuerza de cien como él.

—Déjale suelto —dijo Conchubar—, para que guarde el lugar.

Así que Culain le soltó, y el perro se dio una vuelta alrededor de todo el lugar, y luego se volvió al sitio donde solía tenderse para guardar la casa; y todos le miraban con temor, por lo fiero, sañudo y salvaje que era.

En cuanto a los muchachos de Emain, cuando acabaron de jugar se fueron cada uno a casa de su padre, o de quien estuviera a su cuidado. Pero Setanta echó a andar siguiendo la huella de los carros, y fue entreteniéndose por el camino como solía, con su pala y su pelota. Cuando llegó al prado que había delante de la casa del herrero, el mastín le oyó venir, y se puso a aullar de tal modo que sus voces se habrían podido oír en todo el Ulster; y se arrojó sobre él como si quisiera, no ya detenerle y hacerle pedazos, sino tragárselo de un bocado. El muchachito no tenía otras armas que su pelota y su pala; pero cuando vio que el mastín venía contra él, golpeó la pelota con tal fuerza que le entró por la boca y le atravesó todo el cuerpo. Entonces Setanta le agarró por las patas traseras y le golpeó contra una peña hasta dejarlo muerto.

Cuando los hombres que estaban en la fiesta oyeron el alboroto del mastín, Conchubar se alzó en pie y dijo: «Este viaje no nos ha traído buena fortuna; pues de seguro que ése es el hijo de mi hermana, que venía detrás de mí, y que ha sido muerto por el mastín.» Al oír esto, todos los hombres corrieron afuera, sin detenerse a ir por la puerta, sino saltándose muros y trancas como pudieron. Pero Fergus fue el primero en llegar donde estaba el muchacho, y alzándole en volandas se lo subió a los hombros, y le llevó sano y salvo ante Conchubar, y todos tuvieron gran alegría.

Pero Culain el herrero salió con ellos, y al ver a su gran mastín tendido muerto y deshecho sintió un gran dolor en su corazón; y, entrando en la casa, dijo a Setanta: «No eres aquí bien recibido.»

—¿Qué tienes tú contra el chiquillo? —dijo Conchubar.

—No ha sido la buena fortuna lo que le trajo aquí, ni lo que me hizo preparar esta fiesta para ti, señor —dijo Culain—; pues de aquí en adelante, muerto el mastín, menguará mi sustancia, y mi vida se echará a perder. Y tú, niño, mira que lo que me has quitado era un buen miembro de mi familia, pues era el protector de mis bienes, de mis rebaños y de mis ganados, y de todo cuanto tenía.

—No te entristezcas por eso —dijo el niño—, que yo te compensaré por lo que he hecho.

—¿Y cómo lo harás? —dijo Conchubar.

—Así es como lo haré: si se encuentra en Irlanda un cachorro de la misma raza, yo lo criaré y lo adiestraré hasta que sea tan buen mastín como el que he matado; y hasta entonces, yo mismo seré tu perro guardián, y guardaré tus bienes, tus ganados y tu casa.

—Has hecho una oferta justa —dijo Conchubar.

—Yo no habría podido dar mejor compensación —dijo Cathbad el Druida—. De aquí en adelante te llamarás Cuchulain, el Mastín de Culain.

—Me gusta más mi nombre de Setanta, hijo de Sualtim —dijo el niño.

—No digas eso —dijo Cathbad—, porque habrá un día en que todos los hombres del mundo entero tengan el nombre de Cuchulain en los labios.

—En ese caso, lo llevaré contento —dijo el niño. Y así es como tomó el nombre de Cuchulain.

Bastante tiempo después de esto, estaba un día Cathbad el Druida enseñando a sus discípulos en su casa, al noreste de Emain. Aquel día estaban con él ocho muchachos, y uno de ellos le preguntó: «¿Dicen tus signos si el día de hoy es bueno o malo para alguna cosa?»

—Si un joven se arma hoy —dijo Cathbad—, su nombre será más grande que ningún otro de Irlanda. Pero su vida será corta.

Cuchulain estaba afuera jugando, pero oyó lo que decía Cathbad, y al momento se quitó las ropas de jugar, y yendo derechamente a la alcoba de Conchubar le dijo: «¡Todos los bienes sean contigo, señor!»

—¿Qué deseas? —dijo Conchubar.

—Armarme hoy es lo que deseo.

—¿Quién te ha metido eso en la cabeza?

—Cathbad el Druida —dijo Cuchulain.

—En ese caso, no te lo he de negar —dijo Conchubar.

Entonces le dio armas a elegir, y el muchacho probó su fuerza en ellas, pero ninguna le gustó ni fue lo bastante robusta para él, más que las propias de Conchubar. Así que Conchubar le dio sus dos lanzas, y su espada y su escudo.

En aquel momento entró Cathbad el Druida, y dijo con asombro: «¿Qué está haciendo este chico, armarse?»

—Así es, en efecto —dijo el rey.

—Con pesar vería yo al hijo de su madre armarse en este día —dijo Cathbad.

—¿Pues no fuiste tú quien le animó a hacerlo? —dijo el rey.

—No, por cierto —dijo él.

—Entonces me has mentado, muchacho —dijo Conchubar.

—Yo no he dicho mentira, señor —dijo Cuchulain—; pues él fue quien me lo puso en la cabeza cuando estaba enseñando a otros, porque al preguntarle uno si había en el día de hoy alguna virtud particular, dijo que quien por primera vez tomase hoy armas alcanzaría un nombre mayor que ningún otro de Irlanda, y no dijo que hubiera de acaecerle ningún mal, sino que su vida sería corta.

—Y lo que dije es la verdad —dijo Cathbad—: tendrás fama y gran nombre, pero tus días no serán largos.

—Poco me importaría —dijo Cuchulain— aunque mi vida no durase más que un día y una noche, si mi nombre y la historia de mis hechos vivieran después de mí.

Dijo entonces Cathbad: «Pues bien, súbete a un carro, y veamos si lo que dije era verdad.»

Entonces Cuchulain se subió a un carro y probó su dureza, y lo hizo pedazos; y de la misma manera rompió los diecisiete carros que tenía Conchubar para los muchachos de Emain, y dijo: «Estos carros no valen, Conchubar, no son dignos de mí.»

—¿Dónde está Ibar, hijo de Rianganbra? —dijo Conchubar.

—Aquí estoy —respondió.

—Prepara mi carro, y engánchale mis caballos para que este muchacho lo pruebe —dijo. Conchubar.

Probó, pues, el carro del rey, y lo sacudió y lo forzó, y el carro aguantó.

—Éste es el carro que me conviene —dijo.

—Ahora, pequeño —dijo Ibar—, desenganchemos los caballos para que vayan a pacer.

—Es muy pronto para eso, Ibar; sigamos hasta donde están los muchachos, para que me deseen suerte el día en que tomo armas.

De modo que siguieron adelante, y todos los muchachos gritaron al verle: «¿Te has armado?»

—Así es, en efecto —dijo Cuchulain.

—Que seas afortunado en herir, y en matar primero y en ganar botín —dijeron—; pero es lástima para nosotros que dejes de jugar.

—Ahora deja que los caballos vayan a pacer —dijo Ibar.

—Es muy pronto todavía —dijo Cuchulain—. Dime: ¿a dónde conduce ese camino grande que pasa junto a Emain?

—Conduce a Ath-an-Foraire, el vado de los vigilantes que hay en Slieve Fuad —dijo Ibar.

—¿Por qué se llama vado de los vigilantes?

—Eso es fácil decirlo; porque cada día le toca vigilar allí a un campeón escogido del Ulster, para pelear por la provincia con todo forastero que llegue a la frontera en son de desafío.

—¿Sabes tú quién está hoy? —dijo Cuchulain.

—Sé bien que es Conall Cearnach, el Victorioso, el mayor campeón entre los jóvenes del Ulster y de toda Irlanda.

—Seguiremos, entonces, hasta el vado —dijo Cuchulain.

Cruzaron, pues, el llano, y al borde del agua encontraron a Conall, y dijo él: «¿Esas armas son las que has tomado hoy, muchachito?»

—En efecto, lo son —dijo Ibar por él.

—Ojalá le traigan triunfos y victorias, y derramar primera sangre —dijo Conall—. Pero me parece a mí, pequeño Mastín, que mucha prisa tienes de llevarlas; porque todavía no estás formado para trabajos de campeón.

—¿Qué estás haciendo tú aquí, Conall? —dijo el muchacho.

—Estoy vigilando y guardando la provincia.

—Vete de aquí, Conall —dijo Cuchulain—, y sólo por este día déjame a mí hacer la guardia.

—No me pidas eso, pequeño —dijo Conall—, porque tú todavía no puedes hacer frente a luchadores avezados.

—Entonces iré a los bajíos de Lough Echtra a ver si puedo enrojecer mis armas en amigo o enemigo.

—En ese caso yo iré contigo —dijo Conall—, para cuidar de ti y protegerte, y que

no sufras ningún daño.

—No vengas —dijo Cuchulain.

—Sí que iré —dijo Conall—, porque si dejas que te adentres solo en tierra extraña, todo el Ulster se vengará en mí.

Conque Conall hizo enganchar los caballos a su carro, y partió tras Cuchulain, pues éste, sin esperar permiso, había partido solo. Cuando vio Cuchulain que Conall venía tras él, se dijo para sí: «Si hallo ocasión de hacer alguna hazaña, Conall no me la dejará hacer.» Así que cogió del suelo una piedra del grueso de su puño, y la tiró con tan buena puntería contra el yugo del carro de Conall que lo quebró, y el carro se vino abajo, y el propio Conall dio de costado en tierra.

—¿Por qué has hecho eso? —dijo.

—Por ver si sé tirar derecho, y si tengo condiciones de buen campeón.

—Mala fortuna llevéis tus tiros y tú —dijo Conall—. Que te corte la cabeza quien quiera, que yo no doy un paso más contigo.

—Eso es lo que quería —dijo Cuchulain. Y con eso Conall se volvió a su puesto en el vado.

En cuanto al muchacho, siguió hacia el sur, hacia Lough Echtra. Entonces dijo Ibar: «Escúchame, pequeño: quisiera que regresáramos ya a Emain; porque a estas horas se empieza allí a partir la comida, y para ti es igual, porque tú tienes tu sitio guardado entre las rodillas de Conchubar. Pero yo estoy con los conductores, los bufones y los mensajeros, y tengo que hacerme sitio y pelear como pueda por lo mío.»

—¿Qué es esa montaña que tenemos delante? —dijo Cuchulain.

—Eso es Slieve Mourne, y aquel *cairn* blanco que hay en lo alto es Finncairn.

—Vayamos allá —dijo Cuchulain.

—Tardaríamos mucho en llegar —dijo Ibar.

—Tú eres un perezoso —dijo Cuchulain—; ésta es mi primera aventura, y el primer viaje que haces conmigo.

—Y ojalá que sea el último —dijo Ibar—, si alguna vez vuelvo a Emain.

Y subieron al *cairn*.

—Buen Ibar —dijo el muchacho—, señálame ahora todo lo que se vea del Ulster, pues todavía no sé orientarme en el país.

De modo que Ibar le señaló desde el *cairn* todo lo que se veía del Ulster, los cerros y los llanos y los castillos en todas direcciones.

—¿Qué es ese llano cuadrado que se abre ante nosotros y desciende hacia el sur?

—Eso es la buena vega de Magh Breagh.

—Señálame los castillos y las plazas fuertes de ese llano.

Conque Ibar le señaló Teamhair y Tailte, Cleathra y Cnobhach y el Brugh de Angus sobre el Boyne, y el castillo de los hijos de Nechtan Sceine.

—¿Son éstos los hijos de Nechtan que se jactan de haber matado tantos hombres del Ulster como hay ahora vivos en el país?

—Ésos son —dijo Ibar.

—Adelante, pues; vayamos a ese castillo —dijo Cuchulain.

—Nada bueno te vendrá de decir eso —dijo Ibar—; vaya allí quien vaya, yo no iré.

—Vivo o muerto, has de ir —dijo Cuchulain.

—Entonces, vivo iré —dijo Ibar—, y muerto estaré antes de salir.

Fueron, pues, al castillo de los hijos de Nechtan; y al llegar al verde prado, Cuchulain se apeó del carro. Había en el prado un mojón de piedra ceñido por un cerco de hierro, y en él estaba escrito en *ogham* que ningún hombre que hasta allí llegase portando armas debía irse del lugar sin desafiar a alguno de los pobladores del castillo. Cuando Cuchulain hubo leído el *ogham*, rodeó la piedra con sus brazos y la arrojó al agua que corría allí cerca.

—No veo que esté ahí mejor que donde estaba antes —dijo Ibar—; seguramente te darán esta vez lo que andas buscando, que es una muerte rápida.

—Buen Ibar —dijo el muchacho—, tiéndeme la cubierta del carro, que voy a dormir un rato.

—No es bueno eso que vas a hacer —dijo Ibar— de dormirte en país enemigo. —Tendió entonces las cubiertas, y Cuchulain se echó y se durmió.

En aquel mismo momento salía Foill, hijo de Nechtan Sceine, y al ver el carro gritó a Ibar: «No desenganches esos caballos.»

—No los iba a desenganchar —dijo Ibar—; aún tengo las riendas en la mano.

—¿Qué caballos son?

—Son los dos caballos píos de Conchubar.

—Eso pensé al verlos —dijo Foill—. Y ¿quién los ha hecho cruzar nuestras fronteras?

—Un chiquillo —dijo Ibar— que se ha armado hoy por tener buena fortuna, y para lucirse ha cruzado el Magh Breagh.

—Nunca tenga buena fortuna —dijo Foill—. Si fuera un luchador, no vivo, sino muerto volvería hoy a Emain.

—Claro está que no es capaz de luchar, ni se podría esperar de él —dijo Ibar—, siendo como es un niño que debería estar en casa de su padre.

Al oír esto el muchacho alzó la cabeza, y roja tenía la cara, y rojo todo el cuerpo, de oír que se le hacía tan gran insulto; y dijo: «Yo sí soy capaz de luchar.»

Pero Foill dijo: «Más me inclino yo a pensar que no.»

—En seguida sabrás lo que tienes que pensar —dijo el muchacho—; bajemos al vado. Pero antes ve a ponerte el arnés, porque no quisiera matar a un hombre desarmado.

Entonces Foill montó en cólera, y corrió a buscar sus armas.

—Ten cuidado con lo que haces ahora —dijo Ibar—; porque ése es Foill, hijo de Nechtan, y ni punta de lanza ni filo de espada pueden nada contra él.

—Eso va muy bien conmigo —dijo el muchacho.

En esto volvió a salir Foill, y Cuchulain le hizo frente; y tomando en la mano su bola de hierro se la tiró a la cabeza, y entrándole por la frente le salió por la nuca, llevándose por delante los sesos, de modo que por el agujero que hizo pasaba el aire de parte a parte. Y Cuchulain le cortó la cabeza.

Salió entonces al prado Tuachel, el hijo segundo de Nechtan.

—Seguro que estarás jactándote mucho de lo que haces —dijo.

—No veo nada de que jactarme —dijo Cuchulain— en haber derribado a un solo hombre.

—No te podrás jactar por mucho tiempo —dijo Tuachel—, porque yo voy a acabar contigo en un abrir y cerrar de ojos.

—Entonces ve a traer tus armas —dijo Cuchulain—, porque sólo un cobarde sale desarmado.

Volvió él entonces a entrar en la casa, e Ibar dijo: «Ten cuidado con lo que haces ahora, porque ése es Tuachel, hijo de Nechtan, y si no se le mata del primer tajo, del primer golpe o de la primera lanzada, no se le puede matar, porque después de eso no hay quien acierte a darle.»

—No hace falta que me digas eso, Ibar —dijo Cuchulain—, porque es el lanzón de Conchubar, el Venenoso, lo que voy a tomar en la mano, y será la última lanzada que nadie le arroje, porque después de esto no habrá médico que pueda curar sus heridas.

Entonces salió Tuachel al prado, y Cuchulain empuñó el lanzón, y se lo arrojó de modo que le atravesó el escudo, le rompió tres costillas y le abrió un boquete en el corazón. Y Cuchulain le cortó la cabeza antes de que el cuerpo llegara al suelo.

Entonces salió Fainnle, el menor de los tres hijos de Nechtan.

—Necios fueron éstos —dijo— al enfrentarse a ti de esa manera. Vente conmigo al agua, donde tus pies no tocarán el fondo. —Y así diciendo se arrojó al agua.

—Mira bien lo que haces ahora —dijo Ibar—, porque ése es Fainnle, el Vencejo; le pusieron ese nombre porque va por el agua tan veloz como un vencejo, y no hay en el mundo un nadador que le pueda dar alcance.

—No es a mí a quien le deberías decir eso —dijo Cuchulain—, pues tú conoces el río Callan que pasa por Emain, y lo que yo solía hacer cuando los muchachos dejaban sus juegos y se echaban a nadar en el río; que me subía a uno de los muchachos en cada hombro y otro en cada mano, y los llevaba así por el río sin mojarme siquiera la espalda.

Así diciendo saltó al agua, que era allí muy profunda, y lucharon Fainnle y él; y Cuchulain, cuando pudo asirle bien, de un tajo con la espada de Conchubar le cortó la cabeza, y dejó que la corriente se llevara su cuerpo.

Entonces Ibar y él entraron en la casa y destruyeron cuanto en ella había; le prendieron fuego y la dejaron ardiendo, y volvieron sus pasos hacia Slieve Fuad, llevando con ellos las cabezas de los tres hijos de Nechtan.

Al rato vieron delante un rebaño de ciervos.

—¿Qué ganado es ése? —dijo el muchacho.

—No es ganado; son los ciervos de los lugares umbríos de Slieve Fuad.

—Arrea a los caballos —dijo Cuchulain— para que los podamos ver mejor.

Pero por más que galoparon no pudieron los caballos alcanzar a los ciervos. Entonces Cuchulain se apeó del carro, y echó a correr tras ellos, hasta que dos machos cayeron gimiendo y resoplando de la dura carrera por el tremedal, y él los ató con las correas del carro a la trasera. Siguieron adelante hasta el llano de Emain, y allí vieron una bandada de cisnes que eran más blancos que los cisnes del lago de Conchubar, y Cuchulain preguntó de dónde venían.

—Son cisnes salvajes —dijo Ibar—, que han venido de las rocas y las islas del gran mar para alimentarse en las tierras bajas del país.

—¿Qué sería mejor, cogerlos vivos o matarlos?

—Sería mejor cogerlos vivos —dijo Ibar—, porque matarlos lo hacen muchos, y derribarlos lo hacen muchos, pero a duras penas se hallaría quien sea capaz de apresarlos vivos.

Al oír esto Cuchulain puso una piedra pequeña en su honda y la lanzó, y derribó ocho de las aves; y luego le puso una piedra mayor, y con ésa derribó otras dieciséis.

—Sal, Ibar —dijo—, y tráeme aquí las aves.

—No haré tal cosa —dijo Ibar—, porque no sería fácil detener a los caballos con la marcha que ahora llevan; y si salto, las ruedas de hierro del carro me cercenarán, o las astas de los ciervos, me atravesarán.

—Tú no vales para guerrero, Ibar; dame las riendas, que yo sosegaré a los caballos y a los ciervos.

Conque fue Ibar a traer los cisnes, y los ató vivos al carro y a los arreos. Y así siguieron hasta Emain.

Fue Levarcham, hija de Aedh, la conversadora y mensajera del rey, que por entonces estaba allí, y otras veces estaba en los montes, la que primero los vio venir.

—Viene hacia acá un luchador de carro, Conchubar —dijo—, y viene con ira. Trae con él en el carro las cabezas sangrantes de sus enemigos, y trae atados ciervos, y aves blancas le acompañan. Por el juramento de los míos, que si viene contra nosotros sin que su ira se apacigüe, los mejores hombres del Ulster caerán por su mano.

—Yo conozco a ese luchador —dijo Conchubar—. Es el muchacho, hijo de Dechtire, que hoy mismo salió a las fronteras. Sin duda se ha enrojecido la mano, y si no se enfría su cólera los jóvenes de Emain peligrarán frente a él.

Entonces consultaron todos entre sí, y acordaron enviar a ciento cincuenta de las mujeres de Emain desnudas a recibirle. Cuando el muchacho vio venir a las mujeres, sintió vergüenza; y apoyando la cabeza en los almohadones del carro, escondió la cara. Y se fue de él la fiereza, y le llevaron sus ropas de fiesta, y agua para lavarse; y se le hizo un gran recibimiento.

Ésta es la historia de los hechos de la infancia de Cuchulain, como la contó

Fergus a Ailell y a Maeve por el tiempo de la guerra por el Toro Colorado de Cuailgne.

III

DE CÓMO CUCHULAIN CORTEJÓ A EMER

CUANDO Cuchulain fue haciéndose hombre en Emain Macha, todas las mujeres del Ulster le amaban por su destreza en las proezas, por la ligereza de su salto, por el peso de su discreción, por la dulzura de su hablar, por la hermosura de su rostro, por la gracia de su aspecto, por todos sus dones. Tenía el don de cautela en el combate, hasta que la ira se apoderaba de él y la luz de héroe resplandecía alrededor de su cabeza; el don de proezas, el don de jugar al ajedrez, el don de jugar a las damas, el don de contar, el don de adivinar, el don de recto juicio, el don de hermosura. Y todas las faltas que podían encontrar en él eran tres: la de ser demasiado joven y barbilampiño, con lo que los jóvenes que no le conocían se reían de él; la de ser demasiado atrevido, y la de ser demasiado hermoso.

Entonces los hombres del Ulster tomaron consejo entre sí acerca de Cuchulain, pues sus mujeres y sus doncellas le amaban grandemente; y convinieron en buscar una muchacha que fuera esposa digna de él, para que así sus esposas e hijas no le quisieran tanto. Además, temían que muriese joven y no dejase tras de sí heredero.

Así pues, envió Conchubar nueve hombres a cada una de las provincias de Irlanda a buscar esposa para Cuchulain; a ver si en algún castillo o en algún lugar principal encontraban una hija de rey, o de dueño de tierras o de casa, que le agradase para pedirla en matrimonio.

Al cabo de un año regresaron todos los mensajeros, pero ninguno había encontrado una muchacha que fuera del agrado de Cuchulain. Y entonces él mismo se fue a cortejar a una muchacha que conocía en Luglocha Loga, el Jardín de Lugh; se llamaba Emer, y era hija de Forgall Manach el Astuto.

Partió en su carro, al que ninguno de los carros del Ulster podía seguir a causa de su ligereza, y del jefe que se sentaba en él. Y encontró a la muchacha en su campo de juegos, rodeada de sus compañeras, hijas de los terratenientes que vivían en las cercanías del castillo de Forgall, que estaban aprendiendo de Emer a hacer labores de aguja y bordados finos. Y de todas las muchachas de Irlanda, era la que Cuchulain tenía por digna de cortejarla; pues poseía los seis dones: el don de hermosura, el don de voz, el don de buen hablar, el don de las labores de aguja, el don de discreción y el don de castidad. Y había dicho Cuchulain que ninguna mujer se casaría con él que no le igualara en años, en apariencia y estirpe, en habilidad y destreza; y que no fuera la mejor de las muchachas de Irlanda en el manejo de la aguja, porque ésa sería la única esposa digna de él. Y por eso fue a requerir a Emer antes que a todas las demás.

Aquel día iba Cuchulain ataviado con sus ropajes ricos, su túnica carmesí de cinco pliegues y su broche con incrustaciones de oro, y su camisa blanca con

capucha, bordada de oro bermejo. Y estando las muchachas sentadas en su banco del prado, oyeron venir golpeteo de cascos, chirrido de un carro, crujir de correajes, rechinar de ruedas, galope de caballos, chocar de armas.

—Que vaya alguna a ver —dijo Emer— qué es lo que viene hacia nosotras.

Y Fiall, hija de Forgall, salió a su encuentro, y él fue con ella al sitio donde estaban Emer y sus compañeras, y les deseó bendiciones. Entonces Emer alzó su hermoso rostro y vio a Cuchulain, y dijo: «Quieran los dioses allanar el camino ante ti.»

—Y tú —dijo él— seas libre de todo mal.

—¿De dónde venís? —le preguntó ella.

Y él le respondió con enigmas, para que sus compañeras no le entendieran, y dijo: «De Intide Emna.»

—¿Dónde habéis dormido?

—Hemos dormido —dijo él— en la casa del hombre que guarda el ganado del llano de Tethra.

—¿Qué os dieron de comer?

—La ruina de un carro guisaron para nosotros —dijo él.

—¿Por dónde habéis venido?

—Por entre las dos montañas del bosque.

—¿Y qué camino tomasteis después?

—Eso no es difícil decirlo —dijo él—. Desde la Cubierta del Mar, por el Gran Secreto de los Tuatha de Danaan, y la Espuma de los Caballos de Emain, por el Jardín de la Morrigu y el Lomo de la Gran Puerca; por el Valle de la Gran Hembra, entre el Dios y su Druida; por el Tuétano de la Mujer, entre el Jabalí y su Hembra; por el Lavadero de los Caballos de Dea; entre el Rey de Ana y su Sirviente, a Mandchuile de las Cuatro Esquinas del Mundo; por el Gran Crimen y los Restos del Gran Banquete; entre el Tonel y el Tonelillo, hasta los Jardines de Lugh, hasta las hijas de Tethra, el sobrino del rey de los fomores.

—¿Y qué puedes decir de ti? —dijo Emer.

—Que soy sobrino del hombre que desaparece en otro en el bosque de Badb —dijo Cuchulain.

—Y ahora, doncella —dijo—, ¿qué puedes tú decir de ti?

—Eso no es difícil decirlo —dijo Emer—, pues ¿qué ha de ser una doncella sino Teamhair sobre los montes, un vigilante que no ve a nadie, una anguila escondida en el agua, un junco al que nadie alcanza? La hija de un rey debe ser una llama de hospitalidad, un camino donde no se puede entrar. Y tengo campeones que me siguen para guardarme del que quisiere llevarme contra su voluntad, y contra la voluntad y el conocimiento de Forgall, el rey oscuro.

—¿Quiénes son los campeones que te siguen, doncella? —dijo Cuchulain.

—No es difícil decírtelo —dijo Emer—. Dos de nombre Lui; dos Luath; Luath y Lath Goible, hijos de Tethra; Triath y Trescath; Brion y Bolor; Bas, hijo de Omnach,

el octavo Condla, y Cond, hijo de Forgall. Cada uno de ellos tiene la fuerza de cien y las proezas de nueve. Y sería difícil para mí relatar los muchos poderes que posee el propio Forgall. Es más fuerte que ningún jornalero, más docto que ningún druida, más veloz de pensamiento que ningún poeta. Tendrás más quehacer que el de tus juegos cuando pelees con Forgall, porque muchos han hablado de su poder y de la fuerza de sus hechos.

—¿Por qué no me cuentas como hombre tan fuerte como esos otros? —dijo Cuchulain.

—¿Por qué no habría de hacerlo, si de tus hechos se hubiera hablado como de los suyos? —dijo ella.

—Juro por el juramento de mi pueblo —dijo Cuchulain— que haré que de mis hechos se hable entre los grandes hechos de héroes en la plenitud de su fuerza.

—¿Cuál es tu fuerza, pues? —dijo Emer.

—Eso es fácil decirlo; cuando mi fuerza en el combate es menor, definiendo a veinte; una tercera parte de mi fuerza vale para treinta; con mi fuerza entera me basto solo contra cuarenta, y cien están a salvo bajo mi protección. Por miedo de mí, los luchadores rehúyen vados y batallas; ejércitos y hombres armados retroceden ante el temor que mi rostro les inspira.

—No es poco para un muchacho —dijo Emer—, pero todavía no has alcanzado la fuerza de los jefes de carro.

—Antes bien —dijo Cuchulain—, para eso he sido bien criado por Conchubar, mi querido padre adoptivo. No como un campesino se afana por criar a sus hijos, entre las losas y la artesa de amasar, entre el fuego y la pared, en el suelo de un solo aposento, me ha criado Conchubar; sino entre jefes de carro y héroes, entre bufones y druidas, entre poetas y hombres doctos, entre dueños de tierras y labradores del Ulster me han criado, de suerte que poseo todos sus usos y dones.

—¿Y quiénes son esos hombres que te han enseñado a hacer esas cosas de las que presumes? —dijo Emer.

—Eso es fácil decirlo —dijo él—. El bien hablado Sencha me enseñó discreción y recto juicio; Blai, señor de tierras, pariente mío, me llevó a su casa, y por eso he agasajado a los hombres de la provincia de Conchubar; Fergus me formó en combates y batallas, y por eso sé emplear mi fuerza. Amergin el poeta me tuvo en sus rodillas y fue mi maestro, y por eso puedo medirme con cualquiera, sé hacer alabanzas de los hechos de un rey. Finchoem ayudó a criarme, de modo que Conall Cearnach es mi hermano adoptivo. Cathbad del Rostro Gentil me enseñó, por amor a Dechtire, y así conozco las artes de los druidas, y he aprendido todo el meollo del conocimiento. Todos los hombres del Ulster han tenido parte en mi educación, conductores de carros y jefes de carros, reyes y poetas principales, de suerte que ahora soy el favorito del ejército entero, de suerte que lucho por el honor de todos por igual. Y en cuanto a ti, Emer, ¿de qué manera te han criado en el Jardín de Lugh?

—Eso es fácil decírtelo —dijo Emer—. Me educaron en las virtudes antiguas, en

la conducta debida, en la custodia de la castidad, en el señorío de la forma, en el rango de reina, en todas las costumbres nobles de las mujeres de Irlanda.

—Buenas virtudes son éstas, en efecto —dijo Cuchulain—. Y siendo así, ¿no sería bueno que los dos fuéramos uno solo? Pues hasta ahora no he hallado a ninguna muchacha que pudiera conversar conmigo como tú lo has hecho.

—¿Aún no tienes mujer? —dijo Emer.

—No, por cierto.

—Yo no me puedo casar antes que mi hermana —dijo ella entonces—, porque es mayor que yo.

—En verdad que no es de tu hermana, sino de ti de quien me he enamorado —dijo Cuchulain.

Mientras estaban hablando de esto, Cuchulain vio los pechos de la doncella por encima del corpiño de su vestido, y dijo: «Hermoso es este llano, el llano del noble yugo.»

Y Emer dijo: «Nadie viene a este llano si antes no vence a cien en cada vado, desde el vado de Ailbine hasta Banchuig Arcait.»

—Hermoso es el llano, el llano del noble yugo —dijo Cuchulain.

—Nadie viene, a este llano —dijo ella— si antes no va seguro de *samhain* a *oimell*, y de *oimell* a *beltaine*, y otra vez de *beltaine* a *trogain*.

—Todo lo que has mandado, todo eso haré —dijo Cuchulain.

—Y el ofrecimiento que tú me has hecho, aceptado está, tomado está, concedido está —dijo Emer.

Con eso Cuchulain se marchó, y aquel día no hablaron más el uno con el otro.

Cuando iban en el carro cruzando el llano de Bregia, Laeg, el conductor, le preguntó: «¿Qué significaban las palabras que hablabas con la doncella Emer?»

—¿No sabes —dijo Cuchulain— que he venido a cortejar a Emer? Por eso tendimos un manto sobre nuestras palabras, para que las muchachas que con ella estaban no entendieran a qué venía yo. Porque si Forgall lo supiera, no lo consentiría; pero a ti, Laeg, te contaré lo que significaba nuestra charla.

—“¿De dónde venís?”, dijo ella. “De Intide Emna”, dije yo, y con eso quise decir de Emain Macha. Pues el nombre le viene de Macha, hija de Aed el Rojo, uno de los tres reyes de Irlanda. Cuando él murió Macha pidió la realeza, pero los hijos de Dithorba dijeron que no se la darían a una mujer. De modo que peleó con ellos y los venció, y se fueron desterrados a los yermos de Connaught. Y pasado un tiempo fue ella a buscarlos, y los apresó a traición, y en una sola cadena se los llevó al Ulster. Los hombres del Ulster querían matarlos, pero ella dijo: “No, que eso sería un baldón sobre mi buen gobierno. Mejor que sean mis servidores y que levanten para mí una fortaleza que sea la capital del Ulster para siempre.” Después les marcó la traza de la fortaleza con el alfiler de oro que llevaba al cuello, y de ahí le vino el nombre: broche que Macha lleva al cuello.

»El hombre en cuya casa dormimos es Ronca, el pescador de Conchubar. “Un

hombre que guarda el ganado”, dije. Porque atrapa peces con su sedal bajo el mar, y los peces son el ganado del mar, y el mar es el llano de Tethra, rey de los reyes de los fomores.

»“Lo que comimos fue la ruina de un carro”, dije. Porque guisaron para nosotros un potro en la lumbre, y es el caballo lo que sostiene el carro.

»“Entre las dos montañas del bosque”, dije. Ésas son las dos montañas entre las que pasamos para venir, Slieve Fuad al oeste y Slieve Cuilinn al este, y estuvimos entre ellas en Oircil, el bosque que hay entre las dos.

»“El camino”, dije, “desde la Cubierta del Mar”. Eso es desde el llano de Muirthemne. Y es de esto de donde toma su nombre: hubo antaño en él un mar mágico, y en el mar una tortuga marina que sorbía a los hombres y los arrastraba al fondo, hasta que llegó el Dagda con su maza de cólera y cantó estas palabras, con las que el mar se retiró al momento:

*Silencio sobre tu cabeza hueca;
silencio sobre tu cuerpo oscuro;
silencio sobre tu oscura frente.*

»“Por el Gran Secreto de los hombres de Dea”, dije. Eso es un secreto maravilloso y un susurro maravilloso, porque fue allí donde por primera vez los tuatha de danaan se hablaron al oído de reunirse para la batalla de Magh Tuireadh.

»“Por los caballos de Emain”, dije. Cuando Ema Nemed, hijo de Nama, reinaba sobre los celtas, hizo que le criaran dos caballos en Sidhe Ercman de los tuatha de danaan, y cuando soltaron a aquellos caballos desde el Sidhe, surgió tras ellos un claro torrente, y la espuma cubrió la tierra durante largo tiempo, y estuvo allí hasta un año entero, de modo que al agua la llamaron Uanib, que quiere decir espuma sobre el agua, y Uanib es hoy.

»“El Lomo de la Gran Puerca”, dije. Eso es Drimne Breg, la Linde de Bregin. Porque a los hijos de Miled se les aparecía la figura de una puerca sobre cada cerro y cada altura de Irlanda, cuando vinieron de allende el mar, y quisieron desembarcar por la fuerza, después de que los tuatha de danaan hicieran un encantamiento.

»“El Valle de la Gran Hembra”, dije, “entre el Dios y su Druida”. Esto es, entre Angus Og de los sidhes del Brugh y su Druida, al oeste del Brugh, y entre ellos estaba la única mujer, la mujer del Herrero. Ése es el camino que seguí, entre el monte de los sidhes del Brugh, donde está Angus, y los sidhes de Bresal el Druida.

»“Por el Tuétano de la Mujer”, dije. Eso es el Boinne, que toma su nombre de Boann, la mujer de Nechtan, hijo de Labraid. Bajó al pozo escondido en lo hondo del castillo con los tres coperos de Nechtan: Flex, Lex y Luam. Nadie volvía sin mancilla de aquel pozo a menos que los tres coperos fueran con él. Pero la reina fue al pozo por soberbia y engreimiento, diciendo que a ella nada la podía desfigurar ni mancillar. Rodeó el pozo de derecha a izquierda, para hacer burla de sus poderes. Entonces

rompieron sobre ella tres olas, y le magullaron las dos rodillas y la mano derecha y un ojo, y ella escapó corriendo del castillo hasta que llegó al mar, y allí donde corriera iba el agua tras ella. Segain se llamó el agua en el castillo; río Segsa, desde el castillo hasta la Laguna de Mochua; la Mano de la Mujer de Nechtan y la Rodilla de la Mujer de Nechtan, desde ahí; el Boinne en Meath; Arcait se llama desde el Finda hasta el Troma; el Tuétano de la Mujer, desde el Troma hasta el mar.

»“El Jabalí”, dije, “y su Hembra”. Eso quiere decir entre Cleitech y Fessi. Porque Cleitech es como se llama el jabalí, pero también quiere decir rey, caudillo de grandes huestes, y Fessi es como se llama la puerca grande que tiene en su casa el labrador.

»“El Rey de Ana”, dije, “y su Sirviente”. Eso es Cerna, por donde pasamos, y se llama así desde que Enna Aigneich dio muerte a Cerna, rey de Ana, sobre ese monte, y dio muerte a su mayordomo más al este.

»“El Lavadero de los Caballos de Dea”, dije. Eso es Ange, porque allí lavaron sus caballos los hombres de Dea cuando venían de la batalla de Magh Tuireadh. Y se llamó Ange, porque allí lavaban sus caballos los tuatha de danaan.

»“El Mandchuile de las Cuatro Esquinas”, dije. Eso es Muincille. Allí es donde estaba el labrador Mann, y allí hizo encantamientos en sus grandes cámaras de cuatro esquinas bajo tierra, para resguardar de la peste a los ganados de Irlanda en tiempos de Bresel Bree, rey de Leinster.

»“Gran Crimen”, dije. Eso es Ailbine. Hubo aquí en Irlanda un rey llamado Ruad, hijo de Rigdond de Munster. Tenía una cita con extranjeros, y partió para el encuentro rodeando el sur de Alban con tres naves, y treinta hombres en cada nave. Pero las naves se detuvieron, sujetas desde abajo en mitad del mar, y ni arrojando joyas y objetos preciosos al mar se soltaron. Entonces se echó a suertes quién debía entrar en el mar para ver qué era lo que las tenía sujetas. Y le tocó ir al propio rey Ruad, hijo de Rigdond, y saltó al mar, y el mar se cerró sobre él. Cayó en un gran llano, donde le recibieron nueve hermosas mujeres, y confesaron ser ellas las que habían detenido las naves, para que así viniera con ellas. Y él se estuvo con ellas nueve días, y le dieron nueve vasijas de oro; y durante todo ese tiempo no pudieron sus hombres seguir adelante, por el poder de las mujeres. Cuando él ya se marchaba, una de las mujeres dijo que le daría un hijo, y que debía volver con ellas para llevarse a su hijo, cuando regresara del este.

»Entonces volvió junto a sus hombres, y siguieron su viaje; y estuvieron fuera siete años, y luego regresaron por otro camino, sin pasar por cerca del mismo lugar. Desembarcaron en la bahía, y las mujeres marinas se llegaron cerca de ellos, y los hombres las oyeron hacer música en su nave broncínea. Y luego las mujeres vinieron a la orilla, y sacando al niño le dejaron en tierra, donde estaban los hombres. El puerto era rocoso y pedregoso, y el chiquillo resbaló y se dio contra una roca, de suerte que allí murió. Y al verlo las mujeres, gritaron todas a una: “Olbine, Olbine”, que quiere decir “Gran Crimen”. Y por eso se llama Ailbine.

»“Los Restos del Gran Banquete”, dije. Eso es Tailne. Fue allí donde dieron el

gran banquete a Lugh, hijo de Ethlenn, para confortarle después de la batalla de Magh Tuireadh, pues ésa fue su fiesta de bodas de la realeza.

»“En el Jardín de Lugh, a las hijas del sobrino de Tethra”, dije; porque Forgall Manach es hijo de una hermana de Tethra, rey de los fomores.

»En cuanto a lo que le dije de mí, hay dos ríos en la tierra de Ross; Conchubar es el nombre de uno de ellos, y se mezcla con el otro; yo soy sobrino de Conchubar; y en cuanto a la peste que les viene a los perros, es la fiereza salvaje, y en verdad que yo soy un fuerte luchador de esa peste, pues soy salvaje y fiero en batallas y combates. Y el Bosque de Badb, ésa es la tierra de Ross, el Bosque de la Morrigu, la Corneja de las Batallas, la Diosa de las Batallas.

»Y cuando ella dijo que ningún hombre podía llegar hasta el llano de sus pechos si antes no había matado a veintisiete hombres de un golpe, y empero hubiera salvado a un hombre de cada nueve, quería decir que tres hermanos suyos la estarán guardando, Ibur, Seibur y Catt, y una compañía de nueve hombres con cada uno de ellos. Y lo que yo tengo que hacer es asestar un golpe a cada nueve, del cual morirán ocho, pero ninguno de los hermanos que haya con ellos será alcanzado; y tengo que sacarlas a ella y a su hermana adoptiva, con su parte de oro y plata, del castillo de Forgall.

»“Ve de *samhain* a *oimell*”, dijo. Esto es, que yo luche sin daño para mí desde *samhain*, el fin del verano, hasta *oimell*, el comienzo de la primavera; y desde el comienzo de la primavera hasta *beltaine*, y desde ahí hasta *bron trogain*. Pues *oi*, en el lenguaje de la poesía, quiere decir ovejas, y *oimell* es el tiempo en que salen las ovejas y se las ordeña, y *suain* es un sonido suave, y en *samhain* es donde suenan voces suaves; y *beltaine* es un fuego propicio; pues en ese tiempo era cuando los druidas solían hacer fogatas con encantamientos y hacer pasar entre ellas los rebaños para guardarlos de las plagas, todos los años. Y *bron trogain* es el comienzo del otoño, porque es entonces cuando la tierra está de parto, esto es, la tierra bajo fruto, *bron trogain*, la tribulación de la tierra.»

Siguió su camino Cuchulain, y aquella noche durmió en Emain Macha.

Cuando Forgall regresó a su castillo, y sus señores de tierras con él, sus hijas les contaron que había venido un joven en un carro espléndido, y que él y Emer habían estado hablando, y que ellas no entendían lo que se decían. Los señores de tierras le refirieron esto a Forgall, y él dijo: «Tened por seguro que es el chico loco de Emain Macha el que ha estado aquí, y que él y la muchacha se han enamorado el uno del otro. Pero nada sacarán con eso, porque yo se lo estorbaré.»

Con esto Forgall se fue a Emain vestido de forastero, e hizo correr la voz de que le enviaba el rey de los gall a hablar con Conchubar, y a llevarle un presente de tesoros de oro, y vino de los gall, con muchas otras cosas. Llevó consigo a algunos de sus hombres, y les hicieron un gran recibimiento.

Y al tercer día Cuchulain y Conall y otros jefes de carros del Ulster fueron alabados delante de él, y él dijo que era justo que se les alabara, y que hacían hazañas

maravillosas, y Cuchulain más que ninguno. Pero dijo que si Cuchulain iba a Scathach, la mujer guerrera que habitaba en el este de Alban, su destreza sería todavía más maravillosa, pues sin eso no podía tener perfecto conocimiento de las proezas que debe saber un guerrero.

Pero lo decía porque pensaba que, si Cuchulain se iba, no regresaría jamás, por los peligros que él iba a ponerle en el viaje, y por la selvaticidad y fiereza de las gentes que habitaban donde Scathach.

Así que Forgall se fue a su casa, y Cuchulain se levantó por la mañana, y se dispuso a partir hacia Alban; y Laegaire Buadach, el Vencedor en Batallas, y Conall Cearnach dijeron que irían con él. Pero primero Cuchulain cruzó el llano de Bregia para visitar a Emer, y hablar con ella antes de embarcarse. Y ella le contó cómo Forgall había ido a Emain, y le había aconsejado que fuera a aprender proezas de guerrero, para que así ellos dos no volvieran a verse. Entonces cada uno de ellos prometió ser fiel al otro hasta que volvieran a encontrarse, a menos que la muerte se interpusiera entre ellos, y se dijeron adiós, y Cuchulain marchó hacia Alban.

Cuando llegaron allí, se detuvieron un tiempo en la forja de Donall el herrero, y después fueron al este de Alban. Pero no habían ido muy lejos cuando ante sus ojos se ofreció una visión de Emain Macha, y Laegaire y Conall no pudieron pasar de largo, y se dieron la vuelta. Era Forgall el que había alzado aquella visión, para apartarlos de Cuchulain y que éste, yendo solo, estuviera en más peligro. Siguió Cuchulain él solo por un camino que no conocía, y estaba triste y cansado y abatido por la pérdida de sus compañeros; pero quería mantener su palabra de no volver a Emain sin encontrar a Scathach, aunque muriera en el empeño.

Iba extraviado e ignorante, sin saber qué dirección tomar, y vio que una bestia grande y terrible, como un león, venía hacia él y le vigilaba, pero sin intentar hacerle daño. Dondequiera que fuese, la bestia iba delante de él, y luego se paraba y le volvía el costado. Así que Cuchulain dio un salto y se le subió a los lomos, y no la guió, sino que la dejó ir por donde quisiera. De esta manera viajaron por espacio de cuatro días, hasta llegar al último confín de los hombres, y a una isla donde unos chiquillos estaban remando en un *loch* pequeño; y los chiquillos se echaron a reír cuando vieron una bestia de aquella catadura, y un hombre cabalgando sobre ella. Entonces Cuchulain desmontó, y la bestia le dejó, y él le dijo adiós.

Siguió adelante hasta una casa grande que había en un valle profundo, y en la casa estaba una muchacha agraciada; y la muchacha le habló y le dio la bienvenida. «Bienvenido seas, Cuchulain», dijo. Preguntóle él cómo le conocía, y ella dijo: «Yo era hija adoptiva de Wulfkin el sajón, cuando tú viniste aquí para aprender de él el buen hablar.» Y le dio de comer y de beber, y luego él se marchó. Entonces se encontró con un muchacho, y éste le dio la misma bienvenida, y dijo llamarse Eochu; y conversaron, y Cuchulain le preguntó por dónde se iba al castillo de Scathach. El muchacho le mostró el camino, que era cruzando el Llano de la Mala Fortuna, que se extendía ante él, y le dijo que del lado de acá del llano los pies de los hombres se

pegaban al suelo, y del lado de allá cada hoja de hierba se levantaba y los sujetaba con la punta. Y le dio una rueda, y le dijo que siguiera su rodada hasta el medio del llano. Y le dio también una manzana, y le dijo que la tirase, y que la siguiera doquiera que fuese, hasta llegar al término del llano. Y le habló de muchas otras cosas que le habían de suceder, y de cómo al final se haría un gran nombre. Después cada uno deseó bendiciones al otro, y Cuchulain hizo como se le había dicho, y así atravesó el llano y prosiguió su viaje. Y entonces, según le había dicho el muchacho, llegó a un valle, y el valle estaba lleno de monstruos, que Forgall había mandado allí para destruirle; y sólo había un sendero estrecho para pasarlo, pero Cuchulain lo pasó sano y salvo. Después tuvo que ir por una montaña agreste y terrible. Luego llegó a donde estaban los discípulos de Scathach, y entre ellos vio a Ferdiad, hijo de Daman, y a Naoise, Ainnle y Ardan, los tres hijos de Usnach; y cuando supieron que venía de Irlanda le recibieron con besos, y le pidieron nuevas del país de todos. Él les preguntó dónde estaba Scathach.

—En aquella isla de allá —dijeron.

—¿Qué camino debo tomar para llegar hasta ella? —preguntó.

—Por el puente del peñasco —dijeron—; ningún hombre lo puede pasar sin antes haber demostrado ser campeón, y más de un hijo de rey ha encontrado ahí la muerte.

Y así era el puente: sus dos extremos eran bajos, y el medio era alto; y cuando alguien quería subirse a él de un salto, la primera vez se estrechaba hasta quedar del grueso de un cabello, y la segunda vez se acortaba hasta quedar del largo de una pulgada, y la tercera vez se hacía resbaladizo como una anguila del río, y la cuarta vez se alzaba tan alto como el palo de una nave.

Todos los guerreros y gentes que estaban en el prado bajaron a ver cómo intentaba Cuchulain pasar el puente, y él lo intentó tres veces, y no pudo; y los otros se reían de él, por creerse capaz de cruzarlo, siendo tan joven. Entonces la ira se apoderó de él, y la luz de héroe brilló alrededor de su cabeza, y ya no era su aspecto el de un hombre, sino el de un dios; y saltó sobre el extremo del puente e hizo el salto de salmón del héroe, de tal suerte que fue a caer en el medio, y alcanzó el otro lado antes de que el puente se pudiera alzar del todo, y se arrojó de él; y se halló en el suelo de la isla donde estaba la casa soleada de Scathach, que tenía siete grandes puertas, y siete grandes ventanas entre cada dos puertas, y ciento cincuenta lechos entre cada dos ventanas, y ciento cincuenta muchachas, vistiendo mantos escarlata y bellos ropajes azules, que servían a Scathach.

Y Uathach, la hija de Scathach, estaba sentada a la ventana, y cuando vio que aquel joven, un forastero, y el más apuesto de los hombres de Irlanda, intentaba pasar el puente, le amó; y su rostro y su color empezaron a cambiar continuamente, de suerte que tan pronto estaba blanca como una florecida, tan pronto de color rojo encendido. Y en la labor que estaba cosiendo, ponía el hilo de oro donde debía ser hilo de plata, y el hilo de plata donde debía ser hilo de oro. Y cuando Scathach lo vio, dijo: «Creo que te ha agradado ese muchacho.» Y dijo Uathach: «Grande en verdad

sería mi pena si no volviera vivo junto a los suyos, en cualquier parte del mundo que estén, pues sin duda ha de haber alguien que sentiría gran angustia si supiera en qué paso está ahora.»

Cuando Cuchulain hubo pasado el puente, se llegó hasta la casa, y tocó en la puerta con el asta de su lanza, de manera que la atravesó. Y cuando se lo contaron a Scathach, ella dijo: «En verdad que tiene que ser alguien que ha terminado su adiestramiento en otro sitio.» Entonces Uathach le abrió la puerta, y él preguntó por Scathach, y Uathach le dijo dónde estaba, y lo que más le convenía hacer cuando la encontrase. Conque salió Cuchulain al lugar donde Scathach estaba enseñando a sus dos hijos, Cuar y Cett, al pie del gran tejo; y sacando la espada le puso la punta entre los pechos, y la amenazó de muerte espantosa si no le tomaba por discípulo y le enseñaba toda su destreza con las armas. De modo que ella le prometió que así lo haría.

Y estando Cuchulain con Scathach sucedió que un gran rey de Munster, Lugaid, hijo de Ros, pasó al norte con doce jefes de carro para buscar esposa entre las hijas de los hombres de Mac Rossa, pero todas estaban ya prometidas.

Cuando Forgall Manach lo supo, fue a Emain, y le dijo a Lugaid que la mejor de las doncellas de Irlanda, en figura lo mismo que en comportamiento y habilidad, la tenía él sin casar. Lugaid dijo que mucho le complacía esa noticia, y Forgall le prometió a su hija Emer en matrimonio. Y a los doce jefes de carro que estaban con él les prometió doce hijas de doce señores de tierras de Bregia, y Lugaid regresó con él a su castillo para la boda.

Pero cuando llevaron a Emer ante Lugaid para que tomara asiento a su lado, ella le puso las manos sobre las mejillas, y le dijo por la verdad de su buen nombre y de su vida que era a Cuchulain al que amaba, aunque su padre estaba contra él, y que nadie que fuese hombre de honor la forzaría a ser su esposa.

Entonces Lugaid no se atrevió a tomarla, porque tuvo miedo de Cuchulain, y así se volvió a su casa.

En cuanto a Cuchulain, cuando llevaba ya un buen tiempo con Scathach se entabló una guerra entre ésta y Aoife, que era reina de las tribus circundantes. Salieron los ejércitos a luchar, pero Cuchulain no iba con ellos, porque Scathach le había dado un narcótico para tenerle tranquilo y a salvo hasta que la lucha hubiera acabado; pues temía que sufriera algún daño si se enfrentaba a Aoife, que era la mayor mujer guerrera del mundo, y entendía de encantamientos y brujería. Pero al cabo de una hora Cuchulain despertó de su sueño, porque el narcótico que a otro hombre hubiera sujetado durante un día y una noche, a él le sujetó sólo ese tiempo. Y fue en pos del ejército, y encontró a los dos hijos de Scathach, y los tres marcharon contra los tres hijos de Ilsuanach, tres de los mejores guerreros de Aoife, y a manos de Cuchulain fueron muertos, uno tras otro.

A la mañana del día siguiente recomenzó la lucha, y los dos hijos de Scathach subían por la senda de las proezas para luchar contra otros tres de los mejores

campeones de Aoife, Cire, Bire y Blaicne, hijos de Ess Enchenn. Cuando Scathach los vio subir, suspiró, porque temía por sus dos hijos; pero en aquel mismo momento llegaba junto a ellos Cuchulain, y de un salto se les adelantó en la senda de las proezas, y se enfrentó a los tres campeones, y los tres cayeron por su mano.

Cuando Aoife vio que mataban a sus mejores campeones, desafió a Scathach a luchar con ella, pero fue Cuchulain en su lugar. Y antes de ir le preguntó a Scathach: «¿Qué es lo que más estima Aoife en el mundo?» «Sus dos caballos, su carro y su conductor», dijo Scathach.

Acometiéronse, pues, Cuchulain y Aoife, y entablaron una lucha fiera; y ella rompió en pedazos la lanza de Cuchulain, y le partió la espada por la empuñadura. Entonces Cuchulain gritó: «¡Mirad, el carro y los caballos y el conductor de Aoife se han caído al valle y se han perdido!» Al oír esto Aoife miró en derredor, y Cuchulain la asió de improviso y se la echó a los hombros, y la bajó a donde estaba el ejército, y la tendió en el suelo, y le puso la espada al pecho; y ella suplicó por su vida, y él se la perdonó. Después de esto Aoife hizo las paces con Scathach, y se obligó con fianzas a no volver a atacarla. Y dio su amor a Cuchulain; y de ese amor vino después gran aflicción.

Y según Cuchulain volvía a casa por el sendero estrecho, encontró a una vieja bruja que era ciega del ojo izquierdo. Ella le pidió que le dejara sitio para pasar, pero él dijo que en aquel sendero no lo había, a menos que se arrojase él por el gran precipicio que había a un lado, sobre el mar. Pero ella volvió a pedirle paso franco, y él, por no negárselo, se descolgó por el precipicio, sujetándose al camino con una sola mano. Entonces se acercó la bruja, y al pasar le dio en la mano un puntapié, para que se soltase y cayese al mar. Pero ante eso él de un salto volvió al sendero, y le cortó la cabeza a la bruja. Porque era Ess Enchenn, la madre de los tres últimos guerreros que habían Caído frente a él, y había salido a su encuentro para aniquilarle, pues sabía que, en atención a sus reglas de campeón, le dejaría paso cuando ella se lo pidiese.

Después de esto Cuchulain se estuvo otro tiempo con Scathach, hasta que hubo aprendido todas las artes de la guerra y todas las proezas de un campeón; y entonces le llegó un mensaje donde se le decía que volviera a su país, y se despidió de ella. Y Scathach le relató lo que había de sucederle en el porvenir, pues poseía el don de los druidas; y le dijo que le esperaban grandes peligros, y que habría de luchar contra grandes ejércitos, él solo; y que dispersaría a sus enemigos, de modo que su nombre volvería a oírse en Alban; pero que su vida no sería larga, porque moriría en la flor de su edad.

Entonces Cuchulain se embarcó para Irlanda, y en el mismo barco iban con él Lugaid y Luan, los dos hijos de Loch, y Ferbaeth y Larin y Ferdiad, y Durst, hijo de Derb.

La noche de *samhain* arribaron a la isla de Rechrainn, y Cuchulain, dejando la nave, bajó a la playa. Y estando allí oyó un llanto, y vio a una muchacha hermosa que estaba allí sola sentada. Preguntóle quién era, y cuál era su mal, y ella le dijo que era

Devorgill, hija del rey de Rechrainn, y que todos los años su padre tenía que pagar un gravoso tributo a los fomores, y que este año, no pudiendo pagarlo, le habían obligado a dejarla a ella allí junto al mar, hasta que ellos vinieran a llevársela.

—¿De dónde vienen esos hombres? —preguntó Cuchulain.

—De aquel país lejano de allá —dijo ella—; tú no te detengas aquí, no sea que te vean cuando vengan.

Pero Cuchulain no quiso abandonarla. Y a poco desembarcaron en la bahía tres hombres fieros de los fomores, y derechamente se encaminaron a donde estaba la muchacha. Pero antes de que pudieran ponerle la mano encima, Cuchulain se abalanzó sobre ellos y les dio muerte a los tres, uno tras otro. El último le hirió en el brazo, y la muchacha se arrancó una tira del vestido y se la dio para vendarse la herida. Luego marchó corriendo a casa de su padre y le contó todo lo que había sucedido. Después de esto Cuchulain fue a casa del rey, como cualquier otro huésped, y sus compañeros con él; y antes que ellos habían llegado allí Conall Cearnach y Laegaire Buadach, que iban enviados de Emain Macha para cobrar el tributo; pues en aquel tiempo todas las islas del Gall pagaban tributo al Ulster.

Y estaban todos hablando de cómo se había salvado Devorgill, y algunos se jactaban de haber sido sus salvadores, pues ella no estaba cierta de quién fuera el que vino a ella, por la oscuridad del crepúsculo. Lleváronles entonces agua para que todos se lavaran antes de entrar en el banquete; y cuando le llegó el turno a Cuchulain de descubrirse los brazos, supo ella, por la tira de su vestido que llevaba liada, que había sido él su salvador. «Yo te daré a la muchacha por esposa», dijo el rey, «y yo mismo le pondré la dote» «No habrá tal», dijo Cuchulain, «pues debo regresar a Irlanda sin tardanza.»

Volvióse, pues, a Emain Macha, y contó toda su historia y todo lo que le había acontecido. Y tan pronto como hubo descansado del viaje partió para ir a ver a Emer en la casa de su padre. Pero Forgall y sus hijos habían sabido que estaba ya de vuelta, y de tal modo fortificaron el lugar, y tan bien lo guardaron, que pasó un año entero sin que él pudiese verla siquiera.

Un día bajó a la orilla de Lough Cuan con Laeg, el conductor de su carro, y con Lugaid. Y estando allí vieron que sobre el mar venían dos aves. Cuchulain puso una piedra en su honda y se la arrojó, y alcanzó a una. Y cuando llegaron donde estaban las aves, en su lugar hallaron dos mujeres, una de ellas la más hermosa del mundo; eran Devorgill, la hija del rey de Rechrainn, que había venido de su país en busca de Cuchulain, y su doncella que la acompañaba; y era a Devorgill a la que Cuchulain había alcanzado con la piedra. «Mal has obrado, Cuchulain», dijo Devorgill, «pues en tu busca venía, y mira cómo me has herido.» Entonces Cuchulain puso su boca sobre la herida, y aspirando sacó la piedra, y sangre con ella. Y dijo: «No puedes ser mi esposa, porque he bebido tu sangre. Pero te daré a mi compañero, a Lugaid de las Bandas Rojas.» Y así se hizo, y Lugaid le dio su amor mientras ella vivió, y cuando ella murió, él murió de la pena de estar sin ella.

Después de esto Cuchulain hizo aparejar su carro falcado, y de nuevo partió hacia el castillo de Forgall. Cuando llegó, dio su salto de héroe sobre los tres muros, de modo que se halló dentro del patio, y allí dio tres acometidas, de modo que de cada ataque cayeron ocho hombres, pero uno escapó de cada grupo de nueve; eran los tres hermanos de Emer, Seibur, Ibur y Catt. Y Forgall saltó del muro del patio para escapar de Cuchulain, pero falló y de la caída se mató.

Después Cuchulain volvió a salir, y se llevó con él a Emer y a su hermana adoptiva, con sus dos cargas de oro y plata.

Entonces oyeron voces por todas partes, y Scenmend, la hermana de Forgall, vino tras ellos con sus hombres, y los alcanzó en el vado; y Cuchulain la mató en la pelea, y por eso se llama el vado de Scenmend. Y sus hombres volvieron a acometerlos en el vado siguiente, y allí Cuchulain dio muerte a un centenar. «Gran hazaña es lo que has hecho», dijo Emer. «Has dado muerte a cien hombres bien armados; y Glondath, el vado de las Hazañas, será el nombre de este lugar para siempre.» Luego salieron a Raeban, el campo blanco, y allí Cuchulain asestó tres grandes golpes airados a sus enemigos, de suerte que por todas partes corrieron ríos de sangre. «Este cerro blanco es hoy un cerro de terrones rojos, por obra tuya, Cuchulain», dijo Emer. Y desde entonces se llama vado de los Terrones.

Luego volvieron a ser alcanzados junto a otro vado del Boinne, y Emer se apeó del carro, y Cuchulain siguió a sus enemigos por las riberas, de modo que los terrones que levantaban los cascos de los caballos salían volando por encima del vado hacia el norte; y después giró y los siguió hacia el norte, de modo que los terrones volaban por encima del vado hacia el sur. Y por esa razón se llama Ath na Imfuait, el vado de los Dos Terrones. En cada uno de esos vados Cuchulain mató cien hombres, y así cumplió la palabra dada a Emer, y salió de todo sano y salvo; y al anochecer llegaron a Emain Macha.

Entonces le fue otorgada a Cuchulain la jefatura de los jóvenes del Ulster, de los guerreros, los poetas, los trompeteros, los músicos, los tres flautistas, los tres bufones que decían palabras acerbadas; los tres repartidores de fama. De ellos habló el poeta, y dio sus nombres y dijo: «Los jóvenes de Irlanda, cuando estaban en la Rama Roja, eran los mejores anfitriones.» Y de Cuchulain dijo: «Es tan duro como el acero e igual de brillante, Cuchulain, el victorioso hijo de Dechtire.»

Entonces Cuchulain tomó a Emer por esposa, después de tan largo tiempo de estar cortejándola y de todas las penalidades que había pasado. Y la llevó a la Casa de la Rama Roja, y Conchubar y todos los jefes del Ulster le hicieron un gran recibimiento.

Era en Emain Macha, que a veces se llamaba Macha de las Lanzas, donde Conchubar, el Gran Rey, tenía la Eachrais Uladh, la Casa de Asambleas del Ulster, y allí tenía su palacio principal.

Hermoso era el palacio, y tenía dentro tres casas, la Casa Real, la Casa Jaspeada y la Casa de la Rama Roja.

En la Casa Real había ciento cincuenta aposentos, y las paredes eran de tejo rojo, con remaches de cobre. Y el cuarto de Conchubar estaba a ras del suelo, y tenía las paredes revestidas de bronce, y de plata por arriba, con pájaros de oro encima, y en las cabezas de éstos, brillantes carbunclos incrustados; y había nueve tabiques del hogar a la pared, y la altura de cada tabique era de treinta pies. Y había delante de Conchubar una vara de plata con tres manzanas de oro, y cuando él movía la vara o la golpeaba, toda la casa quedaba en silencio.

En la Casa de la Rama Roja se guardaban las cabezas y las armas de los enemigos vencidos, y en la Casa Jaspeada se guardaban las espadas, los escudos y las lanzas de los héroes del Ulster. Y se llamaba la Casa Jaspeada por el brillo y los colores de las empuñaduras de las espadas, y las brillantes lanzas, verdes o grises, ceñidas de anillos y bandas de plata y oro, y el oro y la plata que había en los cercos y bloca^[1]s de los escudos, y el brillo de las copas y de las aliaras.

Era costumbre entre los hombres de la Rama Roja que, si uno oía una palabra insultante, tomase satisfacción al momento. Hasta en la sala de banquetes se levantaba y acometía; y para evitarlo se guardaban las armas juntas en un sitio. Allí estaba colgado el escudo de Conchubar, el Ochain, que quiere decir el Gemidor; siempre que Conchubar se hallaba en peligro, el Ochain gemía, y todos los escudos del Ulster gemían en respuesta. Y allí estaba el Lamtapaid de Conall Cearnach, la Mano Veloz. Y el Leochain de Fergus, y el Uathach de Dubthach, y el Nithach de Laegaire; y el Sciath-arglan de Sencha y el Comla Catha de Celthair, la Puerta de la Batalla, y muchos otros con éstos.

Y allí estaba el escudo de Cuchulain, y así es como lo consiguió.

Había una ley hecha por los hombres de la Rama Roja, según la cual la divisa tallada en cada escudo tenía que ser diferente de todas las demás. Y el hombre que hacía los escudos se llamaba Mac Enge. Fue Cuchulain a verle cuando volvió de estar con Scathach, y le mandó hacer un escudo, y ponerle una divisa nueva. «Eso no lo puedo hacer», dijo Mac Enge, «pues todo lo que sabía hacer lo he hecho ya en los escudos de los hombres del Ulster.» Entonces Cuchulain montó en cólera, y amenazó a Mac Enge con la muerte, tanto si estaba bajo la protección de Conchubar como si no.

Quedó Mac Enge muy corrido por lo que había pasado, y estaba pensando qué hacer cuando vio venir un hombre hacia él. «Algo te aflige», le dijo. «Así es, en efecto», dijo el escudero, «pues estoy en peligro de muerte si no hago un escudo para Cuchulain.» «Despeja tu taller», dijo el desconocido, «y esparce cenizas por el suelo hasta un palmo de alto.»

Y una vez hecho esto, Mac Enge vio que de nuevo venía hacia él el hombre saltándose el muro exterior, y que en la mano traía una horca de dos dientes. Y puso uno de los dientes en las cenizas, y con el otro hizo el dibujo que había que tallar en el escudo de Cuchulain. Y así fue como lo obtuvo Cuchulain, y llevó por nombre Dubhan, el Negro.

En cuanto a la espada de Cuchulain que colgaba junto al escudo, se llamaba la Cruaidin Cailidcheann, esto es, la Dura, de Cabeza Dura. Tenía la empuñadura de oro con adornos de plata, y si se doblaba hacia atrás la punta hasta la empuñadura, luego volvía a ponerse derecha como un huso. Cortaba un cabello en el agua, o un cabello de la cabeza sin tocar la piel, o partía un hombre en dos, y una de las mitades no echaba en falta a la otra hasta pasado un tiempo.

En cuanto a la lanza de Cuchulain, la Gae Bulg, se guardase o no en la Casa Jaspeada, he aquí cómo la consiguió. Había una vez dos monstruos peleándose en el mar, de nombre el Curruid y el Coinchenn, y al cabo el Coinchenn se volvió hacia la playa para escapar, pero el otro le siguió y le mató allí.

Después Bolg, hijo de Buan, un campeón de la parte oriental del mundo, encontró en la playa los huesos del Coinchenn, y se hizo con ellos una lanza. Y se la dio a un gran luchador, el hijo de Jubar, y de uno a otro fue pasando hasta que llegó a la mujer campeona Aoife. Y Aoife se la dio a Cuchulain, y él se la llevó a Irlanda. Y fue con ella con lo que mató a su propio hijo, y más tarde a su amigo Ferdiad.

Los de la casa de Conchubar eran trescientos sesenta y cinco hombres; cada uno de ellos servía la cena una noche, y al término de un año le volvía a tocar su turno. Y no era poca cosa la cena: carne de buey y de puerco y cerveza para todos los hombres. Pero los tres días de antes y los tres días de después de *samhain*, los jefes del Ulster se reunían a comer juntos en el palacio de Conchubar, y el propio Conchubar se encargaba de la cena en aquella fiesta; pues todo aquel que no acudiera en la noche de *samhain* perdía el juicio, y ya se podía contar con prepararle la tumba y ponerle encima la estela al día siguiente.

Eran muchos los grandes poetas y eruditos que venían a la corte de Conchubar, pues allí eran bien recibidos cuando los echaban de otros sitios. Entre ellos estaban Cathbad el Druida, y su hijo el carialegre Geanann, y Sencha, y Ferceirtne, que era muy docto, y Morann, que no podía dar sentencia errada, porque si lo hacía se le estrechaba el collar que llevaba al cuello; y muchos otros.

Hubo un tiempo en que Adhna fue el poeta mayor de allí, y, cuando murió, Athairne fue nombrado poeta mayor del Ulster en su lugar. Pero Neidhe, hijo de Adhna, volvió de Alban con esperanzas de ser nombrado poeta mayor. Fueron las olas del mar, al romper en la orilla donde estaba, las que le dieron la nueva de la muerte de su padre. Y cuando llegó a Emain, fue al palacio y se sentó en el sitio del poeta mayor, que halló vacío; y se envolvió en el manto del poeta mayor, que estaba allí tirado, y que estaba ornado de bellas plumas de ave. Entonces entró Athairne y le encontró allí, y se pusieron a disputar en el lenguaje de la poesía; y Conchubar y todos los jefes del Ulster vinieron a escucharlos, y algunos de los otros poetas se unieron a la disputa.

Y Neidhe demostró ser el mejor; pero tan pronto como se dio sentencia en su favor, se bajó del sitio, y quitándose el manto se lo puso a Athairne, diciendo que, muerto su padre, a él tomaba por maestro.

Así que Athairne fue poeta mayor, pero nadie le tenía mucho afecto, porque era demasiado amigo de las riquezas, y nada hospitalario ni generoso. Fue a Midhir, y se trajo de allí en secreto sus tres grullas de la rudeza y la negación, de suerte que ninguno de los hombres de Irlanda hallaba buena acogida si iba a su casa a pedir algo. «No vengas, no vengas», decía la primera grulla. «Vete, vete», decía la segunda. «Aléjate de la casa, aléjate», decía la tercera a todo el que se acercaba.

Fue después de aquella disputa entre Athairne y Neidhe cuando el rey Conchubar hizo un cambio en las leyes. Pues venía siendo ley que nadie que no fuera poeta podía ser juez. Pero el lenguaje de los poetas era difícil de entender, y el rey se irritó al ver que no entendía sino una pequeña parte de su disputa. Así que dijo que de allí en adelante cualquier hombre digno podía ser juez, tanto si era poeta como si no. Y todo el pueblo convino en ello, y la nueva ley demostró al cabo ser muy acertada.

Los doce héroes principales de la Rama Roja de Conchubar eran éstos: Fergus, hijo de Rogh; Conall Cearnach, el Victorioso; Laegaire Buadach, el Vencedor en Batallas; Cuchulain, hijo de Sualtim; Eoghan, hijo de Durthact, jefe de Fernmaige; Celthair, hijo de Uthecar; Dubthach Doel Uladh, el Escarabajo del Ulster; Muinremar, hijo de Geirgind; Cethern, hijo de Findtain, y Naoise, Ainnle y Ardan, los tres hijos de Usnach.

IV

LA FIESTA DE BRICRIU Y LA GUERRA DE PALABRAS DE LAS MUJERES DEL ULSTER

UNA vez Bricriu de la Lengua Amarga dio una gran fiesta para Conchubar, hijo de Ness, y para todos los jefes del Ulster. Todo un año estuvo preparando la fiesta, y para darla se hizo una gran casa en Dun Rudraige. La construyó a imagen de la Casa de la Rama Roja de Emain, pero aventajaba con mucho a todas las construcciones de aquel tiempo en forma y sustancia, en traza y ornato, en pilares y revestimientos, en puertas y relieves, de suerte que en todas partes se hablaba de ella. Por dentro estaba hecha como la sala de banquetes de Emain, con nueve tabiques desde el hogar hasta la pared, y cada tabique revestido de bronce y por encima de oro, hasta treinta pies de alto. En la parte principal de la sala había un sitio regio hecho para Conchubar, mucho más alto que todos los restantes asientos de la casa. Tenía incrustados carbunclos y otras piedras preciosas de todos los colores, que lucían como oro y plata, de tal modo que igualaban la noche al día; y alrededor de él estaban los doce asientos de los doce héroes del Ulster.

Bueno como era el material, igual de buena era la obra hecha con él. Fueron menester seis caballos para transportar cada una de las vigas, y la fuerza de seis hombres para clavar cada uno de los postes, y en ordenar y dirigir la obra trabajaron treinta de los hombres más hábiles de Irlanda.

Después Bricriu se hizo para sí una solana, a ras con el sitio de Conchubar y los asientos de los héroes valerosos, y le puso toda clase de adornos, y ventanas de vidrio por todos los lados, para poder ver la sala desde su asiento, pues sabía que los hombres del Ulster no le dejarían permanecer dentro.

Cuando hubo acabado de construir la sala y la solana, y las hubo amueblado con colchas y cobertores, lechos y almohadas, y las hubo abastecido con toda clase de manjares y bebidas, de suerte que nada faltaba, partió hacia Emain Macha para ver a Conchubar y a los jefes del Ulster.

Sucedió que aquel día estaban todos reunidos en Emain Macha, y le dieron la bienvenida, y le hicieron sentarse al lado de Conchubar; y él les dijo a Conchubar y a todos: «Venid conmigo a una fiesta que tengo preparada.»

—Yo estoy dispuesto a ir —dijo Conchubar—, si los hombres del Ulster están dispuestos.

Pero Fergus, hijo de Rogh, y los demás dijeron: «No iremos, porque si vamos nuestros muertos serán más que nuestros vivos, después de que Bricriu nos haya puesto a reñir unos con otros»

—Peor será que no vayáis —dijo Bricriu.

—¿Qué harás si no van contigo? —dijo Conchubar.

—Moveré contienda —dijo Bricriu— entre los reyes y los jefes, y los héroes valerosos y los espadas, hasta que los unos acaben con los otros, si no vienen conmigo a gozar de mi fiesta.

—No iremos solo por darte gusto —dijo Conchubar.

—Moveré contienda entre el padre y el hijo, de suerte que sean la muerte el uno del otro —dijo Bricriu—; y si en eso fracasare, moveré contienda entre la madre y la hija; y si eso fracasare, pondré a los dos pechos de cada una de las mujeres del Ulster a golpearse uno al otro, hasta que se destruyan.

—Mejor es que vayamos —dijo Fergus.

—Consultemos con los jefes del Ulster —dijo Sencha, hijo de Ailell.

—Algún mal vendrá de esto —dijo Conchubar— si no consultamos entre nosotros contra este hombre.

Así que todos los jefes se reunieron en consejo, y he aquí lo que Sencha aconsejó: «Lo mejor es que tengáis bajo custodia a Bricriu, puesto que tenéis que ir con él; ponedle alrededor ocho espadas, que le hagan salir de la casa tan pronto como os haya servido el banquete.» De modo que Ferbenn Ferbeson, hijo de Conchubar, le llevó la respuesta a Bricriu. «Que me place», dijo Bricriu. Conque los hombres del Ulster partieron de Emain, huestes, tropas y compañías bajo el rey, los caudillos y los jefes, y fue una buena marcha la que hicieron todos hasta Dun-Rudraige.

Entonces se puso Bricriu a meditar cómo podría, con la custodia que le habían puesto, enfrentar a los hombres del Ulster unos con otros. Y luego de estar pensándolo un rato se llegó a Laegaire Buadach, hijo de Connad, hijo de Iliath.

—Todos los bienes sean contigo, Laegaire, Vencedor en Batallas, poderosa maza de Bregia, martillo caliente de Meath, rayo al rojo vivo; ¿qué te impide conseguir el campeonato de Irlanda para siempre?

—Si lo quiero lo puedo conseguir —dijo Laegaire.

—Serás la cabeza de todos los campeones de Irlanda —dijo Bricriu— si haces lo que yo te diga.

—Así lo haré, sin duda —dijo Laegaire.

—Pues bien —dijo Bricriu—: si puedes conseguir la Parte del Campeón en la fiesta de mi casa, el campeonato de Irlanda será tuyo para siempre. Y vale la pena de luchar por la Parte del Campeón de mi casa, porque no es la parte de la casa de un necio. Va con ella un tonel de buen vino, tan grande que daría cabida a tres hombres bravos del Ulster; con eso un jabalí de siete años, que desde que nació no se ha alimentado de otra cosa que leche fresca, y buena harina en primavera, cuajadas y leche entera en verano, nueces y trigo en el tiempo de la cosecha, y carne de buey y caldo en invierno; y además una novilla de siete años, que nunca tuvo en su boca, desde que era lechal, puntas de brezo ni de ramas, sino tan sólo leche entera y hierbas, heno de los prados y grano; y además cien tortas de trigo hechas con miel. Ésa es la Parte del Campeón de mi casa. Y puesto que tú eres el mejor entre los

héroes del Ulster, justo es dártela a ti; y ése es mi deseo, que tú la consigas. Al final del día, cuando el banquete esté servido, haz que el conductor de tu carro se levante, que a él le será entregada la Parte del Campeón.

—Habrá hombres muertos si no se hace así —dijo Laegaire. Entonces Bricriu se rió, alegre de oír eso.

Cuando hubo acabado de incitar a Laegaire Buadach fue en busca de Conall Cearnach.

—Sea el bien contigo, Conall —dijo—. Tú eres el héroe de combates y batallas; muchas victorias has ganado hasta ahora sobre los héroes del Ulster. Cuando los hombres del Ulster cruzan la frontera de un país extraño, ya vas tú tres días y tres noches por delante de ellos, y has pasado muchos vados y ríos; eres tú quien protege su retaguardia al regresar, de modo que ningún enemigo pueda adelantaros ni pasar entre vosotros, ni más allá. ¿Qué te impediría recibir la Parte del Campeón de Emain y tenerla para siempre? —Grande como fue su traición con Laegaire, dos veces mayor la hubo en lo que le dijo a Conall Cearnach.

Cuando estuvo seguro de haber incitado a Conall a la pelea, se llegó a Cuchulain.

—Todos los bienes sean contigo, Cuchulain, conquistador de Bregia, luminoso estandarte del Lifé, favorito de Emain, amado de esposas y doncellas. Cuchulain no es apodo hoy para ti, pues eres el campeón de los hombres del Ulster; eres tú el que contiene sus grandes riñas y disputas; eres tú el que hace justicia para todos y cada uno de ellos; eres tú el que posee lo que a todos los hombres del Ulster les falta; todos los hombres del Ulster reconocen que tu bravura, tu valor y tus hechos aventajan a los suyos. ¿Por qué, pues, vas a permitir que la Parte del Campeón sea para otro de los hombres del Ulster, si ninguno te la podría disputar?

—Por el dios de mi pueblo —dijo Cuchulain—, que el que intente negármela perderá la cabeza. —Con esto Bricriu los dejó y siguió al ejército, como si no hubiera hecho nada por encender discordias.

Después de esto llegaron a la casa de la fiesta y entraron, y cada cual ocupó su lugar, rey, príncipe, terrateniente, espada y joven combatiente. La mitad de la casa estaba reservada para Conchubar y su séquito, y la otra mitad para las mujeres de los héroes del Ulster.

Y en la parte principal de la casa estaba Conchubar acompañado de Fergus, hijo de Rogh; Celthair, hijo de Uthecar; Eoghan, hijo de Durthact; los dos hijos del rey, Fiacha y Fiachaig; Fergus, hijo de Leti; Cuscraid, el Tartamudo de Macha; Sencha, hijo de Ailell; los tres hijos de Fiachach, esto es, Rus, Dare e Imchad; Muinremar, hijo de Geirgind; Errge Echbel; Amergin, hijo de Ecit; Mend, hijo de Salchah; Dubthach Doel Uladh, el Escarabajo del Ulster; Feredach Find Fectnach; Fedelmid, hijo de Ilair Cheting; Furbaide Ferbend; Rochad, hijo de Fathemon; Laegaire Buadach; Conall Cearnach; Cuchulain; Conrad, hijo de Mornai; Ere, hijo de Fedelmid; Iollan, hijo de Fergus; Fintan, hijo de Nial; Cethern, hijo de Fintan; Factna, hijo de Sencad; Conla el Falso; Ailell de la Lengua Melosa; los jefes del Ulster, con

los jóvenes y los cantores.

Mientras se servía el banquete, los músicos y tañedores hicieron música para ellos. Tan pronto como Bricriu hubo servido el banquete, con sus manjares sazonados y gustosos, sus custodios le ordenaron abandonar la sala al momento; y se alzaron empuñando las espadas desenvainadas para expulsarle. De modo que él y sus seguidores salieron, y al llegar al umbral de la casa se volvió y gritó: «La Parte del Campeón de mi casa no es la parte de la casa de un necio; sea dada a quien consideréis el mejor héroe del Ulster.» Y dicho esto los dejó.

Entonces se levantaron los repartidores para partir la comida, y el conductor del carro de Laegaire Buadach, Sedlang, hijo de Rianganab, se alzó y les dijo: «Dadle a Laegaire la Parte del Campeón, pues es quien tiene más derecho de todos los héroes jóvenes del Ulster.»

Entonces Id, hijo de Rianganab, el conductor del carro de Conall Cearnach, se alzó y les ordenó dársela a su señor. Pero Laeg, hijo de Rianganab, dijo: «Es a Cuchulain a quien hay que traérsela; y no es ningún baldón para todos los hombres del Ulster dársela a él, porque él es el más valiente de todos vosotros.» «Eso no es verdad», dijo Conall, y lo mismo dijo Laegaire.

Con esto saltaron al suelo, y abrazaron los escudos y empuñaron las espadas, y se atacaron y acometieron unos a otros hasta que una mitad de la sala estuvo como en llamas por el choque de las espadas y lanzas, y la otra mitad blanca como el yeso por la blancura de los escudos. En toda la asamblea hubo temor; todos los hombres habían abandonado sus puestos, y había gran ira en el propio Conchubar y en Fergus, hijo de Rogh, de ver la injusticia y la demasía de dos hombres luchando contra uno, Conall y Laegaire los dos a una contra Cuchulain; pero no hubo nadie entre los hombres del Ulster que osara separarlos hasta que Sencha habló a Conchubar. «Es hora de que separes a esos hombres», dijo.

Con esto, Conchubar y Fergus se interpusieron entre ellos, y los luchadores dejaron caer las manos al costado.

—¿Haréis lo que yo os aconseje? —dijo Sencha.

—Lo haremos —dijeron.

—Entonces mi consejo es —dijo Sencha— que esta noche se divida la Parte del Campeón entre toda la asamblea, y que después se haga un arreglo conforme al juicio de Ailell, rey de Connaught; pues será mejor para los hombres del Ulster que este asunto se arregle en Cruachan.

De modo que con esto volvieron a sentarse a la mesa, y se arrimaron al fuego, y bebieron y se regocijaron.

Durante todo este tiempo Bricriu y su esposa estaban en su aposento alto, y desde allí había visto Bricriu cómo iban las cosas en la sala grande. Y empezó a discurrir cómo podría mover a las mujeres a pelearse unas con otras lo mismo que había incitado a los hombres. Cuando acabó de discurrir, sucedió por azar como él hubiera deseado, que Fedelm del Lozano Corazón salió de la sala con cincuenta mujeres tras

ella, risueñas y alegres. Y salió Bricriu a su encuentro.

—Todos los bienes sean contigo esta noche, esposa de Laegaire Buadach. Fedelm del Lozano Corazón no es apodo para ti, si se piensa en tu aspecto, en tu discreción y en tu familia. Conchubar, rey del Ulster, es pariente tuyo; Laegaire Buadach es tu esposo. No me parecería bien a mí que ninguna de las mujeres del Ulster entrase delante de ti en la sala, pues detrás de tus talones deberían andar todas las demás. Si esta noche entrases la primera en la sala, serás la reina de ellas para siempre.

Fedelm siguió caminando después de oír esto, hasta un trecho de tres lindes desde la sala.

Salió después Lendabair, la Favorita, hija de Eoghan, hijo de Durthact, esposa de Conall Cearnach.

Llegóse a ella Bricriu, y le dijo: «El bien sea contigo, Lendabair; y ése no es apodo, pues tú eres la favorita y la preferida de los hombres del mundo entero, por el lustre de tu hermosura. Así como tu marido aventaja al mundo entero en valentía y apostura, así aventajas tú a las mujeres del Ulster.» Grande como había sido su engaño en lo que dijera a Fedelm, doblemente grande lo fue en lo que le dijo a Lendabair.

Entonces salió Emer, y cincuenta mujeres tras ella. «¡La salud sea contigo, Emer, hija de Forgall Manach, esposa del mejor hombre de Irlanda! Emer del Hermoso Cabello no es apodo para ti; por ti se pelean los reyes y príncipes de Irlanda. Lo mismo que el sol aventaja en claridad a las estrellas del cielo, así también aventajas tú a las mujeres del mundo entero en forma y figura y linaje, en juventud y hermosura y donaire, en buen nombre y discreción y hablar.» Por grande que fuera su engaño con las otras mujeres, doblemente lo fue para con Emer.

Salieron las tres mujeres hasta que se encontraron en un punto a tres lindes de la casa, mas ninguna de ellas sabía que Bricriu había hablado a las otras. Iniciaron entonces el camino de regreso. Su andar era igual, reposado y tranquilo en la primera linde; apenas ponía una el pie por delante de la otra. Pero en la linde siguiente apretaron el paso y lo apresuraron; y al llegar a la linde que había junto a la casa, apenas podía ninguna seguir el paso de la otra, de suerte que se levantaron las faldas casi hasta las rodillas, queriendo cada una ser la primera que entrase en la sala, por lo que les había dicho Bricriu, que la primera en entrar en la casa sería reina de la provincia entera. Y tanto ruido hacían en su carrera, que era como el estruendo de cuarenta carros. Todo el palacio se estremeció, y todos los hombres saltaron a empuñar las armas, chocándose unos con otros.

—Deteneos —dijo Sencha—: no es que vengan enemigos, es que Bricriu ha movido pendencia entre las mujeres. ¡Por el dios de mi pueblo!, que habrá entre nosotros más muertos que vivos si no les cerramos la sala.

Con esto los porteros cerraron las puertas. Pero Emer fue más ligera que las otras mujeres y las adelantó, y apoyó la espalda contra la puerta y dio voces a los porteros antes de que llegaran las otras, de suerte que los hombres se levantaron, cada uno

para abrirle la puerta a su esposa y que pudiese entrar la primera.

—Mala noche va a ser ésta —dijo Conchubar; y con la vara de plata que tenía en la mano golpeó el poste de bronce de la sala, y todos tomaron asiento.

—Sosegaos —dijo Sencha—; no es una guerra de armas la que aquí vamos a tener, sino una guerra de palabras. —Cada mujer se puso entonces bajo la protección de su marido afuera, y a esto siguió la guerra de palabras de las mujeres del Ulster.

Fedelm del Lozano Corazón fue la primera en hablar, y dijo así:

—La madre que me alumbró era libre, noble, igual a mi padre en rango y estirpe; la sangre que hay en mí es sangre real; me educaron como mujer de sangre real. Se me juzga hermosa de forma y figura y aspecto; me educaron en la buena conducta, en el valor, en los usos honorables. Mirad a Laegaire, mi esposo, y lo que su roja mano hace por el Ulster. Por él solo fueron guardadas las fronteras frente a enemigos que eran tan fuertes como todo el Ulster junto; él es una defensa y protección contra quebrantos; él aventaja a todos los héroes; sus victorias son mayores que las de ellos. ¿Por qué no he de ser yo, Fedelm, la hermosa, la agraciada, la alegre, la primera en pisar esta noche la sala de banquetes?

Entonces habló Lendabair, y dijo así:

—Yo también tengo hermosura, y buen sentido y buen porte; soy yo quien debe entrar en la sala con pasos libres y acompasados, por delante de todas las mujeres del Ulster.

»Pues mi marido es el agradable Conall del gran escudo, el Victorioso; es arrogante cuando se adelanta con paso valeroso a las lanzas del combate; es arrogante cuando después vuelve a mí, con las cabezas de sus enemigos en las manos.

»Él trae su dura espada a la batalla por el Ulster; él defiende todo vado o lo destruye para no dar paso al enemigo; él es un héroe sobre quien se alzaría una estela.

»Hijo del noble Amergin, ¿quién puede hablar contra su valentía o sus hechos? Es Conall quien acaudilla a los héroes.

»Todos los ojos contemplan la gloria de Lendabair; ¿por qué no ha de ser la primera en entrar en la sala del rey?»

Entonces habló Emer, y dijo así:

—No hay mujer que me iguale en aspecto, en figura, en discreción; no hay nadie que me iguale en bondad de forma, ni en lustre de la mirada, ni en buen sentido, ni en amabilidad, ni en buena conducta.

»Nadie tiene la alegría de amar ni la fuerza de amar que yo tengo; todo el Ulster me desea; sin duda soy un deleite del corazón. Si yo fuera mujer ligera, a ninguna de vosotras le quedaría marido mañana.

»Y mi marido es Cuchulain. No es él un mastín débil; hay sangre en su lanza, hay sangre en su espada, su cuerpo blanco está negro de sangre, su piel suave está surcada de tajos de espada, hay muchas heridas en sus muslos.

»Pero la llama de sus ojos está vuelta al oeste; él es el fuerte protector; su carro es rojo, rojos sus almohadones; lucha por encima de las orejas de los caballos, por

encima del aliento de los hombres; salta en el aire como un salmón cuando da su salto de héroe; hace extrañas proezas, la proeza oscura, la proeza ciega, la proeza de nueve; deshace ejércitos en el recio combate; salva la vida de ejércitos orgullosos; se goza en el terror de los ignorantes.

»Vuestros grandes héroes del Ulster no valen una brizna de hierba en comparación con mi marido Cuchulain, se dejan vencer por una enfermedad de mujer; él es como la clara sangre roja, ellos son como la hez y los desechos, no valen más que una brizna de hierba.

»Vuestras grandes mujeres del Ulster tienen forma de vaca y son conducidas como vacas, si se las pone al lado de la mujer de Cuchulain.»

Cuando los hombres que estaban en la sala oyeron lo que decían las mujeres, Laegaire y Conall se abalanzaron a la pared, y le arrancaron una plancha de su misma altura, para que pasaran sus esposas. Pero Cuchulain alzó la parte de la casa que estaba frente a su sitio, de suerte que por la pared se veían las estrellas y el cielo. Por esa abertura entró Emer con las cincuenta mujeres que la atendían, y con ellas las mujeres que atendían a las otras dos. Ninguna de las otras mujeres se podía comparar en nada con Emer, y nadie se podía comparar con su marido. Entonces Cuchulain dejó caer de golpe la pared que había levantado, de suerte que siete pies de su altura se hundieron en tierra, y la casa entera se estremeció, y el aposento alto de Bricriu quedó de tal modo aplastado que el propio Bricriu y su esposa cayeron al lodo, entre los perros. «¡Ay de mí!», gritó Bricriu, «¡han entrado enemigos!» Y se alzó rápidamente y se dio una vuelta en derredor, y vio que la sala estaba torcida y toda inclinada hacia un lado. Dio palmadas y entró, pero iba tan cubierto de lodo que ninguno de los del Ulster le pudo reconocer, y únicamente por su manera de hablar supieron quién era.

Entonces dijo Bricriu, desde el centro de la sala: «Lástima que os haya dado una fiesta, hombres del Ulster. Mi casa me es más querida que todo lo demás que poseo. Pongo *geasa*, esto es, obligaciones sobre vosotros, de no beber ni comer ni dormir hasta que dejéis mi casa lo mismo que la encontrasteis.» Ante eso, todos los hombres del Ulster salieron y trataron de poner derecha la casa, pero no la levantaron ni el grueso de una mano.

—¿Qué vamos a hacer? —dijeron.

—No podéis hacer otra cosa —dijo Sencha— que pedirle al que la torció que la vuelva a enderezar.

Con lo cual pidieron a Cuchulain que volviera a alzar la pared, y Bricriu dijo: «Oh rey de los héroes de Irlanda, a menos que tú la puedas enderezar, no habrá hombre en el mundo capaz de hacerlo.» Y todos los hombres del Ulster suplicaron y rogaron a Cuchulain que arreglase el asunto. Y para que no tuvieran que pasarse sin comer ni beber, Cuchulain se levantó y quiso alzar la casa de un empujón, pero no pudo. Entonces se apoderó de él la ira, y la luz de héroe brilló alrededor de él, y sacó toda su fuerza; y se esforzó hasta que entre cada una de sus costillas habría cabido un

pie de hombre, y alzó la casa hasta ponerla tan derecha como estaba antes. Después de esto gozaron del banquete, los jefes a un lado alrededor de Conchubar, Gran Rey del Ulster, y al otro lado sus esposas: Fedelm de las Nueve Formas (nueve formas podía tomar, y cada una más hermosa que la otra), y Findchoem, hija de Cathbad, esposa de Amergin de la Quijada de Hierro, y Devorgill, esposa de Lugaid de las Bandas Rojas, además de Emer, y Fedelm del Lozano Corazón, y Lendabair; y sería demasiado largo contar y hablar de todas las demás mujeres nobles que allí estaban.

Pronto volvió a haber en la sala un rumor de palabras, con las mujeres alabando a sus hombres, como para mover otra pendencia entre ellos. Entonces Sencha, hijo de Ailell, se levantó y sacudió su rama de campanas, y todos se callaron para escucharle, y para sosegar a las mujeres dijo:

—Acabad con esa lucha de palabras, antes de que los hombres del Ulster palidezcan de ira y de arrogancia peleándose los unos con los otros.

»Por culpa de las mujeres se rompen los escudos de los hombres, y salen a luchar los héroes y pelean airados entre sí.

»Es la necedad de las mujeres la que lleva a los hombres a hacer esas cosas, a dañar lo que ya no podrán volver a unir, a abatir lo que ya no podrán volver a alzar. Esposas de héroes, guardaos de eso.»

Pero Emer le contestó, diciendo así:

—Es justo que yo hable, Sencha, yo que soy la esposa del héroe apuesto y agradable, que aventaja a todos los demás en hermosura, en discreción, en hablar, pues ya acabó con todo el aprendizaje, que le fue fácil.

»Nadie es capaz de hacer sus proezas, la proeza del sobrealiento, la proeza de la manzana, la proeza del fantasma, la proeza del tornillo, la proeza del gato, la proeza roja de lanzar, la proeza del arpón, el golpe veloz, el fuego de la boca, el grito del héroe, la proeza de la rueda, la proeza del filo de la espada; nadie es capaz de arrojarle como él contra lugares erizados de picos.

»No hay quien le iguale en juventud, en figura, en lustre, en linaje, en espíritu, en voz, en bravura, en osadía, en fuego, en habilidad; nadie le iguala en la caza, en la carrera, en fuerza, en victorias, en grandeza. No hay un hombre que se pueda medir con Cuchulain.»

—Si es verdad eso que dices, Emer —dijo Conall Gearnach—, que salga ese muchacho de las proezas, para que las veamos.

—No lo haré —dijo Cuchulain—. Hoy estoy cansado y roto, no haré más hasta que haya comido y dormido.

Era verdad lo que decía, pues aquella mañana se había encontrado con el Tordo de Macha a la orilla del lago gris de Slieve Fuad. Cuando el caballo salió del lago, Cuchulain le echó los brazos al cuello, y los dos lucharon y forcejearon, y de esa manera recorrieron toda Irlanda, hasta que al caer el día Cuchulain se llevó al caballo a su casa en Emain. De la misma manera consiguió el Sainglain Negro del lago negro de Sainglen.

Y dijo Cuchulain: «Hoy hemos ido yo y el Tordo de Macha por los grandes llanos de Irlanda, Bregia de Meath, las marismas costeras de Muirthemne Macha, por Moy Medba, Currech Cleitech Cerna, Lia de Linn Locharn, Fer Femen Fergna, Curros Domnand, Ros Roigne y Eo. Y ahora antes comería y dormiría yo que hacer ninguna otra cosa. Pero juro por los dioses por los que jura mi pueblo que, si hubiera comido y dormido hasta hartarme, estaría dispuesto a luchar con cualquiera de vosotros.»

—Ea —dijo Bricriu—, ya basta de esto. Que traigan comida y bebida, y cese la guerra de las mujeres hasta que termine la fiesta.

Así lo hicieron, y tuvieron gran deleite hasta el final de los tres días y las tres noches.

V

EL CAMPEONATO DEL ULSTER

CUANDO hubieron vuelto a Emain después de la fiesta de Bricriu, surgió una disputa entre Conall, Laegaire y Cuchulain sobre la Parte del Campeón, y Conchubar y los jefes del Ulster se interpusieron para resolverla. Y Conchubar les mandó ir a Cruachan de Connaught, para que Ailell y Maeve juzgaran el caso.

—Y si eso no os vale —dijo—, lo que tenéis que hacer es ir a Curoi, hijo de Daire, que está en Slieve Mis, en Munster. La sentencia que él dé será acertada, porque es hombre justo y equitativo; su casa está abierta a los invitados, su mano es buena en la batalla, acaudillando es un rey. Él os dará un juicio recto, pero para pedírselo hay que ser valiente, pues Curoi es entendido en toda clase de encantamientos, y sabe hacer cosas que nadie más sabe hacer.

—Iremos primero a Cruachan —dijo Cuchulain.

—Estoy de acuerdo —dijo Laegaire.

—Vayamos, pues —dijo Conall Cearnach.

—Que traigan caballos y enganchen tu carro, Conall —dijo Cuchulain—, y ve tú delante.

—Eso no me place —dijo Conall.

—No es de extrañar —dijo Cuchulain—, pues todo el mundo sabe cuán torpes son tus caballos, y cuán vacilante tu carro; pesa tanto que cada una de las ruedas va levantando terrones a un lado y a otro dondequiera que vaya, de suerte que durante un año es fácil para los hombres del Ulster conocer la rodada que ha ido dejando.

—¿Oyes eso, Laegaire? —dijo Conall—. Te toca a ti ir delante.

—No empecéis a burlaros de mí —dijo Laegaire—, que yo sé bien cruzar vados, y me atrevo a arrostrar una lluvia de lanzas por delante de cualquiera. Pero no me pongáis junto a reyes de carros hasta que me haya adiestrado en ir por lugares abruptos y estrechos, y en echar carreras con carros solos, hasta que el campeón de un carro solo tenga miedo de adelantarme.

Dicho esto Laegaire hizo enganchar su carro, y saltó a él. Lo condujo por Magh da Gabal, el Llano de las Dos Horcas, por Bernaid na Foraire, la Quebrada de la Guardia, por el vado de Carpat Fergus, por el vado de la Morrigu, a Caerthund Cluana da Dam, la Vega de Serbales de los Dos Bueyes, en los Fews de Firbuide; por los cuatro caminos, pasando Dundean por Magh Slicech, el Llano Pelado, hacia el oeste por Bregia. Y no pasó mucho tiempo antes de que Conall Cearnach le siguiera, y muchos de los jefes del Ulster.

Pero Cuchulain se quedó atrás, entreteniendo a las mujeres del Ulster con sus proezas. Hizo nueve proezas con manzanas, nueve con lanzas y nueve con cuchillos,

sin dejar que ninguno tocase con otro. Y tomó ciento cincuenta agujas de las mujeres, y las tiró al alto, una tras otra, de modo que cada una entró por el ojo de otra, y así quedaron todas unidas. Luego le devolvió a cada mujer su aguja en su propia mano.

Pero Laeg, hijo de Rianganab, fue en su busca, y le reprendió, diciendo: «¡Bizco lastimoso, tu valor te ha abandonado! Da por perdida la Parte del Campeón, pues los hombres del Ulster ya habrán llegado a Cruachan.» «No había pensado en ello, Laeg mío», dijo Cuchulain; «pero engánchame el carro.» Conque Laeg lo enganchó, y se pusieron en camino. Para entonces los hombres del Ulster habían llegado a Magh Breagh, la Vega Hermosa; pero Cuchulain, después que Laeg le espabiló, viajó tan deprisa, y el Tordo de Macha y el Sainglain Negro arrastraron el carro con tal ligereza por toda la provincia de Conchubar, atravesando Slieve Fuad y el llano de Bregia, que alcanzaron a los otros antes de que llegaran a Cruachan.

Era tan grande el estruendo que armaba toda aquella tropa, de tan deprisa como iba, que hasta Cruachan llegó un gran temblor, y las armas cayeron de sus armeros al suelo, y todo el castillo empezó a estremecerse, y todos sus hombres a temblar como juncos en la corriente. Ante esto Maeve dijo: «Desde el día en que vine a Cruachan, es la primera vez que oigo truenos sin que haya nubes en el cielo.» Entonces Findabair de las Bellas Cejas, hija de Ailell y de Maeve, salió, porque tenía vista de águila, a la solana que tenía sobre la puerta grande de la fortaleza, para decirles quién venía.

—Madre querida —dijo—, veo un carro que viene por el llano.

—Dime qué aspecto tiene —dijo Maeve—, y el color de los caballos, y qué aspecto tiene el hombre que viene sentado en él.

—Veo bien —dijo Findabair— los dos caballos que trae el carro. Dos fogosos tordos rodados, de un mismo color, forma y bondad, con una misma ligereza, con un mismo paso; tiesas sus orejas, altas sus cabezas, anchos sus ollares, anchas sus frentes, rizadas sus crines y colas, estrechos de ijares, anchos de pecho, galopando juntos. El carro es de madera fina con obra de mimbre recién pulida, el yugo es curvo, con adornos de plata; tiene dos ruedas negras, riendas amarillas blandas y cerradas. Dentro del carro veo un hombre grande y robusto, de cabellos rubios y rojizos, y barba larga y partida. Viene envuelto en una blanda túnica de color púrpura, con listas de oro brillante. Su escudo de bronce está ribeteado de oro; en la muñeca trae una jabalina de cinco púas, y sobre la cabeza una cubierta de extrañas plumas de ave.

—Sé bien quién es ese hombre —dijo Maeve—: es compañero de reyes, viejo ganador de victorias, tempestad de guerra, llama de juicio, largo cuchillo de victoria que nos cortará en pedazos, el poderoso Laegaire de la Mano Roja. Su espada taja hombres lo mismo que un cuchillo corta puerros; su golpe es la resaca de la ola contra la tierra. Y yo juro por los dioses por los que jura mi pueblo que, si es con ira y en son de lucha como viene a nosotros Laegaire Buadach, así como se cortan los puerros a ras de tierra con un cuchillo afilado, de la misma manera seremos

cercenados nosotros, tantos como estamos en Cruachan, a menos que aplaquemos su ira cediendo en todo lo que pida.

—Buena madre —dijo Findabair—, veo otro carro tan bueno como el primero que viene por el llano.

—Dime qué aspecto tiene —dijo Maeve.

—Veo —dijo Findabair—, enganchados al carro, de un lado un caballo alazán, que viene dando fuertes trancos sobre vados y balsas, sobre ribazos y quebradas, sobre llanos y hondonadas, con la ligereza de las aves que la vista ligera no alcanza a seguir. Del otro lado un caballo castaño de gran poderío; rauda galopa por el llano, entre piedras y lugares abruptos; no encuentra obstáculo en la tierra de robles, veloz es su carrera. Un carro de madera fina con obra de mimbre, sobre dos ruedas de reluciente bronce; su lanza brillante de plata, su armadura muy alta y chirriante, con yugo curvo y firme, con riendas amarillas cerradas.

«Dentro del carro viene un hombre rubio, de cabellos sueltos y ondulados; su rostro blanco y bermejo, su camisa limpia y blanca, su manto azul y carmesí, su escudo pardo con bloca amarillas, su cerco de bronce labrado. En su mano una lanza brillante; una cubierta de plumas de aves extrañas sobre la armadura de mimbre de su carro.»

—Sé quién es ese hombre —dijo Maeve— el rugido de un león; una llama que corta como piedra afilada; apila cabeza sobre cabeza, batalla sobre batalla. Como se corta una trucha sobre arenisca roja, así nos cercenaría el hijo de Finchoem si viniera a nosotros con ira.

»Pues, por el juramento de mi pueblo, que como se bate un pez jaspeado sobre una reluciente piedra roja con varas de hierro, así nos quebrantaría Conall Cearnach si viniera contra nosotros.»

—Veo otro carro que viene por el llano —dijo Findabair.

—Dime qué aspecto tiene —dijo Maeve.

—Veo dos caballos de un mismo tamaño y hermosura, de una misma fogosidad y ligereza, con las orejas tiesas, las cabezas altas, briosas y fuertes, con finos ollares, anchas frentes, crines y colas rizadas, saltando juntos. El uno tordo, hermoso, de anchos muslos, ansioso, saltando, tronando y pisando con fuerza. A su paso, sus fieros cascos levantan los terrones como una bandada de aves veloces que fuera tras él. Según galopa hacia aquí respira en vaharadas ardientes, echa fuego por sus prietas quijadas. El otro, oscuro, pequeño de cabeza, bien formado, ancho de cascos, estrecho de ijares, alto de ánimos, ancho de lomos, seguro al pisar, brioso; corre a largos trancos; salta arroyos, no se cansa, cruza los llanos del valle medio. Vienen a una con paso ligero y alegre, barriendo el llano como una veloz bruma de la montaña, o como la celeridad de una corza de los montes, o como una liebre sobre llano, o como la embestida de un viento atronador en invierno.

»El carro es de madera fina con obra de mimbre, con dos ruedas de hierro, la lanza de plata brillante con adornos de bronce, la armadura muy alta y chirriante,

reforzada de hierro, el yugo curvo y revestido de oro, dos blandas riendas amarillas y cerradas.

»Dentro del carro veo un hombre moreno y triste, el más apuesto de los hombres de Irlanda. Viste una túnica carmesí de pliegues, sujeta en el pecho con un broche de oro incrustado; y un manto de lino con mangas largas, y con una capucha blanca bordada de oro bermejo como el fuego. Sus cejas son negras como la negrura de un espetón, siete luces en sus ojos, siete colores alrededor de su cabeza, amor y fuego en su mirada. Sobre las rodillas trae una espada con empuñadura de oro, junto a su mano hay una lanza roja como la sangre, una hoja de temple afilado con asta de madera. Sobre sus hombros un escudo carmesí con cerco de plata, que lleva encima figuras de bestias de oro.

»Delante de él en el carro viene un conductor, un hombre muy delgado, alto, pecoso; de cabellos bermejos muy brillantes, que trae apartados de la cara con un hilo de oro, y una copa de oro a cada lado de la cabeza. Se envuelve en un manto corto con mangas abiertas en los codos; en la mano trae una aguijada de oro bermejo para guiar a los caballos.»

—Eso sí que es la brisa que anuncia el vendaval —dijo Maeve—. Bien sé quién es ese hombre. Como el rumor de un mar enojado, como una gran ola en movimiento, con el frenesí de una fiera irritada, salta entre sus enemigos en el fragor de la batalla, oyen su muerte en su grito. Apila hazaña sobre hazaña, cabeza sobre cabeza; es el suyo un nombre para ponerlo en cantares. Como se muele la malta reciente en el molino, así seremos molidos por Cuchulain.

»Pues yo juro por el juramento de mi pueblo que, así como una rueda de diez dientes muele malta muy dura, así él, sin ayuda de nadie, nos reduciría a polvo y grava, aunque tuviéramos con nosotros a toda la provincia, a menos que se abajen su ira y su ardor. ¿Y de qué manera vienen los restantes hombres del Ulster?»

Y Findabair le respondió diciendo: «Mano con mano, brazo con brazo, costado con costado, hombro con hombro, rueda con rueda, eje con eje, así es como vienen. Sus caballos vienen hacia nosotros como el trueno sobre el tejado, como pesadas olas movidas por la tempestad; el golpeteo de sus cascos estremece la tierra.» Y Maeve dijo: «Que nuestras mujeres salgan a esperarlos con cubas de agua fría; que se preparen las camas y se traiga la mejor comida, la mejor cerveza. Abrid el patio, dadles la bienvenida, y seguramente no nos harán daño.»

Entonces salió Maeve por la alta puerta del castillo al patio, y con ella ciento cincuenta muchachas que la atendían, con tres cubas de agua fría para refrescar el ardor de los tres héroes que venían por delante de los demás. Y les dio a elegir, si cada cual quería una casa para sí, o si querían una casa para los tres.

—Cada cual una casa para sí —dijo Cuchulain. Y cuando llegaron los demás hombres del Ulster, Ailell y Maeve salieron con todos los de su casa a darles la bienvenida.

—La bienvenida nos complace —dijo Sencha en nombre de los demás.

Después de esto, todos entraron en la fortaleza y en el palacio. Fueron de puerta en puerta, y para todos había sitio, y los músicos tañían mientras se disponían todas las cosas. Conchubar, y Fergus, hijo de Rogh, estaban en la partición de Ailell, y con ellos otros nueve; y se dispuso una gran fiesta, y permanecieron allí por espacio de tres días y tres noches.

Al cabo de ese tiempo, Ailell le preguntó a Conchubar qué negocio los había traído. Y Sencha le refirió toda la historia de la pendencia de las mujeres sobre quién debía pasar delante, y la pendencia de sus maridos por la Parte del Campeón.

—Y no han querido someterse a otra sentencia que no fuera la tuya —dijo.

Ailell no pareció alegrarse de esto.

—Ciertamente, no ha sido amigo mío el que me encomendó este juicio —dijo.

—No hay mejor juez que tú —dijo Sencha.

—Está bien —dijo Ailell—; debéis darme tiempo para que lo piense.

—No tardes demasiado —dijo Sencha—, pues no podemos estar mucho tiempo sin nuestros héroes.

—Tres días y tres noches me bastarán —dijo Ailell.

—Con eso no se romperá la amistad —dijo Sencha.

Dicho esto, los hombres del Ulster regresaron a Emain, dejando a Laegaire y Conall y Cuchulain a esperar la sentencia de Ailell; y dejaron a Ailell y Maeve su bendición, y su maldición a Bricriu, por ser el que primero encendió la discordia.

Aquella noche les dieron a los tres héroes un banquete tan bueno como los anteriores, pero los pusieron a comérselo ellos solos en un aposento. Cuando vino la noche, de la cueva que había en el monte de los sidhes de Cruachan soltaron tres monstruos encantados, en figura de gatos, para que los atacaran. Cuando Conall y Laegaire los vieron, se subieron a las vigas, dejando tras de sí la comida, y allí se estuvieron hasta la mañana. Cuchulain no abandonó su sitio, sino que, cuando uno de los monstruos fue a atacarle, le asestó en la cabeza un golpe con su espada; pero la espada resbaló como sobre una piedra. Entonces el monstruo se quedó quieto, y Cuchulain se estuvo allí sentado toda la noche vigilándolo. Al alborar el día los gatos se fueron, y Ailell entró y vio de qué manera estaban los tres héroes.

—¿No estáis de acuerdo, después de esto, en darle el Campeonato a Cuchulain? —dijo.

—No lo estamos —dijeron Conall y Laegaire—; pues no es con bestias con lo que solemos combatir, sino con hombres.

Entonces les dijo Maeve: «Id a pasar la noche con mi padre adoptivo Ercol y con su esposa Garmna.» Conque allí fueron, pero antes les dieron a elegir comida para sus caballos. Conall y Laegaire eligieron avena de dos años para los suyos, pero Cuchulain eligió para el suyo cebada en grano. Después partieron, echando una carrera por todo el camino, y fue Cuchulain el que la ganó.

Ercol y Garmna les dieron la bienvenida, y, como sabían que se les había enviado allí para probarlos, les mandaron salir aquella noche, uno tras otro, a luchar con las

brujas del valle.

Laegaire fue el primero, pero no pudo resistir contra ellas, y se volvió, dejándoles sus armas y sus vestidos.

Fue después Conall, y le hicieron retroceder, y se dejó atrás la lanza, pero trajo consigo su espada, que era la mejor de sus armas.

Entonces bajó al valle Cuchulain, y las brujas gritaron y le atacaron, y él peleó con ellas hasta que tuvo la lanza hecha añicos, el escudo roto y desgarrados los vestidos. Las brujas le pegaban y le iban sacando ventaja, pero Laeg lo vio y gritó: «¡Oh Cuchulain!, ¡pobre cobarde, bizco ridículo! ¡Tu valor te ha abandonado y te dejas pegar por brujas!» Entonces una gran ira se apoderó de Cuchulain, y revolviéndose contra las brujas les asestó tajos y tajos hasta que el valle se llenó de su sangre; y tomó consigo sus mantos de batalla, y regresó a la casa donde estaban sus camaradas. Y Garmna y su hija Buan le alabaron mucho y le dieron la bienvenida.

Durmieron allí aquella noche, y al día siguiente Ercol los desafió a salir uno por uno, cada hombre con su caballo, a luchar con él y su caballo. Laegaire fue el primero en marchar contra él, y su caballo fue muerto por el caballo de Ercol, y él mismo fue derrotado por Ercol, de modo que salió huyendo, y no se detuvo hasta estar de vuelta en Cruachan, y allí llevó la noticia de que Ercol había dado muerte a sus dos compañeros. Conall fue el siguiente en escapar, después de que su caballo fuera muerto por el caballo de Ercol; y su criado Rathand se ahogó en el río según iba corriendo, y desde ese día lleva su nombre el río, Snam Rathand.

Pero el Tordo de Macha dio muerte al caballo de Ercol, y Cuchulain derribó a Ercol y le ató a la trasera de su carro, y partió hacia Cruachan. Y Buan, la hija de Garmna, echó a correr tras el carro por amor a Cuchulain, para seguirle. Y conocía la rodada de su carro, porque no solía ir dando rodeos, sino irrumpiendo por las quebradas o saltándolas; y siguiéndolo, al cabo dio un gran salto y se cayó, y se golpeó la frente con una peña, y murió; y por esto se dio a ese lugar el nombre de Tumba de Buan.

Cuando Conall y Cuchulain regresaron a Cruachan, encontraron a la gente del castillo haciendo duelo por ellos, pues por las nuevas que había llevado Laegaire estaban seguros de que habían sido muertos.

Entonces se fue Ailell a su cámara interior, y apoyó la espalda en la pared, porque no estaba sosegado su espíritu, y sabía que había peligro en todo juicio que diese; y hacía tres días y tres noches que no comía ni dormía. Entonces le dijo Maeve: «Eres un cobarde, y si no arreglas este asunto yo misma lo arreglaré.»

—Me es duro dar sentencia —dijo Ailell—; para cualquiera sería una desgracia tenerla que dar.

—Es muy fácil —dijo Maeve—, pues Laegaire y Conall Cearnach son tan distintos como el bronce y la plata, y Conall Cearnach y Cuchulain son tan distintos como la plata y el oro bermejo.

Al cabo de un rato, cuando Maeve hubo pensado lo que hacer, mandó llamar a

Laegaire Buadach.

—Bienvenido seas, Laegaire Buadach —le dijo—; es justo que tú te lleves la Parte del Campeón. Te otorgamos de aquí en adelante la primacía entre los héroes de Irlanda, y la Parte del Campeón, y además de eso esta copa de bronce, que tiene un ave de plata repujada en el fondo. Llévatela en señal de la sentencia, pero no se la dejes ver a nadie hasta que al final del día estés con Conchubar y su Rama Roja. Cuando traigan la Parte del Campeón, saca entonces la copa en presencia de todos los grandes hombres del Ulster, y ya ninguno de ellos te la disputará, porque sabrán por esta señal que el Campeonato se te ha concedido a ti.

Dicho esto le dieron la copa llena de buen vino, y él se lo bebió de un trago.

—Ahora ya tienes el Campeonato —dijo Maeve—; y yo te deseo que lo disfrutes durante cien años a la cabeza de todo el Ulster.

Se fue, pues, Laegaire, y la reina mandó llamar ante sí a Conall Cearnach.

—Bienvenido, Conall Cearnach —le dijo—; es justo que te demos la Parte del Campeón, y además una copa de plata, que tiene en el fondo un ave de oro repujada. —Y le dijo lo mismo que antes dijera a Laegaire.

Entonces Conall se marchó, y enviaron un mensajero a llamar a Cuchulain. «Ven a hablar con los reyes», dijo el mensajero.

Cuchulain estaba en ese momento jugando al ajedrez con Laeg, el conductor de su carro. «Yo no soy ningún tonto para que te burles de mí», dijo, y le arrojó una de las piezas al mensajero, y le acertó entre los ojos, de manera que a duras penas pudo volver ante Ailell y Maeve.

—Por mi fe —dijo Maeve—, que este Cuchulain es difícil de tratar.

Y entonces ella misma se llegó a Cuchulain, y le echó los brazos al cuello.

—Vete a otro con tu adulación —dijo Cuchulain.

Pero Maeve le dijo: «Gran hijo del Ulster, llama de los héroes de Irlanda, no hay adulación en nuestro ánimo cuando es contigo con quien tenemos que tratar. Pues si todos los héroes de Irlanda vinieran aquí, es a ti a quien daríamos la Parte del Campeón, porque en cuanto a bravura y gran nombre, y en cuanto a juventud y grandes hechos, es bien sabido que aventajas con mucho a todos los hombres de Irlanda.»

Cuchulain se alzó entonces, y marchó con Maeve al palacio, y Ailell le hizo un gran recibimiento. Y le dieron una copa de oro llena de vino, que tenía en el fondo un ave de piedras preciosas.

—Ahora ya tienes el Campeonato —dijo Maeve—, y es mi deseo que lo puedas disfrutar durante cien años a la cabeza de todos los héroes del Ulster.

—Y además de eso —dijeron Ailell y Maeve—, es nuestra sentencia que, en tanto como tú aventajas a los héroes del Ulster, lo mismo aventaja tu esposa a sus esposas. Y nos parece justo que ella vaya delante de las mujeres del Ulster cuanto entran juntas en la sala de banquetes.

Entonces Cuchulain se bebió de un trago todo el vino de la copa, y se despidió de

los reyes y de toda su casa. Y marchó hasta llegar a Emain Macha al final del día; y no hubo ninguno entre los hombres del Ulster que se atreviera a pedir nuevas de ninguno de los tres hasta que fue la hora de comer y beber en la gran sala.

Cuando se hubo servido el banquete, todos dejaron sus discusiones y sus pláticas y se dieron a comer y a gozar. Era Sualtim, hijo de Roig, padre de Cuchulain, quien servía aquella noche, y se había llenado el gran tonel de Conchubar para el banquete. Los repartidores empezaron a servir la carne, pero al principio dejaron a un lado la Parte del Campeón. Entonces Dubthach de la Lengua Irascible dijo: «¿Por qué no se le da la Parte del Campeón a uno de esos tres héroes que han vuelto de Cruachan? Seguramente habrán traído consigo alguna señal para que sepamos a quién le corresponde.»

Al oír esto se levantó Laegaire Buadach y mostró la copa de bronce con el ave de plata.

—La Parte del Campeón es mía —dijo—, y nadie me la puede disputar.

—Nada de eso —dijo Conall Cearnach—; aquí está mi señal. La tuya es una copa de bronce, pero la mía es una copa de plata. Ya veis por la diferencia que hay entre ellas que es a mí a quien le corresponde la Parte del Campeón.

—No os corresponde a ninguno de los dos —dijo Cuchulain, y alzándose dijo—: Fue únicamente para engañaros y mantener la pendencia entre nosotros para lo que os dieron esas copas los reyes con quienes hemos estado. Es a mí a quien corresponde la Parte del Campeón, pues aquí veis mi señal, que aventaja en mucho a las otras.

Con esto alzó en alto la copa de oro bermejo, con el ave de piedras preciosas, y todos los hombres que estaban en la sala de banquetes la vieron.

—Yo soy quien ha de tener el Campeonato —dijo—, si se hace justicia.

—Tuyo es, en efecto —dijeron Conchubar y Fergus y todos los jefes—. Tuyo es según la sentencia de Ailell y Maeve.

—Juro por el juramento de mi pueblo —dijo Laegaire— que esa copa que traes no te ha sido dada, sino que la compraste. Tú diste a cambio riquezas y tesoros a Ailell y Maeve, para que el Campeonato no fuera a ningún otro; pero, por mi mano valerosa, que esa sentencia no se ha de cumplir.

Entonces se acometieron unos a otros con las espadas desenvainadas, pero Conchubar se interpuso entre ellos, y ante eso bajaron las manos y envainaron las espadas.

—Lo mejor —dijo Sencha— es que vayáis a pedir sentencia a Curoi.

—Así se hará —dijeron.

Conque a la mañana siguiente partieron los tres, Cuchulain, Conall y Laegaire, hacia el castillo de Curoi. A las puertas del castillo desengancharon los carros, y entraron en el patio, y Blanad, hija de Mind, la esposa de Curoi, les hizo un buen recibimiento. Curoi no estaba en casa aquella noche; pero, advertido por sus encantamientos de que irían, dejó instruida a su mujer sobre cómo había de agasajarlos; y ella así lo hizo según sus deseos, dándoles agua para lavarse, y bebidas

para refrescarse, y camas de las mejores, de suerte que quedaron muy contentos.

Cuando llegó la hora de acostarse, Blanaid les dijo que cada uno de ellos debía guardar la fortaleza por una noche, hasta que volviese Curoi. «Y lo que él dijo fue que os turnaseis por orden de edad.»

Pues bien: desde dondequiera del mundo que estuviese, Curoi hacía todas las noches un encantamiento sobre el castillo, de modo que éste se ponía a dar vueltas como un molino, y no se le podía hallar entrada una vez que se había puesto el sol.

La primera noche fue Laegaire Buadach a hacer la guardia, por ser el mayor de los tres. Según la estaba haciendo, ya al final de la noche, vio que desde el mar, por el oeste, venía hacia él una gran sombra. Muy descomunal y fea y terrible le pareció, y tomó la figura de un gigante que llegaba hasta el cielo, y entre sus piernas se veía el brillo del mar. Y venía con las manos llenas de lo que parecían ser robles descortezados, y cada uno de ellos bastante para una carga de seis caballos; y uno se lo lanzó a Laegaire, pero pasó sin rozarle. Dos o tres veces hizo lo mismo, pero la viga no tocó ni la piel ni el escudo de Laegaire. Entonces Laegaire le arrojó una lanza, pero no le dio.

Él entonces tendió una mano hacia Laegaire, y el largo de la mano cubría las tres lindes que los separaban mientras se lanzaron cosas, y le asió. Grande y fuerte como era Laegaire, aun así cabía en la mano como un niño de un año. El gigante le volteó entre las palmas de sus dos manos como se gira una pieza de ajedrez en su hendidura, y luego le arrojó medio muerto por encima del muro de la fortaleza, a un montón de barro. No había allí ninguna entrada, y los que estaban dentro del castillo pensaron que habría saltado desde fuera, como desafío a que los otros hicieran lo mismo.

Allí se estuvieron hasta el final del día, y al anochecer salió Conall a hacer la guardia, porque era mayor que Cuchulain. Todo aconteció igual que con Laegaire la primera noche. Y cuando llegó la tercera noche, salió Cuchulain al puesto de guardia.

Cuando se hizo medianoche oyó un ruido, y a la luz de la fría luna vio que nueve figuras grises venían hacia él sobre la marisma. «¡Alto!», dijo Cuchulain, «¿quién va? Si amigos, no se muevan; si enemigos, vengan acá.» Entonces ellos alzaron contra él un gran clamor, y Cuchulain se abalanzó sobre ellos y los acometió, de modo que los nueve cayeron muertos en tierra, y él les cortó las cabezas e hizo un montón con ellas, y de nuevo se sentó a hacer la guardia. Otros nueve y otros nueve clamaron contra él, pero él acabó con los veintisiete, e hizo un montón con sus cabezas y sus armas.

Mientras seguía velando toda la noche, cansado y abatido, oyó un ruido que se alzaba del lago, como el estruendo de un fuerte oleaje. Cansado como estaba, su ánimo no le dejaba parar quieto sin ir a ver cuál era la causa de aquel estruendo que oía. Entonces vio que un gran dragón salía del lago, y se elevaba en el aire por encima de él y se acercaba al castillo, y abría la boca; y parecióle que una de las casas cabría en su garrón.

Entonces Cuchulain de un salto le llegó a la cabeza y le echó un brazo alrededor

del cuello, y metiéndole la mano por el gáznate arrancó el corazón del monstruo y lo arrojó al suelo. La bestia se desplomó, y Cuchulain la cortó en tajadas con su espada, y la hizo pedacitos, y la cabeza se la llevó al montón de calaveras.

Estaba allí sentado cuando, ya cerca del alba, desanimado y exhausto, vio que desde el mar, por el oeste, venía hacia él una gran sombra en figura de gigante. «Mala noche es ésta», dijo. «Aún peor va a ser para ti», dijo Cuchulain. Él arrojó contra Cuchulain uno de los maderos, pero pasó sin tocarle, y lo mismo hizo dos o tres veces, pero no le rozó ni el escudo ni la piel. Entonces tendió la mano para asir a Cuchulain como había hecho con los otros, pero Cuchulain dio su salto de salmón hasta la cabeza del monstruo, con la espada desenvainada, y le derribó. «Vida por vida, Cuchulain», dijo, y con eso desapareció y no se le vio más.

Entonces se preguntó Cuchulain cómo habrían hecho sus compañeros para saltar a dentro de la fortaleza, pues el muro era grande y ancho y alto, y por dos veces lo intentó y no pudo. Entonces se apoderó de él la ira, y retrocediendo un buen trecho dio una carrera, y de tan grande como era la ira que sentía, y el valor de su corazón y de su ánimo, al correr casi no levantaba el rocío de las puntas de la hierba; y de un salto salvó el muro, y fue a caer en el medio, a la puerta de la casa. Después entró por la puerta y dio un suspiro. Y Blanad, la esposa de Curoi, dijo: «Ese suspiro no es el de un vencido, sino el suspiro de triunfo de un conquistador.» Pues la hija del Rey de la Isla de los Hombres de Falga sabía bien todo lo que había soportado Cuchulain aquella noche.

—La Parte del Campeón debe ser para Cuchulain —les dijo a los otros—; pues ya veis que no valéis lo que él.

—No estamos de acuerdo —dijeron ellos—; pues sabemos que fue uno de sus amigos de los sidhes el que vino a derribarnos y apartarnos del Campeonato. No vamos a rendirnos por eso.

Entonces ella les dio un mensaje que tenía de Curoi, de que los tres campeones se volvieran a Emain, hasta que él mismo fuera allí a dar su sentencia. Conque se despidieron de ella, y se volvieron a la Rama Roja.

Bastante tiempo después, cuando los hombres del Ulster estaban en Emain, cansados tras la asamblea y los juegos, Conchubar y Fergus, hijo de Rogh, junto con los jefes, salieron del campo de juegos de fuera y se sentaron en la casa de la Rama Roja; Cuchulain no estaba allí aquella noche, ni tampoco Conall Cearnach, pero todos los demás héroes principales sí.

Estando allí sentados a la caída de la tarde, cuando ya declinaba el día, vieron que por la sala venía hacia ellos un hombretón muy desgarbado y feo. Parecióles como si ninguno de los hombres del Ulster alcanzara ni a la mitad de su altura. Era espantoso a la vista; sobre la piel vestía un pellejo viejo de vaca, y encima un manto gris, y sobre la cabeza llevaba una rama grande y tendida, del tamaño de una choza de invierno para treinta vacas. Amarillos y codiciosos eran sus ojos, y en la mano derecha portaba un hacha que pesaba cincuenta calderos de metal derretido, tan

afilada que podía partir un cabello en dos si el viento lo volaba contra el filo.

Acercóse, y se apoyó en el tronco con ramas que había junto al fuego.

—¿Y tú quién eres? —dijo Dubthach de la Lengua Irascible—. ¿No hay otro sitio para ti en la sala que tienes que venir hasta aquí? ¿Es ser candelero de la casa lo que quieres, o es prender fuego a la casa?

—Me llamo Uath, el Forastero —dijo—; y ninguna de esas cosas es lo que yo quiero. Lo que yo quiero es lo que no encuentro, y eso después de ir buscándolo por todo el mundo de Irlanda y por el mundo entero, y es un hombre que cumpla su palabra y sea fiel a su pacto conmigo.

—¿Qué pacto es éste? —dijo Fergus.

—Aquí está esta hacha —dijo—, y el hombre en cuyas manos se ponga ha de cortarme la cabeza hoy, y yo he de cortarle la cabeza mañana. Y ya que vosotros, hombres del Ulster, sois nombrados con ventaja sobre los hombres de todos los países en fuerza y habilidad, en valentía, en grandeza, en nobleza, en conducta, en veracidad y generosidad, en valía, buscad entre vosotros uno que sea capaz de mantener su palabra y cumplir el trato. A Conchubar no le cuento por su realeza, y a Fergus, hijo de Rogh, por la misma razón. Pero fuera de esos dos, venga aquel de vosotros que se atreva a cortarme la cabeza él esta noche, que yo se la cortaré a él mañana por la noche.

—No es justo que caiga en deshonor una provincia entera —dijo Fergus— por falta de un hombre que cumpla su palabra.

—De seguro que no hay aquí un campeón si se deja fuera a esos dos —dijo Dubthach.

—Por mi fe, que ahora mismo lo habrá —dijo Laegaire, y de un salto se plantó en medio de la sala—. Agáchate, bufón, que te corte la cabeza esta noche, y tú me la cortarás a mí mañana.

—Por el juramento de mi pueblo —dijo Dubthach—, que mal te has de ver si el hombre que mates esta noche viene a matarte mañana a ti.

Entonces Uath puso encantamientos sobre el filo del hacha y tendió el cuello sobre un tajo, y Laegaire le asestó tal hachazo de través que el hacha se hincó en el tajo, y la cabeza cayó al suelo y la casa se llenó de sangre. Pero en seguida Uath se alzó en pie, y cogiendo su cabeza y su hacha se las puso al pecho, y salió de la sala, chorreando sangre por el cuello, de modo que todos los de la casa se llenaron de horror.

—Juro —dijo Dubthach— que si este forastero que ha sido muerto vuelve mañana por la noche, no dejará un hombre vivo en el Ulster.

A la noche siguiente volvió para cumplir lo pactado. Pero a Laegaire le faltó ánimo, y en ninguna parte se le pudo hallar. Pero Conall Cearnach estaba en la sala, y dijo que él haría con el forastero un nuevo pacto. Sucedió, pues, todo igual que la noche anterior, pero cuando Uath volvió al siguiente día, pasó igual con Conall que con Laegaire, que le faltó ánimo a la hora de cumplir su parte.

Cuchulain estaba allí aquella noche cuando entró Uath y empezó a burlarse de todos y a increparlos.

—En cuanto a vosotros, hombres del Ulster —dijo—, todo vuestro valor y vuestro arrojo os han abandonado; codiciáis un gran nombre, pero no sois capaces de ganarlo. ¿Dónde está ese bizco ruin llamado Cuchulain, para que yo vea si su palabra vale más que la de los otros?

—Yo cumpliré mi palabra sin pacto alguno —dijo Cuchulain.

—Así lo creo, mosca miserable; mucho miedo de morir tienes.

Al oír esto, Cuchulain saltó sobre él y le asestó tal hachazo que su cabeza salió despedida hasta la viga más alta de la sala, de modo que la casa entera se estremeció.

Al día siguiente los hombres del Ulster miraban a Cuchulain por ver si quebrantaba la palabra dada al forastero, como habían hecho los otros. Según estaba allí sentado Cuchulain esperándole, vieron que estaba muy abatido, y tuvieron por cierto que su vida había llegado al fin, y que ya podían ir haciendo duelo por él. Y entonces Cuchulain le dijo a Conchubar, con la cabeza gacha: «No te apartes de aquí hasta que mi pacto esté cumplido, pues mi muerte está cerca; pero antes prefiero recibirla que quebrantar mi palabra.»

Allí se estuvieron hasta el final del día, y entonces vieron venir a Uath.

—¿Dónde está Cuchulain? —dijo.

—Aquí estoy —respondió.

—Apagado es tu hablar esta noche —dijo el forastero—; mucho miedo de morir tienes. Pero, por grande que sea tu miedo, no me has fallado.

Entonces Cuchulain se llegó a él y apoyó la cabeza en el tajo.

—Estira más el cuello —dijo él.

—Me estás atormentando —dijo Cuchulain—; date prisa a acabar conmigo. Porque anoche, por mi juramento, yo no me demoré contigo.

Entonces estiró el cuello, y Uath levantó el hacha hasta dar con las vigas de la sala, y el crujido del viejo pellejo que llevaba encima, y el estrépito del hacha al romper las vigas, fueron como el fragor de un bosque en una noche de tempestad. Pero al bajar el hacha, bajó de canto, y fue en el suelo donde golpeó, de modo que a Cuchulain ni le tocó siquiera. Y todos los jefes del Ulster hacían corro mirando, y al momento vieron que el que allí estaba no era un bufón extraño, sino Curoi, hijo de Daire, que había venido a probar a los héroes con sus encantamientos.

—Levántate, Cuchulain —dijo—. De todos los héroes del Ulster, por grande que sea su osadía, no hay ninguno que se te pueda comparar en valor, en bravura y en lealtad. Tuyo es el Campeonato de los héroes de Irlanda de aquí en adelante, y con él la Parte del Campeón; y a tu esposa le corresponde el primer lugar entre todas las mujeres del Ulster. Y el que después de esto intente ponerse por delante de ti, juro por el juramento por el que jura mi pueblo que su vida peligrará.

Dicho esto los dejó. Y así acabaron la Guerra de Palabras de las Mujeres y la pendencia entre los héroes por el Campeonato del Ulster.

VI

EL GRAN REY DE IRLANDA

ANTES de esta época hubo un rey de Irlanda que se llamó Eochaid Feidlech, y que fue abuelo de Conaire el Grande.

Iba una vez por la vega hermosa de Bri Leith, cuando vio junto a un pozo a una mujer que tenía un peine brillante de plata y oro, y estaba lavando en una jofaina de plata que tenía cuatro aves de oro, y piedrecillas brillantes de color púrpura engastadas en el borde. Vestía un hermoso manto de color púrpura, con cenefas de plata y broche de oro; y un vestido de seda verde con larga capucha bordada de oro bermejo, y maravillosos enganches de oro y plata sobre los senos y sobre los hombros. Caía sobre ella la luz del sol, y hacía relucir el oro y la seda verde. Dos trenzas tenía la mujer, con cuatro crenchas en cada trenza, y un abalorio al final de cada crencha, y el color de su cabello era como el de los lirios amarillos en verano, o como el oro bermejo después de frotado.

Estaba la mujer soltándose el cabello para lavarlo, y descubría los brazos por las mangas de la camisa. Sus suaves manos eran blancas como la nieve de una sola noche, y sus ojos azules como una flor azul, y sus labios tan rojos como las bayas del serbal, y su cuerpo tan blanco como la espuma de una ola. La clara luz de la luna lucía en su cara, la altivez del orgullo en sus cejas, un hoyuelo de deleite en cada una de sus mejillas, la luz de la ternura en sus ojos, y al andar lo hacía con pasos iguales y acompasados, como una reina.

De todas las mujeres del mundo, era la mejor, la más cumplida y la más hermosa que jamás se viera, y el rey Eochaid y los suyos pensaron que vendría de los montes de los sidhes. De ella se dijo: «Todas son amables y todas agradecidas hasta que se las pone junto a Etain.»

Entonces Eochaid envió a los suyos para que la llevaran ante él, y cuando llegó le dijo: «¿Quién eres tú, y de dónde vienes?»

—Eso es fácil de decir —dijo ella—; yo soy Etain, hija de Etar, rey de los Jinetes de los sidhes. Y estoy aquí desde que nací, hace veinte años, en un monte de los sidhes, y reyes y grandes hombres me han requerido de amores; pero no han obtenido nada de mí, porque desde que aprendí a hablar te amé a ti, y te di amor de niña, por las grandes cosas que oía de tu grandeza. Y al verte ahora, te conocí por todo lo que de ti había oído; y así he llegado por fin hasta ti.

—No es mal amigo el que has estado buscando —dijo Eochaid—; pues serás bien recibida, y por ti dejaré a todas las demás mujeres, y contigo viviré de aquí en adelante, mientras mantengas buena conducta.

Entonces le dio las arras de desposada, y ella vivió con él hasta que murió. Pero

una vez se la arrebató Midhir, y Eochaid la rescató por la fuerza, y después de eso los sidhes no le tuvieron buena voluntad, antes bien descargaron su venganza sobre su casa, y sobre su nieto Conaire.

Tuvieron una sola hija, que llevó el mismo nombre de su madre, Etain, y que casó con Cormac, rey del Ulster. Y, al igual que su madre, no tuvo ésta más que una hija; y Cormac se enojó viendo que no le daba un hijo varón, y ordenó a dos de sus servidores que apartaran a la niña de su vista y se deshicieran de ella. Lleváronla, pues, a un pozo, pero cuando la estaban metiendo ella les sonrió con gesto risueño, y no tuvieron valor para hacerle daño. De modo que la llevaron a una choza de los pastores que cuidaban los ganados de Eterscel, bisnieto de Iar, rey de Teamhair; y allí estuvo bien cuidada, y no había en Irlanda una hija de rey más cumplida que ella. Y levantaron para ella una casita de mimbres, sin puerta, sino únicamente con una ventana en lo alto.

Las gentes del rey Eterscel creían que eran provisiones lo que los pastores guardaban en aquella casa. Pero un día uno de sus hombres se subió a mirar por la ventana, y lo que vio fue la muchacha más cumplida y más hermosa del mundo entero.

Cuando lo supo el rey Eterscel, envió a los suyos a que entraran en la casa y se apoderasen de la muchacha, sin pedirles permiso a los vaqueros. Pues él no tenía hijos, y lo que habían anunciado los druidas era que una mujer de estirpe desconocida le daría un hijo varón; y dio por seguro que ésa era la mujer que le estaba anunciada.

Pero antes de que los mensajeros del rey llegasen de mañana a la casa, Etain vio entrar un ave por la ventana. Y cuando entró, dejó en el suelo su piel de ave, y Etain vio ante sí a un hombre. Y él dijo: «El rey envía mensajeros que te lleven ante él, para que pueda tener un hijo varón. Pero será a mí a quien le des un hijo, que jamás debe dar muerte a un ave. Y se llamará Conaire, hijo de Mes Buachall, esto es, hijo de la hija adoptiva del vaquero.»

Lleváronla después ante el rey, y los pastores que la habían adoptado fueron con ella, y todos recibieron buen trato. Y lo que ella pidió fue que, cuando naciera su hijo Conaire, se le educara entre tres casas, la casa de sus padres adoptivos, la casa de los dos Maines de dulce hablar, y la casa de ella. Y dijo que si alguno de los hombres de Irlanda quería ayudar a educarle, debía hacerlo en una de esas tres casas.

Conque fue así como criaron al niño, y a otros cinco niños con él, Ferger, Fergel, Ferogain, Ferobain y Lomna Druth el Tonto, de la casa de Dond Dessa, el campeón del ejército de Muclesi. Y todos comían la misma comida, y eran iguales sus ropas y sus arneses, y el color de sus caballos.

Al cabo de un tiempo murió el rey Eterscel, y en Teamhair se dispuso la fiesta del toro, según era costumbre, para averiguar quién era el hombre mejor para ostentar la realeza.

La fiesta del toro se hacía así: se sacrificaba un toro blanco, y un hombre comía hasta hartarse de la carne y del caldo, y mientras dormía después de comer cuatro

druidas decían sobre él un hechizo de la verdad. Y aquél al que viera en sueños sería rey, y él les diría qué aspecto tenía; y si decía mentira, sus labios perecerían. Y lo que esta vez vio en sueños el soñador fue un muchacho que iba por el camino de Teamhair, desnudo y con una piedra en la honda.

Precisamente en aquel momento estaba Conaire jugando cerca del río Lifé con sus hermanos adoptivos, y vinieron los vaqueros que le habían criado y le mandaron ir a Teamhair para asistir a la fiesta del toro que allí se estaba celebrando.

Conque dejó a sus hermanos adoptivos en sus juegos, volvió su carro y marchó hasta llegar a Ath Cliath. Y allí vio unas grandes aves blancas jaspeadas, las mejores de tamaño y aspecto que nunca viera, y las siguió hasta que sus caballos se cansaron, pero no pudo darles alcance, porque siempre iban por delante de él. Entonces se apeó del carro, tomó su honda y las siguió a la playa, y ellas se metieron en el mar y nadaban sobre las olas, y él se metió tras ellas para apresarlas. Entonces ellas se despojaron de sus pieles de ave, y Conaire vio ante sí a unos hombres que se volvían a hacerle frente con lanzas y espadas.

Pero uno de ellos le tomó bajo su protección y dijo: «Yo soy Nemglan, el rey de las aves de tu padre, y a ti se te dio el mandato de que nunca atacases a aves, pues no hay entre estos uno solo que no deba serte querido.»

—Nunca hasta hoy tuve conocimiento de ese mandato —dijo Conaire.

Entonces dijo Nemglan: «Lo que tienes que hacer es ir esta noche a Teamhair, a la fiesta del toro, y allí te harán rey; pues es un hombre que vaya desnudo, con una honda y una piedra en la mano, por uno de los caminos que llevan a Teamhair, al final de la noche, el que ha de ser rey. Y tu reinado de ave será grande. Pero hay *geasa*, esto es, obligación sobre ti, de no hacer estas cosas: no rodear Teamhair de izquierda a derecha, ni Bregia de derecha a izquierda; no dar caza a las malas bestias de Cerna; no salir de Teamhair cada novena noche; no arreglar la disputa de dos de los tuyos; no permitir saqueos en tu reinado; no dormir en una casa de donde hayas visto salir luz de hoguera después de la puesta de sol; no permitir que una mujer ni un hombre solos entren en la casa donde tú estés después de la puesta de sol; no permitir que vayan delante de ti tres Rojos a la Casa del Rojo.»

Y Conaire partió hacia Teamhair, desnudo y con una piedra en la honda. En cada uno de los cuatro caminos que llevaban a Teamhair había tres reyes esperando, provistos de ropajes, al rey que estaba anunciado. Y cuando los tres reyes del camino que traía Conaire le vieron venir, salieron a su encuentro, le vistieron el ropaje real y le llevaron a Teamhair en un carro. Pero las gentes de Teamhair dijeron al verle: «¡No han servido de mucho la fiesta del toro y el hechizo de verdad, cuando lo único que nos traen es un mozo imberbe!»

—Eso no importa —dijo Conaire—; no es desdoro para vosotros tener un rey joven, siendo así que mi padre y mi abuelo ocuparon el mismo lugar.

—Eso es verdad —dijeron entonces todos, y le dieron la realeza; y él dijo: «Aprenderé de los sabios, para ser sabio yo.»

Y durante su reinado hubo gran abundancia en Irlanda; siete barcos venían de cada vez a Inver Colptha, en todas las cosechas había trigo y nueces hasta las rodillas; doblábanse los árboles bajo el peso del fruto, y el Buais y el Boinne estaban llenos de peces cada verano; y había entre las gentes tanta ley, tanta paz y buena voluntad, que para cada uno sonaba la voz del otro tan dulce como las cuerdas del arpa. Y hasta los lobos estaban obligados por rehenes a no matar más de un ternero en cada corral. No hubo trueno ni tormenta en el reinado de Conaire, ni de la primavera a la cosecha sopló viento capaz de mover el rabo de una vaca; y era tan grande la paz, que el ganado andaba sin guardianes. Y en el reinado de Conaire hubo las tres coronas en Irlanda, la corona de flores, la corona de bellotas y la corona de espigas de trigo.

Pero al cabo de un tiempo empezó a haber descontento entre los hijos de Donn Dessa, porque no podían robar y matar como antes. Y para dar enojo al rey y ver qué hacía, robaron tres cosas del mismo hombre, un cerdo, un novillo y una vaca, una cada año durante tres años. Cada año el campesino acudía al rey a presentarle su queja, y cada año el rey decía: «Es a los hijos de Donn Dessa a quienes debes ir, pues son ellos los que se han llevado las bestias.» Pero cada vez que iba a hablar con ellos a poco más le mataban, y no se atrevía a volver ante el rey por miedo de que se enojara.

De modo que los hijos de Donn Dessa siguieron con sus robos, y otros ciento cincuenta jóvenes se les unieron, hijos de los grandes hombres de Irlanda.

Pero una vez estaban haciendo sus fechorías en Connaught, y siguieron a un pastor de puercos que huía de ellos, y él pidió ayuda a gritos, y la gente acudió, y apresaron a los ladrones y los llevaron a Teamhair.

Pidieron entonces al rey Conaire que diera sentencia, y él dijo así: «Que el padre de cada ladrón dé muerte a su hijo, pero que a mis hermanos adoptivos se les perdone la vida.»

—Danos permiso —dijo todo el pueblo— y nosotros los mataremos por ti.

—Eso de ningún modo lo consentiré —dijo Conaire—. Ha de perdonárseles la vida. Pero si quieren robar, que crucen el mar y roben a los hombres de Alban.

Así que los hijos de Donn Dessa y sus hombres fueron expulsados del país, y con ellos se marcharon algunos de los Maines, hijos de Ailell y Maeve, y tres grandes luchadores de Leinster, a quienes llamaban los Tres Mastines Rojos de Cualu; y se llevaron con ellos una hueste de hombres violentos y alborotados.

Zarparon, pues, en sus naves, y cuando estaban en el mar bravío se encontraron con la nave de Ingcel el Tuerto, nieto de Cormac de Bretaña. Ya iban a atacarle cuando dijo Ingcel: «Sería mejor que hiciéramos un pacto, pues vosotros habéis sido expulsados de Irlanda, y yo he sido expulsado de Bretaña. Hagamos este trato: id vosotros a expoliar a las gentes de mi país, y después yo iré con vosotros a expoliar a las del vuestro.»

Conque así lo acordaron, y echaron a suertes dónde irían primero, y salió que fueran primero a Bretaña con Ingcel. Y al llegar allí quiso la fortuna que el padre y la

madre y los siete hermanos de Ingcel hubieran sido llamados a la casa del rey del distrito, e Ingcel y sus compinches los atacaron, y los mataron a todos en la misma noche.

Fueron después a Alban, y allí perpetraron toda clase de destrucciones y robos. Y al cabo se volvieron para Irlanda, para que Ingcel expoliara a su gente de la misma manera que ellos habían expoliado a la suya.

Precisamente en aquel tiempo acababa de ser rota la paz en Irlanda por los dos Carbres, que estaban en guerra entre sí en Tuathmumain de Munster, y nadie fue capaz de poner fin a su disputa hasta que Conaire en persona fue allí a poner paz. Y así lo hizo, aunque con ello quebrantara dos de las obligaciones que le había impuesto el Hombre de las Olas. Y en el camino de regreso a Teamhair, cuando pasaba por Usnach de Meath, a él y a los suyos les pareció ver combates del este al oeste, y del norte al sur, y ejércitos de hombres desnudos, y el país de los Ua Neills como una nube de fuego que los rodeaba.

—¿Qué es eso? —dijo Conaire.

—Eso es fácil de saber —dijeron los suyos—. La ley del rey ha sido quebrantada, y el país está en llamas.

—¿Hacia dónde será mejor que vayamos? —dijo Conaire.

—Hacia el noroeste —dijeron los suyos.

De modo que rodearon Teamhair de izquierda a derecha, y rodearon Bregia de derecha a izquierda, y ése fue otro quebrantamiento de las obligaciones; y se encontraron con bestias y les dieron caza, y hasta después no supo Conaire que eran las malas bestias de Cerna.

Y eran los sidhes los que habían alzado a su alrededor aquella niebla drúídica de humo, porque había empezado a quebrantar sus obligaciones.

Entonces se apoderó de Conaire un gran temor, y no supo por dónde sería mejor ir; y fueron siguiendo la costa hacia el sur, por el camino de Cualu. Y entonces dijo Conaire: «¿Dónde iremos a pasar la noche?»

—Esto puedo yo decir con verdad —dijo Mac Cecht, uno de sus luchadores, el que tenía a tres de los fomores como rehenes en la corte del rey, para que su gente no robara trigo ni leche en Irlanda durante su reinado—: más veces ha ocurrido que los hombres de Irlanda se disputaran el tenerte en sus casas, que no que anduvieras perdido en busca de lugar donde alojarte.

—Tengo un amigo no lejos de aquí —dijo Conaire—, pero habría que saber el camino de su casa.

—¿Quién es? —dijo Mac Cecht.

—Da Derga de Leinster, el que tiene la gran posada —dijo Conaire—. Vino a pedirme una merced, y no se vio defraudado. Le di cien cabezas de ganado, le di cien puercos cebados, le di cien mantos de buen paño, le di cien espadas y lanzas, le di cien broches dorados de oro bermejo, le di diez toneles de buena cerveza oscura, le di veintisiete mastines blancos con cadenas de plata, le di cien caballos veloces. Le daría

lo mismo si otra vez viniera. Él me lo pagará esta noche, pues sería raro que yendo yo a su casa me escatimase nada.

—Cuando yo conocí su casa —dijo Mac Cecht—, el camino en que ahora estamos llevaba derechamente a ella. Siete puertas tenía, y siete alcobas entre cada dos puertas.

—Iremos a la casa con toda nuestra gente —dijo Conaire.

—En ese caso —dijo Mac Cecht—, yo iré primero para encender el fuego antes de que lleguéis.

Siguieron, pues, hacia Ath Cliath, y al poco los adelantó un hombre de cabellos cortos, que tenía un aspecto temible, con una sola mano y un solo pie y un solo ojo. Llevaba en la mano una pértiga bifurcada de hierro negro, y a la espalda un puerco chamuscado de pelos negros, que iba chillando; y tras él iba una mujer, fea y con la boca muy grande.

—Bienvenido sea mi señor Conaire —dijo el hombre—. Hace tiempo que sabíamos de tu venida.

—¿Quién es el que me da la bienvenida? —dijo Conaire.

—Fer Coille, el Hombre del Bosque —dijo el otro—; y con él su puerco negro, para que esta noche no ayunes, pues eres el mejor rey que ha venido al mundo.

—Dejadme por esta noche —dijo Conaire—; ya iré con vosotros cualquier otra noche que queráis.

—No haremos tal —dijo el hombre—, sino que iremos al lugar donde tú vas a estar esta noche, oh pequeño y buen señor Conaire.

Conque siguió adelante hacia la posada, y su mujer tras él, y el puerco chillando sobre sus espaldas.

Después de esto Conaire vio ante sí tres jinetes que iban hacia la posada. Llevaban mantos rojos, escudos rojos y lanzas rojas en las manos, y cabalgaban sobre caballos alazanes.

—¿Qué hombres son esos que van delante de mí? —dijo Conaire—. Está entre mis obligaciones que no les deje ir delante de mí; tres Rojos a la Casa del Rojo, esto es, de Derga. ¿Quién quiere seguirlos y ordenarles que vuelvan y marchen detrás de mí?

—Yo los seguiré —dijo Lefriflaith, el hijo de Conaire.

Aguijó, pues, al caballo y salió tras ellos, pero no pudo darles alcance. Así que les gritó que se volvieran, y no marcharan por delante del rey. Esto lo hizo por tres veces, y a la tercera uno de los tres hombres volvió la cabeza y dijo: «Grandes nuevas nos esperan, hijo mío; espadas húmedas, destrucción de vidas, escudos con bloca rotas, después de la caída de la noche. Nuestros caballos están cansados; montamos los caballos de los sidhes; aunque estamos vivos, estamos muertos.» Y dicho esto se alejaron de él, y él volvió junto a su padre.

—No has sujetado a esos hombres —dijo Conaire.

—No fue culpa mía, en verdad —dijo Lefriflaith. Y contó la respuesta que le

habían dado; y no les gustó a Conaire y los suyos, antes bien les dio desasosiego.

—Todas mis obligaciones se han roto esta noche —dijo Conaire—, y esos tres Rojos que van por delante de mí los han enviado los sidhes.

Mientras él y los suyos iban por el camino de Cualu hacia la posada, Ingcel y los proscritos de Irlanda habían venido en sus naves a la costa de Bregia contra Etair. Y dijeron los hijos de Donn Dessa: «Arriad las velas, y que un mensajero de pies ligeros vaya a tierra y vea si podemos mantener lo acordado con Ingcel, y darle un botín por el botín que él nos dio.»

—Que vaya un hombre —dijo Ingcel— que tenga don de oído, y de vista larga y de juicio.

—Yo tengo don de oído —dijo Maine Milscothach.

—Yo tengo don de vista larga y de juicio —dijo Maine Andoe.

—Pues id vosotros —dijeron los demás.

Así que desembarcaron, y marcharon hasta Beinn Etair, y allí se detuvieron para ver y oír.

—Ahora estate callado —dijo Maine Milscothach— y escucha.

—¿Qué oyes? —dijo Maine Andoe.

—Oigo que viene un rey —dijo el otro—; ahora mira tú y dime qué ves.

—Veo —dijo— una gran compañía de hombres, que viajan por montes y ríos. Llevan ropas de todos los colores, y lanzas grises sobre sus carros, y a su lado espadas con empuñadura de marfil, y escudos de plata; y juro por el juramento de mi pueblo que los caballos que llevan son caballos de algún buen señor. Y en mi opinión es Conaire, hijo de Eterscel, con una buena parte de los hombres de Irlanda, el que viaja por el camino.

Con eso se volvieron, y refirieron a sus compinches lo que habían oído y visto. Cuando los otros lo oyeron, arrimaron las naves a tierra y desembarcaron en la playa de Furbuithe. Y precisamente en aquel momento estaba Mac Cecht prendiendo una chispa para encender fuego en la posada antes de que llegase el Gran Rey.

Llegó en esas Conaire al prado de la posada, y entró con los suyos, y todos tomaron asiento; y junto a ellos se sentaron los tres Hombres Rojos, y el Hombre del Bosque, que era porquero de los sidhes, con su cerdo chillón.

Y Da Derga se llegó a ellos con ciento cincuenta guerreros, todos ellos con cabellos largos y mantos cortos, y en la mano un garrote de endrino con bandas de hierro. «Bienvenido seas, mi señor Conaire», dijo Da Derga; «si trajeras contigo a todos los hombres de Irlanda, todos serían bienvenidos.»

Cuando ya había caído la tarde vieron que hacia la puerta de la posada venía una mujer sola; traía largos los cabellos, y un manto de lana gris, y tenía la boca torcida a un lado de la cabeza. Vino y se apoyó en el quicio de la puerta, y echó mal de ojo al rey y a los jóvenes que había con él.

—Y bien, mujer —dijo Conaire—: si tienes visión de druida, ¿qué es lo que ves para nosotros?

—Lo que veo para vosotros —dijo ella— es que nada de vuestra piel ni de vuestra carne escapará del lugar donde estáis, si no es lo que las aves se lleven en las garras. Dejadme entrar en la casa.

—Estoy bajo obligación —dijo Conaire— de no dejar que una mujer entre sola en la casa después de la puesta de sol. Sacadle una buena porción de comida de mi propia mesa, pero que pase la noche en otro lugar.

—Si la hospitalidad del rey le ha abandonado —dijo ella—, y si es costumbre en él no tener sitio en su casa donde dar comida y techo a una mujer sola, yo iré a pedirle comida y techo a otro hombre mejor.

—Dejadla pasar, y sea lo que fuere de mis obligaciones —dijo Conaire al oír eso. Conque la dejaron entrar, pero ninguno estaba tranquilo después de lo que les había dicho.

Durante todo ese tiempo venían los proscritos camino de la posada, y se detuvieron en Leccaibcend Slebe. Y cuando vieron el resplandor que salía de la posada a través de las ruedas de los carros que estaban a las puertas, Ingcel dijo a Ferogain: «¿Qué es ese resplandor de allá?»

—Yo pienso —dijo Ferogain— que es la hoguera de Conaire, el Gran Rey. Y me alegraría de que no estuviera allí esta noche, pues sería lástima que le viniera daño, o que se acortaran sus días, porque es una rama en flor.

—Buena fortuna para mí —dijo Ingcel— si allí está. Botín por botín. No será peor para vosotros de lo que fue para mí cuando entregué en vuestras manos a mi padre y a mi madre y a mis siete hermanos y al rey de mi país.

—Eso es verdad, eso es verdad —dijeron todos los demás.

Entonces cada uno de ellos llevó una piedra de la playa para hacer un *cairn*, como solían hacer antes de atacar un lugar, para saber después cuántos hombres habían perdido. Pues cada hombre que venía de la lucha retiraba su piedra del *cairn*, y quedaban las de todos los que habían sido muertos.

Después celebraron consejo, y acordaron que fuera un hombre a espiar cómo marchaban las cosas en la posada. Y fue el propio Ingcel a hacerlo, y se estuvo un buen rato atisbando por las siete puertas de la casa, hasta que al fin uno de los de dentro le vio; entonces regresó junto a sus compinches, que estaban todos sentados, con los jefes en el medio, esperando sus nuevas.

—¿Viste la casa, Ingcel? —dijo Ferogain.

—La vi —dijo Ingcel—; y tenga o no un rey dentro, es una casa regia, y a su hora quiero que sea mi parte.

—Lo será —dijeron los hermanos adoptivos de Conaire—. Pero no la atacaremos sin antes saber quién está dentro.

—El primero que vi —dijo Ingcel— era un hombre corpulento, de buena estirpe, con los ojos brillantes y los cabellos como el lino; de rostro despejado, ancho por arriba y estrecho por abajo; de mirada modesta, y barbilampiño. Tenía en la mano una lanza de cinco púas, y un escudo con cinco círculos de oro. Nueve hombres tenía

alrededor, todos hermosos y todos parecidos, de suerte que se diría que fueran del mismo padre y de la misma madre. ¿Quiénes eran esos hombres, Ferogain?

—Eso es fácil de decir —dijo Ferogain—. Ése era Cormac Conloingeas, hijo de Conchubar, el mejor guerrero con escudo de toda Irlanda, pero que a pesar de ello es modesto. Y los que estaban a su alrededor eran sus nueve compañeros; nunca han matado a nadie por ser pobre, ni le han perdonado la vida por ser rico. Buen jefe es el que llevan. Juro por los dioses de mi pueblo que esta noche no harán pequeña matanza ante la posada.

—Lástima del que acometa —dijo Lomna Druth el Tonto—, sólo por ese hombre, Cormac Conloingeas. Si de mí dependiera no se haría el ataque, sólo por ese hombre y su hermosura y su bondad.

—Tú no podrás estorbarlo, Lomna —dijo Ingcel—. Tú no vales para luchar; te conozco bien, te entran nubes de debilidad. Nadie, ni viejo ni narrador, podrá decir que yo me eché atrás de esta lucha antes de rematarla.

—Eso está bien para ti, Ingcel —dijo Lomna—; tú escaparás después de la lucha, y te llevarás la cabeza de un rey extranjero; pero en cuanto a mí, mi cabeza será la primera que esta noche se arroje de acá para allá.

—¿Qué viste después? —dijo Ferogain.

—Vi una sala donde estaban tres tiernos muchachos, que vestían mantos de seda con broches de oro. Largos cabellos rubios tenían, rizos como cabeza de carnero; un escudo de oro y una vela de casa de rey sobre cada uno, y todos los de la casa les seguían el humor. ¿Quiénes eran, Ferogain?

Pero Ferogain derramaba lágrimas, de suerte que todo el frente de su manto se humedeció, y pasó largo rato antes de que pudiera sacar la voz. «¡Oh pequeños!», dijo entonces, «razón tengo para llorar. Ésos son los tres hijos del rey, Oball y Opline y Corpre Findmor.»

—Dolor sentiríamos si eso fuera verdad —dijeron los otros hijos de Donn Dessa—; pues buenos son los tres. Son gentiles como muchachas, y tienen corazón de hermanos y valentía de leones. Quien ha estado con ellos y de ellos se separa, poco duerme ni come hasta pasados nueve días, echando de menos su compañía. Lástima del que acabe con ellos.

—Después de eso —dijo Ingcel— vi un hombre muy blanco, con una mata de cabellos dorados del tamaño de un serón. Tenía en la mano una espada larga y pesada de tres filos, y un escudo rojo salpicado de remaches de bronce blanco entre planchas de oro.

—Ese hombre es conocido por todos los hombres de Irlanda —dijo Ferogain—. Es Conall Cearnach, hijo de Amergin, y es el hombre al que más estima Conaire en el mundo; y ese escudo que empuñaba es el Lamtapaid. Hay siete puertas en esa posada, y cuando se haga el ataque, Conall Cearnach estará en las siete. ¿Qué viste después, Ingcel?

—Vi —dijo Ingcel— un hombre grande y moreno, de cabellos castaños y cortos,

con un manto rojo jaspeado y un escudo negro con enganches de oro; y con él dos hombres principales, que lucían sus primeras canas, con espadas negras al costado. Y uno de ellos empuñaba una gran lanza, atravesada por cincuenta remaches, y la esgrimió sobre su cabeza, y se golpeó la palma de la mano con el asta por tres veces, y luego la metió en un gran caldero que había frente a ellos, con una cosa negra dentro, y cuando la estaba metiendo salían llamas del asta. ¿Quiénes eran esos hombres, Ferogain?

—Ese hombre moreno es Muinremar, hijo de Geirgind, uno de los campeones de la Rama Roja. Otro es Sencha, el hermoso hijo de Ailell; y el de la lanza es Dubthach, el Escarabajo del Ulster, y la lanza que empuñaba es la Luin de Celthair, que estuvo en la batalla de Magh Tuireadh, y que fue traída del este por los tres hijos de Tuireann; cuando se avecina una batalla, ella sola echa llamas, y hay que tenerla remojada en una vasija, porque si no atraviesa al que la tenga en la mano.

—Después vi —dijo Ingcel— una sala donde había nueve hombres, rubios y hermosos, con mantos jaspeados, y encima de ellos había nueve gaitas, y los adornos que había en ellas resplandecían.

—Ésos son los nueve gaiteros que acudieron a Conaire del monte de los sidhes en Bregia —dijo Ferogain—, por las grandes cosas que se contaban de él. Son los mejores gaiteros de todo el mundo. Y buenos luchadores, pero luchar con ellos es luchar con una sombra, pues matan pero no pueden ser muertos, porque vienen de los sidhes.

—Después vi —dijo Ingcel— tres hombres muy grandes, de aspecto terrible. Iban vestidos de pieles hirsutas, y cada uno empuñaba una maza de hierro con cadenas. Había tristeza en ellos, y estaban solos, y todos los de la casa los rehuían. ¿Quiénes eran, Ferogain?

Ferogain guardó silencio un poco, y luego dijo: «No sé de hombres así que haya en el mundo, como no fueran los tres gigantes a los que Cuchulain perdonó la vida, cuando los tomó de los hombres de Falga, y por su rareza no permitió que fueran muertos; Conaire se los compró después a Cuchulain, así que con él están.»

—Vi nueve hombres en el lado norte de la casa —dijo Ingcel—, de cabellos muy rubios, con vestidos cortos de lino, y mantos de color púrpura sin broches; lanzas anchas, y escudos rojos curvados.

—Los conozco —dijo Ferogain—; son tres príncipes de Bretaña que están con el rey, Oswald y sus dos hermanos adoptivos, Osbrit de la Mano Larga y sus dos hermanos adoptivos, Lindas y sus dos hermanos adoptivos.

—Tres hombres rojos vi después —dijo Ingcel—; con escudos rojos encima, lanzas rojas en las manos, sus tres caballos alazanes con sus bridas delante de la posada.

—Ésos son los tres campeones que perpetraron engaños y falsedades entre los sidhes —dijo Ferogain—; y el castigo que les puso el rey de los sidhes fue ser vencidos por tres veces por el rey de Teamhair; y Conaire es el último rey que los

vencerá, pero no serán muertos, ni darán muerte a nadie. Han venido para obrar su propia destrucción.

—Después vi —dijo Ingcel— un hombre grande, con los cabellos blancos, y la vergüenza de la calvicie en él, y pendientes de oro en las orejas. Nueve espadas tenía en la mano, y nueve escudos de plata, y nueve manzanas de oro. Cada cosa la echaba al alto, y ninguna se caía al suelo, sino que subían y bajaban unas con otras como abejas en un día de sol. Pero según le estaba yo mirando, lo dejó caer todo al suelo, y la gente que había con él gritó, y el rey que estaba allí sentado le dijo: «Estamos juntos desde que yo era niño, y tus juegos nunca fallaron hasta esta noche.» «¡Ay de mí!», dijo él. «Buen señor Conaire, buenos motivos tengo; unos ojos hostiles me han mirado; hay alguna cosa mala delante de la posada.» Y cuando el rey oyó esto, dijo: «Hace poco tuve un sueño estando dormido, de que mi perro Ossar aullaba, de hombres heridos, de un viento de terror, de duelo que ahogaba las risas.»

—Ése era Taulchinne, el juglar de Conaire —dijo Ferogain—. Y ahora dime, ¿qué aspecto tenía el rey?

—De cuantos hombres he visto en el mundo —dijo Ingcel—, es el mejor de forma, y el más hermoso; joven es, y discreto y regio. El color de sus cabellos era como el brillo del oro acrisolado; el manto que le envolvía era como la neblina de una mañana de mayo, cambiante de color a color, cada color más hermoso que los otros; un broche en rueda de oro le llegaba desde la barbilla hasta la cintura; tenía a su alcance su espada con empuñadura de oro.

—Ése era Conaire, el Gran Rey, en efecto —dijo Ferogain—; es el más grande, el mejor y el más apuesto de los reyes del mundo entero, y no hay defecto en él, ni de discreción, ni de bravura, ni de conocimiento, ni de palabras ni de valía. Tierno es, hombre soñoliento y sencillo, hasta que da con alguna acción valerosa; pero cuando su ira se despierta, los campeones de Irlanda y de Escocia no ganarán su batalla mientras le tengan enfrente. Y yo juro por el juramento de mi pueblo que, a menos que le faltara la bebida o le sucediera algo semejante, ese hombre solo defendería la posada hasta que se juntaran para ayudarle desde la Onda de Cliodna al sur hasta la Onda de Essruadh al norte.

—Hora es de alzarnos —dijo entonces Ingcel— e ir a la casa.

Así que los proscritos se levantaron y fueron a la posada, y en torno a ella se oyó el rumor de sus voces.

—Callaos y escuchad —dijo Conaire—. ¿Qué es eso que se oye?

—Luchadores en torno a la casa —dijo Conall Cearnach.

—Luchadores hay aquí para recibirlos —dijo Conaire.

—Falta harán esta noche —dijo Conall.

Entonces Lomna Druth el Tonto irrumpió el primero en la casa, y los porteros le cortaron la cabeza; y tres veces fue arrojada de dentro a fuera y de fuera a dentro de la posada, como él mismo había anunciado.

Acometiéronse entonces todos, y el propio Conaire salió con su gente y mató

afuera a muchos de los proscritos. Por tres veces fue incendiada la posada, y por tres veces fue apagado el fuego. Y Conaire cogió entonces sus armas, pues en el primer ataque no las había cogido, y volvió a salir e hizo gran matanza, con lo que los proscritos retrocedieron.

—Os dije —dijo Ferogain— que todos los hombres de Irlanda y de Alban no podrían tomar la casa hasta que se apagara la ira de Conaire.

—Poco tiempo le queda —dijeron los druidas que había con los proscritos. Y le infundieron con sus encantamientos una gran sed, de modo que volvió a la casa y pidió de beber.

—Dame de beber, Mac Cecht —dijo.

—No es ésa la orden que sueles darme —dijo Mac Cecht—. Lo que yo tengo que hacer es defenderte de los hombres que te están atacando desde todas partes en derredor de la casa; pídeles de beber a tu mayordomo y a tus coperos.

Entonces Conaire pidió de beber a sus coperos.

—No hay nada —dijeron—, porque hasta la última gota que había en la casa se arrojó al fuego para apagarlo.

—Tráeme de beber, Mac Cecht —volvió entonces a decir—; que, si he de morir, me da lo mismo de qué muerte sea.

Entonces Mac Cecht dio a elegir a los campeones de Irlanda que estaban en la casa, entre salir a buscar bebida para Conaire o quedarse en la casa para defenderle. Y Conall Cearnach gritó: «Déjanos a nosotros la defensa del rey, y vete tú a buscar la bebida, pues que es a ti a quien se la ha pedido.» Y se irritó con Mac Cecht por dejarles a ellos la elección, y desde entonces nunca hubo mucha amistad entre los dos.

Entonces fue Mac Cecht a buscar bebida, y llevó consigo la gran copa de oro de Conaire, y un espetón de hierro, el espetón del caldero, en la otra mano.

Arrojóse sobre los proscritos, y los atacó a golpes con el espetón, matando a muchos; y luego embrazó el escudo y volteó la espada sobre su cabeza, y derribó a cuantos se le ponían delante, y pasó a través de la banda entera.

Sería demasiado largo de contar, y cansaría a los que escuchan, todo lo que pasó después; cómo salían los de la posada y acometían, y algunos hallaban la muerte, y casi todos escapaban. Y al cabo no quedaron en la posada con Conaire más que Conall, Sencha y Dubthach.

Y he aquí que por la ira que Conaire sentía, y la ardua pelea que había librado, le volvió a entrar una gran sequedad, y tal fiebre de sed, y sin nada que beber, que al final se murió de ella.

Entonces los otros tres, cuando vieron que el Gran Rey estaba muerto, salieron y a mandobles se abrieron paso entre sus enemigos, y escaparon salvando la vida; pero iban heridos, dañados y quebrantados.

Y Conall Cearnach, luego que escapó, se fue hasta la casa de su padre, con la mitad de su escudo en la mano y unos pocos pedazos que habían quedado de sus dos

lanzas. Y halló a Amergin, su padre, delante de su castillo en Tailltin.

—Fieros lobos te han acosado, hijo mío —dijo.

—No fueron lobos los que me hirieron, sino un combate acerbo con luchadores —dijo Conall.

—¿Tienes noticias de la posada de Da Derga? —dijo Amergin—. ¿Vive tu señor?

—No vive —dijo Conall.

—Juro por los dioses de las grandes tribus del Ulster, que es un cobarde el que haya salido vivo, dejando muerto a su señor entre sus enemigos —dijo Amergin.

—Mis heridas no están blancas, viejo héroe —dijo Conall. Y con esto le enseñó el brazo derecho, que estaba lleno de heridas.

—Ese brazo luchó allí, hijo mío —dijo Amergin.

—Eso es verdad —dijo Conall—. A muchos que ahora están delante de la posada les sirvió anoche bebidas de muerte.

En cuanto a Mac Cecht, después que salió de la posada se fue hasta el pozo de Casair, que estaba allí cerca en Crith Cualann, pero no halló en él agua ni para llenar la copa. Entonces siguió adelante toda la noche, de lago en lago y de río en río, pero en ninguno encontraba agua para llenar la copa. Llegó por fin al Uaran Garad de Magh Ai, y no se le pudo ocultar; y llenó la copa, y se volvió otra vez, y alcanzó la posada de Da Derga antes del amanecer. Y al llegar allí, vio que dos hombres estaban cortando la cabeza de Conaire; y Mac Cecht le cortó la cabeza a uno de los dos, y cuando el otro se iba a ir con la cabeza del rey, cogió una piedra y se la tiró, de modo que le rompió el espinazo.

Entonces Mac Cecht se agachó y derramó agua en la boca y la garganta de Conaire. Y cuando entró en ella el agua, la cabeza habló y dijo: «Buen hombre es Mac Cecht, buen hombre, buen campeón fuera y dentro. Da de beber, salva a un rey, hace una hazaña; bien luchó a la puerta, bien puso fin a los luchadores. Bueno sería yo, si estuviera vivo, con Mac Cecht el del gran nombre.»

Y después de esto Mac Cecht llevó a sus espaldas el cuerpo del Gran Rey hasta Teamhair, y allí le sepultó, según dicen algunos. Y él se fue a su país, que era Connaught. Y el lugar donde se detuvo se llamó, por su acerbo dolor, Magh Brongear.

Y después pasaron muchos años sin que se escogiera un Gran Rey que reinara sobre Irlanda.

VII

LA SUERTE DE LOS HIJOS DE USNACH

HUBO un hombre llamado Fedlimid, hijo de Doll, que fue arpista del rey Conchubar; no tuvo más que una hija, y ésta es la historia de su nacimiento.

Un día estaba Cathbad el Druida en casa de Fedlimid.

—¿Tú tienes conocimiento del futuro? —dijo Fedlimid.

—Un poco —dijo Cathbad—. ¿Qué quieres saber?

—No te lo preguntaba para saber nada —dijo Fedlimid—; pero si sabes de algo que me vaya a suceder, sería bueno que me lo dijeras.

Salió Cathbad de la casa y se estuvo fuera un rato, y al volver dijo: «¿Alguna vez has tenido hijos?»

—Nunca los tuve —dijo Fedlimid—, ni mi mujer tampoco, y no tenemos esperanza de tenerlos; nadie vive con nosotros, estamos solos yo y mi mujer.

—Eso me maravilla —dijo Cathbad—, pues por signos drúídicos veo que a causa de una hija tuya se derramará más sangre que toda la que se ha derramado en Irlanda desde el comienzo del tiempo y de la estirpe. Grandes héroes y brillantes luminarias de los celtas perderán la vida por ella.

—¿Ése es el pronóstico que me haces? —dijo Fedlimid, y se encolerizó, pues pensó que el druida se burlaba de él—; si eso es todo lo que sabes decir, guárdatelo; en poco estimo tu saber.

—Así y todo —dijo Cathbad—, yo estoy seguro de su verdad, porque lo veo claramente en mi espíritu.

Marchóse el druida, pero poco después se supo que la mujer de Fedlimid estaba encinta. A medida que pasaba el tiempo, la irritación de Fedlimid iba en aumento, por no haberle hecho más preguntas a Cathbad cuando habló con él; día y noche se consumía de angustia, pensando que ni su buen sentido y entendimiento, ni los amigos que tenía, bastarían para salvarle, ni para defenderle del mundo, si le sobrevenía aquella desgracia que iba a traer sobre la tierra tan gran derramamiento de sangre; y meditó que, si nacía aquella niña, lo que tenía que hacer era esconderla lejos, donde ningún ojo la viera ni ningún oído tuviese noticia de ella.

Llególe a la mujer de Fedlimid la hora del parto, y alumbró una niña. Fedlimid no permitió que nadie entrara en la casa ni viera a su mujer, sino él solo.

Pero acababa de nacer la niña cuando volvió por allí Cathbad el Druida, y Fedlimid sintió vergüenza al verle, recordando que no había querido creer en sus palabras. Pero el druida miró a la niña y dijo: «Fía de llamarse Deirdre; por ella vendrán males. Será hermosa, agraciada, tendrá rubios cabellos; héroes pelearán por ella, y reyes la buscarán.»

Tomó después en brazos a la niña, y dijo así:

—¡Oh Deirdre, por cuya causa habrá muchos que lloren, por cuya causa habrá muchas mujeres envidiosas, habrá males en el Ulster por ti, oh bella hija de Fedlimid!

»Muchas sentirán celos de tu rostro, oh llama de hermosura; por ti habrá héroes que vayan al exilio. Por ti habrá hechos airados en Emain; en tu rostro hay daño, porque traerá el destierro y la muerte a hijos de reyes.

»En tu destino, oh hermosa niña, hay heridas y fechorías, y derramamiento de sangre.

»Tendrás una pequeña sepultura sólo para ti; tu historia será motivo de asombro para siempre, Deirdre.»

Entonces se fue Cathbad, y envió a la casa a Levarcham, hija de Aedh; y Fedlimid le preguntó si se atrevería a criar a la niña en un lugar apartado, donde ningún ojo la viera ni ningún oído tuviera noticia de ella. Levarcham dijo que así lo haría, y que por todos los medios procuraría tenerla como él quería.

Conque reunió Fedlimid a sus hombres, y los llevó consigo a una montaña ancha y desolada, y allí les mandó hacer una casita, al pie de una loma redonda y verde, y detrás un manzanal, con un muro alrededor. Y les mandó poner sobre la casa un techo de tierra verde, para que en ella pudiera vivir una pequeña compañía sin llamar la atención de nadie.

Después envió allí a Levarcham con la niña, para que ningún ojo viera a Deirdre ni ningún oído tuviera noticia de ella. Dispuso todo lo necesario para las dos y les dio provisiones, y le dijo a Levarcham que de año en año, mientras viviera, se le enviarían alimentos y todo lo que fuese menester.

Y así Deirdre y su madre adoptiva vivieron en aquel lugar solitario entre los montes, sin que ningún extraño lo supiera ni lo notara, hasta que Deirdre alcanzó la edad de catorce años. Crecía derecha y limpia como un junco del tremedal, y era agraciada más que todas las mujeres del mundo, y eran sus movimientos como los del cisne en la onda o el ciervo en el monte. Era la muchacha de mayor hermosura y de mejor carácter de todas las mujeres de Irlanda.

Levarcham, que tenía cuidado de ella, le enseñaba todos los conocimientos y habilidades que ella misma poseía. No había hierba que creciese de raíz, ni pájaro que cantase en el bosque, ni estrella que brillase en el cielo, cuyo nombre no conociera Deirdre. Pero había una sola cosa que Levarcham no le dejaba conocer: no le permitía tener amistad con ninguna persona del resto del mundo, fuera de su propia casa.

Pero una oscura noche de invierno, cercada de negras nubes, vino un cazador caminando a los montes, y perdiendo el rastro de la cacería se extravió y se alejó de sus compañeros.

Y le entró el abatimiento, y se tendió en la ladera de la verde loma que había junto a la casa de Deirdre. Estaba debilitado por el hambre y la marcha, y muerto de frío, y le sobrevino un profundo sopor. Mientras estaba allí tendido tuvo un sueño el cazador, y le pareció estar cerca del calor de una casa de los sidhes, y que dentro los

sidhes hacían música; y en sueños gritó: «Si hay alguien ahí, llévenme dentro, en nombre del Sol y de la Luna.»

Oyó Deirdre la voz, y le dijo a Levarcham: «Madre, madre, ¿qué es eso?»

Pero Levarcham dijo: «No es nada que importe; son las aves del aire que se han extraviado, y que andan buscándose unas a otras. Que se vayan a las ramas del bosque.»

El cazador tuvo otro sueño agitado, y por segunda vez gritó.

—¿Qué es eso? —volvió a preguntar Deirdre.

—No es nada que importe —dijo Levarcham—. Las aves del aire se buscan unas a otras; que se vayan allá a las ramas del bosque.

Entonces tuvo el cazador un tercer sueño, y por tercera vez gritó, que si había alguien en el monte le dejara cobijarse por los Elementos, pues estaba muerto de frío y vencido de hambre.

—¡Oh! ¿Qué es eso, Levarcham? —dijo Deirdre.

—Nada que tú tengas que ver, hija mía, sino sólo las aves del aire que andan perdidas unas de otras; que se vayan a las ramas del bosque. Aquí no hay esta noche ni sitio ni cobijo para ellas.

—¡Oh, madre! —dijo Deirdre—, el ave ha pedido entrar por el Sol y la Luna, y tú misma me has dicho que todo lo que así se nos pida debemos darlo. Si tú no dejas entrar al ave que está muerta de frío y rendida de hambre, yo misma la dejaré entrar.

Y levantándose fue a descorrer el cerrojo de la puerta, y dejó entrar al cazador. Puso un asiento en el sitio de sentarse, comida en el sitio de comer y bebida en el sitio de beber, para el hombre que había entrado en la casa.

—Ven a comer, porque lo necesitas —dijo Deirdre.

—Ciertamente necesitaba comida y bebida y calor cuando entré en esta casa; pero por mi fe, que todo eso se me ha olvidado desde que te vi —dijo el cazador.

—¡Qué poco refrenas la lengua! —dijo Levarcham—. No es mucho que la tengas quieta cuando se te ha dado el cobijo de una casa y el calor de un hogar en una oscura noche de invierno.

—Así es —dijo el cazador—, y hasta ahí puedo hacer, tener la boca cerrada; pero juro por el juramento de mi pueblo, que si otras gentes del mundo vieran esta gran hermosura que aquí se esconde, poco tiempo la dejarían estar contigo.

—¿Qué otras gentes son éstas? —dijo Deirdre.

—Ahora te lo diré —dijo el cazador—: son Naoise, hijo de Usnach, y sus dos hermanos Ainnle y Ardan.

—¿Qué aspecto tienen esos hombres, por si alguna vez los vemos? —dijo Deirdre.

—Éste es el aspecto de esos tres hombres —dijo el cazador—: tienen el color del cuervo en los cabellos, su piel es como el cisne en la onda, sus mejillas como la sangre de la novilla roja jaspeada, y en ligereza y salto son como el salmón del arroyo y como el ciervo de la montaña gris; y Naoise les saca la cabeza y los hombros a

todos los demás hombres de Irlanda.

—Comoquiera que sean —dijo Levarcham—, tú sal de aquí, y toma otro camino; por mi fe que poca gratitud te guardo, ni se la guardo a quien te ha dejado entrar.

—No tienes que echarle porque me haya dicho eso —dijo Deirdre—; pues a esos tres hombres yo misma los vi anoche en un sueño, que estaban cazando en un monte.

El cazador se marchó, pero al poco rato se puso a pensar que Conchubar, el Gran Rey del Ulster, se acostaba por la noche y se levantaba por la mañana solo, sin mujer ni nadie a quien hablar; y que si viera a aquella gran hermosura seguramente se la llevaría a Emain, y él se ganaría la buena voluntad del rey por decirle dónde se hallaba semejante reina sobre la faz del mundo.

Así que fue derechamente a Emain Macha a ver al rey Conchubar, y le mandó decir que tenía nuevas para él, si quería oírlas. Y el rey le hizo llamar ante sí.

—¿Cuál es el motivo de tu viaje? —dijo.

—Lo que te tengo que decir, oh rey —dijo el cazador—, es que he visto a la mujer más hermosa que ha nacido en Irlanda, y he venido a decírtelo.

—¿Quién es esa mujer tan hermosa, y dónde se la puede ver, si nunca fue vista antes de que tú la vieras, si es verdad que la has visto?

—Sí que la he visto —dijo el cazador—, pero ningún otro hombre la puede ver, si no sabe por mí dónde vive.

—¿Querrás llevarme a donde esté, y tendrás una buena recompensa? —dijo el rey.

—Allí te llevaré —dijo el cazador.

—Quédate en mi casa por esta noche —dijo Conchubar—, que yo y los míos iremos contigo mañana temprano.

—Me quedaré —dijo el cazador, y aquella noche se quedó en la casa del rey Conchubar.

Entonces Conchubar envió recado a Fergus y a los otros jefes del Ulster, diciéndoles lo que pensaba hacer. Aun siendo temprano cuando los cantos y la música de las aves empezaron en el bosque, más temprano aún se levantó Conchubar, rey del Ulster, con su pequeña compañía de amigos cercanos, en la fresca mañana primaveral del fresco y agradable mes de mayo; y todas las matas y las flores estaban cargadas de rocío cuando partieron hacia la verde loma donde vivía Deirdre.

Pero más de un joven entre ellos que iba con paso ligero, alegre y saltarín cuando salieron, marchó con paso cansado, lento e incierto antes del final, por lo largo y abrupto que era el camino. «Es allá abajo», dijo el cazador, «en aquella casa del valle, donde vive la mujer; pero yo no pasaré de aquí.»

Bajaron entonces Conchubar y su tropa a la loma verde donde estaba Deirdre, y llamaron a la puerta de la casa. Gritó desde dentro Levarcham, diciendo que a nadie se daría ni respuesta ni entrada, y que no quería molestias ni para sí ni en su casa. «Abre», dijo Conchubar, «en nombre del Gran Rey del Ulster.» Cuando Levarcham oyó la voz de Conchubar, comprendió que era vano seguir ocultando a Deirdre, y a

toda prisa se levantó y dejó entrar al rey, y a cuantos de los suyos pudieron seguirle.

Cuando el rey vio ante sí a Deirdre, pensó que nunca había visto criatura tan hermosa, ni en el curso del día ni en los sueños de la noche; y en aquel mismo instante la amó con todo su corazón. E hizo subir a Deirdre a hombros de su gente, y ella y Levarcham fueron conducidas a Emain Macha.

Por el amor que Conchubar sentía por Deirdre, quiso casarse con ella sin tardanza; pero cuando le pidió su consentimiento, ella no quiso darlo, porque aún era joven y no tenía conocimiento de los deberes de una esposa, ni de las costumbres de la casa de un rey. Y como Conchubar porfiase, ella le pidió que le concediera un plazo de un año y un día. Díjole él que se lo concedería, aunque duro se le hacía, si ella le daba promesa cierta de casarse con él cuando se cumpliera el año. Así lo hizo Deirdre, y Conchubar le buscó una maestra, y buenas doncellas, cumplidas, agradables y modestas, que estuvieran con ella al acostarse y al levantarse y fueran sus compañeras. Y Deirdre se hizo sabia en trabajos de muchacha y en entendimiento de mujer; y si alguno la miraba a la cara, cualquiera que fuese el color que tuviera antes, se teñía de rojo encendido. Y Conchubar pensaba que nunca había visto con los ojos del cuerpo una criatura que tanto le agradase.

Un día estaba Deirdre con sus compañeras en un cerro que había cerca de Emain Macha, mirando en torno a la agradable luz del sol, y vieron tres hombres que caminaban juntos. Mirólos Deirdre y se extrañó de verlos, y cuando estuvieron cerca se acordó de las palabras del cazador, y de los tres hombres que había visto en sueños, y pensó que serían los tres hijos de Usnach, y que aquél sería Naoise, que les sacaba la cabeza y los hombros a todos los hombres de Irlanda. Pasaron de largo los tres hermanos sin volverse a mirar a las muchachas que estaban en la ladera; iban cantando, y todo el que oía el grave canto de los hijos de Usnach lo tenía por encantamiento y música, y la vaca que al ser ordeñada lo oía daba dos tercios más de leche. Y el corazón de Deirdre se encendió de amor a Naoise, de modo que no pudo por menos de seguirle; se recogió las faldas, y echó a andar tras los tres hombres que habían pasado ya del pie del cerro, dejando allí a sus compañeras.

Pero Ainnle y Ardan habían oído hablar de la muchacha que vivía en la corte de Conchubar, y pensaban que si su hermano Naoise la veía querría tenerla para sí, pues todavía no estaba casada con el rey. De modo que al ver que Deirdre venía tras ellos se instaron el uno al otro a apretar el paso, pues era largo el camino que tenían que hacer, y ya faltaba poco para que anocheciera. Así lo hicieron, y Deirdre lo vio, y gritó: «Naoise, hijo de Usnach, ¿vas a dejarme?»

—¿Qué grito ha sido ese que ha entrado en mis oídos, al que ni es bueno que conteste ni fácil que me resista? —dijo Naoise.

—No era sino el grito de los ánades salvajes de Conchubar —dijeron sus hermanos—; apretemos el paso y apresurémonos, pues es largo el camino que tenemos que hacer, y ya falta poco para que anochezca.

Así lo hicieron, y alargaron la distancia que los separaba de Deirdre. Entonces

Deirdre gritó: «Naoise, Naoise, hijo de Usnach, ¿vas a dejarme?»

—¿Qué grito es ese que ha entrado en mis oídos y ha herido mi corazón, al que ni es bueno que conteste ni fácil que me resista? —dijo Naoise.

—No es sino el grito de los ánaes salvajes de Conchubar —dijeron sus hermanos—; apretemos el paso y apresurémonos, que ya falta poco para que se haga noche oscura.

Así lo hicieron, y alargaron la distancia que los separaba de Deirdre. Entonces Deirdre gritó por tercera vez: «Naoise, Naoise, hijo de Usnach, ¿vas a dejarme?»

—¿Qué grito agudo y claro ha sido ése, el más dulce que ha entrado en mis oídos y el más agudo que ha herido mi corazón de cuantos gritos he oído nunca? —dijo Naoise.

—¿Qué ha de ser sino el graznido de los cisnes del lago de Conchubar? —dijeron sus hermanos.

—Ha sido el tercer grito de una persona allá a lo lejos —dijo Naoise—; y juro por mi mano valerosa que no daré un paso más hasta ver de dónde procede.

Así que Naoise volvió atrás sus pasos y halló a Deirdre, y Deirdre y Naoise se besaron tres veces, y ella dio un beso a cada uno de sus hermanos. Y de la confusión que sentía le entró una llamarada de rojo fuego, y el color se le iba y se le venía tan deprisa como al álamo temblón junto al arroyo. Y Naoise pensó que jamás en su vida había visto una mujer tan hermosa; y en aquel mismo instante le dio a Deirdre el amor que nunca diera a cosa viva, ni a visión ni a criatura, sino sólo a ella.

Entonces la alzó en alto sobre sus hombros, y les dijo a sus hermanos que apretaran el paso; y ellos así lo hicieron.

—Males traerá esto —dijeron los jóvenes.

—Aunque males trajera —dijo Naoise—, dispuesto estoy a estar en desgracia mientras viva. Iremos con ella a otra provincia, y no hay en Irlanda un rey que no haya de darnos la bienvenida.

Así que convocaron a su gente, y aquella noche partieron con ciento cincuenta hombres, y ciento cincuenta mujeres, y ciento cincuenta galgos, y Deirdre en medio de ellos.

Después estuvieron largo tiempo pasando de un lugar a otro por toda Irlanda, desde Essruadh en el sur hasta volver a Beinn Etair en el este, y a menudo estuvieron en peligro de ser aniquilados por las asechanzas de Conchubar. Una vez los druidas alzaron un bosque ante ellos, pero Naoise y sus hermanos cortaron un paso a través. Por fin salieron del Ulster y fueron por mar al país de Alban, y se asentaron en un lugar solitario; y cuando les faltaba la caza en las montañas, atacaban los ganados de los hombres de Alban, de modo que éstos se unieron para acabar con ellos. Pero los hijos de Usnach llamaron al rey de Escocia, y él les concedió su amistad, y ellos le ayudaban cuando salía a batallar o a la guerra.

En todo ese tiempo nunca le habían hablado al rey de Deirdre, y la tenían con ellos sin dejar que nadie la viera, porque temían que les pudiera venir la muerte por

su causa, por lo hermosa que era.

Pero aconteció que un día muy de mañana fue a visitarlos el mayordomo del rey, y entró en la casa donde estaban Naoise y Deirdre, y allí los vio dormidos uno al lado del otro. Volvió entonces junto al rey, y le dijo: «Hasta ahora no se ha encontrado ninguna mujer que fuera digna de ser tu esposa; pero ahora hay una mujer a orillas del Loch Ness que es muy digna de ti, rey del Este. Lo que tienes que hacer es acabar con Naoise, pues es de su esposa de la que hablo.» «Eso no lo haré», dijo el rey; «pero ve a ella, y dile que venga a verme en secreto.» El mayordomo llevó ese mensaje a Deirdre, pero ella le echó, y todo lo que él le había dicho se lo contó después a Naoise. El rey, cuando vio que no quería ir con él, envió a los hijos de Usnach a los combates más duros, con la esperanza de que hallaran la muerte; pero ellos ganaban todas las batallas, y volvían sanos y salvos. Más tarde se fueron a Loch Eitche, cerca del mar, y allí pudieron vivir tranquilos y en paz durante algún tiempo. Se asentaron y se hicieron una casa a la orilla del Loch Ness, y desde su misma puerta mataban al salmón del arroyo, y al ciervo de los montes grises desde la ventana. Cuando Naoise iba a la corte del rey, su ropaje era espléndido entre los de los grandes hombres del ejército de Escocia: un manto de púrpura brillante, de buena forma, con cenefa de oro brillante; una túnica de satén con cincuenta enganches de plata; un broche con cien gemas pulimentadas; en la mano una espada con empuñadura de oro, dos lanzas verdiazules de brillantes puntas, una daga del color del oro amarillo y empuñadura de plata. Pero los dos hijos que tuvieron, Gaiar y Aebgreine, se los dieron a cuidar a Manannan, el Hijo del Mar. Y él cuidó bien de ellos en Emhain de los Manzanos, y llamó a Bobaras el poeta para que diera instrucción a Gaiar. Y a Aebgreine del Rostro Soleado se la dio en matrimonio después a Rinn, hijo de Eochaidh Juil de la Tierra de Promisión.

Pasado algún tiempo dio Conchubar una gran fiesta en Emain Macha para todos sus grandes nobles, y estaba toda la compañía reunida con alegría y contento. Alzaronse los músicos para tocar sus canciones y decir poemas, y repartieron las ramas de relación y de parentesco. Éstos son los nombres de los poetas que por entonces estaban en Emain: Cathbad el Druida, hijo de Conall, hijo de Rudraige; Geanann de la Cara Alegre, hijo de Cathbad; Ferceirtne, y Geanann Rodilla Negra, y muchos otros, y Sencha, hijo de Ailell.

Bebieron todos y se solazaron hasta que Conchubar, el rey, alzó la voz y habló alto, y dijo así: «Deseo saber de vosotros si alguna vez habéis visto una casa mejor que esta casa de Emain, o un hogar mejor que el mío, en los lugares donde habéis estado.»

—No lo hemos visto —dijeron.

—Siendo así —dijo Conchubar—, ¿sabéis de algo que os falte?

—No sabemos de nada —dijeron ellos.

—No digo yo lo mismo —dijo Conchubar—. Yo sé de una gran falta que tenéis, la falta de las tres mejores luminarias de los celtas, los tres nobles hijos de Usnach,

que no deberían estar lejos de nosotros por ninguna mujer del mundo, Naoise, Ainnle y Ardan; pues ciertamente son hijos de rey, y defenderían la Gran Realeza contra los mejores hombres de Irlanda.

—Si hubiéramos osado —dijeron ellos—, hace tiempo que lo habríamos dicho; y más que eso, la provincia del Ulster valdría tanto como cualquier otra provincia de Irlanda aunque no hubiera en ella otros hombres que esos tres, porque son leones en entereza y bravura.

—Pues que así es —dijo Conchubar—, enviemos recado a Alban por un mensajero, a la morada de los hijos de Usnach, para pedirles que regresen.

—¿Quién irá con el mensaje? —dijeron todos.

—Eso no lo sé —dijo Conchubar—, porque Naoise está bajo *geasa*, esto es, bajo obligación, de no volver con ningún hombre si no es con uno de estos tres, Conall Cearnach, Fergus o Cuchulain; y ahora sabré cuál de los tres me ama más.

Entonces llamó aparte a Conall, y le preguntó: «¿Qué harías conmigo si yo te enviara a buscar a los hijos de Usnach, y si por mí fueran aniquilados; cosa que no pienso hacer?»

—Como no voy a ir —dijo Conall—, diré que no sólo a uno mataría, sino que a todo hombre del Ulster que yo atrapara y que les hubiera hecho daño, yo le acortaría la vida y le daría el dolor de la muerte.

—Bien veo —dijo Conchubar— que no eres amigo mío.

Y despidió a Conall. Después hizo llamar a Cuchulain, y le preguntó lo mismo que al otro.

—Yo te doy mi palabra, puesto que no voy a ir —dijo Cuchulain—, si quieres eso de mí, y piensas matarlos cuando vengan, que no sólo una persona moriría por ello, sino que a todo hombre del Ulster que yo pudiera atrapar, yo le acortaría la vida y le daría el dolor de la muerte.

—Bien veo —dijo Conchubar— que no eres amigo mío.

Y despidió a Cuchulain. Después hizo llamar a Fergus, y le hizo la misma pregunta; y dijo Fergus: «Pase lo que pase, yo te prometo que tu sangre estará a salvo de mí; pero salvándote a ti no hay ningún hombre del Ulster que si quisiera hacerles daño, y yo le pudiera atrapar, no le acortase yo la vida y le diese el dolor de la muerte.»

—Bien veo —dijo Conchubar— que tú eres el que debe ir a buscarlos; mañana te pondrás en camino, pues será contigo con quien vengan. Cuando volváis hacia nosotros, hacia el oeste, te pongo bajo obligación de ir primero a la fortaleza de Borach, hijo de Cainte; y ahora dame tu palabra de que tan pronto como allí llegues enviarás por delante a los hijos de Usnach a Emain, tanto si fuera de día como si fuera de noche.

Después de esto los dos entraron juntos, y Fergus refirió a toda la compañía que los hijos de Usnach iban a ser puestos bajo su cuidado.

Entonces Conchubar fue a Borach y le preguntó si tenía un banquete preparado

para él.

—Lo tengo —dijo Borach—; pero, aunque pude prepararlo, no pude traerlo a Emain.

—En ese caso —dijo Conchubar—, dáselo a Fergus cuando regrese a Irlanda, pues está bajo *geasa* de no rechazar tu banquete.

Prometió Borach hacerlo, y así acabaron de pasar la noche.

Conque Fergus se puso en camino de mañana, sin llevar consigo más escolta ni ayuda que la de sus dos hijos, Iollan el Rubio y Buinne el Colorado, y Cuilleán, el escudero, con el escudo. Marcharon hasta la morada de los hijos de Usnach, en el Loch Eitche de Alban. Así vivían los hijos de Usnach: tenían tres casas, y en la casa donde preparaban la comida no era donde se la comían, y en la casa donde se la comían no era donde dormían.

Cuando Fergus llegó al puerto, dio una gran voz. Y estaban Naoise y Deirdre con un tablero de ajedrez entre los dos, y jugando. Naoise oyó la voz, y dijo: «Esa voz es de un hombre de Irlanda.»

—No, sino que es el *grito* de un hombre de Alban —dijo Deirdre. Desde el principio supo que era Fergus el que daba la voz, pero lo negó. Entonces Fergus dio otra voz.

—Esa voz es irlandesa —volvió a decir Naoise.

—No lo es, qué va a ser —dijo Deirdre—; sigamos jugando.

Entonces Fergus dio la tercera voz, y los hijos de Usnach supieron esta vez que era la voz de Fergus, y Naoise le dijo a Ardan que saliera a recibirle. Entonces Deirdre le dijo que ella sabía desde la primera vez que era Fergus.

—¿Entonces por qué lo negaste, reina? —dijo Naoise.

—Por una visión que tuve anoche —dijo Deirdre—. Tres aves vi que venían a nosotros desde Emain Macha, con tres gotas de miel en sus bocas, y nos las dejaron; y tres gotas de nuestra sangre se llevaron.

—¿Qué sentido le das a eso, reina? —dijo Naoise.

—Es Fergus —dijo Deirdre—, que viene a nosotros con un mensaje de paz de Conchubar; pues no es más dulce la miel que el mensaje de paz que envía un mentiroso.

—No pienses en eso —dijo Naoise—. ¿Hay en ello algo más que sueño agitado y melancolía de mujer? Hace mucho rato que está Fergus en el puerto; levántate, Ardan; sal a su encuentro y tráele aquí contigo.

Bajó Ardan a recibirle, y los besó con cariño a él y a sus dos hijos. Y les dijo: «Mi amor a vosotros, queridos compañeros.» Después les pidió nuevas de Irlanda, y ellos se las dieron; y luego fueron a donde estaban Naoise y Ainnle y Deirdre, y éstos también besaron a Fergus y a sus dos hijos, y les pidieron nuevas de Irlanda.

—Traigo las mejores nuevas para vosotros —dijo Fergus—: que Conchubar, rey del Ulster, ha jurado por la tierra que hay a sus pies, por el alto cielo que hay sobre su cabeza, y por el sol que viaja hacia el oeste, que no tendrá reposo de día ni sueño de

noche si los hijos de Usnach, sus hermanos adoptivos, no regresan a la tierra de su hogar y al país de su nacimiento; y nos envía a pedirnos que vayáis.

—Más les vale quedarse aquí —dijo Deirdre—, pues mandan más en Escocia que el propio Conchubar en Irlanda.

—La patria es mejor que ninguna otra cosa —dijo Fergus—; pues ningún hombre puede tener placer en nada, por grande que sea su fortuna y su manera de vivir, si no ve su país todos los días.

—Eso es verdad —dijo Naoise—, porque a mí me es más cara Irlanda que Alban, aunque más sacase en Alban que en Irlanda.

—Conmigo iréis seguros —dijo Fergus.

—Iremos seguros, sí —dijo Naoise—, y contigo iremos a Irlanda; aunque no hubiera ningún mal bajo el sol, con que uno esté lejos de su tierra, hay poco deleite en la paz y en el largo sueño para el hombre desterrado. Es lástima para un hombre estar desterrado; pequeño es su honor, grande es su pena, porque no deja de vagar.

No dijo esto Naoise a gusto de Deirdre, que era muy reacia a que fueran con Fergus. Y dijo Deirdre: «Anoche soñé con los tres hijos de Usnach, y los vi atados y puestos en la tumba por Conchubar de la Rama Roja.»

Pero Naoise dijo: «Deja tu sueño, Deirdre, en las alturas de los montes, deja tu sueño con los marineros del mar, deja tu sueño en las peñas grises, pues nosotros daremos paz y la recibiremos del rey del mundo y de Conchubar.»

Pero volvió a hablar Deirdre, y dijo así: «Hay aullidos de perros en mis oídos; hay una visión de la noche ante mis ojos: veo a Fergus lejos de nosotros, veo a Conchubar sin piedad en su castillo; veo a Naoise sin fuerza en la batalla; veo a Ainnle sin su escudo resonante; veo a Ardan sin escudo ni peto, y el Monte de Atha sin alegría; veo a Conchubar pidiendo sangre; veo a Fergus atrapado con mentiras ocultas; veo a Deirdre llorando lágrimas, veo a Deirdre llorando lágrimas.»

—Una cosa que me desagrada, y en la que nunca consentiría —dijo Fergus—, es dar oídos a aullidos de perros y sueños de mujeres; ya que Conchubar, el Gran Rey, os envía un mensaje de amistad, no sería justo que lo rechazarais.

—No sería justo, no —dijo Naoise—; mañana iremos contigo.

Y Fergus dio su palabra, y dijo: «Si todos los hombres de Irlanda se pusieran contra vosotros, de nada les aprovecharía, pues ni escudo ni espada, ni tan siquiera un yelmo, les serviría de ayuda ni de protección, estando yo con vosotros.»

—Eso es verdad —dijo Naoise—; iremos contigo a Irlanda.

Allí pasaron la noche hasta la mañana, y entonces fueron donde estaban las naves, y se hicieron a la mar, y con ellos mucha de su gente; y Deirdre se volvió a mirar el país de Alban, y dijo así: «Mi amor a ti, oh país del este, mal me sabe dejarte; pues agradables son tus bahías y tus puertos, y tus anchas llanuras floridas y tus verdes montes; poca necesidad teníamos de dejarte.» E hizo esta lamentación:

—Caro me es ese país, ese país del este, Alban, con sus maravillas; no me habría venido de él si no viniera con Naoise.

»Caros me son Dun Fiodhaigh y Dun Fionn; caro el castillo que hay por encima de ellos; caro me es Inis Droignach, caro me es Dun Suibhne.

»¡Oh Coil Cuan! ¡Ay dolor! ¡Coil Cuan, donde venía Ainnle! ¡Ay de mí! Corta me pareció la estancia allí, con Naoise en Alban del Oeste. Glen Laoi, oh Glen Laoi, donde yo dormía bajo blandos cobertores; pescado y venado y carne de tejón, ésa era mi parte en Glen Laoi.

»¡Glen Masan, ay de mí! ¡Glen Masan! Alta su lengua de ciervo, claros sus tallos; mecidos dormíamos con grato sueño sobre el puerto arbolado de Masan.

»¡Glen Archan, ay de mí! Glen Archan, el valle recto del grato cerro; nunca estuvo un muchacho más alegre que mi Naoise en Glen Archan.

»¡Glen Eitche, ay de mí! Glen Eitche, donde edificué mi primera casa; hermosos estaban los bosques cuando nos levantábamos; la casa del sol es Glen Eitche.

»¡Glen-da-Rua, ay de mí! Glen-da-Rua, mi amor a todos los hombres de allí; dulce es la voz del cuco sobre la rama que se dobla en el monte que hay en Glen-da-Rua.

»Caro me es Droighin sobre la fiera playa, caras sus aguas sobre la limpia arena; ¡nunca habría salido de allí si no fuera por ir con mi amado!»

Después de hacer ella esta lamentación llegaron a Dun Borach, y Borach les dio tres besos cariñosos a Fergus y a los hijos de Usnach que iban con él. Entonces dijo Borach que tenía un banquete servido para Fergus, y que era *geasa* para él dejarlo hasta que se lo hubiera comido. Pero Fergus enrojeció de ira de la cabeza a los pies, y dijo así: «Mal has hecho, Borach, en servirme un banquete, pues Conchubar me hizo darle palabra de que tan pronto como llegara a Irlanda, fuera de día o de noche, enviaría a los hijos de Usnach a Emain Macha.» «Te tengo bajo obligación», dijo Borach, «de detenerte y gozar del banquete.»

Entonces Fergus le preguntó a Naoise qué debía hacer del banquete.

—Tienes que elegir —dijo Deirdre— entre abandonar a los hijos de Usnach o dejar el banquete, y más te valdría rechazar el banquete que abandonar a los hijos de Usnach.

—No los abandonaré —dijo él—, pues enviaré con ellos a Emain Macha a mis dos hijos, Iollan el Rubio y Buinne el Colorado.

—Por mi fe —dijo Naoise—, que eso es hacer mucho por nosotros; pues hasta ahora ninguna otra persona nos protegió, sino nosotros mismos.

Y salió del lugar con mucha ira; y Ainnle, y Ardan, y Deirdre, y los dos hijos de Fergus le siguieron, y dejaron allí a Fergus, triste y afligido. Pero, a pesar de todo esto, Fergus tenía la certeza de que, aunque todas las provincias de Irlanda se reunieran en consejo, no consentirían en deshacer la promesa dada.

En cuanto a los hijos de Usnach, siguieron su camino por todos los atajos, y Deirdre les dijo: «Os voy a dar un buen consejo, hijos de Usnach, aunque no lo sigáis.»

—¿Qué consejo, reina? —dijo Naoise.

—Que vayáis a Rechrainn —dijo ella—, entre Irlanda y Escocia, y esperéis allí hasta que Fergus acabe con el banquete; y eso será para Fergus mantener su palabra, y para vosotros alargar vuestras vidas.

—No seguiremos ese consejo —dijo Naoise; y los hijos de Fergus dijeron que poco confiaba en ellos si pensaba que no la iban a proteger, aunque sus manos no fueran tan fuertes como las de los hijos de Usnach; y además, que Fergus les había dado su palabra.

—¡Ay, la aflicción vino sobre nosotros con la palabra de Fergus —dijo Deirdre—, que nos abandonó por un banquete!

E hizo esta lamentación:

—Me da dolor haber venido del este fiando en la palabra del insensato hijo de Rogh. Sólo lamentaciones haré. ¡Ay, qué apenado está mi corazón!

»Mi corazón está cargado de pena; grande es mi quebranto esta noche. ¡Ay de mí! Queridos compañeros míos, ha llegado el fin de vuestros días.»

Y le respondió Naoise: «No te adelantes a decir eso, Deirdre, más hermosa que el sol. Fergus no habría ido a buscarnos al este si fuera para traernos a la perdición.»

Y dijo Deirdre: «¡Ay de mí! Demasiado me parece que os habéis alejado, hermosos hijos de Usnach, de Alban la de la áspera hierba; duradera será su pena inacabable.»

Después siguieron hasta Finncairn, donde la atalaya del Slieve Fuad de afiladas cumbres, y Deirdre se quedó atrás en el valle, y allí la rindió el sueño.

Cuando Naoise vio que Deirdre se había quedado atrás, volvió, y en ese momento se alzaba ella del sueño; y dijo: «¿Qué te hizo quedarte atrás, reina?»

—El sueño que se apoderó de mí —dijo Deirdre—; y en él vi una visión.

—¿Qué visión? —dijo Naoise.

—Vi a Iollan el Rubio sin su cabeza encima —dijo ella—, y a Buinne el Colorado con su cabeza encima; y sin la ayuda de Buinne el Colorado estabais, y estabais con la ayuda de Iollan el Rubio.

E hizo esta lamentación:

—Triste es la visión que se me ha mostrado, de mis cuatro compañeros altos, blancos, alegres; la cabeza le han quitado a cada uno, y sin poderse ayudar unos a otros.

Al oír esto Naoise, la reprendió diciendo: «Oh mujer blanca y hermosa, sólo mal dices por tu boca. No dejes que la mordacidad y el gran infortunio que de ella viene caigan sobre tus amigos.» Y Deirdre le respondió con palabras dulces y gentiles, y dijo así: «Más me valdría ver sufrir daño a cualquier otra persona que a ninguno de vosotros tres, con quienes he cruzado mares y anchas llanuras; pero cuando os miro, sólo a Buinne le veo sano y entero, y por eso sé que será de vosotros el de más larga vida; y es verdad que esta noche estoy afligida.»

Después se adelantaron a los altos sauces, y dijo Deirdre: «Veo una nube en el aire, y es una nube de sangre; yo os daría un buen consejo, hijos de Usnach.»

—¿Qué consejo? —dijo Naoise.

—Que vayáis a Dundualgan, donde está Cuchulain, hasta que Fergus haya acabado con el banquete, y os pongáis bajo la protección de Cuchulain, no sea que Conchubar os haga traición.

—Como nosotros no tememos nada, no seguiremos ese consejo —dijo Naoise.

Y Deirdre se lamentó, diciendo: «Oh Naoise, mira la nube que veo sobre nosotros en el aire; veo una nube sobre la verde Macha, fría y roja encendida como la sangre. Me asusta la nube que veo ahí en el aire; una nube delgada, temible, que es como un cuajaron de sangre. Yo doy consejo recto a los hermosos hijos de Usnach, de no ir a Emain esta noche, por el peligro que se cierne sobre ellos.

»Iremos a Dundualgan, donde está el Mastín del Herrero; vendremos mañana desde el sur con el Mastín, Cuchulain.»

Pero Naoise dijo con ira a Deirdre: «Como nosotros no tememos nada, no seguiremos tu consejo.»

Y Deirdre se volvió a los nietos de Rogh, y dijo así: «Pocas veces ha sucedido hasta ahora, Naoise, que tú y yo no fuéramos del mismo parecer. Y yo te dije, Naoise, que no me habrías contrariado de esta manera el día en que Manannan me dio la copa, en el tiempo de su gran victoria.»

Después siguieron hacia Emain Macha.

—Hijos de Usnach —dijo Deirdre—, tengo un signo por el que conoceréis si Conchubar os va a hacer traición.

—¿Qué signo? —dijo Naoise.

—Si os dejan entrar en la casa donde están Conchubar y los nobles del Ulster, entonces Conchubar no os va a hacer traición. Pero si es en la Casa de la Rama Roja donde os ponen, entonces os la hará.

Llegaron a Emain Macha, y tomando la manija llamaron a la puerta, y el portero preguntó quién era. Dijéronle que eran los hijos de Usnach, y Deirdre, y los dos hijos de Fergus.

Cuando esto oyó Conchubar, hizo llamar a sus mayordomos y servidores, y les preguntó cómo estaba la Casa de la Rama Roja de comida y bebida. Ellos dijeron que si los siete ejércitos del Ulster fueran allí, encontrarían con que saciarse. «En ese caso», dijo Conchubar, «llevad allá a los hijos de Usnach.»

Entonces dijo Deirdre: «Más os hubiera valido seguir mi consejo, y no haber venido nunca a Emain; y bueno sería que la abandonarais, pues aún estáis a tiempo.»

—No lo haremos —dijo Iollan el Rubio—, pues nunca se ha visto en nosotros temor ni cobardía; antes bien iremos a la casa.

De modo que fueron a la Casa de la Rama Roja, y los mayordomos y servidores con ellos, y les sirvieron manjares sabrosos y bebidas agradables, hasta que todos estuvieron contentos y alegres, salvo solamente Deirdre y los hijos de Usnach; pues no tomaron mucha comida ni bebida, por lo largo y arduo que había sido el viaje desde Dun Borach hasta Emain Macha. Entonces dijo Naoise: «Dadnos el tablero de

ajedrez para que juguemos.» Conque les dieron el tablero de ajedrez, y se pusieron a jugar.

En aquel mismo momento estaba preguntando Conchubar: «¿A quién enviaré que me traiga noticia de Deirdre, y me diga si tiene el mismo aspecto y la misma forma que antes? Pues si los tiene, no hay mujer en el mundo con más bella forma ni aspecto, y yo la traeré a filo de hoja y punta de espada a pesar de los hijos de Usnach, por bravos que sean. Pero si no, que Naoise se la quede.» «Yo iré», dijo Levarcham, «y os traeré noticia de eso.» Y esto fue porque Deirdre le era más querida que ninguna otra persona del mundo; pues a menudo iba por el mundo buscando a Deirdre y llevándole noticias y trayéndolas de ella. Así que fue Levarcham a la Casa de la Rama Roja, y cerca de la casa vio una gran tropa de hombres armados, y les habló, pero ellos no le respondieron; y por esto supo que no eran hombres del Ulster, sino hombres de algún país extraño que los mensajeros de Conchubar habían traído a Emain.

Pasó entonces a donde estaban Naoise y Deirdre, y los encontró con el tablero de ajedrez pulido entre los dos, jugando; y los besó con cariño, y dijo: «No hacéis bien en estar jugando; Conchubar me ha enviado aquí para que le lleve noticia de si Deirdre tiene la misma forma y aspecto que solía; y yo estoy dolorida por la acción que se va a cometer en Emain esta noche, por la traición que se va a cometer, y muerte de parientes; las tres brillantes luminarias de los celtas van a ser apagadas, y Emain perderá con ello hasta el fin de los tiempos.»

E hizo esta lamentación, con tristeza y abatimiento: «Mi corazón está apesadumbrado por la traición que se hace en Emain esta noche; por causa de esta traición, Emain ya no volverá nunca a estar en paz. Los tres que más parecidos a reyes hay hoy bajo el sol; los tres mejores de cuantos viven sobre la tierra, siento dolor esta noche de que mueran por ninguna mujer. Naoise y Ainnle, conocidos por sus hechos, y Ardan, su hermano; traición va a hacerse a los tres jóvenes de alegre rostro, y yo esta noche estoy afligida hasta no poder más.»

Cuando hubo hecho esa lamentación, Levarcham les dijo a los hijos de Usnach y a los hijos de Fergus que cerrasen las puertas y las ventanas de la casa y se condujeran con valor.

—Y vosotros, hijos de Fergus —dijo—, defended valientemente a quienes os han sido encomendados hasta que venga Fergus, y tendréis por ello alabanza y bendición.

Y derramó muchas lágrimas, y volvió a donde estaba Conchubar, y él le pidió nuevas de Deirdre. Y dijo Levarcham: «Tengo nuevas buenas y malas.»

—¿Cuáles son? —dijo Conchubar.

—Las buenas —dijo ella— son que los tres hijos de Usnach han venido y están aquí, y son los tres hombres más valientes y fuertes de figura y aspecto y continente de todo el mundo; e Irlanda será tuya de aquí en adelante, teniendo contigo a los hijos de Usnach; y las nuevas peores para mí son que la mujer que era la mejor de las mujeres del mundo en figura y aspecto, cuando salió de Emain, ahora está sin la

figura y aspecto que solía tener.

Cuando Conchubar oyó esto, sus celos se enfriaron, y estuvo un rato bebiendo y solazándose, hasta que por segunda vez pensó en Deirdre, y entonces preguntó: «¿Quién conseguiré que me traiga noticia de Deirdre?»

Pero no encontró a nadie que quisiera ir. Entonces dijo a Gelban, el alegre y jovial hijo del rey de Lochlann: «Ve a traerme noticia de si Deirdre tiene la misma forma y el mismo aspecto que solía tener, pues si los tiene, no hay en la linde del mundo ni en las ondas de la tierra otra mujer más hermosa.»

Fue, pues, Gelban a la Casa de la Rama Roja, y halló cerradas las puertas y ventanas de la fortaleza; y sintió miedo. Y se dijo: «No es camino fácil para nadie el que lleva a los hijos de Usnach, pues creo que hay en ellos una gran cólera.» Y después encontró una ventana que por descuido había quedado abierta, y se asomó. Entonces Deirdre le vio por la ventana, y al ver que la miraba le entró una llamarada roja de rubor; y Naoise supo que alguien la estaba mirando desde la ventana, y ella le dijo que veía a un muchacho que los miraba. En aquel momento estaba Naoise con un peón del ajedrez en la mano, y se lo tiró por encima del hombro al muchacho, de modo que le saltó un ojo. Y el muchacho volvió a donde estaba Conchubar.

—Ibas alegre y jovial cuando saliste —dijo Conchubar—, pero ahora vuelves triste y abatido.

Entonces Gelban le contó lo que había pasado, desde el principio hasta el fin.

—Bien veo —dijo Conchubar— que el hombre que hizo ese tiro será rey del mundo, si no se acorta su vida. ¿Y qué aspecto tiene Deirdre?

—Un aspecto tal —dijo Gelban— que, aunque Naoise me saltó un ojo, hubiera querido yo quedarme allí mirándola con el otro, si no fuera por la prisa que me habías metido; pues no hay en el mundo otra mujer de mejor forma y figura.

Cuando Conchubar oyó esto, se llenó de celos y de envidia, y ordenó a los hombres de su ejército que estaban con él, y que habían estado bebiendo en el banquete, que fueran a atacar el lugar donde estaban los hijos de Usnach. Conque marcharon a la Casa de la Rama Roja, y dieron tres grandes voces alrededor de ella, y le pusieron fuegos y rojas llamas. Cuando los hijos de Usnach oyeron las voces, preguntaron quiénes eran los que rodeaban la casa.

—Conchubar y los hombres del Ulster —dijeron todos a una.

—¿Vais a quebrantar la promesa de Fergus? —dijo Iollan el Rubio.

—Por mi fe —dijo Conchubar— que se arrepentirán los hijos de Usnach de que Deirdre esté con ellos.

—Eso es verdad —dijo Deirdre—; Fergus os ha engañado.

—Por mi palabra —dijo Buinne el Colorado—, que si él hizo traición, no la haremos nosotros.

Y salió Buinne y mató a tres quintas partes de los luchadores que había afuera, y puso gran turbación en los demás; y Conchubar preguntó quién estaba allí, que tal estrago estaba haciendo entre sus hombres.

—Soy yo, Buinne el Colorado, hijo de Fergus —dijo él.

—Te daré un buen regalo si te marchas —dijo Conchubar.

—¿Qué regalo? —dijo Buinne el Colorado.

—Un ciento de tierra —dijo Conchubar.

—¿Y qué más? —dijo Buinne el Colorado.

—Mi amistad y mi consejo —dijo Conchubar.

—Lo tomo —dijo Buinne el Colorado. Fue una buena montaña lo que se le dio en recompensa, pero aquella misma noche se tornó baldía, y nunca más le volvió a crecer la hierba; y solía llamarse la Montaña de la Parte de Buinne.

Deirdre oyó lo que decían.

—Por mi fe —dijo—, que Buinne el Colorado os ha abandonado; en mi opinión, de tal padre tal hijo.

—Yo os doy mi palabra —dijo Iollan el Rubio— de que conmigo no es así; mientras esta espada estrecha y recta siga estando en mi mano, yo no abandonaré a los hijos de Usnach.

Después de esto salió Iollan el Rubio, y dio tres vueltas alrededor de la casa, y mató a tres quintas partes de los héroes que había afuera; y volvió a entrar donde estaba Naoise, jugando al ajedrez con Ainnle. Salió, pues, Iollan por segunda vez, y dio otras tres vueltas alrededor de la fortaleza, y llevó consigo al prado una antorcha encendida, y de tal modo asoló a las huestes que no se atrevieron a atacar la casa. Fue un buen hijo Iollan el Rubio, pues nunca le negó a nadie de la linde del mundo nada que él tuviese, y nunca aceptó soldada de nadie más que de Fergus.

Entonces dijo Conchubar: «¿Dónde está mi hijo Fiacra el Hermoso?»

—Aquí estoy, gran príncipe —dijo Fiacra.

—Por mi fe —dijo Conchubar—, que en la misma noche nacisteis Iollan y tú; y puesto que son las armas de su padre las que tiene, toma tú mis armas, esto es, mi escudo el Ochain, mis dos lanzas y mi gran espada la Gorm Glas, la Verdiazul; y haz con ellas valerosos y grandes hechos.

Tomó entonces Fiacra las armas de Conchubar, y él y Iollan el Rubio se acometieron, y lucharon con desnudo. Pero, comoquiera que fuese, Iollan el Rubio derribó a Fiacra, y le hizo ampararse bajo el escudo, hasta que el escudo rugió por el gran aprieto en que Fiacra se encontraba; pues siempre rugía el Ochain, el escudo de Conchubar, cuando quien lo llevaba estaba en peligro; y las tres ondas principales de Irlanda, la Onda de Tuagh, la Onda de Cliodna y la Onda de Rudraige, rugieron en respuesta.

Por entonces estaba Conall Cearnach en Dun Sobairce, y oyó a la Onda de Tuagh.

—De seguro —dijo Conall— que Conchubar corre algún peligro; no está bien que yo esté aquí escuchándole.

Así diciendo se alzó Conall, y se vistió de sus armas y arnés, y fue a donde estaba Conchubar en Emain Macha; y se encontró con la pelea que había en el prado, y que Fiacra, el hijo de Conchubar, estaba muy apurado por Iollan el Rubio, y que ni el rey

del Ulster ni ninguna otra persona se atrevía a interponerse entre ellos. Pero Conall se puso a un lado, detrás de Iollan el Rubio, y le atravesó con la espada.

—¿Quién es el que me ha herido por la espalda? —dijo Iollan el Rubio—. Quienquiera que haya sido, por mi mano valerosa que habría tenido una lucha justa conmigo cara a cara.

—¿Y tú quién eres? —dijo Conall.

—Yo soy Iollan, hijo de Fergus; ¿tú eres Conall?

—Yo soy —dijo Conall.

—Mala y torpe acción has hecho —dijo Iollan—, estando los hijos de Usnach bajo mi protección.

—¿Es eso verdad? —dijo Conall.

—Verdad es, sí —dijo Iollan.

—Por mi mano valerosa —dijo Conall—, que Conchubar no recobrará a su hijo vivo de mis manos, para vengarlo.

Y le asestó un mandoble a Fiacra que le cortó la cabeza de cuajo, y así los dejó. Entonces se tendieron las nubes de la muerte sobre Fiollan el Rubio, y extendiendo los brazos hacia la fortaleza gritó a Naoise que luchara con valor, y después murió.

Vino entonces Conchubar en persona con mil novecientos hombres, y Conall le dijo: «Acércate a la puerta de la fortaleza, y mira en qué lecho de males yacen los hijos de tu hermana.»

Y cuando Conchubar los vio, dijo: «Vosotros no sois hijos de hermana para mí; no es acción de hijos de hermana lo que habéis hecho conmigo, sino que me habéis dañado con traición a la vista de todos los hombres de Irlanda.»

Y Ainnle le dijo así: «Aunque te arrebatamos a Deirdre, la bien formada, la de las manos suaves, sin embargo en otro tiempo te hicimos una pequeña bondad, y ahora es tiempo de recordarlo. Aquel día que tu nave se rompía en el mar, estando llena de oro y plata, te dimos la nuestra, y nosotros fuimos nadando al puerto.»

Pero Conchubar dijo: «Aunque me hicierais cincuenta bondades, de seguro que éste sería mi agradecimiento: no daros paz, estando vosotros en aflicción, sino todos los grandes males que pudiera.»

Y entonces dijo Ardan: «Otra pequeña bondad te hicimos, y ahora es tiempo de recordarlo; el día que te falló el caballo pío en la vega de Dundéalgan, fuimos nosotros quienes te dimos el tordo que te llevó veloz por tu camino.»

Pero dijo Conchubar: «Aunque me hubierais hecho cincuenta bondades, de seguro que éste sería mi agradecimiento: no daros paz, estando vosotros en aflicción, sino todos los grandes males que pudiera.»

Y entonces dijo Naoise: «Otra bondad te hicimos, y ahora es tiempo de recordarlo; te hemos traído muchos beneficios; muchas razones tenemos para reclamar tu protección.

»Cuando Murcael, hijo de Brian, libró las siete batallas en Beinn Etair, te trajimos sin falta las cabezas de los hijos del rey del Sudeste.»

Pero Conchubar dijo: «Aunque me hubierais hecho cincuenta bondades, de seguro que éste sería mi agradecimiento: no daros paz, estando vosotros en aflicción, sino todos los grandes males que pudiera. Vuestra muerte ya no es muerte para mí, jóvenes hijos de Usnach, pues el que era inocente cayó por vuestra mano, el tercero entre los mejores jinetes de Irlanda.»

Entonces dijo Deirdre: «Álzate, Naoise, toma tu espada, buen hijo de rey, mira bien lo que haces, pues no queda mucho tiempo de vida en tu hermoso cuerpo.»

Entonces todos los hombres de Conchubar rodearon la casa, y prendieron fuegos para quemarla. Salió Ardan con los suyos, y apagaron los fuegos y mataron a trescientos hombres. Y Ainnle salió en la tercera parte de la noche, y mató a trescientos, e hizo en ellos matanza y estrago.

Y Naoise salió en el último cuarto de la noche, y ahuyentó a todo el ejército de las cercanías de la casa.

Entró en la casa después, y entonces Deirdre se levantó y le dijo: «Por mi fe, bien te has abierto camino; lucha con valentía de aquí en adelante, pues mal consejo tomaste cuando confiaste en Conchubar.»

En cuanto a los hijos de Usnach, después de esto hicieron una buena protección con sus escudos, y poniendo a Deirdre en el medio encadenaron los escudos a su alrededor; y dieron tres saltos sobre los muros de Emain, y en esa salida mataron a trescientos hombres.

Cuando Conchubar lo vio, fue a Cathbad el Druida, y le dijo: «Ve, Cathbad, a los hijos de Usnach, y hazles un encantamiento; pues, a menos que se les impida, destruirán para siempre a los hombres del Ulster, si escapan pese a todo; y yo te doy palabra de héroe verdadero, de que no recibirán de mí ningún daño, pues sólo quiero que se avengan conmigo.» Cuando esto oyó Cathbad, le creyó y convino en ello, y echó mano de todas sus artes y su conocimiento para estorbar a los hijos de Usnach; y les hizo un encantamiento, poniendo alrededor de ellos la apariencia de un mar oscuro, con olas delante. Cuando Naoise vio alzarse las olas, se subió a Deirdre sobre los hombros; y se vio a los hijos de Usnach nadando por tierra como si salieran de Emain. Los hombres del Ulster, sin embargo, no se atrevieron a acercárseles mientras no se les cayeron las espadas de las manos. Pero, una vez que las espadas se les hubieron caído de las manos, los hijos de Usnach fueron apresados. Y una vez que fueron apresados, Conchubar les pidió a los hijos de Durthacht que los mataran. Pero los hijos de Durthacht dijeron que no lo harían. Había un joven con Conchubar que se llamaba Maine, de sobrenombre Mano Dura, hijo del rey de los rubios noruegos, y Naoise había matado a su padre y a sus dos hermanos; Athrac y Triathrach se llamaban. Y dijo que él mataría a los hijos de Usnach.

—En ese caso —dijo Ardan—, mátame a mí el primero, porque soy más joven que mis hermanos, para que así no vea cómo los matas a ellos.

—No le mates a él, sino a mí —dijo Ainnle.

—No se haga eso —dijo Naoise—, que yo tengo una espada que me dio

Manannan, hijo de Lir, y su corte no deja nada detrás, ni huella ni rastro; hiérenos a los tres juntos, y moriremos a la vez.

—Eso está bien —dijeron todos—; agachad las cabezas.

Así lo hicieron, y Maine asestó con la espada un golpe fuerte y rápido sobre los tres cuellos juntos sobre el tajo, y de una vez les cortó la cabeza a los tres; y los hombres del Ulster dieron tres gritos fuertes y afligidos, y allí lloraron a voces por ellos.

En cuanto a Deirdre, lloró lastimosamente, pesadamente, y se arrancó los rubios cabellos; y hablaba de los hijos de Usnach y de Alban, diciendo:

—Mi bendición a Alban, al este; buena es la vista de sus bahías y valles, grato era sentarse en las laderas de sus montes, donde cazaban los hijos de Usnach.

»Un día, cuando los nobles de Escocia estaban bebiendo con los hijos de Usnach, a quienes debían su cariño, Naoise besó en secreto a la hija del señor de Duntreon. Le envió una cierva asustada, salvaje, y un cervatillo a sus pies; y fue a visitarla cuando volvía a casa desde la hueste de Inverness. Cuando yo lo supe, mi cabeza se llenó de celos; eché mi barca a las olas, me era lo mismo vivir que morir. Siguiéronme a nado Ainnle y Ardan, que nunca dijeran mentira; me hicieron volver, dos que batallaban contra cien; Naoise me dio su palabra verdadera, por tres veces juró con sus armas por testigo, de no volver a darme enojo jamás, hasta que de mí se partiera para ir junto a las huestes de los muertos.

»¡Ay, si ella supiera esta noche que Naoise está bajo un cobertor de barro, lloraría hasta no poder más, y yo lloraría con ella!»

Después que hubo hecho esta lamentación, viendo que todos estaban entretenidos unos con otros, Deirdre se adelantó al prado, y corrió dando vueltas y vueltas, de acá para allá, de uno al siguiente; y Cuchulain la halló, y ella le contó lo que había pasado, del principio al fin, lo que les había acontecido a los hijos de Usnach. Afligido quedó Cuchulain, pues ningún hombre del mundo le era más querido que Naoise. Y preguntó quién le había matado. «Maine Mano Dura», dijo Deirdre. Entonces Cuchulain se fue a Dundualgan, triste y afligido.

Después de esto Deirdre se tendió junto a la tumba, de donde estaban sacando la tierra, e hizo esta lamentación por los hijos de Usnach:

—Largo es el día sin los hijos de Usnach; nunca fue tedioso estar en su compañía; hijos de un rey que acogía a los desterrados; tres leones del Monte de la Cueva.

»Tres favoritos de las mujeres de Bretaña; tres halcones de Slieve Cuilenn; hijos de un rey servido con valentía, a quien los guerreros mostraban obediencia. Los tres osos poderosos; tres leones de la fortaleza de Conrach; tres hijos de un rey que se complacía en verlos alabados; tres retoños queridos de los hombres del Ulster.

»Tres héroes que no rendían pleitesía; su caída es motivo de aflicción; tres hijos de la hermana de un rey; tres puntales del ejército de Cuailgne.

»Tres dragones de Dun Monad, los tres valientes de la Rama Roja; yo no viviré sin ellos, los tres que rompían duras batallas.

»Tres que fueron educados por Aoife, a quienes los países rendían tributo; tres pilares en la brecha de la batalla; tres discípulos que estuvieron con Scathach.

»Tres discípulos que estuvieron con Uathach; tres campeones firmes en su poderío; tres hijos espléndidos de Usnach; cansancio da estar sin ellos.

»Al Gran Rey del Ulster, mi primer prometido, abandoné por amor a Naoise; corta será mi vida sin él; haré duelo en su entierro.

»Que yo viva sin Naoise, no lo piense nadie sobre la tierra; no seguiré viviendo sin Ainnle y sin Ardan.

»Sin ellos no he de vivir; tres que saltaban atravesando el fragor de la batalla; como mi amado ya no está conmigo, lloraré a no poder más sobre su tumba.

»¡Oh muchacho que cavas la tumba nueva, no la hagas estrecha; yo estaré con ellos en la tumba, haciendo ayes y lamentaciones!

»Muchas penalidades sufrí al lado de los tres héroes; sufrí estar sin casa, estar sin fuego, y no me apesadumbraba.

»Sus tres escudos y sus lanzas me sirvieron de lecho a menudo. Oh muchacho, pon juntas sus tres espadas sobre su tumba.

»Sus tres galgos, sus tres halcones, estarán desde ahora sin cazadores; tres ayudantes en toda batalla; tres discípulos de Conall Cearnach.

»Las tres correas de esos tres galgos me han arrancado un suspiro del corazón; yo cuidaba de ellos, su vista es motivo de dolor.

»Nunca estuve sola ni un solo día hasta el día de hacer esta tumba, aunque a menudo yo y vosotros estuviéramos desamparados.

»Se me ha ido la vista de mirar a la tumba de Naoise; poco tardará mi vida en abandonarme, y los que habrían hecho duelo por mí no viven.

»Puesto que por mi causa fueron traicionados, me consumiré de aflicción; es lástima que la tierra no me cubriese antes de que los hijos de Usnach fueran muertos.

»Afligido fue mi viaje con Fergus, que a traición me hizo venir a la Rama Roja; a todos juntos nos engañó con sus palabras dulces y floridas. Yo había dejado los deleites del Ulster por los tres héroes que eran más valientes; mi vida no será larga, estoy sola sin ellos.

»Yo soy Deirdre sin alegría, y estoy al final de mi vida; como es dolor estar sin ellos, no resistiré mucho más.»

Después de esta lamentación Deirdre se soltó los cabellos, y se arrojó sobre el cuerpo de Naoise antes de que lo pusieran en la tumba y le dio tres besos; y cuando tocó con la boca su sangre, el color de la tierra ardiente le subió a las mejillas, y se alzó como quien ha perdido el juicio, y caminó toda la noche hasta llegar a donde las olas rompían sobre la playa. Estaba allí un pescador con su mujer, y la llevaron a su cabaña y la cobijaron; y ella ni sonreía ni reía, ni comía ni bebía ni dormía, ni levantaba la cabeza de las rodillas, sino que siempre estaba llorando por los hijos de Usnach.

Cuando en Emain no se la pudo encontrar, Conchubar mandó a Levarcham a

buscarla, y a llevarla a su palacio para que él la hiciera su esposa. Y Levarcham la encontró en la cabaña del pescador, y le dijo que volviera a Emain, donde tendría protección y riquezas y todo lo que pidiera. Y le dio este mensaje que llevaba de Conchubar: «Llégate a mi casa, oh rama de las oscuras pestañas, y no haya temor en tu bello rostro, de odio ni de celos ni de reproches.» Y dijo Deirdre: «No me llegaré a su casa, pues no es tierra ni comida lo que quiero, ni oro ni plata ni caballos, sino permiso para ir a la tumba donde yacen los hijos de Usnach, hasta que dé los tres besos de miel a sus tres cuerpos blancos y hermosos.» E hizo esta lamentación:

—Haced duelo por los héroes que fueron muertos al venir a Irlanda; gallardos eran cuando venían a la casa los tres grandes hijos de Usnach.

»Los hijos de Usnach cayeron en la lucha como tres ramas que crecieran derechas y cumplidas, arrasadas por una fuerte tormenta que no dejó de ellas ni yema ni brote.

»A Naoise, mi compañero gentil y sabio, no tardéis en llorarle conmigo; llorad por Ardan que mataba a los jabalíes, llorad por Ainnle cuya fuerza era grande.

»Era Naoise el que besaba mis labios, mi primer hombre y mi primer amado; era Ainnle el que me escanciaba la bebida, y era Ardan el que me colocaba la almohada.

»Por dulce que os sepa el aguamiel que bebe el regalado hijo de Ness, más dulce me supo a mí toda la vida la comida de los hijos de Usnach.

»Siempre que Naoise salía a cazar por los bosques o por las anchas llanuras, toda la carne que traía me sabía a mí mejor que la miel.

»Por dulces que os suenen los aires de flautas y trompetas, yo le digo en verdad al rey que yo he oído música más dulce.

»Deleitosas le suenan al rey Conchubar las flautas y trompetas; pero el cantar de los hijos de Usnach era más deleitoso para mí.

»Naoise era el que tenía en su voz el rumor profundo de las olas; buena era la canción de Ardan, y la voz de Ainnle hacia su verde morada.

»Hermoso fue su nacimiento y su sazón, cuando tomaron las fuerzas de la edad viril; triste es hoy el fin, que los hijos de Usnach hayan sido muertos.

»Caras eran sus gratas palabras, caro su brío altivo y joven; cuando iban por los llanos de Irlanda su brío era bien recibido en todas partes.

»Caros eran sus ojos grises y amados de las mujeres, muchas los miraban al pasar; cuando iban buscando libres por los bosques, sus pisadas eran gratas sobre la oscura montaña.

»No duermo a ninguna hora, y se me ha ido el color del rostro; no hay sonido que pueda deleitarme desde que los hijos de Usnach no vienen.

»No duermo en toda la noche; mis sentidos andan dispersos de mí, no me tienta comer ni beber. Hoy no le tengo aprecio a la agradable bebida de los nobles, ni a la comodidad ni al regalo ni al deleite, ni a una gran casa ni al palacio de un rey.

»No me rompas las cuerdas del corazón como te apoderaste de mi primera juventud, Conchubar; aunque mi amado esté muerto, mi amor es fuerte y vive. ¿Qué me importan el país, la tierra ni el señorío? ¿Qué los caballos veloces, qué las joyas y

el oro? ¡Ay, esta noche estaré tendida en la playa *como los hermosos hijos de Usnach!*»

Y Levarcham volvió al lado de Conchubar para decirle de qué manera estaba Deirdre, y que no quería ir con ella a Emain Macha.

Cuando se hubo ido salió Deirdre a la playa, y encontró a un carpintero que estaba haciendo un remo para una barca, y un palo, limpio y recto, para desplegar una vela al viento. Y viéndole hacer aquello, dijo: «Un cuchillo bien afilado tienes, para cortar el remo tan limpio y tan derecho; si me lo das, yo te daré por él un anillo del mejor oro de Irlanda, el anillo que perteneció a Naoise, y que estuvo con él en las batallas y en las luchas; mucho lo estimó en vida; es oro puro, de parte a parte.» Conque el carpintero tomó el anillo en una mano, y el cuchillo en la otra, y los contempló juntos, y le dio el cuchillo a cambio del anillo, y de su ruego y de sus lágrimas. Entonces Deirdre fue junto a las olas, y dijo: «Ya que el otro no está ahora conmigo, no pasaré más tiempo de mi vida sin él.» Y así diciendo se hundió el negro cuchillo en el costado; pero lo volvió a sacar y lo arrojó al mar a su mano derecha, para que a nadie se culpase de su muerte.

Entonces bajó Conchubar a la playa con quinientos hombres, para llevarse a Deirdre a Emain Macha; pero todo lo que ante sí encontró fue su blanco cuerpo tendido en tierra y sin vida. Y dijo así:

—Mil muertes sobre el día en que di la muerte a los hijos de mi hermana; ahora yo estoy sin Deirdre, y ellos sin vida.

»Eran hijos de mi hermana, los tres hermanos a quienes veje a golpes, Naoise, Ainnle y Ardan; han muerto, y Deirdre también.»

Y tomaron su cuerpo blanco y hermoso, y lo tendieron en una tumba, y alzaron una estela sobre su tumba, y sobre la tumba de los hijos de Usnach; y escribieron sus nombres en *ogham*, e hicieron duelo por su enterramiento.

En cuanto a Fergus, hijo de Rogh, vino a Emain Macha al día siguiente de ser muertos los hijos de Usnach. Y cuando supo que habían sido muertos y rota la promesa que les hiciera, él mismo, con Cormac Conloingeas, el hijo de Conchubar, y Dubthach, el Escarabajo del Ulster, con sus hombres, atacaron la casa y a los hombres de Conchubar, y dieron muerte a muchos, y Emain Macha fue quemada y destruida.

Y después de hacer eso fueron a Connaught, a ver a Ailell y Maeve en Cruachan, y allí fueron bien recibidos; y se pusieron a su servicio y lucharon con ellos contra el Ulster por la traición que había hecho Conchubar. Y así fue como Fergus y los otros vinieron a estar del lado de los hombres de Connaught en la guerra por el Toro Colorado de Cuailgne.

Y Cathbad echó una maldición sobre Emain Macha, por aquel gran yerro. Y lo que dijo fue que ninguno de la estirpe de Conchubar tendría el reino hasta el final de los tiempos.

Y así fue en verdad, pues casi todos los hijos de Conchubar murieron antes que él;

y cuando él tuvo cerca la muerte, mandó a los hombres del Ulster que hicieran volver de Cruachan a Cormac Conloingeas, y le dieran el reino.

Conque enviaron mensajeros a Cormac, y él se puso en camino con sus tres huestes; y dejó su bendición a Ailell y Maeve, y les prometió buen pago por todo el buen tratamiento que le habían dado. Cruzaron el río en Athluain, y allí vieron a una mujer roja a la orilla del vado, que estaba lavando su carro y su arnés. Y después encontraron a una muchacha que venía hacia ellos, envuelta en un manto de color verde claro, con un broche de piedras preciosas sobre el pecho. Y preguntóle Cormac si venía con ellos, y ella dijo que no, y que él haría mejor en volverse, porque había llegado la perdición de su vida.

Y él se detuvo a pasar la noche en la Casa de los Dos Herreros sobre el monte de Bruighean Mor, la gran morada.

Pero por la noche vino a la casa una tropa de hombres de Connaught, que regresaban de hacer estragos y robos en un distrito del Ulster, y pensaron acabar con Cormac antes de que llegase a Emain.

Quiso la fortuna que allí cerca viviera un gran arpista, Craiftine; y su mujer, Sceanb, hija de Scethern, un druida de Connaught, amaba a Cormac Conloingeas, y por tres veces había ido a estar con él en Athluain, y había plantado allí tres árboles: Dolor, Oscuridad y Silencio.

Y Craiftine sentía gran odio y celos hacia Cormac; de modo que, cuando supo que los hombres de Connaught iban a atacarle, salió de la casa con su arpa, y le tocó una melodía suave y adormecedora, para que no tuviera fuerzas para levantarse; y fueron muertos él y casi todos los suyos. Y Amergin, que había ido con un mensaje para él, hizo su tumba y su túmulo, y el lugar se llama Cluain Duma, el Prado del Túmulo.

VIII

EL SUEÑO DE ANGUS OG

ANGUS, hijo del Dagda, estaba una noche dormido en su cama, y le pareció como si cerca de él, a la cabecera de la cama, estuviera una muchacha, la más hermosa que había visto en Irlanda. Extendió la mano para tomar la de ella, pero ella desapareció al instante, y por la mañana, al despertar, Angus no halló rastro ni noticia de la mujer.

Aquel día no tuvo descanso pensando en ella, y en que se había ido antes de que él le pudiese decir nada. A la noche siguiente la volvió a ver, y esta vez llevaba en la mano un arpa pequeña, la más dulce que él había oído, y tocó una canción para él, de suerte que Angus se durmió y no despertó hasta la mañana. Y lo mismo sucedió todas las noches, durante un año. La muchacha venía junto a su cabecera y tocaba el arpa para él, pero se iba antes de que él le pudiese decir nada. Al cabo de un año ya no volvió más, y Angus empezó a consumirse de amor por ella y dolor por su ausencia; no probaba bocado ni se levantaba de la cama, y nadie sabía qué mal le aquejaba. Y se juntaron todos los médicos de Irlanda, pero no pudieron poner nombre a su enfermedad ni hallarle ningún remedio.

Por último hicieron llamar a Fergne, el médico de Conn, y tan pronto como le miró supo que no era en el cuerpo donde tenía la enfermedad, sino en el espíritu. Mandó salir de la habitación a todo el mundo, y dijo: «Creo que es por el amor de una mujer por lo que te estás consumiendo de esta manera.» «Así es, en efecto», dijo Angus; «mi enfermedad me ha delatado.» Y entonces le contó cómo por las noches se le aparecía la mujer de más bello aspecto entre todas las de Irlanda, y cómo se había desvanecido.

Entonces fue Fergne a hablar con Boann, la madre de Angus, y le contó todo lo que había pasado, y le dijo que mandara a buscar por toda Irlanda a una muchacha que tuviera el mismo aspecto que aquella que Angus había visto en sueños. Dejóle después al cuidado de su madre, y ella hizo buscar por toda Irlanda durante un año, pero no se encontró a ninguna muchacha que tuviera aquel aspecto.

Al cabo de ese año, Boann mandó llamar otra vez a Fergne, y le dijo: «Hasta ahora hemos buscado sin conseguir nada.» Y dijo Fergne: «Llamad al Dagda, que venga a hablar con su hijo.» Conque llamaron al Dagda, y cuando vino dijo: «¿Para qué he sido llamado?»

—Para que des consejo a tu hijo —dijo Fergne— y le ayudes, pues está enfermo a causa de una muchacha que se le aparecía en sueños, y a quien no se ha podido encontrar; y sería lástima que muriese.

—¿Y de qué ha de servir que yo le hable? —dijo el Dagda—. Mi conocimiento no alcanza más allá del tuyo.

—Por mi fe —dijo Fergne—, que tú eres el rey de todos los sidhes de Irlanda, y lo que tienes que hacer es ir a Bodb, el rey de los sidhes de Munster, pues en toda Irlanda tiene fama de sabio.

Conque enviaron mensajeros a Bodb, a su casa de Sidhe Femain, y él les dio la bienvenida.

—Bienvenidos seáis, mensajeros del Dagda —dijo—; ¿qué mensaje traéis?

—Éste es el mensaje —dijeron—: Angus Og, hijo del Dagda, lleva dos años consumiéndose de amor por una mujer que vio en sueños, y no la hemos podido hallar en ninguna parte. Y ésta es una orden del Dagda para ti: que busques por toda Irlanda a una muchacha de la misma figura y aspecto que la que él vio.

—La buscaré —dijo Bodb—, aunque tarde un año entero.

Y al cabo de un año envió mensajeros al Dagda.

—¿Es bueno el mensaje que traéis? —dijo el Dagda.

—Lo es, en efecto —dijeron—; el mensaje que te traemos de Bodb es éste: «He buscado por toda Irlanda hasta encontrar a la muchacha con la figura y aspecto que dijisteis, en Loch Beul Draguin, en el Arpa de Cliach.» Y ahora dile a Angus que venga con nosotros, a ver si es la misma que se le apareció en sueños.

Partió, pues, Angus en su carro para Sidhe Femain, y Bodb le dio la bienvenida, y preparó para él una gran fiesta, que duró tres días y tres noches. Y pasado ese tiempo le dijo: «Ven conmigo, a ver si es la misma mujer que se te aparecía.»

Conque partieron juntos y llegaron al mar, y allí vieron ciento cincuenta muchachas, y entre ellas la que iban buscando; y a todas las aventajaba. Entre cada dos muchachas había una cadena de plata, pero ella tenía al cuello un collar de oro espléndido. Y dijo Bodb: «¿Ves a la mujer que buscabas?»

—La veo, en efecto —dijo Angus—. Pero dime quién es y cómo se llama.

—Se llama Caer Ormaith, y es hija de Ethal Anbual, de Sidhe Uaman, en la provincia de Connaught. Pero no te la puedes llevar ahora —dijo Bodb.

Entonces Angus fue a Brugh na Boinne a visitar a su padre el Dagda y a su madre Boann; y Bodb fue con él, y contaron que habían visto a la muchacha, y que habían oído su nombre, y el nombre de su padre.

—¿Qué será mejor que hagamos ahora? —dijo el Dagda.

—Lo mejor —dijo Bodb— es que acudáis a Ailell y Maeve, pues es en su distrito donde vive, y lo mejor es pedirles ayuda a ellos.

Marchó, pues, el Dagda a la provincia de Connaught, y sesenta carros con él; y Ailell y Maeve le dieron una gran fiesta. Y al cabo de una semana de estar festejando y bebiendo, Ailell le preguntó por la razón de su viaje. Y dijo el Dagda: «La razón es una muchacha que vive en vuestro distrito, pues mi hijo está enfermo por su causa, y yo he venido a pedirlos que se la deis.»

—¿Quién es? —dijo Ailell.

—Es Caer Ormaith, hija de Ethal Anbual.

—No tenemos poder sobre ella para dársela —dijeron Ailell y Maeve.

—Lo mejor que podríais hacer —dijo el Dagda— sería hacer venir aquí a su padre.

Conque Ailell envió a su mayordomo a Ethal Anbual, y dijo el mayordomo: «He venido para pedirte que vayas a hablar con Ailell y Maeve.»

—No iré —dijo él—; no daré a mi hija al hijo del Dagda.

Conque el mayordomo se volvió y le contó esto a Ailell.

—Se niega a venir —dijo—, y está enterado de para qué le queréis.

Entonces montaron en cólera Ailell y el Dagda, y partieron acompañados de sus hombres armados, y asolaron todo el lugar de Ethal Anbual, y a él le hicieron comparecer ante ellos. Y díjole Ailell: «Entrega tu hija al hijo del Dagda.»

—Eso no lo puedo hacer —dijo él—, pues hay un poder sobre ella que es mayor que el mío.

—¿Qué poder es ése? —dijo Ailell.

—Es un encantamiento —dijo él— que la tiene presa, de tener forma de ave durante un año, y al año siguiente la suya propia.

—¿Qué forma tiene ahora? —dijo Ailell.

—No lo quisiera decir —dijo el padre.

—Perderás la cabeza si no lo dices —dijo Ailell.

—Pues bien —dijo él—, esto os diré: estará con forma de cisne el mes que viene en Loch Beul Draguin, y con ella estarán ciento cincuenta aves hermosas; si vais allí, allí la veréis.

Soltaron entonces a Ethal, y volvió a hacer las paces con Ailell y Maeve; y el Dagda se fue a su casa y le contó a Angus todo lo que había pasado, y le dijo: «Ve el verano que viene a Loch Beul Draguin, y allí llámala.»

Conque, llegado el tiempo, fue Angus Og al *loch*, y allí vio a las ciento cincuenta aves blancas, con sus cadenas de plata al cuello. Y Angus. se acercó en forma de hombre a la orilla del *loch*, y llamó a la muchacha así: «¡Ven a hablar conmigo, oh Caer!»

—¿Quién me llama? —dijo Caer.

—Angus te llama —dijo él—; y si vienes, te juro por mi palabra que no te impediré volver al *loch*.

—Iré —dijo ella.

Conque vino hasta él, y él puso sobre ella sus dos manos, y entonces, para mantener su palabra, él mismo tomó forma de cisne; y entraron juntos en el *loch*, y dieron tres vueltas en él. Después extendieron las alas y se alzaron sobre el *loch*, y en esa forma fueron hasta Brugh na Boinne. Y según iban, hacían una música tan dulce que quienes la oían se quedaban dormidos por tres días y tres noches.

Caer vivió allí con él para siempre, y desde entonces hubo amistad entre Angus Og y Ailell y Maeve. Y en razón de esa amistad les ayudó Angus cuando la guerra por el Toro Colorado de Cuailgne.

IX

CRUACHAN

EN cuanto a Cruachan, la casa de Ailell y Maeve, estaba en el llano de Magh Ai, en la provincia de Connaught.

Fue así como el llano tomó ese nombre: hace muchísimos años hubo un rey llamado Conn, que tenía el poder de los druidas, de modo que, cuando los propios sidhes marchaban contra él, él podía defenderse con encantamientos tan buenos como los de ellos. Una vez salió contra ellos y deshizo sus casas y se apoderó de sus ganados; y luego, para impedir que le siguieran, cubrió toda la provincia de nieve alta.

Entonces los sidhes fueron a consultar a Dalach, el hermano del rey, que tenía conocimientos drúidicos todavía mejores que los de él; y él les dijo que mataran trescientas vacas blancas de orejas rojas, y que esparcieran sus hígados sobre cierto llano. Cuando así lo hubieron hecho, él hizo unos encantamientos, y el calor que daban los hígados derritió la nieve de todo el llano y toda la provincia, y desde entonces se dio al llano el nombre de Magh Ai, el Llano de los Hígados.

Ailell era hijo de Ross Ruadh, rey de Leinster, y Maeve era hija de Eochaid, rey de Irlanda, y fueron hermanos suyos los Tres Mellizos Rubios que se rebelaron contra su padre y lucharon con él en Druim Criadh. Salieron derrotados en la lucha, y volvieron a cruzar el Sionnan, pero fueron alcanzados y decapitados, y llevadas sus cabezas ante su padre, que penó por ellos hasta el fin de sus días.

Siete hijos varones tuvieron Ailell y Maeve, y todos se llamaban Maine. Uno era Maine Mathremail, como su madre, y otro Maine Athremail, como su padre; y los otros eran Maine Mo Epert, el Hablador, y Maine Milscothach, el del Dulce Hablar, y Maine Andoe el Veloz, y Maine Mingor el Sumiso, y Maine Morgor, el Muy Dócil. Su propia gente tenían, y su lugar propio donde vivir.

Y así era Cruachan, la casa real de Ailell y Maeve, que algunos llamaban Cruachan de los poetas: había siete particiones en la casa, con lechos en ellas, desde el hogar hasta la pared; en cada partición, un frente de bronce y de tejo rojo con relieves; y había siete bandas de bronce desde el cimientto hasta el tejado de la casa. La casa era de roble, y el tejado era de tablas de roble; dieciséis ventanas había con vidrios, y postigos de bronce, y una barra de bronce sobre cada postigo. Había un sitio elevado en medio de la casa para Ailell y Maeve, con frentes de plata y bandas de bronce alrededor, y sobre él cuatro columnas de bronce, y al lado una vara de plata, para que Ailell y Maeve pudieran golpear la viga medianera y aquietar a los suyos.

Fuera de la casa real estaba el castillo, con los muros que había edificado Broce,

hijo de Blar, y el portón; y allí era donde estaban las casas para aposentar a los forasteros.

Además de esto había en Cruachan el Monte de los Sidhes, o, como algunos lo llamaban, la Cueva de Cruachan. Allí fue donde en tiempos llevó Midhir a Etain, y allí era donde vivía el pueblo de los sidhes; pero pocas veces tenía una persona viva el poder de verlos.

De aquel monte salió una vez una bandada de aves blancas, y cuanto tocaban en toda Irlanda se secaba, hasta que los hombres del Ulster las mataron con sus hondas. Otra vez salieron del monte unos puercos encantados, y allí donde pisaban no volvía a brotar ni espiga ni hierba ni hoja en siete años, y no había arma que los pudiese herir. Pero si se les contaba en algún lugar, o sólo con que se tratara de contarlos, ya no se quedaban en aquel lugar, sino que pasaban a otro. Y cuantas veces las gentes del país trataban de contarlos, no había dos personas que coincidieran en el número; y uno gritaba: «Son tres los puercos», y otro: «No, que son siete»; y otro decía que eran once, o trece, y así se perdía la cuenta. Una vez Maeve y Ailell en persona quisieron contarlos en el llano, pero en ésas uno de los puercos saltó por encima del carro de Maeve, estando ella dentro. Todos gritaron: «¡Un puerco te ha pasado por encima, Maeve!» «No», dijo ella, y diciéndolo asíó al puerco por una pata; pero al puerco se le abrió el pellejo por la cabeza, y de ese modo escapó. Y por esto se llamó el lugar Magh-mucrimha, el Llano de Cuentapuercos.

Otra vez vino a Cruachan Fraech, hijo de Idath, de los hombres de Connaught, que era hijo de una hermana de Boann, Befind, de los sidhes. Era el hombre más bello de Irlanda o de Alban, pero su vida no fue larga. Iba a pedir por esposa a Findabair, y antes de partir le dijeron los suyos: «Envía un mensaje a la gente de tu madre, para que te manden ropa de los sidhes.» Conque fue a ver a Boann, que estaba en Magh Breagh, y salió de allí con cincuenta mantos azules con cuatro vueltas negras cada uno, y un broche de oro bermejo con cada uno, y camisas blancas con bestias de oro enlazadas alrededor; y cincuenta escudos de plata con cerco, y una candela de casa de rey en la mano de cada uno de los hombres, con pomos de carbunclo debajo y piedras preciosas en la punta. Alumbraban la noche como si fueran los rayos del sol.

Y llevaba consigo Fraech siete trompeteros con trompetas de oro y plata, con ropajes de muchos colores, cabelleras doradas y sedeñas, y mantos de colores; y tres arpistas que cada uno parecía un rey por su aspecto, envuelto en una piel blanca de ciervo y un manto de lino blanco, y con el arpa en un saco de piel de nutria.

El vigilante los vio desde el castillo cuando entraron en el Llano de Cruachan. «Veo una gran multitud», dijo, «que viene hacia nosotros. Desde que Ailell es rey y Maeve es reina no ha venido nunca, ni nunca vendrá, otra multitud más espléndida y hermosa que ésta. Con la brisa que traen, es como si tuviera yo la cabeza metida en un tonel de vino.»

Entonces la gente de Fraech soltó sus galgos, y los galgos encontraron siete

ciervos, siete zorros, siete liebres y siete jabalíes, y los acosaron hasta Rath Cruachan, y allí fueron muertos en el prado del castillo.

Después Ailell y Maeve les dieron la bienvenida, y los llevaron a la casa; y mientras se disponía la comida Maeve se sentó a jugar al ajedrez con Fraech. Tenían un hermoso tablero de ajedrez, todo él de bronce blanco, y las piezas de oro y plata, y un candelero de piedras preciosas para alumbrar.

Entonces dijo Ailell: «Di a tus arpistas que toquen para nosotros mientras se dispone el banquete.» «Que toquen, sí», dijo Fraech.

Conque empezaron a tocar los arpistas, y poco faltó para que la gente de la casa se muriera de llanto y de tristeza. La música que tocaban eran los Tres Lamentos de Uaithne. Fue Uaithne, el arpista del Dagda, el que primero tocó esos lamentos cuando nacieron los hijos de Boann. El primero era un canto de aflicción por los recios dolores de Boann, y el segundo un canto de regocijo y alegría por el nacimiento de sus hijos, y el tercero un canto de cuna después del nacimiento.

Y con la música de los arpistas, y la luz que brillaba desde las piedras preciosas de la casa, no se daban cuenta de que ya anochecía; hasta que Maeve se alzó y dijo: «Gran hazaña hemos hecho con tener a estos jóvenes sin comer.» «Más piensas tú en jugar al ajedrez que en atenderlos», dijo Ailell; «que cese la música hasta que esté servida la comida.»

Partieron entonces la comida. Era Lothar el que se sentaba en el suelo de la casa, partiendo la comida con su cuchilla, y sin comer él; y desde que empezaba a partir, nunca faltaba la comida bajo su mano.

Después llevaron a Fraech a la casa de conversar, y le preguntaron qué quería.

—Haceros una visita —dijo él, pero no dijo nada de Findabair. Conque ellos le dijeron que era bien recibido, y él se estuvo con ellos algún tiempo; todos los días salían de caza, y todas las gentes de Connaught salían a mirarlos.

Durante todo ese tiempo no tuvo ocasión Fraech de hablar con Findabair, hasta que una mañana, al alba, bajó al río para lavarse, y vio que antes que él había ido allí Findabair con sus muchachas. Y él, tomándola de la mano, le dijo: «Quédate aquí y hablemos, pues por ti he venido; ¿querrías irte conmigo en secreto?» «No quiero irme en secreto», dijo ella, «porque soy hija de un rey y de una reina.»

Y se alejó de él, pero le dejó un anillo en recuerdo. Era un anillo que le había dado su madre.

Fue entonces Fraech a la casa de conversar, donde estaban Ailell y Maeve.

—¿Me dais a vuestra hija? —dijo.

—Te la daremos si tú nos das la dote que pedimos —dijo Ailell—, y que es ésta: sesenta caballos tordos con bocados de oro, y doce vacas que den leche, y con cada una de ellas una ternera blanca de orejas rojas; y que vengas con nosotros, con todas tus fuerzas y todos tus músicos, siempre que vayamos a la guerra en el Ulster.

—Juro por mi escudo y por mi espada que eso no lo daría ni por la propia Maeve —dijo él, y se fue de la casa.

Pero Ailell había reparado en que Fraech llevaba el anillo de Findabair, y dijo a Maeve: «Si se lleva a nuestra hija, perderemos la ayuda de muchos de los reyes de Irlanda. Sigámosle y acabemos con él antes de que pueda hacernos daño.»

—Sería lástima —dijo Maeve—, y motivo de reproche para nosotros.

—No será motivo de reproche para nosotros, tal como yo lo pienso hacer —dijo él.

Y Maeve convino en ello, porque estaba enojada de que fuera a Findabair a quien quería Fraech, y no a ella. Así que entraron en el palacio, y dijo Ailell: «Vayamos a ver cómo cazan los galgos hasta el mediodía.» Así lo hicieron, y a mediodía estaban cansados, y fueron todos a bañarse al río. Estaba Fraech nadando en el río, y le dijo Ailell: «No vuelvas hasta que me traigas una rama de aquel serbal que crece allí, el de las hermosas bayas.» Pues sabía que estaba anunciado que Fraech hallaría la muerte en un río.

Conque fue Fraech, rompió una rama del árbol y volvió con ella sobre el agua; y era hermoso verle sobre el agua negra, con su cuerpo sin falta, su rostro tan bello y sus ojos muy grises, y la rama con bayas rojas entre el cuello y el blanco rostro. Y les tiró la rama desde el agua. «Maduras y hermosas están las bayas», dijo Ailell; «tráenos más.»

Conque fue otra vez Fraech al árbol, y el dragón de agua que lo guardaba le atrapó. «Dadme una espada», gritó, pero ninguno de los que estaban en tierra se atrevió a dársela, por temor a Ailell y Maeve. Y Findabair dio un salto para echarse al agua con un cuchillo de oro que tenía en la mano, pero Ailell arrojó desde arriba una lanza de punta afilada, que atravesándole las trenzas la sujetó; ella le tiró el cuchillo a Fraech, y él le cortó la cabeza al monstruo, y la sacó consigo a tierra; pero llevaba una herida profunda.

Ailell y Maeve se volvieron a casa.

—Gran hazaña hemos hecho —dijo Maeve.

—Es lástima, en efecto, lo que le hemos hecho a ese hombre —dijo Ailell—. Que le preparen un baño curativo con tuétano de puerco y de ternera.

Metieron a Fraech en el baño, y los trompeteros hicieron música agradable, y le prepararon una cama.

Entonces se oyeron en Cruachan sollozos afligidos, y vieron a ciento cincuenta mujeres con vestidos de color púrpura y tocas verdes, y alfileres de plata en los puños; y fue un mensajero a preguntarles por qué sollozaban. «Por Fraech, hijo de Idath», dijeron, «el preferido del rey de los sidhes de Irlanda.»

Oyó Fraech sus sollozos, y dijo: «Levantadme de aquí, porque esos sollozos son de mi madre y de las mujeres de Boann.» Así que le levantaron, y las mujeres le rodearon y se lo llevaron al Monte de Cruachan.

Al día siguiente salió, sano y entero, y con él cincuenta mujeres, que mostraban el aspecto de las mujeres de los sidhes. A la puerta del castillo le dejaron, y volvieron a proferir su sollozo, de modo que cuantos lo oyeron no pudieron por menos de sentirse

afligidos. De esto aprendieron los músicos de Irlanda el sollozo de aflicción de las mujeres de los sidhes.

Y cuando entró en la casa, todos sus moradores se alzaron a darle la bienvenida, como si volviera de otro mundo. Y Ailell y Maeve sintieron vergüenza y arrepentimiento por haber querido hacerle daño, y se hicieron las paces, y él se volvió a su tierra.

Después de esto fue cuando vino a ayudar a Ailell y Maeve, y halló la muerte en un río como estaba anunciado, a poco de comenzar la guerra por el Toro Colorado de Cuailgne.

Una vez los hombres de Cruachan saquearon el Monte, y así es como aconteció.

Una noche de *samhain* estaban Ailell y Maeve en Cruachan con todos los de su casa, mientras se preparaba la comida.

El día anterior habían ahorcado a dos prisioneros, y dijo Ailell: «El que vaya a poner un ramal en el pie de uno de los dos que están en la horca, ganará de mí un premio.»

Era una noche muy oscura, y en esa noche de *samhain* siempre aparecían cosas malas; y todos los hombres que salieron a hacer la prueba regresaron a la casa muy deprisa. «Iré yo, si con eso gano un premio» dijo entonces Nera. «Te daré esta espada con empuñadura de oro», dijo Ailell.

Conque salió Nera, y le puso un ramal alrededor de un pie a uno de los ahorcados. Entonces el ahorcado le habló. «Mucho coraje tienes», le dijo; «llévame contigo donde pueda beber, pues estaba muy sediento cuando me ahorcaron.» Así que Nera le llevó donde pudiera beber, y luego le puso otra vez en la horca, y se volvió a Cruachan.

Pero vio como si el palacio entero estuviera en llamas, y tiradas por el suelo las cabezas de los que en él estaban; y le pareció ver un ejército que marchaba hacia el Monte de Cruachan, y se puso a seguirlo.

—Viene un hombre siguiéndonos los pasos —dijo el que iba el último.

—Por eso nos pesan más —dijo el siguiente, y fueron diciéndose lo mismo todos, desde el último hasta el primero.

Entraron entonces en el Monte de Cruachan. Y dijeron a su rey: «¿Qué hay que hacer con el hombre que ha entrado?»

—Que venga aquí para que yo hable con él —dijo el rey.

Conque fue Nera, y el rey le preguntó quién le había dejado entrar.

—Entré con tu ejército —dijo Nera.

—Ve a aquella casa —dijo el rey—: allí hay una mujer que te dará la bienvenida. Dile que soy yo quien te envía. Y ven todos los días a esta casa con una carga de leña.

Conque fue Nera a donde se le había dicho, y la mujer le dijo: «Bienvenido seas, es el rey el que te envía.» Y él se quedó allí, y la tomó por esposa. Tres días seguidos llevó una carga de leña a la casa del rey, y cada día veía salir de la casa delante de él a un ciego que llevaba a un cojo subido a sus espaldas; y marchaban hasta el borde de

un pozo que había delante del Monte. «¿Está ahí?», decía el ciego. «Ahí está», decía el cojo. «Vámonos», decía entonces el cojo.

Al cabo de los tres días, según a él le pareció, Nera le preguntó sobre esto a la mujer.

—¿Por qué van el ciego y el cojo al pozo todos los días? —dijo.

—Van a mirar si está a salvo la corona que hay en el pozo. Ahí es donde se guarda la corona del rey.

—¿Y por qué van ellos dos? —dijo Nera.

—Eso es fácil de decir —dijo ella—: el rey les tiene encomendado ir a visitar la corona, y a uno de ellos le dejó ciego, y al otro cojo. Y otra cosa: vete a avisar a tu gente de que miren bien lo que hacen la próxima noche de *samhain*, no sea que vengan a atacar el monte, porque sólo en *samhain* puede salir el ejército de los sidhes, pues es entonces cuando se abren todos los montes de los sidhes de Irlanda. Pero si vienen yo les prometo esto, que la corona de Briun se la llevarán Ailell y Maeve.

—¿Cómo les voy a dar ese mensaje —dijo Nera—, si he visto todo el castillo de Cruachan quemado y destruido, y a toda la gente aniquilada con él?

—No has visto eso, ni mucho menos —dijo ella—. Fue que vino la hueste de los sidhes y te puso ante los ojos esa apariencia. Vuélvete con los tuyos y los encontrarás sentados alrededor del mismo caldero, y la carne aún sin quitar del fuego.

—¿Cómo creerán que he estado dentro del Monte? —dijo Nera.

—Lleva contigo flores de verano —dijo la mujer; y él cogió ajo silvestre, primulas y helechos de oro.

Conque se volvió al palacio, y encontró a los suyos alrededor del mismo caldero, y les contó todo lo que le había acontecido; y le dieron la espada, y se estuvo con los suyos durante un año entero.

Al cabo de ese año, Ailell dijo a Nera: «Ahora vamos a ir contra el Monte de los Sidhes; vuélvete allí, a ver si puedes sacar algo.»

Así que él volvió a ver a la mujer, y ella le dio la bienvenida. «Ve a llevar una carga de leña para el rey», le dijo, «que yo hace un año que la llevo todos los días sobre mis espaldas, y he dicho que estabas enfermo.» Y así lo hizo él.

Entonces los hombres de Connaught y la hueste negra de los desterrados del Ulster entraron en el Monte y lo saquearon, y se llevaron la corona de Briun, hijo de Smetra, que había sido hecha por el herrero de Angus, hijo de Umor, y que se guardaba en el pozo de Cruachan para tenerla a salvo de la Morrigu. Y Nera se quedó con su gente en el monte, y hasta ahora no ha salido, ni saldrá hasta el fin de los tiempos.

Aconteció una vez que la Morrigu llevó una vaca del Monte de Cruachan al Toro Colorado de Cuailgne, y después de que la volviera a traer le nació un ternero. Y un día el ternero salió del Monte, y berreó tres veces. Estaban en ese momento Ailell y Fergus jugando al ajedrez, pues esto era después de que Fergus viniera desterrado del Ulster debido a la muerte de los hijos de Usnach; y oyeron berrear al ternero en el

llano. Y dijo entonces Fergus: «No me gusta oír cómo berrea el ternero. Habrá terneros sin vacas cuando el rey salga con sus tropas.»

Pero entonces el toro de Ailell, Finbanach el Astiblanco, halló al ternero en el llano de Cruachan, y pelearon los dos, y el ternero salió vencido y berreó.

—¿Qué ha berreado el ternero? —preguntó Maeve a su vaquero Buaigle.

—Yo lo sé, señor mío Fergus —dijo Bricriu—. Es la canción que tú cantabas hace un rato.

Al oír esto, Fergus se volvió y le dio en la cabeza tal puñada, que le clavó las cinco piezas de ajedrez que tenía en la mano, y le dejó dañado para mucho tiempo.

—Dime, Buaigle, ¿qué berreaba el ternero? —dijo Maeve.

—Ha dicho —dijo Buaigle— que si su padre el Toro Colorado de Cuailgne viniese a luchar con el Astiblanco, ya no se le vería más en Ai, porque sería vencido en todo el llano de Ai, desde todos los lados.

Y dijo Maeve: «Juro por los dioses por los que jura mi pueblo, que no me acostaré sobre plumas, ni beberé cerveza roja ni blanca, mientras no vea luchar a esos dos toros delante de mis ojos.»

X

LAS BODAS DE MAINE MORGOR

CUANDO Maine Morgor, el Muy Dócil, hijo de Ailell y Maeve, partió para celebrar en el Ulster sus bodas con Ferb, hija de Gerg de Rathe Ini, llevó consigo tres tropas de hombres jóvenes, con cincuenta hombres en cada una; y éste era el aspecto de las dos primeras: llevaban camisas blancas brillantes, con bandas de color púrpura en los costados; escudos de oro sobre la espalda, con cercos de plata blanca grabados con figuras, y cantos de bronce blanco afilados como cuchillos. En los cintos, grandes espadas de doble filo con empuñadura de plata; al cuello cadenas de plata blanca. Y no llevaban ni yelmo en la cabeza ni zapatos en los pies.

En cuanto a la tercera tropa, aquella en la que iba el propio Maine, había en ella cincuenta caballos alazanes, y cincuenta caballos blancos de orejas rojas, con largas crines y las colas teñidas de púrpura; y en sus bridas, a un lado una bola de oro bermejo y al otro una bola de plata blanca, y en todos ellos bocado de oro o de plata. Cada caballo llevaba al cuello una collera de oro con campanas colgantes, y, cuando se movían, el sonido que daban las campanas era tan dulce como las cuerdas de un arpa cuando el músico la pulsa con su mano. Por cada dos caballos había un carro de bronce blanco cinchado de oro y plata; almohadones de color púrpura con puntadas de oro atados a cada carro; cincuenta jóvenes esbeltos y hermosos en esos cincuenta carros, y ninguno entre ellos que no fuera hijo de reyes, y héroe y bravo de Connaught. Éstos llevaban encima mantos de color púrpura, con cenefas ornadas de oro y plata, y en cada manto un corchete de puro oro bermejo; junto a sus blancos cuerpos, túnicas de seda fina sujetas con ganchos de oro; cincuenta escudos de plata sobre sus espaldas, con cercos de oro tachonados de carbunclos y otras piedras preciosas de todos los colores; dos luminarias de valor eran las dos lanzas espléndidas que cada hombre llevaba en la mano; cincuenta remaches de bronce y de oro en cada lanza; y si uno hubiera tenido una deuda de un celemín de plata o de oro, con un remache de su lanza la habría pagado. Y había en sus lanzas piedras preciosas que flameaban en la noche como los rayos del sol. En sus cintos llevaban espadas largas, con empuñadura de oro, en vainas de plata; aguijadas en sus manos, de bronce blanco con garfios de plata. Y en cuanto a los propios jóvenes, eran muy apuestos y gallardos, altos y espléndidos; sus cabellos, rubios y rizados, les caían sobre los hombros; sus ojos eran azules, claros y altivos; sus mejillas como las flores de los bosques en el mes de mayo, o como la dedalera de las montañas. Siete galgos seguían el carro de Maine atados con cadenas de plata, con manzanas de oro en cada cadena. Siete trompeteros con trompetas de oro y plata, vestidos con ropajes de muchos colores, y todos con los cabellos de color amarillo claro. Y tres druidas iban delante,

con bandas de plata en la cabeza y envueltos en mantos jaspeados, y portando escudos de bronce con adornos de cobre rojo. Y había con ellos tres arpistas, que por su aspecto parecían reyes.

De esa manera se reunieron en la casa real de Cruachan, y dieron tres vueltas alrededor del prado que había delante de la casa. Y luego de despedirse de Maeve y Ailell partieron para Rath Ini.

—Buena partida lleváis —dijo Bricriu—; pero quizá el regreso no sea tan bueno.

—En todas partes se hablará de este viaje —dijo Maine.

—Supongo —dijo Bricriu— que la visita que hagáis será sólo de un día, pues no querréis quedaros a festejar toda la noche en un distrito que pertenece a Conchubar.

—Doy mi palabra —dijo Maine— de que no volveremos a Cruachan sin antes haber festejado en la casa de Gerg durante tres días y tres noches. —Y no perdió más tiempo en pláticas, sino que emprendió su camino.

Cuando los mensajeros que habían enviado por delante llegaron a la casa de Gerg en Rath Ini, la gente de allí empezó a disponerlo todo para ellos, y esparcieron por la casa ramas de abedul con hojas verdes y juncos frescos. Entonces Ferb envió a su hermana adoptiva Findchoem, hija de Erg, a que hiciera parte del camino con los mensajeros y volviera para decirle qué aspecto traían Maine y sus acompañantes. No estuvo ausente mucho tiempo, y así que volvió entró con las nuevas en la solana donde estaba Ferb, y dijo: «Nunca he visto desde que Conchubar estuvo en Emain, y nunca he de ver hasta el fin de los tiempos, una tropa más gallarda y hermosa que la que ahora viene por el llano. Era lo mismo que estar en un huerto de manzanos, del buen olor que me llegaba cuando la brisa leve pasaba sobre ellos y movía sus ropas.»

Con esto llegaron al castillo los hombres de Connaught, y los de dentro se atropellaron unos a otros para mirarlos. Abriéronse las puertas y se desengancharon los carros, y se aprestaron baños de agua clara para los visitantes. Después los llevaron a la sala de héroes que había en el medio de la casa, y les dieron de toda clase de manjares y bebidas traídas de toda la linde del mundo.

Pero, según estaban gozando del banquete y solazándose, vino de pronto una ráfaga de viento que estremeció la casa entera, de modo que la sala donde estaban tembló, y los escudos cayeron de sus ganchos, y las lanzas de sus sitios, y las mesas cayeron cual hojas en un robledal. Asombrados quedaron todos los jóvenes, y Gerg les preguntó a los druidas de Maine qué podía significar aquella ráfaga. Y Ollgaeth, el jefe de los druidas de Maine, dijo: «Yo creo que no es buena señal para los que han venido esta noche a estas bodas. Una ráfaga de viento es un son lastimero; es el hombre que conquistará.

»Un escudo arrancado de una mano blanca; cuerpos de hombres muertos tendidos bajo piedras; una piedra alta sobre cuerpos yertos; ¡una historia lastimera!

»Si seguís mi consejo, abandonaréis esta fiesta esta misma noche.»

Pero Maine le reprendió severamente por hablar así, y Gerg dijo: «No hay motivo de inquietud, pues los hombres del Ulster no están ahora reunidos en Emain. Y si lo

estuvieran, yo y mis dos hijos estaríamos dispuestos a salir a luchar contigo contra Conchubar.»

Entonces volvieron a colgar las armas, y no pensaron más en lo que había dicho el druida.

Y he aquí que en la mañana de aquel mismo día había acontecido que, estando Conchubar durmiendo en Emain, viera en sueños a una hermosa mujer que se llegaba junto a su lecho, y que tenía todo el aspecto de una reina. Llevaba los cabellos reunidos en rubias trenzas, y pliegues de seda sobre su blanca piel, y un manto de seda verde sobre los hombros, y dos sandalias de bronce blanco entre sus blandos pies y el suelo.

—Todos los bienes sean contigo, Conchubar —dijo.

—¿Cuál es la razón de tu venida? —dijo Conchubar.

—De aquí a no mucho tiempo —dijo ella— será atacado y saqueado el Ulster, y sacado de él el Toro Colorado de Cuailgne. Y el hijo del hombre que lo hará, Maine Morgor, hijo de Ailell y de Maeve, viene esta misma noche a sus bodas con Ferb, hija de Gerg de Rath Ini, y con él van ciento cincuenta hombres jóvenes. Levántate, que sólo son ciento cincuenta hombres contra ti, y la victoria será tuya.

Entonces saltó del lecho Conchubar, y mandó llamar a Cathbad el Druida, y le contó su visión.

—Seguramente —dijo— es un aviso que se nos da contra los hombres de Connaught. Ten por cierto que si nos quedamos aquí quietos nos expoliarán. Ahora dime la verdad, y qué es lo mejor que podemos hacer, pues no hay ninguno como tú entre los druidas.

Y dijo Cathbad: «Lo que significa tu visión es que muchos hombres hallarán la muerte, y con ellos Maine de Connaught, el que está sobre toda culpa; ni él ni sus compañeros volverán a la hermosa Cruachan. Pero tú volverás sano, con fama y victoria.»

Partió entonces Conchubar, y con él iba Cathrach Catuchenn, una reina de gran nombre, que por amor a Cuchulain había venido del país de España a Emain; y salió entonces con el ejército de Conchubar. Y con él iban también los tres proscritos de la estirpe de los fomores, Siabarcha, hijo de Suilremar, y Berngal Bree, y Buri de la Palabra Tosca. Y también iban Facen, hijo de Dublongsech de la cepa vieja del Ulster, y Fabric Fiacail del Asia Mayor, y Forais Fingalach de la Isla de Man. Conque partió Conchubar con ciento cincuenta hombres, pero no llevaba con él a ninguno de los del Ulster, fuera de sí propio y el conductor de su carro, Brod, e Imrinn el Druida, hijo de Cathbad. Y ninguno de ellos llevaba consigo sirvientes, salvo sólo Conchubar, sino sus escudos a las espaldas, sus brillantes lanzas verdes en las manos y sus pesadas espadas en los cintos. Y aunque en número no fueran muchos, grande era el orgullo de su ánimo.

Cuando ya estaban a la vista de Rath Ini vieron sobre ella una nube grande y cerrada, que por un extremo era negra, y por el medio roja, y por el otro extremo

verde. Y preguntó Conchubar a Irminn el Druida: «¿De qué es señal esa nube que hay sobre la casa?» «Yo sé bien», dijo Imrinn, «que es señal de que esta noche habrá lucha, y la aflicción de la muerte estará sobre la casa como una nube, y es para un joven para quien ya se dispone la oscuridad de la muerte.»

Siguió Conchubar hacia el castillo, y en aquel mismo momento llevaban al banquete el gran tonel que pertenecía a la casa, y que después recibió el nombre de Ol Guala; y estaba lleno de vino. Pero todo el que se acercaba a sacarlo dejaba caer la vasija de plata dentro del tonel, de modo que el vino rebosó de los bordes en tres oleadas. «¡Ay de mí!», dijo Ollgaeth el Druida, «pronto esas vasijas estarán en manos de extranjeros. No es hijo dichoso nacido de madre el que está en esta casa esta noche.»

Entonces llegó a la puerta Conchubar, y los extranjeros que iban con él dieron sus voces de ataque alrededor del castillo, como era su costumbre. Al oírlo Gerg se puso en pie, y con él sus dos hijos, Conn Coscorach y Cobthach Cnesgel, y empuñaron sus armas. Y Gerg le dijo a Maine: «Vamos a reñir esto entre los hombres del Ulster para que veáis quién de nosotros es más valiente. Todos somos responsables de ti, y es mejor para ti que luchemos. Pero si cayéramos, entonces defiende tú el lugar si puedes.»

Y salió Gerg con sus dos hijos y su gente. Y defendieron el lugar, y lucharon contra Conchubar afuera; y durante mucho tiempo no dejaron pasar a nadie. Gerg estaba fuera de la puerta, y de todos lados le lanzaban tajos y tajos, y cinco de los fomes cayeron por su mano, y con ellos Imrinn el Druida; y él le cortó la cabeza y se la llevó consigo a la puerta.

Entonces Cathrach Catuchenn se interpuso entre él y la puerta, y le acometió con denuedo; pero Gerg le cortó la cabeza, y entró con ella en la casa, porque estaba malherido. Y tiró las cabezas delante de Maine, y se sentó en una cama, y dando un profundo suspiro pidió de beber. Entonces Conchubar y los suyos llegaron al muro, y con la mano izquierda sostenían sus escudos sobre la cabeza mientras con la mano derecha deshacían el muro, hasta que pudieron abrirse paso.

Entonces Brod, el conductor del carro de Conchubar, arrojó a la casa una de las lanzas que tenía en la mano, y la lanza atravesó el cuerpo de Gerg, y el cuerpo de su servidor Airisdech que estaba detrás de él, de suerte que ambos cayeron juntos. Y Conchubar atacó a la gente de Gerg que había en la casa, de modo que cayeron treinta, y mató a Conn, el hijo de Gerg, con su propia mano, y también muchos de los suyos hallaron la muerte.

Alzóse entonces Nuagal, la esposa de Gerg, y dio tres grandes voces airadas de dolor, y se llevó al pecho la cabeza de su marido.

—Por mi fe —dijo—, que es buena hazaña para un sirviente, que Brod haya matado a Gerg en su propia casa. Pero hay muchos que harán duelo por ti; y, como has caído por causa de tu hija, muchas mujeres se afligirán por ti.

E hizo esta lamentación:

—Bien luchó Gerg, que ahora está aquí tendido, el campeón rubio de la espada roja; el que era altivo, generoso, valiente, sabio, hermoso.

»¿Dónde hay un héroe mejor que Gerg? ¿Dónde está el hombre que no se indigne? ¿Dónde está el ejército que no haga duelo por tu muerte?

»Me da dolor verte en tu lecho de muerte, ¡oh hermoso y rubio Gerg! Es lástima para mí que estés muerto.

»Ante ti aquí en Rath Ini, y en Loch Ane y en Irard, y en los valles del sur, hubo muchas mujeres que te dieron su amor.

»Tú eras el amigo de todos los ejércitos; todos te rendían plena obediencia; tu palabra afable era querida de todos; tú sí que fuiste buen consejero.

»Grandes fueron, en efecto, tus hechos, gallardas tus asambleas; eras rey entre grandes señores.

»Tu casa era grande, era renombrada, la casa en la que te vino el daño; ahí te mató Brod en la sala de reyes.

»Gran daño nos ha hecho Brod y gran maldición, matar a un rey de Irlanda antes de su tiempo; le ha matado; a todos nos ha matado con él.»

Entonces los dos hijos de Gerg dijeron que ellos defenderían el lugar, y a no pocos mataron en la lucha. Y Maine ya no pudo contener por más tiempo su brío, y salió a vengar a su suegro; y sus ciento cincuenta compañeros se alzaron con él, y no fue fácil hacerles frente. Había mucho orgullo en el ánimo y mucho coraje en el corazón de cada uno de ellos, y mucho deseo y anhelo de grandes hechos.

En cuanto a Maine, el hijo del rey, era gallardo, amable, cortés; y, aun siendo casi un muchacho todavía, era más valiente que ninguno en la pelea. Era gentil en la casa de banquetes y duro en la batalla; mirado con sus enemigos y compasivo para herir; dador de tesoros, una piedra de ira y una ola de justicia; y era la cabeza en las asambleas de los tres Connaughts, y su mano para gastar, y su digno rey.

Tenía por baldón ser vencido en combate igual por ningún hombre del mundo, o que tomasen el lugar que él defendiera. Y salió y alejó a los fomes de la casa, y no tuvo entonces mano sanadora; y nueve de los fomes cayeron ante su primera acometida. Entonces se llegó al umbral el proscrito del Asia Mayor, Fabric Fiacail, y empezó a abatir a los hombres que tenía delante, y nadie resistió contra él hasta que llegó al sitio donde estaba Maine. Enfrentaron entonces sus dos escudos, y pelearon hasta pasada la medianoche; y Fabric le hizo a Maine tres heridas profundas, y cuando ya estaban cansados de luchar Maine le cortó la cabeza. Vino entonces Conchubar, y mató a treinta de los hombres de Gerg; y se acometieron los dos ejércitos, y poco faltó para que hasta los dedos de los pies se pusieran a atacar por su cuenta. La sangre que había en el castillo alcanzaba hasta la rodilla, y en todo el distrito a la redonda no se oía otra cosa que golpes en los escudos y en las lanzas, chocar de espadas y rugir de hombres vencidos.

Y Maine, cuando hubo vencido a los fomes, se llegó a donde estaba Facen, hijo de Dublongsech, y un buen rato estuvieron peleando, y luego Facen fue muerto.

Entonces Maine y Cobthach fueron empujados hacia la casa porque los suyos habían caído, y la defendieron con bravura hasta la mañana, de modo que nadie pudo entrar.

Aquella misma noche, la misma mujer que había llevado nuevas a Conchubar fue donde estaba Maeve durmiendo en Cruachan, y le dijo: «Si tuvieras la visión druídica, Maeve, no estarías ahora durmiendo.»

—¿Qué ha sucedido? —dijo Maeve.

—En este mismo momento —dijo la desconocida— está Conchubar venciendo a Maine, y a punto de darle muerte. Levántate, y reúne a tus hombres y sal a vengarle.

Con esto despertó Maeve de su sueño, y llamó a Ailell y le contó la visión, y también se la contó a su gente. «Nada de eso es verdad», dijo Bricriu.

Pero cuando lo oyó Fiannamail, el hijo del posadero de Cruachan, no quiso esperar a nadie ni demorarse, sino que partió hacia el lugar donde estaba Maine, pues era hermano suyo adoptivo. Y Maeve escogió a setecientos hombres armados, los mejores que en aquel tiempo se podían encontrar en Cruachan. Vino entonces Donall Dearg, que era el mejor luchador de la provincia, y que era otro de los hermanos adoptivos de Maine. Y partió de la misma manera, por delante de los otros, y con él treinta luchadores, que todos se llamaban Donall. Y detrás de ellos se puso en camino Maeve.

En cuanto a Maine, defendió la casa hasta que salió el sol brillante por la mañana, y esa noche no hubo descanso agradable para ninguno de los bandos. Cuando pudieron verse a la luz del día, cada uno recordó al otro su daño, y Conchubar empezó a infundir ánimo a los suyos. «Si hubiera traído conmigo a los hombres del Ulster», dijo, «no estarían alargando esta batalla como están haciendo los fomores.» Cuando los fomores oyeron este duro reproche, creció en ellos el coraje, y arremetieron con fuerza, y no aflojaron hasta pasar la puerta de la casa. La casa en la que entraron tenía fama de grandeza, pero la hallaron en ruinas. Había en ella cien mesas de plata blanca, y trescientas de latón, y trescientas de bronce blanco. Y había treinta vasijas con plata pura de España en los bordes, y doscientas aliaras ornadas de oro o de plata, y treinta copas de plata, y treinta copas de latón, y en las paredes había colgaduras de lino blanco con maravillosas figuras bordadas.

Entonces se acometieron los dos ejércitos en medio de la casa, y hubo muchos muertos. Y Cobthach, el hijo de Gerg, después que hubo dado muerte a muchos de los fomores, se llegó a donde estaba Berngal Bree cortando las cabezas de los hombres de Connaught, y pelearon, y al final fue Berngal el vencido.

En cuanto a Maine, mató a Buri de la Palabra Tosca, y después corrió enloquecido y rabioso por toda la casa, y otros treinta hombres cayeron por su mano. Pero cuando Conchubar vio la locura que se había apoderado de Maine, se volvió hacia él, y Maine le esperó, y pelearon durante largo rato; y Maine le arrojó la azagaya con tanta fuerza y derechura, que atravesó el cuerpo de Conchubar; y mientras Conchubar pugnaba por sacársela, Maine le hirió con la lanza larga que tenía en la mano. Entonces vino Brod en ayuda de Conchubar, y Maine le hirió

duramente por tres veces, de modo que ya no pudo seguir luchando. Pero entonces le atacó Conchubar dándole de golpes por todas partes, hasta que le tuvo muerto a sus pies.

Y después que hubo dado muerte a Maine, empezó a atacar a la multitud que le rodeaba, de modo que cayeron, pie con pie y cuello con cuello, por toda la casa. Y al final no quedó vivo ni uno solo de los hombres de Maine; y de los ciento cincuenta hombres que venían con Conchubar, no quedaron vivos más que él y Brod, y aun así no enteros.

Entonces hizo salir Conchubar de la casa a Cogthach, el hijo de Gerg; y mientras le seguía por el llano, vino Ferb con su hermana adoptiva a donde estaba tendido Maine, y lloró y se lamentó por él, diciendo: «¡Ay de mí! Ahora estás solo, tú que pasaste tantas noches en compañía.» E hizo esta lamentación:

—¡Oh joven, rojo es tu lecho! Malos eran los signos, y anuncio de lágrimas para todo tu pueblo el que vinieras a esta casa.

»¡Oh hijo de Maeve! ¡Oh rama de alto honor! ¡Oh hijo de Ailell que no es débil! ¡Lástima es para mi corazón y mi cuerpo que estés ahí tendido para siempre!

»Oh joven, el mejor que yo he visto; una vara de oro, y ahora tendido sobre la almohada; cuando os enfrentabais un enemigo y tú, era vuestro último encuentro.

»Dolor tengo de que estés ahí tendido, joven hijo de Maeve; tu rostro era rubicundo, tu mano era dura en la batalla; dolor ha entrado en mi corazón que te esperaba.

»Pocas veces estuviste desarmado hasta ahora, hasta que te derribaron y te dejaron muerto. La lanza brillante te atravesó, la espada dura te hirió, hasta que corrió la sangre por tus mejillas.

»¡Ay! Lo que tú eras para mí, y que yo no haya visto tu muerte; mi querido, mi elegido entre los hombres, el que valía un tesoro.

»Él es mi esposo para toda la vida, el gran Maine, hijo de Ailell; moriré por estar sin él, y que no pueda venir a cuidarme.

»Me da dolor su manto de color púrpura, y verle ahí tendido en el suelo de la casa, y su mano que le cortaron después de caer, y su cabeza en la mano de Conchubar.

»Y su espada que era fuerte, pesada al herir, Conchubar se la ha llevado; y su escudo ahí donde él cayó, defendiendo a los suyos.

»Un héroe ha sido, eso es verdad; repartió muchas riquezas; no fue cosa pequeña morir así, y defendiendo a los suyos.

»Que el joven rubio de Connaught esté ahí tendido frío, y con él lo mejor de su tropa, es lástima para los suyos que murieron defendiéndole, es lástima para mí, su esposa sin desposar.

»No puedo hacer nada por ti, Maine; yo misma estoy padeciendo; mi corazón se ha roto de mirarte, Maine.»

Entonces vino a la casa Fiannamail, el hijo del posadero de Cruachan, y Ferb le

vio, y dijo: «Aquí está Fiannamail que viene a visitarnos; habrá dejado compañeros en casa, pero aquí no hallará ante sí ninguno.»

—Duras nuevas me das, Ferb —dijo Fiannamail—; sí que estoy lejos de mis compañeros, si son estos que están aquí tendidos.

—Tus compañeros son, en efecto —dijo Ferb—; vencieron a otros, y ahora ellos yacen vencidos.

Y dijo Fiannamail: «¿Y Maine, vive? ¡Mi compañero, mi amigo querido, mi príncipe en casa!» Y dijo Ferb: «Amargo me sabe que me preguntes eso, pues sé que no pensabas hallar aquí el último lecho de Maine.»

Entonces le contó a Fiannamail todo lo que había sucedido. Y dijo Fiannamail: «Cuando corra la voz de lo que han hecho los del Ulster, serán atacados por el este y por el oeste mientras quede un hombre vivo en Connaught.» Pero dijo Ferb: «Del ejército del Ulster no quedan sino el propio Conchubar y Brod, el conductor de su carro, y los dos fueron heridos por Maine antes de que Conchubar le matara al final.»

Salió entonces Fiannamail en seguimiento de Conchubar, para tomar satisfacción de la muerte de Maine. Y halló a Niall de la Rubia Cabeza, hijo de Conchubar, que con cien hombres andaba buscando a su padre; y a pesar de ser tantos, peleó ardientemente con ellos, hasta que cayó muerto.

Y después de que dejara a Ferb, estuvo ella mirando a los jóvenes de Connaught, e hizo esta lamentación:

—Es lástima, jóvenes de Connaught, que no haya bajo vosotros blando plumón en las almohadas; vosotros que tomasteis la defensa y no la quisisteis dejar. ¿Qué tropa hubo mejor que la vuestra, y ahora estáis tendidos como hilo suelto?

»Una mano pesada se os puso sobre los ojos; os dieron la bebida amarga de los vencidos; vuestra historia es dura, será causa de batallas; será anuncio de muchas lágrimas.

»Es lástima que yo no os pueda dar ayuda, sino sólo estar haciendo duelo y llorando por vosotros; mejor me fuera irme con vosotros, y que mis cenizas se esparcieran al viento.

»Erais el mejor de los ejércitos de Irlanda, jóvenes de Connaught, y yo aquí haciendo duelo por vosotros; muchas mujeres gritarán “¡Ay, ay!” recordando vuestro porte altivo.

»Con orgullo entrasteis en la casa; no erais hijos de padres vulgares. ¡Oh hermosos jóvenes de Connaught, es lástima que estéis así!»

Entonces llegó Donall Dearg al prado de delante del castillo. Y la hermana adoptiva de Ferb le vio, y dijo: «Es lástima que no estuviera aquí cuando Maine vivía, pues le hubiera dado buena ayuda.»

Y cuando supo Ferb que Donall estaba allí, salió a su encuentro y le dijo: «Mira, Donall, halcón valeroso, aquí tienes algo que hacer: vengar a tu hermano adoptivo, que ha hallado la muerte.»

Y Donall dijo así: «Si Maine ha caído, el hombre que ha caído estaba por encima

de todos sus compañeros, en coraje, en prudencia y en gentileza.»

Y dijo Ferb: «¡No es trabajo propio de héroe, que estés suspirando y haciendo duelo y diciendo “Ay dolor”! Puesto que Maine no volverá con eso, mejor será que vayas contra sus enemigos.»

Y dijo Donall: «Iré; aniquilaré a Conchubar, aniquilaré a sus dos hijos para vengar a Maine.»

Y dijo Ferb: «Si hubieras sido tú, Donall Dearg, el que hubiera recibido la muerte de los hombres del Ulster por mi causa, la historia de la gran venganza que hizo Maine se contaría en todas partes.»

Entonces dijo Donall: «Y como ha sido Maine Morgor el que ha recibido la muerte, yo no regresaré a casa ni al oeste mientras quede un hombre vivo en el Ulster.»

Conque salió Donall, y no hubo de esperar mucho para ver venir hacia sí una gran tropa, y con ellos a Feradach de la Mano Larga, hijo de Conchubar. Donall y los suyos los atacaron, pero los otros eran muchos más, y todos los hombres de Donall cayeron. Él mismo hirió por dos veces a Feradach, pero entonces vinieron los hombres de Feradach en su ayuda, y él le cortó la cabeza a Donall, y dio su grito de victoria, y los suyos gritaron con él.

Y Ferb había vuelto a entrar en la casa, y miraba a Maine. «No tienes buen aspecto ahora, así como estás, Maine», dijo; «mi padre halló la muerte por ti, y el hijo de mi padre; pero aun así, yo moriré de la pena de perderte.» Y dijo así:

—Muchas mujeres y muchas muchachas estarán tristes sin ti, porque hayas sido el único que les falló.

»Hermoso fuiste hasta ahora, alto y orgulloso cuando salías a la caza con tus jóvenes galgos; ahora tu cuerpo está deshecho, tus manos están pálidas.

»Malas nuevas viajarán al oeste, hasta Findabair de las Bellas Cejas; la historia de su hermano, que le falló a Ferb; mi aflicción no tiene fin.»

Entonces llegaron Maeve y los suyos a donde estaban Conchubar y los dos hijos que se le habían juntado, y se enfrentaron, y comenzó la lucha; y Maeve abrió brecha en el ejército del Ulster para tomar satisfacción por su hijo y por su gente, y mató a los dos hijos de Conchubar. Pero Conchubar salió y le hizo frente a pesar de sus heridas, y a pesar de estar muy cansado; pues se le curó el daño con la gran ira que sintió de ver muertos a sus dos hijos.

Entonces Maeve tuvo que retroceder y perdió la batalla; y los druidas se la llevaron como era su costumbre; y Conchubar los siguió hasta más allá de Magh Ini. Luego se volvió para saquear el castillo de Gerg, y se llevó todos los tesoros que pudo encontrar; y el gran tonel de latón que había en la casa se lo llevó a Emain. Cuando estaba lleno de cerveza, toda la provincia del Ulster bebía de él; y le pusieron por nombre el Tonel de Beber del Campeón.

Y Ferb murió de pena por Maine, y Nuagal murió de pena por su marido y sus dos hijos. Y se hizo una tumba para ellas, y le pusieron encima una estela, y

escribieron sus nombres en *ogham*; y a partir de entonces Rath Ini se llamó Duma Ferb, el Túmulo de Ferb.

Y ésta fue la primera sangre que se derramó en el Ulster por el Toro Colorado de Cuailgne.

XI

LA GUERRA POR EL TORO DE CUAILGNE

SUCEDIÓ una vez que Ailell y Maeve se pusieron a conversar antes de levantarse de su lecho real en Cruachan.

—Estoy pensando —dijo Ailell— que es un dicho cierto ése de «Buena es la esposa de un hombre bueno.»

—Sí que es un dicho cierto —dijo Maeve—; pero ¿por qué te acuerdas ahora de él?

—Me acuerdo ahora de él porque tú eres mejor ahora que cuando me casé contigo.

—Yo ya era buena antes de tener nada que ver contigo —dijo Maeve.

—Sin embargo, hasta ahora nunca oímos nada sobre eso ni lo supimos —dijo Ailell—, sino únicamente que tú estabas en casa como cualquier otra mujer, mientras en vuestras fronteras los enemigos andaban matando y destruyendo y ahuyentándolo todo a su paso, sin que se lo pudierais impedir.

—No fue así, ni mucho menos —dijo Maeve—. De las seis hijas de mi padre Eochaid, rey de Irlanda, era yo la mejor y la más estimada. En repartir dones y dar consejo era yo la mejor, y en proezas de guerra, armas y combates era yo la mejor. Yo tenía mil quinientos soldados hijos de desterrados, y mil quinientos hijos de jefes. Y los tenía para mi propia casa; y junto con eso me dio mi padre una de las provincias de Irlanda, la provincia de Cruachan; y por eso se me dio el nombre de Maeve de Cruachan.

»En cuanto a ser pedida en matrimonio, vinieron a mí mensajeros de tu hermano Finn, hijo de Ross Ruadh, rey de Leinster, y yo le dije que no; y más tarde vinieron mensajeros de Cairbre Niafer, hijo de Rossa, rey de Teamhair, y de Conchubar, hijo de Ness, rey del Ulster; y más tarde aún de Eochu Beag, hijo de Luchta, y a todos dije que no. Pues no me satisfacía una dote vulgar, como la que piden las demás mujeres de Irlanda; sino que lo que yo pedía de dote era un hombre sin avaricia, sin celos, sin miedo. No me cuadraba estar con un hombre avariento, porque mi mano es generosa para pagar soldadas y dar mercedes; y hubiera sido un desdoro para mi marido que yo fuera mejor pagadora que él. No me cuadraba estar con un hombre cobarde, porque yo entro en luchas y combates y batallas y gano la victoria; y hubiera sido un desdoro para mi marido que su mujer fuera más valiente que él. Y no me cuadraba estar con un marido celoso, porque nunca me faltó un hombre a la sombra de otro. Ahora tengo el marido que buscaba en ti, Ailell, que no eres ni avariento ni celoso ni cobarde. Te di buenos regalos de bodas: vestimentas completas para doce hombres; un carro que valía lo que veintisiete criadas; el ancho de tu cara de oro bermejo, el contorno de tu

brazo en un brazalete de bronce blanco. Y la multa o tributo que tú les puedes pedir a tus enemigos no es más que la multa o tributo que yo tengo derecho a pedir, porque tú por ti mismo no eres nada, sino que estás a sueldo de una mujer.»

—Eso no es verdad —dijo Ailell—, porque soy hijo de rey, y tengo dos hermanos que son reyes: Finn, rey de Leinster, y Cairbre, rey de Teamhair, y hubiera sido rey en su lugar si no tuvieran más años que yo. En cuanto a dar soldadas y repartir mercedes, no me aventajas; y si esta provincia está bajo el gobierno de una mujer, es la única de Irlanda que lo está; y no es por tu derecho por lo que yo tengo en ella la realeza, sino por el derecho de mi madre, Mata de Murrisk, hija de Magach. Y si tomé por esposa a la hija del mayor rey de Irlanda, fue porque pensé que sería esposa digna de mí.

—Bien sabes tú —dijo Maeve— que las riquezas que yo poseo son mayores que las tuyas.

—Eso me extraña —dijo Ailell—, pues no hay nadie en Irlanda que posea mayor caudal de joyas y riquezas y tesoros que yo, y bien sabes tú que no lo hay.

—Pongamos juntos nuestros bienes y riquezas, y tasémoslos —dijo Maeve—, y sabrás quién de nosotros posee más.

—Que me place —dijo Ailell.

Dicho esto, dieron órdenes a sus gentes de sacar sus bienes y contarlos y tasarlos. Así lo hicieron, y lo primero que sacaron fueron sus vasijas de beber, sus toneles, sus vasijas de hierro y todo lo perteneciente a sus casas, y se vio que eran pariguales. Sacaron después sus anillos, y sus brazaletes y cadenas y broches, sus vestidos de sedas carmesíes, azules, negras, verdes, amarillas, azafranadas y jaspeadas, y se vio que eran pariguales. Trajeron después sus grandes rebaños de ovejas de las verdes llanuras a campo abierto para contarlos, y se vio que eran pariguales; y si había en los rebaños de Maeve un carnero que valía lo que una criada, Ailell tenía otro igual de bueno. Trajeron sus caballos de las vegas, y sus piaras de los bosques y los valles, y todos eran pariguales. Y lo último que se hizo fue traer las vacadas del bosque y de los lugares incultos de la provincia, y cuando las pusieron juntas se vio que eran pariguales, salvo en una cosa. Había nacido un toro en la vacada de Maeve, que se llamaba Fionnbanach, el Astiblanco. Pero no quiso quedarse en las manadas de Maeve, porque no le pareció bien estar bajo el gobierno de una mujer, y se había ido a las manadas de Ailell y allí se había quedado; y era el mejor toro de toda la provincia de Connaught. Y cuando lo vio Maeve, y supo que era mejor que ninguno de los suyos, tuvo gran enojo, y fue tan malo para ella como hubiera sido no tener ni una sola cabeza de ganado. Conque llamó ante sí a Mac Roth, el heraldo, y le ordenó averiguar en qué provincia de todas las de Irlanda se podía hallar un toro que fuera tan bueno como el Astiblanco.

—Eso bien lo sé yo —dijo Mac Roth—, pues hay un toro que vale casi el doble que él en casa de Daire, hijo de Fachtna, en el distrito de Cuailgne, y es el Donn Cuailgne, el Toro Colorado de Cuailgne.

—Anda, pues —dijo Maeve—, y ve sin tardanza a Daire de mi parte, y pídele que me preste ese toro por un año, que al cabo del año yo se lo devolveré, y le daré con él cincuenta novillas en pago del préstamo. Y hay otra cosa que tienes que decir, Mac Roth: si las gentes del distrito y país de Daire le mirasen mal por sacar de allí esa joya maravillosa que es el Donn de Cuailgne, que venga con él el propio Daire, y yo le daré tierras como las tuyas en la lisa llanura de Ai, y un carro que valga lo que veintisiete criadas, y además de todo eso mi mayor amistad.

Conque partió Mac Roth, y con él nueve hombres más, y cuando llegaron a la casa de Daire se les hizo un buen recibimiento, como debía ser, pues Mac Roth era el heraldo principal de toda Irlanda.

Preguntóle después Daire por el motivo de su viaje, y Mac Roth le contó toda la historia de la disputa entre Maeve y Ailell y la cuenta de sus rebaños, y le habló de las grandes recompensas que Maeve le ofrecía si consentía en prestarle por un año el Toro Colorado de Cuailgne. Tan complacido quedó Daire de oír esto, que rebullid hasta reventar las costuras de las plumas que tenía debajo, y dijo: «Yo se lo enviaré a Maeve, a Connaught, les guste o no les guste a los hombres del Ulster.» Satisfecho quedó Mac Roth con eso; y él y sus hombres fueron agasajados, y se esparcieron juncos frescos y se sirvió un banquete con toda clase de manjares y bebidas, de suerte que al cabo de un rato ya no tenían la cabeza tan despejada como antes.

Entonces se pusieron a platicar dos de ellos, y dijo uno: «Es un buen hombre éste en cuya casa estamos.»

—Sí que lo es —dijo el otro.

—¿Habría otro mejor en el Ulster? —dijo el primero.

—Lo hay, sin duda —dijo el otro—; pues Conchubar el Gran Rey es mejor hombre, y no es desdoro para todos los hombres del Ulster acudir a su llamada.

—Me maravilla —dijo el primero— que Daire nos haya cedido lo que hubiera requerido la fuerza de las cuatro provincias de Irlanda para arrebatarlo por la fuerza.

—Vea yo llena de sangre la boca que ha dicho esas palabras —dijo otro de los hombres—; pues si Daire no hubiese querido darlo de buen grado, la fuerza de Ailell y Maeve, y el conocimiento de Fergus, hijo de Rogh, se lo habrían quitado contra su voluntad.

Mientras estaban hablando, entró el mayordomo principal de la casa de Daire, y con él criados que traían manjares y bebidas; y oyendo él lo que decían los hombres de Connaught, montó en cólera; y ordenó a los criados que les pusiesen la comida delante, pero no les dijo nada de que gozasen de ella o no, sino que fue donde estaba Daire y le dijo: «¿Has sido tú, Daire, el que les ha prometido el Toro Colorado de Cuailgne a estos mensajeros?»

—Sí, yo he sido —dijo Daire.

—Entonces ¿es verdad lo que dicen?

—¿Qué dicen? —dijo Daire.

—Dicen que tú sabías que si no lo dabas de buen grado habrías tenido que darlo

contra tu voluntad, por la fuerza de Ailell y Maeve y el juicio de Fergus, hijo de Rogh.

—Si eso dicen —dijo Daire—, juro por los dioses por los que jura mi pueblo que no se lo llevarán si no es por la fuerza.

A la mañana del día siguiente se levantaron los mensajeros y fueron a la casa donde estaba Daire.

—Ahora muéstranos —dijeron— dónde está el toro.

—No haré tal —dijo Daire—; y si tuviera por costumbre hacer traición a mensajeros o viajeros o gente de camino, ni uno solo de vosotros regresaría vivo a Cruachan.

—¿Qué razones tienes para este cambio? —dijo Mac Roth.

—Tengo buenas razones, porque anoche andabais diciendo que, si yo no daba el toro de buen grado, Ailell, Maeve y Fergus me obligarían a darlo contra mi voluntad.

—Si eso se dijo, serían habladurías de mensajeros vulgares, después de comer y beber —dijo Mac Roth—, y no es digno de ti tomarlo en cuenta.

—Quizá sea así —dijo Daire—; pero, con todo, no doy el toro por ahora.

Volviéronse entonces a Cruachan, y Maeve les pidió nuevas; y Mac Roth le contó todo lo que había pasado, y cómo Daire primero prometió darles el toro y luego se negó. «¿Qué razón dio para eso?», preguntó ella. Y cuando se lo contaron dijo: «Este acertijo no es difícil de adivinar; no pensaban dejarnos el toro de ninguna manera; pero ahora se lo arrebataremos por la fuerza.»

Y ésta fue la causa de la gran guerra que hubo por el Toro Colorado de Cuailgne.

Entonces Maeve envió mensajeros a los seis Maines, sus hijos, para que acudieran a Cruachan, los hermanos del Maine Morgor que hallara la muerte en Dun Gerg. Y envió mensajeros a los hijos de Magach, y acudieron, con tres mil hombres armados; y a Cormac Conloingeas, hijo del rey Conchubar, y a Fergus, hijo de Rogh, y acudieron, y tres mil hombres armados con ellos.

Éste es el aspecto que tenía la primera tropa: tenían cabelleras negras y se envolvían en mantos verdes sujetos con broches de plata, y sobre el cuerpo camisas de hilo de oro bordadas con oro bermejo, y llevaban espadas con vainas blancas y empuñaduras de plata.

En cuanto a la segunda tropa, llevaban los cabellos cortos y se envolvían en mantos grises, y sobre el cuerpo camisas de puro blanco; y llevaban espadas con nudos de oro en la empuñadura y vaina de plata. Preguntaron todos: «¿Es ése de ahí Cormac?» «No lo es, no», dijo Maeve.

En cuanto a la última tropa, tenían los cabellos de color amarillo dorado, sueltos como crines, y se envolvían en mantos carmesíes bien ornados, y sobre el pecho llevaban broches de oro con joyas, y largas camisas de seda que les bajaban hasta los tobillos. Y al andar levantaban los pies y los volvían a bajar todos a una. «¿Es ése de ahí Cormac?», preguntaron todos. «Sí lo es, ciertamente», dijo Maeve.

Conque, acamparon allí, y entre los cuatro vados de Ai, Athmaga, Athslisen,

Athberena y Athcoltna hubo rojas hogueras ardiendo toda la noche. Y quince días se estuvieron allí en Cruachan, comiendo, bebiendo y descansando, para poder acometer mejor el viaje y la marcha.

Entonces Maeve ordenó al conductor de su carro que enganchara los caballos, para ir a consultar al Druida y pedirle una profecía que le dijera si el ejército que iba a sacar conseguiría la victoria y volvería con bien. Y dijo al Druida: «Hay aquí muchos que hoy van a separarse de sus compañeros y sus amigos, de su país y sus tierras, de su padre y de su madre. Y si no volvieran todos ellos sanos y salvos, sobre mí caerían las quejas y las maldiciones. Además, no hay ninguno de los que salen ni de los que se quedan que nos sea más caro que nosotros mismos. Así que descubre ahora para nosotros si volveremos o no volveremos.» Y dijo el Druida: «Sea quien fuere el que vuelva, tú volverás.»

Entonces Maeve hizo volver el carro y tomó el camino de regreso. Pero en seguida vio una cosa que la admiró, y fue que una mujer iba sentada en la pértiga del carro, mirándola; y era así: empuñaba una espada de bronce blanco, con siete anillos de oro bermejo, y parecía como si con ella estuviera tejiendo una tela; se envolvía en un manto verde jaspeado, sujeto sobre el pecho con un broche de oro bermejo; tenía el rostro rubicundo y agradable, los ojos grises y la boca como bayas rojas, y al hablar su voz era más dulce que las cuerdas de un arpa curva; y la piel que dejaban ver sus vestidos era como la nieve de una sola noche. Largos pies tenía, muy blancos, y sus uñas rosadas e iguales; los cabellos de color amarillo dorado, con tres crenchas en torno a la cabeza, y otra que le caía suelta hasta más abajo de la rodilla.

Miróla Maeve y dijo: «¿Qué haces ahí, muchacha?»

—Estoy escudriñando el futuro para ti —dijo—, por ver qué ocasiones y fortunas vas a tener, ahora que convocas a las provincias de Irlanda para la guerra por el Toro Colorado de Cuailgne.

—¿Y por qué haces eso por mí? —dijo Maeve.

—Buenas razones hay para que lo haga —dijo la muchacha—, pues soy una servidora de tus gentes.

—¿A cuál de mis gentes perteneces? —dijo Maeve.

—Soy Fedelm de los sidhes, de Rath Cruachan.

—Bien está, Fedelm de los sidhes; dime cómo ves a nuestras huestes.

—Veo carmesí sobre ellas, veo rojo.

—Sin embargo, Conchubar yace en su debilidad en Emain; mis mensajeros han vuelto de allí, y no hemos de temer nada del Ulster —dijo Maeve—. Vuelve a mirar, Fedelm de los sidhes, y dime la verdad de lo que ves.

—Veo carmesí sobre ellas, veo rojo —dijo la muchacha.

—Sin embargo, Eoghan, hijo de Durthacht, está en su debilidad en Rathairthir; mis mensajeros han vuelto de con él; no hemos de temer nada del Ulster. Mira otra vez, Fedelm de los sidhes; ¿cómo ves a nuestras huestes?

—Todas las veo carmesíes, todas las veo rojas.

—Celthair, hijo de Uthecar, yace en su debilidad dentro de su fortaleza; mis mensajeros han vuelto de con él. Dime otra vez, Fedelm de los sidhes, ¿cómo ves a nuestras huestes?

—Veo carmesí sobre ellas, veo rojo.

—Acaso no haya ningún mal en lo que ves —dijo Maeve—, pues cuando todos los hombres de Irlanda estén reunidos en un mismo lugar, seguramente habrá entre ellos peleas y disputas sobre quién sea el primero o el último en pasar vados y ríos, o el primero en herir a un ciervo o un jabalí, o cosa semejante. Dime ahora en verdad, Fedelm de los sidhes, ¿cómo ves a nuestras huestes?

—Veo carmesí sobre ellas, veo rojo. Y veo —dijo— a un hombre menudo que hace muchos hechos de armas; hay muchas heridas en su lisa piel; hay una luz alrededor de su cabeza, hay victoria sobre su frente; es joven y hermoso, y modesto con las mujeres; pero es como un dragón en la batalla. Su aspecto y su coraje son como el aspecto y el coraje de Cuchulain de Muirthemne; y quién sea ese Mastín de Muirthemne yo no lo sé; pero hasta aquí sé bien, que toda esta hueste será por él enrojecida. Parte hacia la batalla; hará que vuestros muertos se apilen en grueso montón, la memoria de la sangre que derrame será duradera; las mujeres harán duelo por los cuerpos abatidos por el Mastín de la Forja que veo ante mí.

Éste fue el anuncio que Fedelm de los sidhes hizo para Maeve, antes de que las huestes partieran de Cruachan hacia el Ulster.

Cuando Maeve le dijo a Fedelm de los sidhes que no había que temer que los hombres del Ulster salieran a atacar al ejército, pues yacían en su debilidad, quería decir que estaban bajo la maldición y el encantamiento que una vez había echado sobre ellos una mujer a la que trataron mal. Y el caso fue así:

Había un hombre llamado Crunden, hijo de Agnoman, que vivía en una parte solitaria del Ulster, entre las montañas, y tenía un buen pasar; pero su esposa había muerto, y él tenía sobre sí el cuidado de todos sus hijos. Un día estaba sentado en la casa cuando vio entrar por la puerta a una mujer, alta y agraciada y bien vestida, que sin decir palabra se sentó junto al hogar y se puso a encender el fuego. Fue después a donde estaba la harina, la sacó y la mezcló, y asó una torta. Y al atardecer tomó una vasija y salió a ordeñar las vacas, pero en todo el tiempo no dijo palabra. Volvió después a entrar en la casa, y se dio una vuelta hacia la derecha, y se quedó la última en pie para tapar el fuego.

Allí permaneció, y Crunden, el hombre de la casa, se casó con ella, y ella los atendía a él y a sus hijos, y todo lo que tenía Crunden prosperaba.

Un día se dispuso una gran asamblea de los hombres del Ulster para hacer juegos y carreras y toda clase de entretenimientos; y todos los que podían, hombres y mujeres, solían ir a esa asamblea.

—Yo iré hoy allí —dijo Crunden—, como van todos los demás hombres.

—No vayas —dijo su mujer—; pues sólo con que en la feria pronuncies mi nombre, me perderás para siempre.

—Entonces no hablaré de ti para nada —dijo Crunden. Y marchó con los demás a la feria, donde había toda clase de entretenimientos, y estaba toda la gente del país.

A la hora nona llevaron el carro real al campo, y los caballos del rey ganaron la carrera. Entonces los bardos y poetas, los druidas y los servidores del rey, y toda la asamblea, se pusieron a alabar al rey y la reina y sus caballos, y clamaron: «Nunca hubo mejores caballos que éstos; no hay quien corra más en toda Irlanda.» «Mi mujer corre más que esos dos caballos», dijo Crunden.

Cuando se lo contaron al rey, dijo: «Apresad a ese hombre, y retenedle hasta que se pueda traer a su mujer a que pruebe su suerte corriendo contra los caballos.»

Así que le apresaron y le retuvieron, y se enviaron mensajeros del rey a la mujer. Ella dio la bienvenida a los mensajeros y les preguntó a qué iban.

—Venimos por orden del rey —dijeron— a llevarte a la feria, para ver si corres más deprisa que los caballos del rey; pues tu marido se ha jactado de que lo harías, y ahora está preso hasta que tú vayas a liberarle.

—Necedad de mi marido fue decir eso —dijo ella—; en cuanto a mí, no estoy en condiciones de ir, porque en seguida voy a dar a luz.

—Es lástima —dijeron los mensajeros—, porque si no vienes se dará muerte a tu marido.

—Siendo así, tengo que ir, pase lo que pase —dijo ella.

Conque con esto partió hacia la asamblea, y cuando llegó allí todos se agolparon para verla.

—No es decoroso mirarme, en el estado en que estoy —clamó ella—; ¿para qué me han traído aquí?

—Para correr contra los dos caballos del rey —gritó el pueblo.

—¡Ay dolor! —dijo ella—; no me lo pidáis, pues ya se acerca mi hora.

—Sacad las espadas y matad a ese hombre —dijo el rey.

—Ayudadme —dijo ella al pueblo—, pues todos vosotros habéis nacido de madre. —Y dijo al rey—: Dame siquiera un plazo hasta que nazca mi hijo.

—No doy ningún plazo —dijo el rey.

—Entonces la vergüenza que caerá sobre ti será mayor que la que caiga sobre mí —dijo ella—. Y porque no has tenido conmigo ni piedad ni respeto, caerá sobre ti un mayor castigo que el que ha caído sobre mí. Que traigan los caballos y los pongan a mi lado.

Echaron a correr, y la mujer adelantó a los caballos y ganó la carrera; y en la meta le dieron los dolores del parto, y alumbró dos hijos, niño y niña, y del dolor dio un gran grito.

Y de pronto acometió una debilidad a cuantos habían oído el grito, de suerte que no tenían más fuerzas que la mujer allí tendida. Y ella dijo así: «De aquí en adelante, y hasta la novena generación, la vergüenza que habéis puesto sobre mí caerá sobre vosotros; y en el tiempo en que más necesitéis vuestra fuerza, en el tiempo en que vuestros enemigos os estén cercando, en ese tiempo la debilidad de una parturienta

descenderá sobre todos los hombres de la provincia del Ulster.»

Y así sucedió; y de todos los hombres del Ulster nacidos después de aquel día, ninguno escapó a aquella maldición y aquel encantamiento salvo Cuchulain.

Cuando los hombres de Connaught partieron de Cruachan hacia el norte, se detuvieron al atardecer en Cuilsilinne, y allí acamparon para pasar la noche. Ailell ocupó su lugar en el centro del campo, y a su derecha Fergus, hijo de Rogh, y después de éste Cormac Conloingeas, y sus gentes del mismo lado; y a la izquierda de Ailell se hizo sitio para Maeve y su hija Findabair. Pero Maeve se quedó atrás hasta que hubo llegado todo el ejército, y entonces fue en su carro a ver si todo estaba en orden, y después vino a sentarse a la derecha de Ailell.

—¿Cuál de las tropas te parece la mejor? —dijo Ailell.

—Ninguna vale nada —dijo Maeve— comparada con los hombres de Leinster, los gailianas.

—¿Qué han hecho que no hayan hecho los demás, para que tanto los alabes? —dijo Ailell.

—Razones hay para alabarlos —dijo Maeve—; pues mientras los demás estaban escogiendo sitio, los gailianas ya tenían hechas sus cabañas y sus refugios, y mientras los demás hacían sus refugios ya tenían ellos sus raciones de comida y bebida cocinadas y servidas, y mientras los demás disponían la comida ellos ya habían comido, y mientras los demás comían ya estaban ellos acostados y durmiendo. Y lo mismo que sus criados han aventajado a los criados de los hombres de Irlanda, así sus jóvenes y sus luchadores aventajarán a los jóvenes de Irlanda en esta marcha.

—Mucho me alegro de eso —dijo Ailell—, pues conmigo vinieron y son de mi provincia.

—Pues no tienes que alegrarte tanto —dijo Maeve—, porque no van a seguir marchando contigo; porque no voy a permitir que presumas de ellos delante de mí.

—Que se queden en este campamento, entonces —dijo Ailell.

—Tampoco harán tal cosa —dijo Maeve.

—¿Qué han de hacer, pues —dijo Findabair—, si ni han de seguir ni quedarse en el campamento?

—Recibirán la muerte y la destrucción de mis propias manos —dijo Maeve.

—Es lástima que digas eso —dijo Ailell—, cuando acaban de unirse a nosotros.

—Si piensas hacerles daño —dijo Fergus— tendrás que luchar conmigo además de con ellos; pues por el juramento de mi pueblo, que sólo pasando sobre mi cuerpo y los cuerpos de los hombres del Ulster que me acompañan podrás darles muerte.

—No hables así, Fergus —dijo Maeve—; porque, si te unieras con esos extranjeros contra mí, yo tendría de mi parte a los seis Maines con sus hombres, y a los hijos de Magach con sus hombres, y a mis propias tropas por añadidura. Y creo que podríamos con vosotros.

—No está bien que digas eso —dijo Fergus—, pues no hay mejores hombres en Irlanda que los jóvenes del Ulster que vinieron conmigo a Connaught, y hasta ahora

han sido una buena ayuda para ti. Pero te diré otra cosa que puedes hacer: reparte a los hombres de Leinster entre todas las demás tropas de los de Irlanda, de modo que en ningún sitio haya más de cinco juntos.

—Eso haré —dijo Maeve—; porque sé que si los dejáramos juntos como ahora están no habría más que peleas y celos.

A la mañana siguiente se dispusieron a reanudar la marcha, pero antes consultaron los jefes sobre lo que habría que hacer para mantener la concordia entre tantas tropas, tribus y familias; y convinieron en que cada tropa la mandase su jefe natural, y que, fuese grande o pequeña, marchase cada una por sí. Y consultaron también sobre quién sería mejor poner al frente del ejército entero, para que los guiara y mostrara el camino. Y todos dijeron que el mejor sería Fergus, pues había sido rey del Ulster durante diecisiete años, hasta que Conchubar le despojó de la realeza, y después de eso había permanecido en el Ulster hasta que Conchubar dio muerte a los hijos de Usnach, a pesar de la garantía que les había dado.

Así que nombraron a Fergus jefe de todo el ejército; pero según marchaban le entró un gran amor por su provincia y su hogar, y en vez de seguir hacia el norte tiró hacia el sur. Y mientras de ese modo demoraba al ejército, envió mensajeros al Ulster para que dieran aviso y noticia de su venida. Pero Maeve le tenía vigilado, y cuando vio lo que había sucedido se llegó a él y le dijo: «¿Cómo es esto, Fergus, de que hayamos vuelto hacia el sur?» Entonces vio Fergus que de nada servía tratar de engañarla, y de nuevo mudaron sus pasos, pero no llegaron muy lejos, sino sólo hasta el lugar que habían dejado por la mañana, Cuilsilinne.

Entonces recordó Fergus que se estaban acercando a las fronteras del Ulster, y que seguramente no tardarían mucho en encontrarse con Cuchulain; y avisó al ejército de que se andasen con cuidado, no fuera a ser que el Mastín de Muirthemne cayera sobre ellos, iracundo y hermoso, y los aniquilara.

Partieron de nuevo los hombres de Connaught hacia el este, y al llegar a Monecolthan vieron delante ciento sesenta ciervos en una sola manada, y el ejército entero los rodeó, y todos los ciervos fueron muertos; pero fueron los gailianas, dispersos como estaban, los que mataron a todos los ciervos menos cinco, y esos cinco fueron los únicos que mataron los restantes hombres de Irlanda.

En aquel mismo día llegaron Cuchulain y su padre, Sualtim, al mojón de Ardcullin, pues habían recibido el aviso de Fergus; y allí dejaron pacer a los caballos, y los de Sualtim segaron la hierba por el lado norte del mojón hasta la tierra, pero los de Cuchulain, por el lado sur, la segaron hasta las losas.

—Estoy pensando, Sualtim —dijo Cuchulain—, que el ejército de Connaught ya no debe andar lejos. Ve, pues, y lleva aviso a los hombres del Ulster, y diles que no se detengan en las llanuras abiertas, sino que se adentren en los bosques y valles de la provincia, para que los hombres de Irlanda no caigan sobre ellos.

—¿Y tú, hijito, qué harás? —dijo Sualtim.

—Yo tengo que ir hacia el sur —dijo Cuchulain—, a Teamhair, pues prometí ir a

ver hoy a una muchacha de la casa de Fedelm de la Forma Hermosa, la esposa de Laegaire.

—Es lástima que vayas a hacer una cosa así —dijo Sualtim—, dejando el Ulster bajo las plantas de enemigos y extranjeros.

—Debo ir, ciertamente —dijo Cuchulain—, pues si quebranto la palabra que di a una mujer se dirá de aquí en adelante que vale más la palabra de una mujer que la de un hombre.

Conque partió Sualtim para dar aviso a los hombres del Ulster, y Cuchulain se internó en los robledales y cortó un brinjal de roble, y curvándolo en forma de aro talló en él un mensaje en *ogham*. Luego puso el aro en el mojón y lo metió hasta abajo, hasta la parte más gruesa. Y después marchó a cumplir con la cita que tenía en Teamhair.

En cuanto a los hombres de Irlanda, siguieron hasta Ardcullin, desde donde el país entero del Ulster se extendía ante ellos. Entonces vieron el mojón y sobre él el aro de roble; y Ailell lo quitó y se lo dio a Fergus, y le ordenó leer el *ogham*. Y lo que leyó en el aro fue el nombre de Cuchulain, y el aviso de que los del Ulster no pasaran del mojón esa noche, pues si lo hacían caería sobre ellos una gran venganza al alba del día siguiente.

—Sería lástima —dijo Maeve— que la primera sangre derramada después de entrar en la provincia fuera sangre de los nuestros; mejor sería que fuéramos nosotros los primeros en herir a los del Ulster.

—Estoy de acuerdo —dijo Ailell—, pues no quisiera ir contra este aro o el hombre que lo dobló; entremos en el bosque y acampemos allí para pasar la noche.

Conque entraron en el bosque, y según iban abrían paso para los carros con las espadas, y por eso el lugar se ha seguido llamando Sleact na Gearbat, el Paso Cortado de los Carros, hasta el día de hoy. Y aquella noche cayó una gran nevada, de modo que de las cinco provincias de Irlanda se hizo una sola llanura; y no pudieron hacer refugios ni preparar comida, y ninguno de los hombres del campamento supo en toda la noche si era amigo o enemigo el que tenía cerca de sí, hasta que la clara luz del sol cayó sobre la nieve por la mañana. Entonces dejaron aquel lugar, y entraron en el Ulster.

En cuanto a Cuchulain, no se levantó muy temprano aquella mañana; y cuando lo hizo, tenía comida dispuesta para él, y un baño de agua clara. Entonces ordenó a Laeg que aparejase el carro, y partieron; y al cabo de un rato llegaron a la huella del ejército de Irlanda por donde había cruzado la frontera del Ulster.

—Pues bien, Laeg —dijo Cuchulain—, no me ha traído mucha suerte la cita que guardé anoche; pues lo menos que debe hacer el que vigila las fronteras es alzar la voz o dar aviso de que viene el enemigo, y yo no lo he hecho, de modo que los hombres de Irlanda se han entrado en el Ulster sin noticia ni advertencia.

—Yo ya te dije, Cuchulain —dijo Laeg—, que si guardabas la cita de anoche te vendría de ello algún quebranto como éste.

—Ea, Laeg —dijo Cuchulain—, pues sigue su huella y cuéntalos, y mira a ver cuántos hombres de Irlanda han pasado la frontera.

Así lo hizo Laeg, y volvió y dijo su número, según la cuenta que había echado.

—Has errado en la cuenta —dijo Cuchulain—. Ahora los contaré yo.

Y dijo entonces su número.

—Tú eres el que yerra, Cuchulain —dijo Laeg.

—No —dijo él—, sino que han pasado la frontera dieciocho divisiones, pero la decimoctava está disgregada y repartida entre las otras, de modo que no es posible contar su número con certeza.

Éste fue uno de los tres mejores cálculos que se echaron en Irlanda; los otros dos los hicieron Lugh de la Mano Larga, y Angus en Brugh na Boinne.

—Pero ahora, Laeg —dijo—, vuelve el carro hacia el enemigo y aguija a los caballos; pues a menos que hoy pueda acabar con algunos, no viviré más allá de la noche.

Conque siguieron hasta el lugar que se llama ahora Athgowla, al norte de Knowth.

Allí se encontraron con los dos jóvenes, hijos de Neara, que iban por delante del ejército de Maeve por ver si había ante él algún estorbo, y Cuchulain les cortó las cabezas a ellos y a los conductores de sus carros.

Y con la espada cortó un árbol que tenía cuatro ramas, y éstas las mondó, y descortezó el árbol; y, puesto de pie en su carro, de un golpe hincó el árbol en el suelo, bien hondo y firme, y las cuatro cabezas que había cortado las puso en sus cuatro ramas mondadas. Después volvió a los caballos con sus carros hacia el ejército.

Maeve iba en un carro ella sola, con otros dos carros a cada lado, y por detrás y por delante, para que ningún terrón levantado por los cascos de los caballos del ejército ni ninguna espuma de sus bocas tocara en sus ropajes. Y cuando vio que volvían los dos carros, y en ellos los cuerpos sin cabezas, se detuvo para ver lo que había sucedido. «¿Qué es eso?», dijo. «Son los carros y los cuerpos de los dos hijos de Neara que iban por delante», dijo el conductor de su carro.

Entonces Maeve consultó con sus jefes, y convinieron en que debía de ser que alguna parte del ejército del Ulster estaba allí delante de ellos en el vado al que se acercaban, y que lo mejor sería enviar a Cormac Conloingeas con sus hombres a ver quién había allí, pues los hombres del Ulster no querían hacer daño al hijo de su Gran Rey.

Conque fueron al vado Cormac y su tropa, pero al llegar allí lo único que vio fue un árbol mondado y en él cuatro cabezas goteando sangre, y la huella de un solo carro, que partía del vado hacia el este. Vino entonces el resto del ejército con los otros jefes.

—Me maravilla —dijo Ailell— que tan fácilmente se haya acabado con nuestros cuatro hombres.

—Maravíllate también —dijo Fergus— de que un solo hombre haya hincado así en tierra este poste; difícil te será encontrar en tu ejército un hombre que lo vuelva a sacar.

—Hazlo tú, Fergus —dijo Maeve—, pues tú eres de mi ejército.

Conque pidió Fergus un carro, y se alzó de pie en él, y dio un tirón tan fuerte del poste que el carro se rompió.

—Dadme otro carro —dijo.

Y cuando hubo roto diecisiete de los carros de guerra de Connaught uno tras otro, sin siquiera aflojar el poste, dijo Maeve: «Deja ya, Fergus, de romper los carros de mi gente; si no hubieras estado con nosotros en esta marcha ya habríamos encontrado a los del Ulster, y habríamos tomado hombres y ganados. Bien sé yo por qué has hecho esto, para darles tiempo a los del Ulster de sobreponerse a su debilidad y sus dolores, y salir contra nosotros en defensa de su toro y sus ganados.»

—Dadme mi carro, pues —dijo Fergus.

Diéronle su carro, y él se alzó en pie y dio un gran tirón del poste; y ni la armadura ni las ruedas del carro se vencieron ni saltaron como los otros, y él sacó el poste y se lo entregó a Ailell; y Ailell lo miró y dijo: «Me da miedo el hombre que puso ahí este poste; ¿crees tú, Fergus, que fue Conchubar el Gran Rey el que lo hizo?»

—No fue —dijo Fergus—; pues si hubiera estado aquí Conchubar, con él habrían venido su ejército y todos los hombres del Ulster, y no habría estado tan cerca de vosotros sin presentaros batalla, y a estas horas el vencedor estaría jactándose de serlo.

—¿Crees tú que fue Cuscraid, el hijo de Conchubar —dijo Ailell—; o Eoghan, hijo de Durthacht, rey de Fernmaighe; o Celthair, hijo de Uthecar?

—No lo creo —dijo Fergus—; lo que yo pienso es que fue mi hijo adoptivo y de Conchubar el que estuvo aquí, Cuchulain, hijo de Sualtim.

—A menudo te hemos oído hablar de ese joven en Cruachan; ¿qué edad tiene ahora?

—Su edad importa poco —dijo Fergus—, porque ya siendo un tierno niño hizo grandes hechos.

—Todavía es muy joven —dijo Maeve—, y no creo que sea difícil encontrar entre nuestros hombres alguno que aventaje a ese Mastín fiero, pues no tiene más que un cuerpo al que herir o poner en fuga.

—No encontraréis ninguno —dijo Fergus— entre vuestros luchadores, vuestros jóvenes ni vuestros campeones, que sea capaz de abatir a Cuchulain.

Entonces se detuvieron allí y acamparon, y descansaron aquella noche, con comida y con música.

Y aquella noche les contó Fergus a Maeve y Ailell toda la historia de los hechos de la infancia de Cuchulain, y cómo solía tener una piedra por almohada, y nadie se atrevía a despertarle, no fuera a ser que airado los golpeará con la piedra; y les contó

de una noche en que estaba dormido, y Conchubar fue atacado y vencido por Eoghan, hijo de Durthacht. Y los gritos de los hombres vencidos que escapaban despertaron a Cuchulain, y salió en la oscuridad de la noche a buscar a Conchubar; y donde había sido la batalla, vio a un hombre que llevaba a la espalda medio cuerpo de otro, y pidió a Cuchulain que le ayudara y le tiró el medio cuerpo, y Cuchulain se lo tiró otra vez a él, y lucharon, y Cuchulain le cortó la cabeza. Después encontró a Conchubar tendido en una tumba, y le desenterró, y según volvían encontraron a Cuscraid que estaba herido, y Cuchulain le llevó a Emain sobre sus espaldas. Y otra vez entró en un bosque y vio a un hombre de aspecto terrible que tenía en una mano un jabalí, y su arma en la otra; y mató al hombre y se llevó el jabalí a casa. Y otra vez, cuando los hombres del Ulster estaban en su debilidad, vinieron a Emain veintisiete piratas, y las mujeres al verlos corrieron al palacio dando gritos, y cuando los muchachos que jugaban en el prado vieron de qué huían, huyeron también con ellas. Pero Cuchulain salió y mató a nueve de los piratas e hirió a los restantes, de modo que a todos los rechazó. Y les contó muchas otras historias de sus hechos además de esas.

Al día siguiente el ejército prosiguió su marcha hacia el este, más allá de la montaña. Pero había un lugar estrecho por donde tenían que pasar, y Cuchulain cortó un gran roble y lo atravesó, y escribió en él un *ogham*; y cuando llegaron los hombres de Irlanda, les estorbó el paso, y no pudieron moverlo, de modo que acamparon allí aquella noche. Y por la mañana temprano enviaron al joven Fraech, hijo de Idath, a quitar el obstáculo. Pero Fraech pasó más allá y siguió hasta llegar a un río, y allí encontró a Cuchulain bañándose. Acometiéronse entonces en el agua, y Fraech fue vencido, y Cuchulain se fue, dejando su cuerpo sobre la ribera.

Cuando los hombres de Irlanda hallaron el cuerpo de Fraech, se pusieron a hacer duelo por él. Y después vieron venir una gran multitud de mujeres de los sidhes a recoger el cuerpo, que alzaron un gran clamor por él y se lo llevaron a un monte de los sidhes. Y Findabair lloró por él, y fue a ver el verde ribazo donde estaba tendido.

Y supieron que Cuchulain no andaba lejos, porque en seguida Baiscne, el perrillo de Maeve, fue muerto de un tiro de honda. Entonces Maeve se enfureció, y apremió a sus hombres a ir en persecución de Cuchulain, de modo que con las prisas quebraron las lanzas de los carros.

Al día siguiente pasaba Cuchulain por el bosque, y oyó que daban golpes en los árboles.

—Demasiada osadía de los hombres del Ulster, Laeg —dijo—, es estar talando árboles así, cuando los hombres de Irlanda vienen contra ellos; detente aquí mientras yo averiguo quién está en el bosque.

Siguió adelante, y encontró a un joven de Connaught, que era conductor del carro de Orlam, hijo de Maeve y Ailell.

—¿Qué haces aquí, joven? —le preguntó.

—Estoy cortando troncos de acebo —dijo el joven—, porque se nos han roto los carros dando caza a ese notable ciervo Cuchulain. Échame una mano con estos

troncos, buen amigo, no sea que ese notable Cuchulain me sorprenda aquí.

—Tú eliges, muchacho: ¿quieres que corte los troncos de acebo, o que te los desbaste?

—Atiende tú a desbastarlos —dijo el joven.

Así que Cuchulain los cogió y los desbastó, dejándolos tan rectos y lisos que ni una mosca se habría podido tener sobre ellos. Miró los troncos el conductor, y dijo: «Estoy pensando que no te corresponde hacer este trabajo. Además, ¿tú quién eres?»

—Yo soy ese notable Cuchulain del que hablabas hace un momento.

—Mala noticia es ésa para mí —dijo el conductor—; sin duda soy hombre muerto.

—No tienes nada que temer —dijo Cuchulain—, porque yo no lucho con conductores ni mensajeros, ni con hombres desarmados. Pero ¿dónde está tu señor?

—Está allá delante en el llano.

—Pues ve a darle este aviso: que estoy aquí, y que si nos encontramos, sin duda recibirá de mí la muerte.

Con esto el joven fue en busca de su señor, pero por deprisa que fuera Cuchulain iba más deprisa que él, y tan pronto como llegó a Orlam le cortó la cabeza, y la sostuvo en alto y la agitó frente a los hombres de Irlanda.

Después de esto salieron los tres hijos de Garach y le atacaron, pero él los venció y les cortó la cabeza, y mató también a los conductores de sus carros, a los cuales habían armado contra él. Y vinieron contra él Lethan y el conductor de su carro, y los mató de la misma manera.

Por entonces vinieron los arpistas de Cainbile al campamento de Maeve, y tañeron sus arpas mágicas; pero los hombres de Irlanda pensaron que quizá vinieran como espías, y los expulsaron del campamento, y fueron tras ellos hasta la gran piedra de Lecmore. Pero cuando ya creían alcanzarlos allí, los arpistas tomaron forma de ciervos, y se fueron. Y fue aquel mismo día cuando Cuchulain, de dos tiros de honda, mató a la marta y al pajarillo amaestrado que tenía Maeve sobre sus hombros.

Entonces los hombres de Irlanda entraron en Magh Breagh y Muirthemne, y todo lo rapiñaron y destruyeron a su paso. Fergus les advirtió que Cuchulain no andaba lejos, y que se tomaría gran venganza sobre ellos por haber expoliado Muirthemne. Y por entonces Lugaid, hijo de Nois, que había entrado en Connaught con Fergus, fue en secreto a Cuchulain y le habló de todo lo que pasaba en el campamento, y del miedo que le tenían todos los hombres de Irlanda, de suerte que no se atrevían a dar un paso solos, y le dijo que él le seguía siendo leal.

Y estando ya el ejército tan cerca de Cuailgne, vino la diosa de la guerra, la Morrighu, la Corneja de las Batallas, a sentarse sobre un mojón de Teamhair, y dio una advertencia al Toro Colorado de Cuailgne, diciéndole: «Ten cuidado, y ándate muy vigilante, pobre toro mío, pues si no los hombres de Irlanda caerán sobre ti y te llevarán a su campamento.» Y cuando el toro oyó la advertencia tomó consigo a cincuenta de sus novillas y se fue a un valle de Slieve Cuilinn.

Y siguieron adelante los hombres de Irlanda, llevando las vacadas que tomaban por el camino, donde no había nadie que las defendiera. Y se detuvieron para pasar la noche en Conaille Muirthemne, y allí Maeve ordenó a una de sus mujeres que bajara por agua al arroyo. Llevaba la mujer sobre la cabeza la cubierta de oro de Maeve; y Cuchulain la vio, y creyó que era la propia Maeve la que iba debajo, y tiró una piedra que la mató, y la cubierta de oro se rompió en pedazos.

Y se estuvieron allí un tiempo detenidos, porque el río iba de crecida, y cuando lo querían cruzar, los carros que entraban eran arrastrados al mar; y con ellos fue arrastrado uno de los mejores hombres de Maeve, Uala, al que envió a probar la hondura. Y mientras estaban allí, Cuchulain mató a Raen y Rae, que habían ido a contar la historia de la guerra, y a cien hombres con ellos.

Entonces dijo Maeve: «Alguno de vosotros tiene que ir a enfrentarse a Cuchulain para salvar al ejército.» «No seré yo el que vaya», dijo uno. «No seré yo», dijeron todos los demás, «pues no es fácil enfrentarse a Cuchulain.» Y querían ir rodeando la cabecera del río, pero Maeve les hizo abrir un paso a través de la montaña, que quedase como baldón duradero para el Ulster. Así lo hicieron, y hasta el día de hoy se ha seguido llamando Berna Ulaid, la Brecha del Ulster.

Cuando ya se disponían a cruzar la montaña, dio órdenes Maeve de que el ejército se dividiese en dos partes, cada una con su porción de ganado y de todas las demás cosas, y dijo que ella y Fergus irían con una de las partes por la Brecha del Ulster, y que Ailell fuera con la otra por el camino de Midluachair.

Conque partió Ailell, y con él Ferloga, el conductor de su carro, que era el mismo Ferloga que antaño hiciera un trato con Conchubar, el Gran Rey; y sucedió así. Fue por el tiempo en que Mac Datho de Leinster había suscitado una disputa entre los hombres del Ulster y los de Connaught, sobre el reparto de un puerco en una fiesta que dio, al igual que la suscitara Bricriu por el Campeonato; y Conchubar iba en pos de los hombres de Connaught por el llano de Fearbile. Y de improviso Ferloga, a quien Ailell había dejado atrás, y que estaba escondido, saltó a la trasera del carro de Conchubar, y le aferró del cuello con ambas manos.

—¿Qué me darás si te suelto, rey? —dijo.

—¿Qué pides? —dijo Conchubar.

—No pido grandes mercedes —dijo Ferloga—, sino solamente que me lleves contigo a Emain Macha, y que todas las tardes las mujeres jóvenes y las muchachas del Ulster canten en derredor de mí una canción, y que todas y cada una digan: «Ferloga es mi preferido».

Convino en ello Conchubar, y Ferloga se fue con él a Emain; pero al cabo de un año le enviaron otra vez, con presentes, junto a Ailell y Maeve.

Por entonces entró Ailell en sospechas de que hubiera algún entendimiento entre Maeve y Fergus, y dio orden a Ferloga de que los vigilase. A poco vio Ferloga que Maeve y Fergus se detenían en un bosque por detrás del resto del ejército, y los siguió sigilosamente, de modo que no le oyeran; y halló la espada de Fergus abandonada en

el suelo. Así que sacó la espada de su vaina, y cortó una espada de madera y le dio forma, y la metió en la vaina en lugar de la otra; y llevó a Ailell la espada de Fergus, y le contó cómo la había hallado, y Ailell le mandó esconderla en su carro. Cuando Fergus vio que faltaba su espada y que en su lugar había otra de madera, quedó muy corrido; pero Ailell no le dijo nada sobre esto cuando se vieron, sino que le pidió que fuera a jugar con él al ajedrez. Y estando en el juego disputaron, y Ailell pronunció acerbos improperios contra Fergus y Maeve, y ellos le contestaron, y Fergus le pidió su espada. Pero Ailell dijo que no se la daría hasta el día en que llegase la gran batalla entre los hombres de Irlanda y los del Ulster.

Entonces llegó allí Cuchulain y se alzó sobre una eminencia, y agitó ante ellos sus lanzas y su espada, con lo que les entró un gran temor.

Después de esto, Maeve envió a Fiacha, hijo de Firaba, a hablar con Cuchulain y tratar de ganarle para su bando.

—¿Qué le ofrecéis? —dijo Fiacha.

—Le daré entero pago por todo lo que se ha expoliado de sus bienes, y un buen lugar para él en Cruachan Ai, y mi propia protección y la de Ailell, si deja el servicio de Conchubar y entra en el nuestro. Y ciertamente le valdría más que seguir estando bajo un reyezuelo como Conchubar.

Conque fue Fiacha a hablar con Cuchulain, y fue bien recibido. Y le dijo el mensaje que llevaba de Maeve, y el ofrecimiento que ella le hacía si dejaba el servicio de Conchubar. «Eso no lo haré», dijo Cuchulain; «no traicionaré al hermano de mi madre por ningún rey extranjero. Pero sí consiento en ir yo mismo mañana a hablar con Maeve y Ailell y Fergus.» Así que Fiacha se despidió de él y se volvió al ejército.

A la mañana siguiente Cuchulain fue a Glen Ochain, y Maeve y Fergus salieron a recibirle; y Maeve le miró y dijo: «¿Es éste el mismo Cuchulain a quien tanto elogiabas, Fergus? Veo que todavía es un muchacho.» Habló entonces con Cuchulain y volvió a hacer su ofrecimiento, pero él lo rechazó, y abandonaron el lugar con gran ira el uno contra el otro. Y aquella noche, y las dos que la siguieron, los hombres de Irlanda tuvieron miedo de comer, de dormir o de hacer música; pues eran tantos los que mataba Cuchulain a la clara luz de cada mañana, que era como si el ejército entero se estuviera derritiendo.

—Alguien ha de ir a hacerle otra oferta —dijo Maeve, y esta vez envió a Mac Roth, el heraldo.

—¿Dónde le encontraré? —dijo Mac Roth.

—Pídele a Fergus noticias de él —dijo Maeve.

—Es probable —dijo Fergus— que esté entre Ochain y el mar, tendido al sol y al aire, después de tantas noches sin dormir.

Allí, en efecto, le encontró, con Laeg montando guardia a buen trecho.

—Un hombre armado viene hacia nosotros, Cuchulain —dijo Laeg.

—¿Qué clase de hombre es? —dijo Cuchulain.

—Un hombre joven, apuesto, de cabellos castaños, ancho de rostro; envuelto en un buen manto pardo; con un broche de bronce brillante, como una lanza, sujetándole el manto; con una camisa bien ajustada sobre su piel; con dos zapatos fuertes entre sus pies y el suelo. En una mano lleva una vara blanca de avellano, y en la otra una espada con un diente de caballo de mar por empuñadura.

—Ea, Laeg —dijo Cuchulain—, déjale venir, que ésas son señas de heraldo.

Llegóse hasta él Mac Roth, y preguntó: «¿Bajo quién servís, joven?»

—Servimos bajo Conchubar, Gran Rey del Ulster.

—¿Puedes decirme dónde puedo encontrar a Cuchulain, que ha matado a tantos de los hombres de Irlanda?

—Lo que a él le fueras a decir, puedes decírmelo a mí —dijo Cuchulain.

Entonces le habló Mac Roth de todas las nuevas ofertas que llevaba de Maeve, y dijo Cuchulain: «Yo soy ese Cuchulain que buscas, y rechazo todas tus ofertas.»

Conque Mac Roth regresó al campamento.

—¿Has encontrado a Cuchulain? —dijo Maeve.

—Encontré un muchacho airado entre Ochain y el mar —dijo él—, y no sé si era Cuchulain.

—¿Aceptó tu oferta? —dijo Maeve.

—No —dijo Mac Roth.

—Con Cuchulain habló —dijo Fergus.

—Tienes que ir a verle otra vez —dijo Maeve— y hacerle nuevas ofertas.

Conque de nuevo fue Mac Roth a pactar con Cuchulain, pero él rechazó todas las ofertas.

—Y otra cosa —dijo—: yo jamás consentiría en ceder ante una mujer, o estar bajo el gobierno de una mujer.

—¿Hay algún trato que estés dispuesto a hacer? —dijo Mac Roth.

—Si lo hay —dijo Cuchulain—, vosotros mismos tendréis que descubrirlo; y hay un hombre en el campamento que os lo puede decir; si él viene a mí, yo hablaré con él, pero si cualquier otro vuelve a mí con ofertas, ése será el último día de su vida.

Así que de nuevo regresó Mac Roth y le contó todo esto a Maeve.

—Y yo no volveré a acercarme a él —dijo— ni a cambio de todo lo que me pueda dar un rey de Irlanda.

Entonces dijo Maeve a Fergus: «¿Tú tienes algún conocimiento del pacto que haría Cuchulain?»

—No —dijo Fergus. Pero después de que ella le interrogara durante un buen rato, dijo—: Lo que quiere es que uno de los hombres de Irlanda salga cada día a luchar solo contra él. Mientras dure esa lucha, no pondrá impedimento al resto del ejército, que podrá continuar su marcha. Pero tan pronto como haya dado muerte al hombre enviado contra él, el ejército deberá detenerse, y acampar hasta la mañana del día siguiente.

—Yo convendré en eso —dijo Maeve—, pues mejor es perder un hombre cada

día que cien cada noche. ¿Quién irá a hacer ese trato con él?

—Que vaya Fergus —dijeron todos.

—Yo no voy —dijo Fergus.

—¿Por qué no? —dijo Ailell.

—Yo no voy —dijo Fergus— a menos que os obliguéis bajo juramento a guardar vuestro pacto con él.

—Así lo haremos —dijeron; y así, Fergus los obligó bajo juramento, y engancharon los caballos a su carro.

Entonces un muchacho que se llamaba Etarcomal, de la gente de Maeve y Ailell, aparejó su propio carro.

—¿Para qué parte vas, Etarcomal? —dijo Fergus.

—Voy contigo —dijo—, para ver a Cuchulain.

—Si sigues mi consejo, no harás ese viaje —dijo Fergus.

—¿Por qué no?

—Porque si su orgullo y tu orgullo se juntan, seguramente ocurrirá alguna desgracia.

—Yo doy mi palabra de no enojarle por nada —dijo Etarcomal.

Fueron entonces a donde estaba Cuchulain, entre Ochain y el mar, y estaban él y Laeg jugando a un juego con sus azagayas.

—Viene un hombre armado hacia nosotros —dijo Laeg.

—¿Qué clase de hombre es? —dijo Cuchulain.

—Es grande y altivo, viene de pie en un alto carro, y los cabellos amarillos y ondeantes que ciñen su cabeza le dan el aspecto de la copa de un árbol alto que se alza sobre un prado verde —dijo Laeg—. Se envuelve en un manto carmesí, con ancha cenefa de hilo de oro, y en el manto un broche de oro con incrustaciones; trae en la mano una lanza ancha y verde; encima un escudo con bloca de oro bermejo; sobre las rodillas una espada larga dentro de vaina serrada.

—Es Fergus el que viene —dijo Cuchulain.

Llegóse entonces Fergus hasta él y se apeó del carro, y Cuchulain le dio una gran bienvenida.

—¿De veras me das la bienvenida? —dijo Fergus.

—Ciertamente —dijo Cuchulain—; pero si vienes pensando que te dé un banquete, cuando una bandada de aves pase sobre el llano será para ti un ganso salvaje, y cuando suban los peces en la boca de los ríos será para ti un salmón; un manojo de algas y un manojo de berros.

—Bien sabemos que tu hospitalidad está menguada en esta guerra —dijo Fergus—, pero yo vengo de parte de los hombres de Irlanda, para conceder tus condiciones. De ahora en adelante enviarán cada día a uno de sus mejores hombres a luchar solo contra ti.

—Convengo en guardar mi parte del trato —dijo Cuchulain—; y no sigamos hablando aquí por más tiempo, por que no piensen los hombres de Irlanda que les

haces alguna traición.

Conque Fergus regresó al campamento, pero Etarcomal se quedó un poco mirando a Cuchulain.

—¿Qué miras? —dijo Cuchulain.

—Te miro a ti —dijo Etarcomal.

—Pues quítame los ojos de encima y vete con Fergus; a lo mejor te crees mejor luchador que aquél al que estás mirando —dijo Cuchulain.

—Me pareces el mejor luchador que he visto de tu edad —dijo Etarcomal—, pero no serías muy estimado entre luchadores avezados y hombres crecidos.

—Tienes suerte —dijo Cuchulain— de haber venido bajo la protección de Fergus, porque si no te juro por los dioses por los que jura mi pueblo que no volverías sano y salvo al campamento.

—No tienes ningún derecho a decir eso —dijo Etarcomal—; y lo que quieres de los hombres de Irlanda, yo te lo daré, pues pides un campeón de cada vez con quien luchar, y yo mismo seré el primero que venga mañana contra ti.

—Ven, pues —dijo Cuchulain—, que por muy temprano que vengas me hallarás esperándote.

Partió, pues, Etarcomal, y empezó a contarle al conductor de su carro todo lo que había dicho, y cómo había prometido salir a luchar con Cuchulain al día siguiente.

—¿Eso has prometido? —dijo el conductor.

—Sí —dijo Etarcomal—, y he dado mi palabra de que iré; y no sé si me valdría más esperar hasta mañana, o volver y luchar con él hoy mismo.

—Mañana no le vencerás —dijo el conductor—, y lo mismo te daría ser vencido esta noche.

—Vuelve el carro y regresemos —dijo Etarcomal—, pues juro por el juramento de mi pueblo que no volveré al campamento sin la cabeza de Cuchulain en la mano.

Conque se volvieron otra vez hacia el mar.

Entonces dijo Laeg: «Ese carro que estaba aquí hace un rato vuelve hacia nosotros, Cuchulain.»

—Es Etarcomal que vuelve para desafiarme, y no seré yo el que caiga en esa pelea —dijo Cuchulain—. Pero tráeme mis armas, pues no estaría bien que no me encontrara dispuesto para recibirle.

Así que salió a su encuentro, y desenvainó la espada, y dijo: «¿A qué has vuelto?»

—He vuelto a luchar contigo.

—Yo no quisiera luchar contigo —dijo Cuchulain—, porque viniste bajo la protección de Fergus.

Y con esto dio un tajo con la espada que segó limpiamente la tierra bajo las plantas de los pies de Etarcomal, de modo que éste cayó de espaldas.

—Ahora vete —dijo Cuchulain—; ya estás avisado.

—No me iré sin haber luchado contigo.

Dio entonces Cuchulain otro tajo con su espada que le rapó el cabello de la

cabeza, pero sin hacerle sangre.

—Ahora ya te podrás ir —dijo.

—No me iré —dijo Etarcomal— hasta que haya acabado contigo, o tú conmigo.

—Está bien —dijo Cuchulain—; si te obstinas, habré de ser yo el que acabe contigo.

Y dicho esto le asestó un tajo cruzado que le cortó de parte a parte, de modo que cayó muerto.

Fergus no había visto nada de todo esto, pues era su costumbre no volver nunca la vista atrás cuando iba de camino, sino ir siempre mirando hacia delante; y al poco rato el conductor del carro de Etarcomal le alcanzó, y dijo Fergus: «¿Dónde has dejado a tu señor?»

—Cuchulain le ha atacado y ha acabado con él en el llano —dijo el hombre.

—No está bien hecho eso —dijo Fergus— con quien venía bajo mi protección. Vuelve el carro, para que yo regrese y hable con él.

Y cuando llegó donde estaba Cuchulain, le dijo: «No has hecho bien, siendo mi hijo adoptivo, en matar a un hombre que venía bajo mi protección.»

—Pregúntale a su conductor —dijo Cuchulain— a quién de nosotros hay que echarle la culpa.

Entonces el conductor contó todo lo que había pasado, y cuando lo oyó Fergus dijo: «Tú no tienes ninguna culpa, Cuchulain.»

Ató entonces el cuerpo de Etarcomal a su carro, y lo llevó a rastras por el camino y el campamento hasta la puerta de Ailell y Maeve.

—Ahí está el muchacho que mandasteis —dijo—, y éste es el tratamiento que dará Cuchulain a todo el que vaya contra él.

Y Maeve salió a la puerta y habló con palabras altivas, airadas y sonoras: «Yo había puesto grandes esperanzas en ese muchacho», dijo, «y no pensé que fuera mal protegido, yendo bajo la protección de Fergus.»

Y dijo Fergus: «¿Qué necesidad tenía de ir a irritar a Cuchulain? Yo mismo, que fui, bien contento que estoy de haber vuelto entero.»

Al día siguiente consultaron entre sí los hombres de Irlanda sobre quién debía ir contra Cuchulain, y acordaron que lo mejor era enviar a Natchrantal, que era un gran luchador.

Conque partió, pero no quiso llevar consigo otras armas que veintisiete varas de acebo, con la punta endurecida.

Cuchulain estaba entonces siguiendo a una bandada de aves salvajes por abatir alguna para la cena, y no se fijó en Natchrantal, sino que siguió tras las aves. Pero Natchrantal creyó que le tenía miedo, y volviendo a la puerta de la tienda de Maeve dio una gran voz y dijo: «Ese gran Cuchulain de quien tanto se habla ha echado a correr después que le desafié.»

—Me cuesta trabajo creerlo —dijo Maeve—, porque hasta ahora ha hecho frente a muchos buenos luchadores. ¿Por qué no iba a hacerte frente a ti?

Fergus oyó lo que se decía, y le irritó que se dijera que Cuchulain había huido de alguien; y envió a Fiacha, hijo de Firaba, a reprenderle por dar ocasión de que se dijera tal cosa; y Cuchulain le dio la bienvenida.

—Vengo de Fergus —dijo Fiacha—, que dice que más digno de ti habría sido derramar la sangre del hombre que te fue enviado, que no huir de él.

—¿De quién he huido? —dijo Cuchulain—. Dime quién se jacta de eso.

—Natchrantal —dijo Fiacha.

—¿Qué querría Fergus que hubiera hecho —dijo Cuchulain—, matar a un hombre desarmado? Porque no traía otra cosa que varas de madera, y no es mi costumbre herir a conductores de carro, ni a mensajeros ni a hombres desarmados. Pero que venga armado a encontrarse conmigo mañana por la mañana.

Volvió, pues, Fiacha al campamento, y a Natchrantal se le hizo largo el día hasta encontrarse con Cuchulain. Pero cuando por la mañana salió al llano le dijo a Cormac Conloingeas: «¿Dónde está Cuchulain?»

—Allí le tienes —dijo Cormac.

—No es ése el aspecto que tenía ayer —dijo Natchrantal; pues la ira se había apoderado de Cuchulain y había mudado su aspecto, y estaba apoyado en un mojón, y en lo más fuerte de su ira, al echarse por encima el manto, rompió el mojón, y ni se dio cuenta de que quedaba envuelto entre el manto y su cuerpo; y Natchrantal le arrojó la espada, y se rompió en pedazos contra el mojón, y luego Cuchulain le asestó un golpe por encima del escudo que le segó la cabeza.

Mientras tenía lugar ese combate, Maeve partió hacia el norte, camino de Dun Sobairce, con un tercio de su ejército, en busca del Toro Colorado. Y Cuchulain la siguió un trecho, pero después volvió atrás para defender su país. Y vio delante a Buac, hijo de Bainblai, que era el hombre en quien más confiaba Maeve, y con él otros veinticuatro hombres, que llevaban al Toro Colorado con quince de sus novillas, después de haberlos sacado de Glen-na-masc, en Slieve Cuilinn.

—¿De dónde traes este ganado? —dijo Cuchulain.

—De aquella montaña de allá.

—¿Cómo te llamas? —dijo Cuchulain.

—Si lo digo, no es ni por amor a ti ni por temor —dijo el otro—. Soy Buac, hijo de Bainblai, del país de Ailell y de Maeve.

—Pues toma esto de mí —dijo Cuchulain, y así diciendo le arrojó la lanza de modo que le atravesó el cuerpo y cayó muerto. Pero mientras tanto los demás hombres, a toda prisa, se llevaron al Toro al campamento de los de Irlanda; y fue ésta la mayor afrenta que se hizo a Cuchulain durante toda la guerra por el Toro Colorado de Cuailgne.

Entonces empezaron los hombres de Irlanda a decirse entre sí que el poder que sobre ellos tenía Cuchulain era por la lanza de bronce que llevaba, y que debía tener algún encantamiento, pues ninguno resistía frente a ella. Y le dijeron a Maeve que enviara al satírico Rae a pedírsela, pues a un satírico no le podía decir que no; conqu

fue Rae y se la pidió.

—Dame tu lanza —dijo.

—No, no te la daré —dijo Cuchulain—; pero te daré otras cosas.

—No quiero ninguna otra cosa —dijo Rae—, y te echaré mala fama si no me das la lanza.

—Tómala, pues —dijo Cuchulain, y así diciendo se la arrojó a la cabeza con todas sus fuerzas.

—Es un pesado regalo —dijo el satírico, y cayó muerto.

Entonces los hombres de Irlanda enviaron a Cur, hijo de Daltach, pensando que él podría librarlos de Cuchulain. Pero fue difícil convencer a Cur, porque no le parecía digno de él ir a luchar con un muchacho imberbe. Y cuando salió de mañana estaba Cuchulain practicando todas las proezas que había aprendido, y Cur estuvo un rato intentando acercársele para acometerle con sus armas, pero no pudo; y Cuchulain estaba tan absorto en sus proezas que ni reparó en él. Entonces Laeg le vio, y dijo: «Ten cuidado, Cuchulain, porque hay un hombre armado que se dispone a atacarte.» En aquel momento estaba Cuchulain haciendo su proeza de las manzanas, teniendo en el aire nueve manzanas, su escudo y su espada sin que ninguna de las cosas cayera al suelo. Y cuando vio a Cur, le tiró derechamente a la frente la manzana que tenía en la mano, y la manzana le atravesó la cabeza y salió por el otro lado, arrastrando otro tanto de sesos.

Después de esto fueron enviados otros luchadores durante cada día de una semana, y Cuchulain los mató a todos. Y un día dijo: «Ve al campamento, Laeg, a mis amigos Lugaid y Ferbaeth y Ferdiad; diles que vas de mi parte, y pregúntales a cuál de los hombres de Irlanda van a enviar mañana contra mí.»

Conque fue Laeg, y volvió diciendo: «El que viene contra ti es tu compañero y discípulo con Scathach, Ferbaeth, tu hermano de sangre; porque hace poco que se unió al ejército, trayendo consigo cuatro quintas partes de sus hombres, y Maeve le ha prometido a su hija Findabair, y él ha bebido de su copa y ha comido de su mano. Y no a todo el mundo da Maeve la cerveza que le dio a Ferbaeth.» «Lamento que así sea», dijo Cuchulain, «pues tengo por peor cosa que contra mí venga un compañero mío que cualquier otro hombre.» Y cuando por la mañana salió Ferbaeth a luchar con él, Cuchulain hizo cuanto pudo por disuadirle de luchar, en razón de su antigua amistad; pero Ferbaeth no quiso escucharle. Entonces Cuchulain se apartó de él con ira, y con una lanza se hirió en la planta de un pie haciéndose sangre, y se la arrojó después a Ferbaeth, sin mirar si le acertaba o no. Pero la lanza le atravesó la cabeza y le salió por la boca, y así fue como Ferbaeth halló la muerte.

Entonces concibió Ailell un plan con el que pensaba lograr que Cuchulain abandonase la oposición que hacía a su ejército, y era ofrecerle a Findabair si daba su palabra de dejar de atacar a los hombres de Irlanda; y envió a Lugaid a presentarle la oferta. No le agradó a Cuchulain aquel mensaje, y receló que encerrase algún engaño; pero convino en encontrarse con Ailell y Findabair, y hablar con ellos. Mas cuando

llegó la hora hizo Ailell que su bufón se vistiera sus ropas y se pusiera su cerco de oro en la cabeza, y que fuera con Findabair; y le ordenó detenerse lo más lejos que pudiera, de modo que Cuchulain no supiera que aquél no era el rey; después Findabair debía obligarle a ponerse de su parte con la promesa de no combatir más a los hombres de Irlanda, y hecho esto debían ella y el bufón apresurarse a volver al campamento. Pero cuando los vio Cuchulain, conoció al bufón, y con la honda le tiró una piedra que le mató. Y como Findabair había tomado parte en el engaño, le cortó las dos trenzas y se las llevó. Al cabo de un rato acudieron Ailell y Maeve a ver qué les había sucedido, y allí encontraron a Findabair junto al cadáver del bufón. Lleváronla a casa y no dijeron nada de esto, pero aun así se habló del caso en el campamento.

Entonces Cuchulain volvió a enviar a Laeg al campamento para pedirle nuevas a Lugaid. Y Lugaid le dijo que el siguiente en ser enviado sería su propio hermano Larine, a quien Maeve había persuadido a ir contra Cuchulain con vino y con la promesa de Findabair. «Y piensan», dijo Lugaid, «que si Cuchulain mata a mi hermano yo mismo tendré que ir a tomar satisfacción de su muerte; dile a Cuchulain que no acabe con Larine, sino que únicamente le dé un escarmiento.» Así que, cuando al clarear el día salió Larine, Cuchulain le arrancó las armas de las manos como se le arranca un juguete a un niño, y asiéndole con sus dos manos le zarandeó y le dejó allí tirado, aún con vida; pero hasta el fin de sus días siguió resintiéndose del zarandeo.

Una noche estaba durmiendo Cuchulain cuando hasta él llegó un fuerte grito del norte, de modo que se despertó sobresaltado y cayó de la cama al suelo como un saco. Salió de la tienda, y vio que Laeg enganchaba los caballos al carro.

—¿Por qué haces eso? —dijo.

—Porque he oído un fuerte grito desde el llano, al noroeste —dijo Laeg.

—Vamos allá, pues —dijo Cuchulain.

Y hacia allá se encaminaron, y encontraron un carro que tenía enganchado un caballo alazán, y en él sentada una mujer que tenía las cejas rojas, y vestía un vestido rojo y un largo manto rojo que caía hasta el suelo entre las dos ruedas del carro, y sobre la espalda una lanza gris.

—¿Cómo te llamas y qué quieres? —dijo Cuchulain.

—Soy la hija del rey Buan —dijo ella—, y he venido a buscarte y ofrecerte mi amor, porque hasta mis oídos han llegado todos tus grandes hechos.

—Mal momento has escogido para venir —dijo Cuchulain—; pues estoy cansado y quebrantado por las penalidades de la guerra, y no me apetece hablar con mujeres.

—Tendrás mi ayuda en todo lo que hagas —dijo la mujer—; hasta ahora te he estado protegiendo, y te protegeré de aquí en adelante.

—No es confiando en la protección de una mujer como he acometido esta tarea que tengo entre manos —dijo Cuchulain.

—Pues si no aceptas mi ayuda, la volveré contra ti —dijo la mujer—; y cuando

estés luchando con un hombre que valga lo que tú, vendré contra ti en todas las formas, por agua y por tierra, hasta que seas vencido.

Entonces Cuchulain montó en cólera, y tomando la espada saltó al carro. Pero al instante desaparecieron carro, caballo y mujer, y lo único que vio fue una corneja negra posada en una rama; y por eso supo que era la Morrighu la que le había hablado.

Después de esto Maeve mandó llamar a Loch, hijo de Mofebis, y le preguntó si quería salir a combatir al día siguiente. «Yo no iré», dijo él, «porque no sería digno de mí ir contra un muchacho que aún no tiene barba; pero tengo quien vaya a enfrentársele, y es mi hermano Long, hijo de Emonis; puedes hacer un trato con él.» Hicieron ir, pues, a Long, y Maeve le prometió una gran recompensa: arneses para doce hombres, y un carro, y Findabair por esposa, y el derecho de acudir a todas las fiestas de Cruachan. Salió a luchar Long, y Cuchulain le mató.

Entonces dijo Maeve a sus mujeres: «Id a Cuchulain, y decidle que se ponga una apariencia de barba; que no hay en el campamento ningún buen guerrero que considere digno salir a luchar con él, por ser joven y barbilampiño.»

Cuando supo Cuchulain lo que había dicho Maeve, se tiznó la cara de modo que pareciese como una barba, y luego salió al cerro y se dejó ver de todos los hombres de Irlanda. Al verle Loch, hijo de Mofebis, dijo: «¿Es barba eso que tiene Cuchulain?»

—Ciertamente, eso es lo que yo veo —dijo Maeve.

—Entonces saldré a enfrentarme con él —dijo Loch.

Y se enfrentaron junto al vado donde había muerto Long.

—Ven al vado de más arriba —dijo Loch, porque no quería luchar en el vado donde muriera su hermano.

Conque se enfrentaron en el vado de más arriba, y mientras luchaban vino la Morrighu contra Cuchulain bajo la apariencia de una novilla blanca de orejas rojas, y con ella otras cincuenta novillas más, enlazadas dos a dos por una cadena de bronce blanco, y se precipitaron al vado. Pero Cuchulain le tiró una piedra y la hirió en un ojo. Entonces ella bajó por la corriente en forma de anguila negra, y dentro del agua se enroscó en las piernas de Cuchulain; y mientras él se la quitaba y la golpeaba contra una piedra verde del vado, Loch le hirió en el cuerpo. Entonces ella tomó la apariencia de un lobo gris, y le agarró del brazo derecho; y mientras él se desasía, Loch le volvió a herir. Entonces Cuchulain montó en cólera, y tomando la lanza que le había dado Aoife, la Gae Bulg, le asestó una herida mortal.

—Una cosa te pido en razón de tu gran nombre, Cuchulain —gritó Loch.

—¿Qué cosa?

—No que me perdones la vida —dijo Loch—, sino que me permitas levantarme de modo que caiga de bruces y no de espaldas hacia los hombres de Irlanda, para que ninguno de ellos pueda decir que iba huyendo o retrocediendo cuando caí.

—Ciertamente te lo permito —dijo Cuchulain—, porque lo que pides es una merced debida a un luchador.

Y después de esto se volvió a su campamento.

Aquel día más que ningún otro le vino a Cuchulain un gran abatimiento por estar luchando solo contra las cuatro provincias de Irlanda. Y ordenó a Laeg que fuera a decirles a Conchubar y a los hombres del Ulster que él, el hijo de Dechtire, estaba cansado de luchar todos los días, y con las heridas que tenía, y que nadie de su gente ni de sus amigos fuera a ayudarlo.

Después de esto Maeve envió contra él seis personas juntas, tres hombres y tres mujeres que sabían de encantamientos; pero él los aniquiló a todos. Y ya que Maeve había roto su acuerdo con él de no enviarle más de uno de cada vez, él ya no perdonó a sus hombres, sino que desde donde estaba usaba tan bien la honda que en todo el ejército no había perro, caballo ni hombre que se atreviera a volver la cara hacia Cuchulain.

Por aquel tiempo vino un día la Morrigu a ver si le curaba sus heridas, porque sólo por su propia mano se podían curar las que él hacía. Y tomó la apariencia de una vieja que estaba ordeñando una vaca con tres ubres. Pasaba por allí Cuchulain, y tuvo sed; y le pidió de beber, y ella le dio la leche de una ubre. «A la salud de quien lo da», dijo él, y con eso se le curó a ella el ojo herido. Después le dio leche de otra ubre, y él dijo las mismas palabras; y después le dio la leche de la tercera ubre. «Toda la bendición de los dioses, y de la gente del arado, sea sobre ti», dijo él. Y con eso sanaron todas las heridas de la Gran Reina.

Entonces los hombres de las cuatro grandes provincias de Irlanda hicieron su campamento y alzaron murallas en el lugar llamado la Gran Brecha, en el llano de Muirthemne; pero el ganado que tenían con ellos lo mandaron al sur. Cuchulain tomó su lugar en una eminencia, y a la tarde Laeg le encendió allí una hoguera, y la llama relumbró en las armas brillantes y relucientes de los hombres de Irlanda. Y al ver Cuchulain que eran tantos y estaban tan cerca, montó en cólera, y tomando sus lanzas y su escudo y su espada los agitó, y profirió su fuerte grito de héroe, y tan grande fue el grito que los bocanachs y bananachs y las brujas del valle le respondieron de todas partes.

Cuando los hombres del campamento oyeron aquellos grandes gritos, creyeron ser atacados, y corrieron unos contra otros y se acometieron empavorecidos, de modo que aquella noche cayó muerto un centenar.

Entonces vio Laeg que venía un hombre cruzando el campamento desde el noreste.

—Viene un hombre hacia nosotros, pequeño Mastín —dijo.

—¿Qué aspecto trae? —dijo Cuchulain.

—Es muy alto y apuesto y espléndido, y se envuelve en un manto verde sujeto con broche de plata; trae camisa de seda bordada con oro bermejo, que le cae hasta las rodillas; en la mano un escudo negro, con cerco de bronce blanco, y una lanza con cinco puntas. Y es extraño —dijo Laeg—, pero parece como si nadie del campamento le viera ni reparase en él.

—Así es —dijo Cuchulain—; los hombres de Irlanda no reparan en él porque no le ven; y yo sé bien que es uno de los amigos que tengo entre los sidhes, que viene a darme ayuda y socorro; pues saben lo duro que es para mí estar resistiendo solo a las cuatro provincias de Irlanda.

Llegó entonces el hombre de los sidhes, que era Lugh de la Mano Larga, y habló con Cuchulain, y dijo que sabía que estaba cansado y falto de sueño. «Ahora duerme, Cuchulain», dijo, «junto a la tumba del Lerga, que yo mismo te velaré durante tres días y tres noches.» Conque allí mismo se adormeció Cuchulain, junto a la tumba que hay en el Lerga; y no era de extrañar, pues llevaba luchando sin dormir desde antes de la fiesta de *samhain*, todo el tiempo matando y atacando y destruyendo a los hombres de Irlanda, salvo que pudiera dormir un momento junto a la lanza a mitad del día, con la cabeza en la mano, la mano en la lanza y la lanza en la rodilla. Y mientras yacía profundamente dormido, el hombre de los sidhes le puso hierbas drúidicas en las heridas, y sanaron todas. Durmió, pues, por espacio de tres días y tres noches, y al cabo de ese tiempo se levantó y se pasó la mano por la cara, y enrojeció de la cabeza a los pies por el coraje renovado que sintió dentro de sí; y en aquel momento habría estado dispuesto a ir a cualquier gran asamblea o sala de banquetes de toda Irlanda.

—¿Cuánto tiempo he estado durmiendo? —preguntó al hombre.

—Tres días y tres noches.

—Entonces me has hecho una mala pasada —dijo—, pues todo ese tiempo han estado a sus anchas los hombres de Irlanda.

—No, por cierto —dijo el hombre.

—¿Quién les ha hecho frente, pues? —dijo Cuchulain.

—Los muchachos, que vinieron del norte, de Emain Macha —dijo—; ciento cincuenta hijos de los jefes del Ulster, que por tres veces atacaron al ejército, y mataron a tres veces su número, pero ellos mismos fueron todos muertos al final. Los acaudillaba Follaman, hijo de Conchubar, y se jactó de no volver a su casa si no era con la cabeza de Ailell y su corona de oro. Pero dos hijos adoptivos de Ailell, los dos hijos de Betchach, hijo de Baen, cayeron sobre él y le hirieron, y así halló la muerte.

—¡Ay de mí, ay de mí que no estuve! —dijo Cuchulain—. Porque de haber estado yo los muchachos no habrían sido aniquilados, y el hijo de Conchubar no habría hallado la muerte.

—No te apenes, pequeño Mastín —dijo el forastero—, que no hay por esto ningún reproche sobre tu nombre.

—Quédate aquí conmigo esta noche —dijo Cuchulain—, y los dos juntos vengaremos a los muchachos.

—No haré tal —dijo él—; despacha ahora tú solo con los hombres de Irlanda, que esta vez no tienen poder sobre tu vida.

Dicho esto se marchó, y Cuchulain le dijo a Laeg: «Engánchame el carro falcado, si tienes todas sus cosas.» Entonces Laeg se levantó y aparejó el carro, y él se vistió su vestido ligero de pieles de ciervo, que era manchado y listado y bien ajustado, de

modo que le dejaba los brazos libres. Y por encima de eso se puso el manto negro como ala de cuervo, y en la cabeza el yelmo reluciente; y sobre la frente se puso la estrecha banda de oro que solían llevar los conductores. Después tendió sobre los caballos los paños que los cubrían por entero, y que estaban erizados de hojuelas afiladas, y picos y puntas, de suerte que cada movimiento del carro clavaba alguna punta afilada en los que estaban cerca, y cada punta y cada saliente del carro iban abriendo su camino; y tomó en las manos las riendas, la aguijada y el látigo largo.

Entonces Cuchulain se vistió el arnés, y tomó sus lanzas, su espada y su escudo, que tenía el canto tan afilado que cortaba un pelo contra el agua; y su manto, que estaba hecho con los vellones preciosos del país de los sidhes que le había traído Manannan de parte del rey de Sorchá. Y salió contra los hombres de Irlanda y los atacó; y la ira se apoderó de él, de suerte que ya no era su aspecto el que tenía, sino el aspecto de un dios. Luego se volvió y los dejó, y aquel día no sufrieron herida alguna ni él ni los caballos ni Laeg. Y dio un rodeo al ejército entero, segando hombres a un lado y a otro, en venganza por los muchachos de Emain.

Pero al día siguiente estaba sobre el cerro, joven y apuesto y espléndido, y la nube de su ira se había ido de él. Entonces las mujeres y muchachas del campamento, y los poetas y los cantores, salieron a mirarle; pero Maeve ocultó el rostro detrás de una protección de escudos, por temor a que tirase contra ella con la honda. Maravilláronse aquellas mujeres de verle hoy tan tranquilo y gentil, cuando ayer aterrorizara de tal modo al ejército entero; y pidieron a los hombres que las alzarán sobre sus escudos hasta la altura de los hombros, para poder verle bien.

Pero Dubthach, el Escarabajo del Ulster, al ver que su mujer se empinaba con las otras para mirar a Cuchulain, sintió gran cólera y celos; y les dijo a los jefes del ejército que lo mejor sería rodear secretamente a Cuchulain por todas partes, y luego fingir combates entre ellos, para hacerle bajar allí donde no pudiera escapárseles. Pero cuando Fergus supo de esto, le dio tal puntapié a Dubthach que le sacó de donde estaba; y con palabras airadas le dijo que bien pagado sería del daño que había planeado cuando los hombres del Ulster salieran de su debilidad y vinieran a ayudar a Cuchulain.

Aquella noche el ejército de Irlanda acampó junto a la gran piedra del país de Ross; y preguntó Maeve quién saldría a luchar con Cuchulain por la mañana. Pero cada uno de los hombres de Irlanda dijo: «No seré yo el que vaya.» «No será ninguno de mi familia el enviado a la muerte.» Entonces Maeve le pidió a Fergus que fuera él. «No es justo», dijo Fergus, «que me pidas que vaya contra un muchacho que además es discípulo e hijo adoptivo mío.» Pero tanto porfió Maeve, que no le quedó otro remedio que asentir; y a la mañana temprano salió al vado de luchas donde estaba Cuchulain. Cuando Cuchulain le vio venir, dijo: «Ciertamente, maestro mío, no es seguro para ti venir a luchar, y sin espada además»; pues Ailell todavía no se la había devuelto.

—No importa —dijo él—; pues si llevara una espada en la vaina, no la emplearía

contra ti. Ahora, Cuchulain, en razón de todo lo que yo hice por ti, y de todo lo que hicieron Conchubar y todo el Ulster para educarte, retrocede hoy ante mí, a la vista de los hombres de Irlanda.

—No quisiera retroceder ante ningún hombre en esta guerra —dijo Cuchulain.

—No te inquietes por eso —dijo Fergus—, porque yo haré lo mismo por ti cuando se libre la última gran batalla de esta guerra; entonces seré yo el que se vuelva y huya ante ti, cuando tú estés cubierto de heridas y de sangre. Y si yo huyo entonces, todos los hombres de Irlanda huirán conmigo.

De modo que Cuchulain convino en hacerlo así, porque sería en bien del Ulster. Y mandó a Laeg aparejar el carro; y en seguida, como si Fergus le hubiera vencido, retrocedió ante él a la vista de los hombres de Irlanda. Cuando ellos lo vieron, gritaron: «Está huyendo de ti, Fergus.»

Y Maeve gritó: «Síguele, Fergus; date prisa para que no se te escape.»

—De ninguna manera —dijo Fergus—; no le seguiré más allá; y si creéis que no es bastante lo que le he hecho correr, he hecho más que todos los otros hombres que hasta ahora se enfrentaron a él; y no pienso volver a atacarle hasta que todos los hombres de Irlanda hayan luchado con él, uno por uno.

Y así terminó la lucha de Fergus y Cuchulain.

Había en aquella época un hombre de Connaught llamado Ferchu, que estaba en guerra con Ailell y Maeve desde que ellos tenían el reino; y hacía pillaje y destrucción en el país, de modo que fue proscrito. Oyeron algunos de sus hombres que todo el ejército de Connaught estaba siendo vejado y estorbado por un solo hombre, y cuando se lo contaron a Ferchu dijo éste: «Sería una buena ocasión de ir a atacar a ese hombre y llevarles su cabeza a Ailell y Maeve; pues si lo hiciéramos nos perdonarían todo el daño que hemos hecho a su país.»

Conque fueron él y sus doce hombres a donde estaba Cuchulain, y todos a una le atacaron. Pero Cuchulain no tardó en acabar con ellos, y cortándoles las cabezas las puso sobre doce piedras; y la cabeza de Ferchu la puso ella sola en otra piedra.

Consultaron entonces los hombres de Irlanda sobre quién enviarían a luchar al día siguiente; y todos dijeron que debía ir Calatin con sus veintisiete hijos y el hijo de su hermana, Glas, hijo de Delga. Y eran así estos hombres: cada uno de ellos llevaba veneno dentro de sí y en sus armas, y ninguno había errado nunca un tiro de lanza ni de piedra, ni nadie herido por ellos había dejado de morir, o en el momento o en menos de nueve días. Así que les prometieron grandes recompensas si salían contra Cuchulain. Y estaba allí Fergus cuando se acordó el trato. «Y qué duda cabe», dijeron todos, «de que son un solo hombre, pues todos son miembros del cuerpo de Calatin.» Después de esto fue Fergus a su tienda, junto a los suyos, y exhaló un profundo gemido de tribulación, y dijo: «¡Ay de mí, lo que se va a hacer mañana!»

—¿Qué se va a hacer? —dijeron todos.

—Van a matar a Cuchulain —dijo él.

—¿Quién le va a matar? —dijeron ellos.

—Calatin y sus hijos —dijo Fergus—; si hay alguno entre vosotros que quiera ir a ver la pelea y traerme noticia de lo que suceda, yo le daré una buena recompensa y mi bendición.

—Yo iré —dijo Fiacha, hijo de Firaba.

Así que por la mañana se levantaron Calatin, sus hijos y el hijo de su hermana, y fueron donde estaba Cuchulain; y Fiacha, hijo de Firaba, fue también con ellos. Y tan pronto como llegaron cerca de él, todos a una le arrojaron sus veintinueve lanzas juntas, y ni una sola de ellas le hizo sangre, porque todas las paró el escudo. Entonces Cuchulain desenvainó la espada para cercenar las lanzas y aligerar el escudo; pero mientras lo hacía, corrieron todos a él como un solo hombre y le pusieron sus veintinueve manos derechas sobre la cabeza, y le abajaron el rostro hasta las guijas y la arena del vado. Y Cuchulain profirió su gran grito de héroe, y el grito de un hombre en combate desigual, y no hubo hombre en el campamento, que no estuviera muerto ni dormido, que no lo oyera.

Llegóse entonces Fiacha, y cuando vio lo que había sucedido se apoderó de él el amor a su paisano; y sacando la espada cortó de un solo tajo las veintinueve manos de Calatin y sus hijos. Alzó Cuchulain la cabeza y dio un profundo suspiro de alivio, y vio quién era el que había acudido en su ayuda.

—Con sosiego y tranquilidad has hecho eso, buen compañero —dijo.

—Tú pensarás que lo he hecho sosegado y tranquilo —dijo Fiacha—; pero si lo que he hecho se sabe en el campamento, la recompensa que me toque no será sosegada ni tranquila. Pues si se enteran los hombres de los hijos de Rudraige del tajo que he dado por ti, con espada y lanza me darán la recompensa.

—Yo te doy mi palabra —dijo Cuchulain— de que, ahora que he vuelto a alzar la cabeza y a tomar resuello, a menos que tú mismo vayas contando historias, ninguno de estos hombres las contará de ti.

Y así diciendo arremetió contra Calatin y sus hijos, y empezó a darles tajos y tajos, hasta que no quedó de ellos otra cosa que miembros y pedacitos esparcidos al este y al oeste por toda la faz del vado. Sólo uno de ellos, Glas, hijo de Delga, pudo escapar corriendo; pero Cuchulain salió tras él y le asestó un gran golpe. Aun así llegó Glas hasta la tienda de Ailell y Maeve, pero no pudo decir más que «¡Fiacha, Fiacha!» antes de caer muerto.

Fergus y Maeve dijeron: «¿De qué deudas gritaba?»; porque *fiacha* quiere decir deuda en irlandés.

—Yo no lo sé —dijo Fergus—, como no fuera que alguno del campamento tenía con él alguna deuda, y estaba pensando en eso.

—Eso habrá sido —dijo Ailell.

—Por mi fe —dijo Fergus— que, sea lo que fuere, ahora todas sus deudas ya están pagadas.

Y en el vado donde hallaron la muerte Calatin y sus hijos ha seguido habiendo hasta el día de hoy una piedra con las señales de las empuñaduras de sus espadas, y

con los regatones de sus lanzas.

Entonces acordaron los hombres de Irlanda que fuera Ferdiad, hijo de Daire, el gran campeón de los hombres de Domnand, el que saliera a enfrentarse con Cuchulain al día siguiente. Pues tenían la misma manera de luchar, y habían aprendido el manejo de las armas con los mismos maestros, con Scathach y Uathach y Aoife; y ninguno tenía ventaja sobre el otro, salvo que Cuchulain tenía la proeza de la Gae Bulg. Pero Ferdiad tenía buen arnés para protegerse de cualquier hombre con el que luchase.

Así que enviaron mensajeros para traer a Ferdiad, pero él se negó y no quiso ir, porque sabía que lo que querían de él era que luchase con su amigo, compañero y condiscípulo Cuchulain.

Entonces Maeve le envió a los druidas y a los satíricos, para que si no quería ir con ellos le hicieran tres sátiras dañinas y tres sátiras montaraces, que le levantaran tres ampollas en la cara, Vergüenza y Desdoro y Reproche, de suerte que, si no moría al momento, muriese en el plazo de nueve días.

Fue entonces Ferdiad con ellos en atención a su buen nombre, pues juzgó mejor caer vencido por lanzas que no por sátiras. Y al llegar le recibieron con honor y reverencia, y le sirvieron bebidas agradables, de modo que se alegró y se le enturbió la mente. Y le ofrecieron grandes recompensas si salía contra Cuchulain: ropas de todos los colores para sus hombres, y satenes jaspeados, y plata y oro, y otro tanto de tierras como las suyas en las lisas llanuras de Magh Ai, libres de rentas y de molestias, aseguradas para su hijo y su nieto y los hijos de éstos hasta el fin de los tiempos.

Y dijo Maeve: «Es grande la recompensa que te ofrezco, Ferdiad: ¿por qué no la quieres aceptar?»

Y Ferdiad respondía con excusas.

—No aceptaré tu recompensa sin buenas garantías —dijo—, porque es una dura lucha la que me aguarda; el que tiene el nombre de Cuchulain es sin duda un buen Mastín.

—Te daré garantías de campeón —dijo Maeve—; no estarás obligado a venir a nuestras asambleas, tendrás caballos y bridas; te llamaré mi amigo por encima de los demás hombres.

—No iré a esa lucha —dijo Ferdiad— sin otras garantías más, porque será una lucha de la que se hable hasta el fin de los tiempos.

—Toma todas las que quieras —dijo Maeve—. No hay más dilación que la que tú pongas. Oblíganos hasta quedar satisfecho por la mano derecha de reyes y de príncipes; nada te voy a negar.

—Necesito seis garantías, no menos —dijo Ferdiad—, antes de salir a que Cuchulain me aniquile, bajo las miradas de todo el ejército.

—Yo te daré todas las garantías que quieras —dijo Maeve—, por difícil que sea conseguirlas; Domnall en su carro; Niaman de la Matanza, ambos protectores de los

bardos; obliga a Morann si quieres pago seguro; obliga a Carpre Min de Manand, el que tiene una cuerda de conocimiento en su arpa; obliga a nuestros dos hijos.

—Oh Maeve, acerba mujer eres —dijo Ferdiad—. No eres una esposa amable para su marido, sino digna reina de Cruachan de las Espadas, con tus palabras altaneras y tu fuerza fiera. Pero, a pesar de todas las palabras con que me incitas, si me ofrecieras la tierra y el mar no los tomaría, sin el sol y la luna por añadidura.

—No tienes que esperar más allá de hoy y mañana —dijo Maeve— para tener hasta hartarte de todas las joyas de la tierra. Aquí tienes mi broche con su alfiler de gancho; y más que todo eso, Ferdiad: tan pronto como hayas dado muerte a ese Mastín de las proezas, te daré a Findabair de los campeones, reina del oeste de Elga.

Entonces dijeron todos cuán grandes eran tales recompensas.

—Pero por grandes que sean —dijo Ferdiad—, con Maeve quedarán, y no conmigo; y yo no las tomaré para trabar combate con mi compañero y amigo querido, que es Cuchulain.

Y dijo así:

—¡Lástima en verdad que una mujer se haya interpuesto entre él y yo! La mitad de mi corazón es de Cuchulain sin falta, y yo soy la mitad de su corazón.

»¡Por mi escudo! Si Cuchulain fuera muerto desde Ath Cliath, yo me traspasaría con la espada el corazón, el costado, el pecho.

»¡Por mi espada! Si Cuchulain fuera muerto desde Glen Bolg, yo no mataría después de él a ningún hombre sin antes haber saltado sobre el borde del pozo.

»¡Por mi mano! Si el Mastín fuera muerto desde Glen an Scail, yo acabaría con Maeve y su ejército y con nadie más de los hombres de Irlanda.

»¡Por mi lanza! Si desde Ath Cro fuera muerto el Mastín, yo sería enterrado en su tumba; una misma sería la tumba para los dos.

»Decidle al Mastín sin mancha que Scathach sin miedo profetizó que yo sería abatido por él en un vado.

»¡Desgracia sobre Maeve, desgracia sobre Maeve, que interpuso su rostro entre nosotros! Que nos envió uno contra el otro, a mí y al fuerte Cuchulain.»

Entonces dijo Maeve a su gente, para incitarle: «Verdaderas fueron las palabras de Cuchulain.»

—¿Qué palabras? —dijo Ferdiad.

—Dijo que no sería extraño que tú cayeras frente a él en la primera prueba de armas de este país.

—No tenía derecho a decir tal cosa —dijo Ferdiad—; pues no es el miedo ni la falta de destreza lo que hasta ahora ha aprendido de mí. Juro por mis armas que, si es verdad que dijo eso, yo seré el primero en luchar con él mañana ante los hombres de Irlanda.

—El bien sea contigo por hablar así —dijo Maeve—; mejor es eso para mí que verte mostrar miedo o debilidad, pues todo hombre se afana por su país, y ¿por qué va a poder él hacer más en provecho del Ulster que tú en provecho de Connaught?

Cedió entonces Ferdiad ante ella, y la obligó con las garantías de los seis antedichos para el cumplimiento de sus promesas de recompensa; y ella le obligó a luchar con Cuchulain al día siguiente.

Entonces Fergus hizo aparejar sus caballos y enganchar su carro, y salió a donde estaba Cuchulain, para contarle todo lo que había pasado.

—Seas bienvenido, maestro Fergus —dijo Cuchulain.

—Me alegra esa bienvenida, discípulo —dijo Fergus—. Pero a lo que vengo es a decirte quién viene a luchar mañana a hora temprana.

—Escucho —dijo Cuchulain.

—Tu amigo y compañero y condiscípulo, el hombre que aprendió contigo a manejar las armas, Ferdiad, hijo de Daire, el héroe de los hombres de Domnand.

—Te doy mi palabra —dijo Cuchulain— de que no deseo que venga mi amigo contra mí.

—Ahora —dijo Fergus— has de estar más cuidadoso y avisado que nunca, pues entre los muchos hombres que hasta ahora se han enfrentado a ti no hubo ninguno como Ferdiad.

—Aquí estoy —dijo Cuchulain—, estorbando y demorando a las cuatro grandes provincias de Irlanda, desde el comienzo del invierno hasta el comienzo de la primavera, y en ese tiempo no he echado un pie atrás ante nadie, y me parece que no lo echaré ante él.

—Tampoco Ferdiad te teme a ti, ahora que se ha encendido su ira —dijo Fergus—; además, tiene buen arnés para protegerle.

—Calla, Fergus, que no quiero oír nada más de esa historia —dijo Cuchulain—. De sobra pude siempre hacerle frente en cualquier lugar, y sobre cualquier terreno.

—No es fácil aventajarle —dijo Fergus—, pues es fiero luchando, y tiene la fuerza de cien.

—Habrá una lucha acerba cuando Ferdiad y yo lleguemos al vado —dijo Cuchulain—; no dejarán de contarla las crónicas.

—¡Oh Cuchulain de la espada roja —dijo Fergus—, sería mejor para mí que una gran recompensa, si tú llevaras al este el manto púrpuro del orgulloso Ferdiad!

—Doy mi palabra y mi juramento —dijo Cuchulain— de que seré yo quien logre la victoria sobre Ferdiad.

Entonces Fergus regresó al campamento.

Al mismo tiempo fue Ferdiad a su tienda y con su gente, y les contó cómo Maeve le había obligado a luchar con Cuchulain al día siguiente, y cómo él había obligado a Maeve con seis garantías para el cumplimiento de sus promesas, si Cuchulain caía por su mano.

No hubo contento aquella noche en la tienda de Ferdiad, sino tristeza y pesadumbre; pues su gente tenía la certeza de que dondequiera que se enfrentasen Cuchulain y Ferdiad, uno de los dos hallaría la muerte, y estaban seguros de que ése sería su señor; pues nadie había sido capaz de resistir frente a Cuchulain desde el

inicio de la guerra.

Durmió Ferdiad con sueño muy pesado durante la primera mitad de la noche, y a la segunda el sueño le abandonó; su embriaguez se había disipado, y la idea de la lucha le abrumaba. Y ordenó a su conductor aparejar los caballos y enganchar el carro. Pero el conductor trató de disuadirle.

—Mejor harías quedándote aquí que yendo —dijo—, porque a mí esto más me desagrada que me complace.

—Calla, muchacho —dijo Ferdiad—, que ningún mozo me va a apartar de este viaje; iré al vado, a un vado donde estarán graznando las cornejas; lucharé con Cuchulain hasta herir su cuerpo fuerte, hasta exprimírle todo el coraje y que muera.

—Más te valdría quedarte aquí —dijo el conductor—, porque tus amenazas no son gentiles; tu partida será triste; hay uno para quien será una enfermedad; males saldrán de ese encuentro con Cuchulain; largo tiempo será recordado; lástima del que emprende ese viaje.

—No está bien lo que dices —dijo Ferdiad—; no es de hombres bravos negarse; no es así nuestra estirpe. No quiero demorarme más, es mejor el coraje que el miedo; partamos ya hacia el vado.

Entonces fueron aparejados los caballos de Ferdiad y enganchado su carro, y se llegó hasta el vado, y allí le halló la clara luz del día. «Ahora, muchacho», dijo, «tiéndeme aquí debajo las pieles y los almohadones del carro para que duerma un poco y descanse, pues al final de la noche no he dormido por el desasosiego de la lucha que tenía sobre mí.»

Conque desenganchó su sirviente los caballos y le puso debajo las pieles y los almohadones del carro, y el pesado descanso del sueño se apoderó de él.

En cuanto a Cuchulain, no se levantó hasta que ya fue pleno día, para que los hombres de Irlanda no dijeran que era el miedo lo que le ponía en pie. Y cuando llegó el día dijo:

—Estaría bien que engancharas el carro, Laeg, porque el hombre que viene hoy a vernos es madrugador.

—Aparejados están los caballos, y enganchado el carro —dijo Laeg—; súbete a él, y no habrá impedimento a tu valentía.

Con esto el hijo habilidoso y ganador de batallas de Sualtim saltó al carro, y a su alrededor gritaron los bocanadas y bananachs y las brujas del valle. Pues los tuatha de danaan solían alzar en torno a él sus gritos, para que en todo combate que entablara fuera precedido de gran temor y asombro.

Y no pasó mucho tiempo sin que el conductor de Ferdiad oyera el rumor que se acercaba, el crujido de los arreos, el chirrido del carro, el tintineo del arnés y del escudo, el golpeteo de los caballos, la alegre venida de Cuchulain al vado.

Llegóse el conductor a su señor, y puso una mano sobre él.

—Buen Ferdiad —dijo—, levántate; aquí vienen. Oigo el chirriar de un carro; ha pasado por Breg Ross, por Braine; ha pasado por el camino que corre al pie de Baile-

in-Bile; es un poderoso Mastín el que lo azuza; es un buen conductor el que lo engancha; es un halcón libre el que aguija a sus caballos hacia el sur. No será tardo en la lucha. Lástima para el que está en la altura esperando al Mastín de valor. Hace un año yo anuncié que vendría un Mastín, el Mastín de Emain, un Mastín rodeado de todos los colores: el Mastín del Ulster, el Mastín de las Batallas; le oigo; le he oído venir.

—Buen servidor —dijo Ferdiad—, ¿por qué estás alabando a ese hombre desde que saliste de casa? Seguramente no te quedarás sin soldada por tus grandes alabanzas de él. Sin embargo, a mí Ailell y Maeve me han anunciado que será él el que caiga por mi mano. Y es hora de ayudarme; calla y deja de alabarle, para que tu anuncio no se cumpla. No es a ti a quien corresponde darse por vencido en vísperas de la pelea; pronto tendré yo la recompensa.

Y dijo el conductor: «Viene, no despacio sino ligero como el viento, o como el agua desde un alto peñasco, o como el trueno veloz.»

—Sin duda te han pagado por esas grandes alabanzas que haces de él —dijo Ferdiad—; no estás contra él, sino alabándole y dándole gran nombre.

No pasó mucho tiempo sin que Ferdiad viera a Cuchulain que venía hacia él en su carro; y sus dos caballos iban como un halcón que se abate desde un peñasco en un día de recio viento, o como una ráfaga impetuosa del viento de primavera en un día de marzo sobre una llanura lisa, o como corre raudo el ciervo cuando primero lo levantan los sabuesos, en su primer campo; como si pisaran losas ardientes, de modo que la tierra se estremecía y temblaba por la ligereza de su marcha.

Llegó, pues, al vado Cuchulain, y Ferdiad vino a su lado sur, y Cuchulain se detuvo en el norte; y Ferdiad le dio la bienvenida.

—Me alegro de que vengas, Cuchulain —dijo.

—Hasta este día me habría alegrado yo de esa bienvenida —dijo Cuchulain—, pero hoy no la tomo como bienvenida de amigo. Ferdiad, más justo sería que yo te diera la bienvenida a ti que no que me la des tú, pues eres tú quien ha venido a mí en el país y la provincia donde yo estoy; y no está bien que vengas tú a luchar conmigo, sino que debería ir yo a luchar contigo, porque frente a ti están las mujeres y los niños, los jóvenes y los caballos, los rebaños y las vacadas y los ganados de la provincia del Ulster.

—Buen Cuchulain —dijo Ferdiad—, ¿qué es lo que te ha traído a luchar conmigo? Pues cuando estábamos con Scathach, y con Uathach y con Aoife, tú eras el mozo que me servía, el que ataba mis lanzas y me hacía la cama.

—Eso es verdad —dijo Cuchulain—, pero lo hacía por ser de menos edad que tú; mas no es ésa la historia que se contará de nosotros después de este día, porque hoy no hay hombre en el mundo con quien yo no esté dispuesto a luchar.

Dijéronse entonces palabras acerbos y hostiles; y dijo Ferdiad: «¿Qué es lo que te ha traído, oh Mastín, a luchar con un luchador fuerte? Roja correrá tu sangre sobre los arreos de tus caballos; lástima de tu viaje; largo tiempo se hablará de él; muchos

cuidados necesitarás si es que vuelves a tu casa.»

—He luchado con héroes, con jefes de ejércitos, con tropas, con centenares de hombres antes de ahora —dijo Cuchulain—, y lo que hoy tengo que hacer es acabar contigo, derribarte en nuestro primer lugar de combate.

—El que ahora tienes enfrente es un hombre que hará caer la vergüenza sobre ti —dijo Ferdiad—, porque eso es lo que yo voy a hacer. Bien se recordará la pérdida de los hombres del Ulster, que su campeón sea vencido, y ellos mirando.

—¿Cómo vamos a enfrentarnos? —dijo Cuchulain—. ¿Será mejor que luchemos en los carros, o he de derribarte con la espada y la lanza, si llega el momento?

Y dijo Ferdiad: «Antes de que el sol se ponga esta noche estarás luchando como contra una montaña, y no será blanca esa batalla. Los hombres del Ulster te gritarán hasta que te confíes; pero mucho se afligirán cuando tu espíritu pase sobre ellos y a través de ellos.»

—Tú has caído en la quebrada del peligro, Ferdiad —dijo Cuchulain—; ha llegado el fin de tus días, no por engaño, sino por armas afiladas. Podrás envanecerte hasta que nos enfrentemos, pero no volverás a combatir, desde el día de hoy hasta el fin de los tiempos.

—Déjate ya de bravatas —dijo Ferdiad—; eres el mayor fanfarrón del mundo. Bien sé yo que tú no eres un luchador, corazón de pájaro enjaulado; tú no eres más que un mentecato sin coraje y sin fuerza.

Pero Cuchulain dijo: «Cuando estábamos los dos con Scathach solíamos practicar juntos, solíamos ir juntos a todos los combates, porque nuestra bravura era igual. Tú eras mi compañero del alma, tú eras mi gente, tú eras mi familia; a nadie he querido más; mucho me afligirá tu muerte.»

—¿De qué sirve tanta plática? —dijo Ferdiad—. Se perderá tu gran nombre, tu cabeza estará sobre una estaca antes de que cante el gallo. La locura y el dolor se están señoreando de ti, Cuchulain, y mal trato vas a hallar a mis manos, porque es en ti donde está la culpa.

—Buen Ferdiad —dijo entonces Cuchulain—, no hiciste bien al salir contra mí por los señuelos y las intrigas de Ailell y de Maeve; ninguno de los que vinieron antes que tú consiguió la victoria ni el triunfo, sino que todos cayeron por mi mano, y tú caerás con ellos. Oh Ferdiad, luchador fuerte, no vengas contra mí; ese encuentro traerá aflicción a muchos, y a ti cosa peor que la aflicción. ¿No te han comprado con muchas dádivas? ¿Un cinturón de color púrpura, un arnés? Pero, Ferdiad, la mujer por la que has venido a esta lucha, Findabair, hija de Maeve, por agraciada que sea, no te la darán jamás; pues a muchos ha sido ofrecida antes que a ti, y muchos como tú han sido heridos por ella.

Y dijo, y Ferdiad comenzó a darle oídos:

—No rompas tu juramento de no luchar contra mí; no rompas la amistad. No rompas la palabra que me diste, no vengas contra mí.

»Esa mujer se la han prometido a otros cincuenta; fue un pesado regalo para ellos;

por mí fueron enviados a la tumba; por mí hallaron el fin que les correspondía.

»Aunque Ferbaeth se mostró jactancioso, él que tenía toda una casa de hombres bravos, en poco tiempo apacigué su furia; le maté de un solo tiro.

»Amargo fue para Srub Daire ver abatido su coraje; él guardaba los secretos de cien mujeres; él tuvo gran nombre en otro tiempo; en sus vestidos no llevaba hilo de plata, sino de oro.

»Si a mí se me prometiera la mujer a quien sonríen los reyes de la provincia hermosa, yo no derramaría por ello la sangre roja sobre tu cuerpo, ni al sur ni al norte, ni al este ni al oeste.

»Buen Ferdiad, por eso no está bien que vengas a esta lucha. Cuando estábamos con Scathach, íbamos juntos a todos los combates, a todos los yermos, por todas las tinieblas y todas las penalidades. Éramos compañeros del alma; éramos camaradas en las asambleas; compartíamos una misma cama y allí dormíamos con sueño profundo. Practicamos juntos en muchos países lejanos; íbamos a duras peleas; juntos atravesábamos todos los bosques.»

—Oh Cuchulain de las proezas asombrosas —dijo Ferdiad—, aunque juntos aprendimos el conocimiento, y aunque sé qué obligaciones puso entre nosotros la amistad, yo seré el que haga tus primeras heridas; no te acuerdes de nuestra camaradería, porque ella no te protegerá. Y demasiado estamos demorándonos en esto; ¿qué armas usaremos hoy, Cuchulain?

—A ti te toca elegir armas hoy —dijo Cuchulain—, pues fuiste el primero en llegar al vado.

—¿Recuerdas —dijo Ferdiad— las azagayas con las que practicábamos con Scathach, con Uathach y con Aoife?

—Las recuerdo bien —dijo Cuchulain.

—Si las recuerdas, comencemos con ellas —dijo Ferdiad.

Comenzaron, pues, con sus armas arrojadizas, y tomaron sus escudos protectores, y sus azagayas de palo redondo, y sus venablos de plumas, y sus cuchillos de mango de marfil, y sus azagayas de mango de marfil, ocho de cada clase. Y volaron éstas de uno al otro como vuelan las abejas en un hermoso día de verano; no había tiro que no diera en el blanco, y cada uno estuvo arrojando contra el otro aquellas armas desde el crepúsculo de la mañana hasta el pleno mediodía, hasta que todas se despuntaron contra los frentes y las bloca de los escudos. Y aun siendo buenos los tiros, tan buena era la defensa que ninguno logró hacer sangre en el otro durante todo ese tiempo.

—Dejemos ya estas armas, Cuchulain —dijo Ferdiad—, pues no será con ellas como zanjemos nuestra pelea.

—Dejémoslas, si ha llegado el momento —dijo Cuchulain.

Se detuvieron entonces, y arrojaron sus dardos a las manos de sus conductores.

—¿Qué armas usaremos ahora, Cuchulain? —dijo Ferdiad.

—A ti te toca elegir armas hasta la noche —dijo Cuchulain.

—Tomemos, pues —dijo Ferdiad—, nuestras lanzas rectas con cuerdas de lino.

—Tomémoslas —dijo Cuchulain. Y tomaron dos recios escudos y sus lanzas.

Desde el mediodía hasta la caída de la tarde estuvo cada uno de ellos arrojándole lanzas al otro. Y siendo como era buena la defensa, empero tan buenos eran los disparos que en ese tiempo cada uno de ellos hirió al otro.

—Dejemos esto ya —dijo Ferdiad.

—Dejémoslo, si ha llegado el momento —dijo Cuchulain.

Conque lo dejaron, y arrojaron sus lanzas a las manos de sus conductores. Llegáronse entonces el uno al otro, y se echaron los brazos al cuello y se dieron tres besos. Sus caballos estuvieron aquella noche en un mismo cercado, y sus conductores junto a una misma hoguera; y los conductores tendieron para ellos lechos de juncos verdes, y encima almohadas de herido. Vinieron entonces los hombres que sabían curar, y les pusieron hierbas curativas en las heridas. Y por cada hierba y planta que ponían en las heridas de Cuchulain, él mandaba otro tanto al lado oeste del vado, a Ferdiad, para que no dijeran los hombres de Irlanda que si caía Ferdiad por su mano era porque le hubiera aventajado con mejores medios de curación.

Y de todas las clases de comida y bebida que los hombres de Irlanda enviaron a Ferdiad, él mandaba una porción equitativa al lado norte del vado, a Cuchulain; porque los proveedores de Ferdiad eran más que los de Cuchulain. Todos los hombres de Irlanda proveían a Ferdiad por librarlos de Cuchulain, pero a Cuchulain sólo le proveían los de Bregia, que solían ir a conversar con él todos los días al anochecer.

Allí descansaron aquella noche, y a la mañana temprano se levantaron y bajaron al vado de luchas.

—¿Qué armas usaremos hoy, Ferdiad? —dijo Cuchulain.

—Te toca a ti elegir armas hasta la noche —dijo Ferdiad—, porque yo ya las elegí ayer.

—Pues tomemos hoy los lanzones anchos; pues estaremos hoy más cerca del final de nuestro combate acometiendo de lo que estuvimos ayer lanzando.

Desde el crepúsculo de la mañana hasta la caída de la tarde estuvo cada uno de ellos cortando, hiriendo y enrojando al otro. Si las aves al volar tuvieran costumbre de pasar a través de los cuerpos de los hombres, ese día podrían haber pasado a través de los suyos, y de sus cortes y lanzadas se habrían llevado pedazos de carne y sangre a las nubes y a todo el cielo en derredor. Y cuando cayó la tarde sus caballos estaban cansados, y los conductores estaban abatidos, y ellos también estaban cansados.

—Dejemos esto ya, Ferdiad —dijo Cuchulain—, porque están cansados nuestros caballos, y abatidos nuestros conductores; y cuando ellos están cansados, ¿no habríamos de estarlo nosotros también? No tenemos obligación de seguir sin parar, como acostumbran los fomes. Depongamos un poco la riña, ahora que ha cesado el ruido de la lucha.

—Dejémoslo, si ha llegado el momento —dijo Ferdiad.

Arrojaron de sí sus lanzas a las manos de los conductores, y llegáronse el uno al

otro; y echándose los brazos al cuello se dieron tres besos. Sus caballos estuvieron aquella noche en un mismo cercado, y sus conductores junto a una misma hoguera.

Los conductores hicieron para ellos lechos de juncos verdes, con almohadas de herido, y los hombres que sabían curar fueron aquella noche a examinarlos; pero por lo profundas que eran sus muchas heridas no pudieron hacer otra cosa que ponerles hechizos y encantamientos para restañar la sangre. De cada hechizo y encantamiento que se hacía sobre las heridas de Cuchulain enviaba él otro tanto al lado oeste del vado, a Ferdiad. Y de cada clase de comida y bebida que recibía Ferdiad enviaba una parte al lado norte del vado, a Cuchulain.

Descansaron allí aquella noche, y a la mañana siguiente se levantaron temprano, y se llegaron al vado de luchas. Aquel día vio Cuchulain como un mirar sombrío en Ferdiad.

—Mal pareces hoy, Ferdiad —dijo—; oscuro está tu rostro y cargados tus párpados, y no tienes tu aspecto de siempre.

—No es por temor ni miedo de ti por lo que estoy así hoy —dijo Ferdiad—; pues no existe hoy ningún campeón en Irlanda que yo no pueda abatir.

Y Cuchulain se inquietó de verle de aquella manera, y dijo: «Oh Ferdiad, si eres tú, estoy seguro de que eres un desgraciado por haber venido instigado por una mujer a luchar contra tu compañero.»

Pero Ferdiad dijo: «Oh Cuchulain, dador de heridas, héroe verdadero, todo hombre ha de venir al fin al terruño de su última tumba.»

—En cuanto a Findabair, hija de Maeve —dijo Cuchulain—, sea cual fuere su belleza, no ha sido por amor a ti por lo que te la han dado, sino tan sólo por tu gran fuerza.

—Oh Mastín del gentil mando —dijo Ferdiad—, hace tiempo que fue probada mi fuerza; pero nunca oí de ningún hombre más bravo que tú en la lucha; nunca hasta hoy encontré un hombre tan valiente.

—Tú tienes la culpa de lo que ha sucedido —dijo Cuchulain—; has venido instigado por una mujer para probar tu espada contra tu compañero.

—Si hubiera vuelto sin combatir contigo —dijo Ferdiad—, en poco serían tenidos mi nombre y mi palabra por Ailell y Maeve de Cruachan.

—Nadie se ha llevado comida a los labios —dijo Cuchulain—, ni ha nacido nadie con honras de rey ni reina, por quien yo te hubiera hecho daño.

—Oh Cuchulain, ganador de batallas —dijo Ferdiad—, no fuiste tú, sino Maeve quien me engañó; sean para ti la victoria y la fama, pues no has tenido tú la culpa.

Y dijo Cuchulain: «Mi leal corazón es como un cuajaron de sangre; mi vida casi me ha abandonado; no tengo fuerzas para altos hechos luchando contigo, Ferdiad.»

—Mucho te lamentas ahora por mí —dijo Ferdiad—, pero ¿qué armas usaremos hoy?

—A ti te toca elegir hoy —dijo Cuchulain—, porque yo lo hice ayer.

—Tomemos hoy, pues, nuestras espadas —dijo Ferdiad—, pues más cerca del

final de nuestro combate estaremos hoy tajando de lo que estuvimos ayer acometiendo.

—Tomémoslas —dijo Cuchulain.

Embrazaron entonces dos escudos largos y anchos, y empuñaron sus espadas, y desde el alba de la mañana hasta que cayó la tarde estuvo cada uno asestando tajos al otro.

—Dejemos ya esto —dijo Cuchulain; y lo dejaron.

Arrojaron de sí sus espadas a las manos de sus conductores, y aquella noche fue la despedida triste, afligida y pesarosa de dos hombres.

Sus caballos no estuvieron en un mismo cercado aquella noche, ni sus conductores junto a una misma hoguera. Aquella noche descansaron allí.

Y Ferdiad se alzó temprano a la mañana siguiente, y se llegó él solo hasta el vado. Pues sabía que ese día se decidiría el combate, y que uno de ellos caería allí ese día, o caerían los dos.

Y entonces se vistió sus ropas de combate, antes de que viniese a él Cuchulain. Junto a su blanca piel se puso la camisa de seda listada, con su cenefa de oro jaspeado. Por encima se puso su coselete de cuero pardo bien cosido. Se puso su coraza de hierro purificado, por miedo a la Gae Bulg ese día. Se puso en la cabeza su morrión de batalla, que tenía cuarenta piedras preciosas, carbunclos, en cada división, y estaba tachonado de cristales y rubíes relucientes del mundo oriental. Tomó en la mano derecha su lanza robusta, y en la izquierda su espada curva con empuñadura de oro y nudos de oro bermejo, y sobre la espalda su gran escudo bloqueado.

Y entonces se puso a hacer muchas proezas cambiantes y asombrosas, que no había aprendido nunca de ninguna otra persona, ni de ayo ni de maestro, ni de Scathach ni de, Uathach ni de Aoife, sino que él inventó aquel día contra Cuchulain.

Entonces vino Cuchulain al vado, y al ver todo lo que estaba haciendo Ferdiad dijo: «Veo, amigo Laeg, que todas esas proezas serán ensayadas contra mí, una tras otra; por eso, si hoy empiezo a ceder, tienes que increparme y decirme palabras duras, para que la fuerza de mi ira aumente en mí. Pero si le saco ventaja, entonces tienes que alabarme, y hacerme muchos elogios, para que mi coraje sea mayor.»

—Así lo haré, mi señor Cuchulain —dijo Laeg.

Entonces se vistió Cuchulain sus ropas de combate, y dijo: «¿Qué armas tomaremos hoy, Ferdiad?»

—Hoy te toca elegir a ti —dijo Ferdiad.

—Pues ensayemos la proeza del vado —dijo Cuchulain.

—Ensayémosla —dijo Ferdiad.

Pero, aunque Ferdiad convino en ello, lamentó haberlo dicho, porque sabía que Cuchulain solía acabar con todos los luchadores en la proeza del vado.

Gran trabajo se hizo aquel día en el vado; los dos campeones de Europa occidental, las dos manos dadoras de dádivas y soldadas del noroeste del mundo; los dos pilares y las dos llaves del valor de los celtas, ser traídos de lejos para luchar

entre sí, por los señuelos y las intrigas de Ailell y Maeve. Desde el alba de la mañana hasta el mediodía estuvo cada uno de ellos lanzando sus armas al otro. Y al mediodía creció la ira de los dos, y se acercaron más. Entonces Cuchulain saltó a la bloca del escudo de Ferdiad, para golpearle en la cabeza por encima del cerco del escudo. Pero Ferdiad le dio un golpe al escudo con el codo izquierdo, y apartó de sí a Cuchulain como a un pájaro al borde del vado. Saltó de nuevo Cuchulain a la bloca del escudo, pero Ferdiad le dio un golpe con la rodilla izquierda, y apartó de sí a Cuchulain como a un niño pequeño.

Laeg lo vio. «¡Ay de mí!», dijo. «El luchador que tienes enfrente, Cuchulain, te aparta de sí como una mujerzuela apartaría a su hijo. Te tira como tira espuma el río; te tritura como se tritura la malta reciente en el molino; te corta como el hacha corta el roble; te ata como la madre selva ata los árboles, se abate sobre ti como se abate el halcón sobre los pajarillos; de ahora en adelante no podrás reclamar fama de coraje ni nombre de valiente hasta el fin de los tiempos, luchadorcillo fingido.»

Entonces por tercera vez saltó Cuchulain con la ligereza del viento, con la presteza de la golondrina y la fiereza del león, hacia las nubes revueltas del aire, y se posó en la bloca del escudo de Ferdiad para golpearle en la cabeza desde arriba. Y Ferdiad sacudió el escudo y apartó de sí a Cuchulain, como si nunca hasta ese momento le hubiera apartado.

Entonces la ira se apoderó de Cuchulain, y alrededor de su cabeza empezaron a brillar las llamas de la luz de héroe, como una mata de espinos rojo en una quebrada o como las chispas de un fuego; y perdió el aspecto de hombre, y tuvo el aspecto de un dios.

Tan prieta fue la lucha desde entonces, que sus cabezas se encontraron por arriba y sus pies por abajo, y sus manos en el medio, sobre los cercos y bloca de los escudos. Tan prieta fue la lucha, que rompieron y aflojaron los escudos desde el cerco hasta el medio. Tan prieta fue la lucha, que doblaron y torcieron y quebraron las lanzas desde la punta hasta la empuñadura. Tan prieta fue la lucha, que los bocanachs y bananachs y las brujas del valle chillaron desde los cercos de los escudos y las empuñaduras de las espadas, y desde los asideros de las lanzas. Tan prieta fue la lucha, que sacaron el río de su cauce y de su curso, de suerte que podía haber sido lugar de descanso para un rey o una reina; pues no había en él una gota de agua, como no fuera que cayera por el pataleo y el destrozo que hacían los dos campeones en medio del vado.

Tan grande fue la lucha, que los caballos de los hombres de Irlanda escaparon con pavor y espanto, con furia y locura, rompiendo sus cadenas y sus yugos, sus sogas y sus tirantes; y las mujeres y los mozos y los niños y los locos y los seguidores de los hombres de Irlanda escaparon del campamento al sudoeste.

Todo ese tiempo estaban usando el filo de sus espadas; y Ferdiad halló un momento en que Cuchulain no estaba en guardia, y le asestó un golpe que ocultó la espada en su cuerpo, y el vado se enrojeció con la sangre de Cuchulain, y Ferdiad

siguió asestándole grandes golpes. Cuchulain no lo pudo soportar, y a voces pidió a Laeg la Gae Bulg, y Laeg se la envió corriente abajo, y él la cogió con el pie. Cuando Ferdiad oyó el nombre de la Gae Bulg, bajó el escudo para protegerse. Pero Cuchulain hizo un tiro derecho de la lanza, la Gae Bulg, desde el centro de la mano, sobre el cerco del escudo, y la lanza le pasó a Ferdiad a través del arnés y le traspasó el cuerpo, y quedó a la vista la punta afilada.

Subió Ferdiad el escudo para protegerse la parte alta del cuerpo, pero fue como en el dicho, guarecerse pasado el peligro.

—Ya basta —dijo Ferdiad—; con eso muero. Ya puedo decir, sí, que me dejaste sin ti enfermo, y no era justo que cayera por tu mano. Oh Mastín de las hermosas proezas, no fue justo que me mataras; la culpa de mi muerte es tuya, sobre ti cae mi sangre. Un necio no escapa cuando va a la quebrada del peligro; ¡ay de mí! Me voy, ha llegado mi fin. Mis costillas no contienen mi corazón, mi corazón está todo hecho sangre. No me fue bien en el combate; me has matado, Cuchulain.

Tras esto Cuchulain corrió hacia él, y echándole los dos brazos alrededor le alzó sobre el vado hacia el norte, de modo que su cuerpo estuviera del lado norte del vado, no al oeste, con los hombres de Irlanda.

Tendióle entonces, y según estaba inclinado sobre Ferdiad le entró como una nube y un desfallecimiento. Laeg lo vio, y vio que todos los hombres de Irlanda se alzaban para venir contra él.

—Buen Cuchulain —dijo—, levántate, que los de Irlanda vienen hacia nosotros, y no será un solo hombre lo que pongan a luchar con nosotros ahora que Ferdiad ha caído por tu mano.

—¿De qué me sirve levantarme ahora, después de haberle abatido? —dijo Cuchulain.

Pero Laeg dijo: «Levántate, oh Mastín encadenado de Emain; ahora tienes derecho a estar alegre y vocear, porque has abatido a Ferdiad el de los ejércitos.»

—¿Qué me importa ahora estar alegre y vocear? —dijo Cuchulain—. Al desvarío y al dolor es a lo que me veo arrastrado después de lo que he hecho, después de haber herido tanto ese cuerpo.

—No está bien que te lamentes por él —dijo Laeg—. Regocijándote deberías estar. Contra ti apuntó él sus venablos.

Pero Cuchulain dijo: «Aunque me hubiera cortado un brazo y una pierna, me aflige que Ferdiad no cabalgue con sus caballos durante largos días de su vida.»

Y dijo Laeg: «Más contentas estarán las mujeres de la Rama Roja, de que él haya muerto y tú vivas. Ellas saben que no a pocos, sino a muchos has despachado para siempre; pues desde el día en que saliste de Cuailgne para encontrarte con Maeve la del gran nombre, está afligida de toda la gente y luchadores suyos que has matado. No has dormido con sosiego desde que empezó el expolio de tu país; aunque pocos había contigo, muchas fueron las mañanas que madrugaste.»

Entonces comenzó Cuchulain a hacer duelo y lamentarse allí por Ferdiad, y dijo:

—Lástima fue, Ferdiad, que no pidieras consejo de alguno de los hombres que conocían mi coraje antes de venir a enfrentarte conmigo en la lucha que fue demasiado dura para ti. Lástima que no preguntases a Laeg, hijo de Rianganab, cómo estábamos el uno con el otro. Lástima que no pidieses consejo leal a Fergus. Lástima que no preguntases al agradable y apuesto Conall quién de nosotros abatiría al otro.

»Bien saben esos hombres que no nacerá entre los de Connaught otro que haga hechos como los tuyos, hasta el fin de los tiempos. Y saben que si mirasen entre los lugares, las asambleas, los juramentos, las falsas promesas de las rubias mujeres de Connaught, o en el juego de blancos y escudos, el juego de escudos y espadas, el juego de tablas y ajedrez, el juego de caballos y carros, no se encontraría la mano de un hombre que hiera como la de Ferdiad, ni otro que traiga a las aves de roja boca graznando sobre el combate jaspeado, ni otro que combata por Cruachan y que te iguale hasta el fin de los tiempos, oh rubicundo hijo de Daman.»

Y entonces se puso en pie junto a Ferdiad.

—Ea, Ferdiad —dijo—; gran yerro y engaño te hicieron los hombres de Irlanda, de traerte a luchar conmigo. Pues no ha sido fácil resistir contra mí en la guerra por el Toro de Cuailgne.

E hizo esta lamentación:

—Oh Ferdiad, con engaños te entregaron a la muerte; triste fue tu final; que tú mueras y yo viva, nuestra separación para siempre es un eterno dolor.

»Cuando estábamos lejos, con Scathach la victoriosa, dimos nuestra palabra de que hasta el fin de los tiempos no iríamos nunca el uno contra el otro.

»Cara me era tu hermosa rubicundez; cara me era tu figura apuesta; caros me eran tus claros ojos grises; caras me eran tu prudencia y tu conversación.

»No ha entrado en combate, no se ha airado en la lucha, no ha sostenido escudo en campo de lanzas nadie como tú, oh rubio hijo de Daman.

»Findabair, la hija de Maeve, con toda su gran belleza, era poner un ramal en la arena o en el sol que tú pensaras lograrla, Ferdiad.»

Y siguió Cuchulain mirando a Ferdiad.

—Ea, amigo Laeg —dijo—, desnuda a Ferdiad y quítale el arnés y las ropas, hasta que yo vea el broche que fue la causa de que acometiera la pelea.

Desnudó entonces Laeg a Ferdiad, y, cuando Cuchulain vio el broche, de nuevo empezó a lamentarse y a dolerse por él, y dijo así:

—¡Ay de mí, broche de oro! Oh Ferdiad de los poetas, oh fuerte dador de muchos golpes, valeroso era tu brazo.

»Tus rubios cabellos, rizados, bien amados; tu cinto suave, como una hoja, que te ha ceñido hasta la muerte.

»Cara fue nuestra camaradería, cara la claridad de tus ojos; tu escudo con su cerco de oro; tu tablero de ajedrez que valía un tesoro.

»No estuvo bien que cayeras por mi mano; no fue un final de amistad. ¡Ay de mí, broche de oro, ay de mí!»

—Ea, amigo Laeg —dijo después—, ven a sacarle la Gae Bulg, porque yo no puedo estar sin mi lanza.

Conque sacóle Laeg la Gae Bulg, y al ver Cuchulain su lanza enrojecida junto a Ferdiad, dijo:

—Oh Ferdiad, es triste caso para mí tener que verte tan rojo y tan pálido, yo con mi lanza enrojecida y tú en un lecho de sangre.

»Cuando estábamos en el este con Scathach no habría habido palabras airadas entre nosotros, ni armas destructoras.

»Scathach nos dijo palabras fieras: “Id todos a la batalla que va a dar Germain el terrible.”

»Yo les dije a Ferdiad y a Lugaid, el siempre generoso, y al hijo de Baetan la bella: “Vayamos todos contra Germain.”

»Fuimos todos al campo de batalla a orillas del lago de Lind Formait; llevamos con nosotros a cuatrocientos de las islas del Athisech.

»Estando juntos el bravo Ferdiad y yo a la puerta del castillo de Germain, yo maté a Rind, el hijo de Niul, y maté a Ruad, hijo de Finnial.

»Ferdiad mató en la orilla a Blath, hijo de Calba de las espadas rojas. Lugaid mató a Mugarne del Mar Torriano, hombre arisco y fiero.

»Saquemos el castillo de Germain el Taimado; a él le llevamos vivo con nosotros sobre el ancho mar de jaspeadas aguas; se lo llevamos a Scathach la del ancho escudo.

»Ella, nuestra maestra, cuyo nombre era famoso, nos obligó a la común amistad, para que no volviéramos nuestras iras uno contra otro entre las blancas tribus de Elga.

»Triste fue la mañana en que despojaron de su fuerza al hijo de Daman. ¡Ay de mí! Yo amaba al amigo a quien he dado de beber sangre roja.

»Triste cosa la que nos ha acontecido a los discípulos de Scathach: yo rojo y herido; tú no conduciendo tu carro.

»Triste cosa la que nos ha acontecido a los discípulos de Scathach: yo endurecido de sangre; tú enteramente muerto.

»Triste cosa la que nos ha acontecido a los discípulos de Scathach: que tú hayas muerto, que yo esté vivo y fuerte; airados estábamos en el combate.»

—Buen Cuchulain —dijo Laeg—, dejemos ya este vado; demasiado tiempo hemos estado aquí.

—Dejémoslo, amigo Laeg —dijo Cuchulain—. Pero todas las otras luchas que he librado fueron como un juego y un entretenimiento, al lado de la lucha con Ferdiad.

Y dijo así:

—Todas las luchas fueron juego, todas fueron broma, hasta que vino Ferdiad al vado; recibimos la misma enseñanza, recibimos las mismas recompensas; nuestra maestra fue bondadosa con los dos por igual, y nos ponía por encima de todos los demás.

»Todas fueron juego, todas fueron broma, hasta que vino Ferdiad al vado;

teníamos los mismos usos, hacíamos los mismos hechos; a la vez me dio a mí un escudo Scathach y le dio un escudo a Ferdiad.

»Todas fueron juego, todas fueron broma, hasta que vino Ferdiad al vado; caro me era el mojón de oro que rompí en el vado; el que, cuando atacaba a las tribus, era más valiente que ninguno.

»Todas fueron juego, todas fueron broma, hasta que vino Ferdiad al vado, como una ola que se crece altiva, amenazando con destruirlo todo a su paso.

»Todas fueron juego, todas fueron broma, hasta que vino Ferdiad al vado; esto pesará sobre mí para siempre. Ayer era más grande que una montaña; hoy no queda de él más que una sombra.»

XII

EL DESPERTAR DEL ULSTER

ACUDIERON entonces algunos de los hombres del Ulster a confortar a Cuchulain, y entre ellos Senoll Uathach y los dos hijos de Gege, Muredach y Cotreb. Le llevaron a los cinco arroyos de Conaille Muirthemne, para lavar allí sus heridas. Y los sidhes echaron en los arroyos toda clase de hierbas y plantas para su curación, de suerte que estaban todos sembrados de hojas verdes.

Cuando Ailell y Maeve oyeron que empezaban a venir hombres del Ulster, enviaron a Mac Roth, el heraldo, a vigilar en Slieve Fuad, para avisarlos si veía venir a alguien. Al cabo de un tiempo volvió Mac Roth, y Ailell le preguntó qué nuevas traía.

—He visto —dijo— un carro solo, al norte de Slieve Fuad, que venía derechamente; el hombre que iba dentro estaba desnudo, y sin armas ni arnés, sino sólo con un espetón de hierro en la mano, y aguijando a los caballos como si no fuera a llegar vivo al ejército.

—¿Quién crees tú que era ese hombre, Fergus? —dijo Ailell.

—Yo creo —dijo Fergus— que era Cethern, hijo de Fintan, del norte, y que pronto caerá sobre nosotros.

En ésas irrumpió Cethern en el campamento, acometiendo con el espetón a cuantos hallaba a su paso, y él también recibió muchas heridas, de suerte que tuvo que apretarse contra el cuerpo la tabla del carro para que no se le salieran las entrañas; y por fin escapó, y llegó al lugar donde yacía Cuchulain. Entonces Cuchulain dijo a Laeg: «Anda y ve al campamento, y tráete a los médicos de Ailell para que curen a Cethern; pues doy mi palabra de que si para mañana a estas horas no han venido, les llevaré la muerte y la destrucción.» Conque se fue Laeg, y volvió con los médicos, que sólo por miedo a Cuchulain venían. Mostróle Cethern sus heridas al primero, y dijo el médico que no se le podía curar. Entonces Cethern le dio tal golpe que le mandó fuera de la casa. Y lo mismo sucedió con todos los demás, quince que eran en total. Entonces Cethern le preguntó a Cuchulain si podía traerle otro médico, porque los de los hombres de Irlanda no le habían servido para nada. «Anda, Laeg», dijo Cuchulain, «y ve a Slieve Fuad, a Fingan, el médico druida de Conchubar, y dile que venga a curar a Cethern.» Era Fingan el más grande de los médicos de Irlanda, y de él se decía que sabía descubrir qué enfermedad padecía una persona con sólo mirar al humo de la casa donde estuviera; y que con sólo mirar una herida sabía qué clase de persona la había hecho. Vino entonces, y Cethern le mostró sus heridas.

—Mírame esta herida, buen Fingan —dijo—. Vinieron contra mí dos jóvenes, de claro y noble aspecto, vestidos de ropas extrañas de fuera de aquí, y cada uno de ellos

me arrojó un venablo, y yo le arrojé un venablo a cada uno.

—Yo conozco muy bien a esos dos —dijo Cuchulain—; son dos hombres escogidos de Noruega, y Ailell y Maeve los enviaron contra ti.

—Mírame esta herida, Fingan —dijo Cethern; y Fingan la miró.

—Es obra de dos hermanos —dijo.

—Así es, en efecto —dijo Cethern—. Vinieron hacia mí dos jóvenes, que eran el uno como el otro; pero uno tenía los cabellos rizados y castaños, y el otro los tenía rizados y rubios. Dos mantos verdes llevaban, con broches de plata brillante; dos suaves camisas de seda amarilla; brillantes espadas llevaban al cinto, y escudos con enganches de plata brillante, y lanzas con venas de plata en las astas.

—Yo conozco muy bien a esos dos —dijo Cuchulain—; son Maine Athremail y Maine Mathremail, dos hijos de Ailell y Maeve.

—Mírame esta herida, buen Fingan —dijo Cethern.

Miró Fingan la herida, y dijo: «Un padre y un hijo la hicieron juntos.»

—Así es —dijo Cethern—; vinieron contra mí dos hombres robustos de mirada ardiente, con bandas de oro en la cabeza, ropajes de rey y espadas de oro al costado.

—Yo conozco muy bien a esos dos —dijo Cuchulain—; fueron Ailell y su hijo Maine Andoe los que te hicieron esa herida.

—Mira esta herida, buen Fingan —dijo Cethern; y Fingan miró la herida.

—Es obra de una mujer altiva —dijo.

—Así es —dijo Cethern—; vino contra mí una mujer hermosa, pálida, carilarga, de cabellos rubios largos y ondulados, que llevaba un manto carmesí con un broche de oro sobre el pecho, y en la mano una lanza recta que relucía bermeja. Fue ella la que me hizo esa herida, y recibió de mí una herida pequeña.

—Yo conozco bien a esa mujer —dijo Cuchulain—. Es Maeve, hija del Gran Rey de Irlanda y reina de Connaught. Habría tenido por gran victoria y triunfo que cayeras por su mano.

—Ahora dime, buen Fingan —dijo entonces Cethern—: ¿qué te parece de cómo estoy, y qué puedes hacer por mí?

—Lo que yo creo —dijo Fingan— es que difícilmente verás hacerse añejos a los terneros que ahora siguen a tus vacas; y aunque los veas, tu vida no te servirá de mucho.

—Eso es lo que me han dicho todos los demás —dijo Cethern—; y no sacaron gran provecho ni estima de decirlo, ni lo sacarás tú tampoco —y así diciendo, le dio un puntapié que le echó fuera de la casa. Pero, a pesar de ese tratamiento, Fingan le dio a escoger entre dos cosas: la primera, estarse un tiempo largo encamado, para al cabo ver a los hombres del Ulster venir a vengarle; o curarse lo suficiente en el término de tres días para salir él mismo y gastar frente a sus enemigos las fuerzas que le quedaran.

—Eso haré —dijo él—, pues no quisiera dejar detrás de mí a mis enemigos; prefiero tomar satisfacción de ellos yo mismo.

Díjole, pues, Fingan a Cuchulain que hiciera un baño curativo que confortase a Cethern. Conque bajó Cuchulain al campamento, y se apoderó de todo el ganado que encontró de los hombres de Irlanda. Cortaron su carne con sus huesos y su pellejo para hacer un baño druídico, y tuvieron a Cethern metido en él durante tres días y tres noches. Y al cabo de ese tiempo se levantó y subió a su carro, para hacer venganza sobre los hombres de Irlanda. Y su mujer Ionda, hija de Eochaid, vino a él del norte, y le trajo su espada, que había dejado olvidada con las prisas de la primera salida.

Pero aconteció que uno de los médicos a los que había echado a golpes cayó fuera de la tienda, y allí se quedó, sin poderse mover. Y cuando Cethern se disponía a salir, el médico se levantó y regresó al campamento, y les dijo a los hombres de Irlanda: «Cethern ha sido curado por Fingan el Druida, y ahora viene contra vosotros, así que tendedle alguna trampa.» Y esto es lo que hicieron: tomaron el manto y la camisa de Ailell y los pusieron alrededor del mojón del confín de Ross, con la corona de Ailell arriba, y allí los dejaron. Vino Cethern impetuoso a atacarlos, y al ver el mojón pensó que era Ailell el que allí estaba; arremetió contra él, y le asestó un recio golpe con la espada, que se rompió en pedazos contra la piedra.

Entonces vio lo que era, y dijo: «Esto es una trampa que me han puesto. Por el juramento de mi pueblo, que no dejaré de matar mi mano hasta que haya matado a un hombre que vaya así vestido.»

Cuando esto oyó Maine Andoe, se puso el arnés de su padre y salió a su encuentro. Y Cethern le vio, arremetió contra él, y le tiró su escudo, de suerte que el canto del escudo le partió el cuerpo en dos.

Y cuando esto vieron los hombres de Irlanda, acometieron a Cethern desde todos los lados y acabaron con él. Y su mujer Ionda, hija de Eochaid, vino y lloró allí por él. Y dijo así:

—Todo es igual para mí, todo igual, puesto que ya no habrá nunca una mano de hombre debajo de mi cabeza; puesto que se ha hecho en la tierra una tumba para Cethern, el del Castillo de los Dos Montes.

»Cethern, hijo de Finían, que era como un rey, que no necesitaba armas para su trabajo; sin otra cosa en la mano que un espetón de dos puntas, su ira no perdonó a los hombres de Connaught.

»Nunca tomaré compañero entre las gentes del mundo de los vivos; con ningún hombre me casaré; mi marido no duerme con ninguna mujer.

»Caro el montecillo, caro el castillo donde se reunían nuestros luchadores; cara el agua dulce y bella, caro era Inis Ruadh.

»Recio dolor, recio dolor me ha traído la Guerra por el Toro; ¡hasta mi muerte le estaré haciendo duelo, yo, Ionda, hija de Eochaid!»

Entonces vino Fintan, el padre de Cethern, con ciento cincuenta hombres, a tomar satisfacción por su hijo, e hizo tres acometidas contra el ejército, y dio muerte a muchos de los hombres de Ailell; pero Fintan perdió a muchos de sus hombres, y su hijo Crimthan fue hecho prisionero. Y los hombres de Irlanda temieron que su

ejército se debilitara mucho con batallas pequeñas de esta clase antes de la gran batalla final que estaba anunciada, y acordaron con Fintan devolverle a su hijo, y retirarse ellos a un día de marcha; y él dio su palabra de no volver a hostigarlos hasta que fuese el tiempo de la última batalla. Y hallaron, allí donde había sido la batalla, a uno de los hombres de Fintan y uno de los de Ailell tendidos muertos juntos, y con los dientes clavados el uno en el otro. Y por esto se llamó la batalla la Lucha a Mordiscos de Fintan.

Entonces Rochad, hijo de Fatheman, vino a ayudar a Cuchulain, y ciento cincuenta hombres con él. Amábale Findabair, y cuando supo que venía contó su secreto, y le dijo a su madre: «Ése es mi amado y mi elegido entre todos los hombres de Irlanda.» Cuando esto oyó Maeve, pensó un plan para alejarle, y dijo a Findabair: «Si le quieres, ve a pasar la noche con él, y dile que se vuelva atrás con sus hombres hasta el día de la gran batalla; y yo te doy mi permiso para que seas su esposa.» Conque fue Findabair e hizo como Maeve le había dicho, y Rochad se volvió al norte. Pero esto se supo en el campamento, y los doce reyes de Munster que estaban en el ejército de Maeve empezaron a hablar entre sí; y todos dijeron que Maeve le había prometido secretamente a cada uno de ellos darle por esposa a Findabair, como recompensa si entraba en la guerra. «Y lo mejor que ahora podemos hacer», dijeron, «es ir a vengarnos sobre los hombres de Maeve, y sobre Rochad, de la traición que se nos ha hecho.»

Conque salieron y los atacaron, y los hombres de Ailell y Maeve y Rochad se aprestaron a defenderse; pero Fergus salió y trató de hacerles desistir, y de poner paz entre unos y otros, y antes de que pudiera hacerlo setecientos hombres hallaron la muerte.

Y le dijeron a Findabair que aquellos setecientos hombres habían hallado la muerte por su causa, y que Maeve la había prometido en matrimonio a cada uno de los doce reyes de Munster. Y cuando lo supo, su corazón se rompió de la vergüenza y la pena que le entró, y allí mismo cayó muerta, y la enterraron.

En aquel tiempo vivía en el norte Iliach, hijo de Cas, de la estirpe de Rudraige, con el hijo de su hijo, Laegaire Buadach. Y le contaron que las cuatro provincias de Irlanda estaban rapiñando y destruyendo a la gente del Ulster desde el día antes de *samhain*, y llevándose sus ganados y sus bienes, y todo lo que tenían. De modo que él consultó con su gente, y dijo que él saldría en persona a atacar a los hombres de Irlanda, y a dar suelta a su fuerza sobre ellos y destruir lo que pudiera de ellos, y hacer lo que pudiera por el Ulster. «Porque a mí», dijo, «me es igual salir o no de esto con vida.» Trajeron entonces sus dos caballos viejos y consumidos, que ya habían sido soltados de por vida, de donde estaban a la orilla junto al castillo, y los engancharon a su viejo carro, que no tenía ni almohadones ni pieles. Y se echó Iliach al hombro su escudo de hierro, tosco y oscuro, con cerco duro de plata, y se colgó al costado su pesada espada, tosca y gris. Y puso en el carro sus dos lanzas herrumbrosas y despuntadas, y su gente apiló a su alrededor un montón de piedras y

trozos de roca; y así fue como salió contra el ejército, sin arnés ninguno encima.

Cuando los hombres de Irlanda le vieron venir de aquel modo, empezaron a burlarse y reírse de él, pero Maeve dijo: «Ya me alegraría yo de que todos los hombres del Ulster vinieran así a nuestro encuentro.» Hallóle entonces por casualidad Doche, hijo de Magach, y le dio la bienvenida.

—¿Quién es el que me da la bienvenida? —dijo Iliach.

—El compañero y amigo de Laegaire Buadach —dijo él—; Doche, hijo de Magach.

—Me place esa bienvenida —dijo Iliach—; y, en razón de ella, quiero que vengas a mí cuando haya descargado mi furia sobre el ejército, y me falten las fuerzas y esté cansada mi mano, y quiero que seas tú, y no ningún otro de los hombres de Irlanda, el que acabe conmigo. Y guarda mi espada para tu amigo Laegaire Buadach.

Acometió entonces a los hombres de Irlanda, y cuando sus lanzas estuvieron hechas pedazos empezó a golpearlos con las piedras que tenía y a arrojárseles. Y cuando se le acabaron, atacó a los hombres que tenía cerca con la fuerza de sus manos, de modo que acabó con algunos de ellos. Y cuando hubo hecho todo lo que podía hacer, vio cerca de sí a Doche, hijo de Magach, y dijo: «Ven a mí ahora, Doche, y córtame la cabeza, y guarda mi espada para Laegaire Buadach.» Y Doche hizo según le decía, pero su cabeza se la llevó a Ailell y Maeve.

En aquel tiempo le dijeron a Sualtim, hijo de Roig, que Cuchulain había luchado con Calatin y sus hijos, y con Ferdiad, y le contaron la dura pelea que había librado, y las heridas que había recibido. Y dijo Sualtim: «¿Es el estallido del cielo lo que oigo, o es el mar que retrocede, o la tierra que se rompe, o el gemido de mi hijo en su debilidad?» Y así diciendo fue a visitarle, y le encontró cubierto de golpes y heridas, y se echó a llorar por él. Pero esto no le agradó a Cuchulain, que sabía que Sualtim no hacía ningún bien con detenerse allí, pues no era hombre que pudiese vengarle, porque no era un gran héroe; no porque fuese cobarde, sino porque era como cualquier otro buen luchador. Y díjole Cuchulain: «Ea, Sualtim, deja de llorar por mí, y levántate y ve a Emain, y diles a los hombres del Ulster que tienen que venir a continuar ellos la guerra de aquí en adelante, porque yo ya no puedo defenderlos; pues después de tanto como he padecido, ninguno de ellos viene a ayudarme ni a confortarme. Y diles de qué manera me hallaste, que no soporto que la ropa me toque la piel, sino que con ramas de avellano me la tengo que apartar, y hierba es lo que me cubre las heridas; pues no hay en mí, de la cabeza a los pies, ni tanto así como la punta de una aguja que no lleve algún daño, salvo la mano izquierda, con la que sostenía el escudo; y diles que no tarden en venir.»

Entonces partió Sualtim a lomos del Tordo de Macha para llevar el mensaje; y cuando estuvo cerca de Emain gritó: «Están matando hombres, raptando mujeres, robando ganados en el Ulster», pero no recibió ninguna respuesta. Llegóse entonces hasta los mismos muros, y tornó a gritar: «Están matando hombres, raptando mujeres, robando ganados en el Ulster»; pero por segunda vez no recibió respuesta. Fue

entonces a la Piedra de los Rehenes de Emain, y gritó lo mismo por tercera vez. Entonces preguntó Cathbad el Druida: «¿A quiénes se llevan, y quién se los lleva?»

—Ailell y Maeve, que os están expoliando y destruyendo —dijo Sualtim—; se están llevando a vuestras mujeres, vuestros niños, vuestro ganado y vuestros caballos, y sólo está Cuchulain para retrasar y estorbar a las cuatro grandes provincias de Irlanda en las quebradas y los pasos de Muirthemne; herido está el muchacho, y nadie va en su ayuda.

Pero Cathbad estaba molesto porque le hubieran despertado, y dijo: «A todo el que venga a reprender al rey de esta manera es legítimo darle muerte.»

Pero Conchubar, el rey, dijo: «Es verdad lo que dice Sualtim.»

—Sí que es verdad —dijeron todos los hombres del Ulster.

Entonces se encolerizó Sualtim de que no le dieran mejor respuesta que ésa, y se volvió bruscamente, y el Tordo de Macha se encabritó de tal manera que el cerco afilado del escudo de Sualtim le dio contra la cabeza y se la cortó de un tajo. Entonces el Tordo se volvió otra vez hacia Emain, arrastrando el escudo tras él por las correas, y la cabeza de Sualtim en el hueco del escudo, y la cabeza dijo lo mismo que antes: «Están matando hombres, raptando mujeres, robando ganados en el Ulster.» Entonces dijo Conchubar: «Sobre nuestras cabezas está el cielo, a nuestros pies la tierra, en torno a nosotros el mar; y a no ser que el cielo se venga a tierra con toda su lluvia de estrellas, o que la tierra se abra bajo nuestros pies, o que el mar azul cubra toda la faz del mundo, yo juro que devolveré cada vaca a su establo, y cada mujer a su morada.»

Llamó entonces a uno de sus mensajeros, Finnched, hijo de Troiglethan, que por acaso estaba allí, y le ordenó convocar a los hombres del Ulster. Pero por el sueño que todavía tenía, y la debilidad, le mandó ir a llamar no sólo a los vivos, sino también a los que habían muerto. Y uno de los nombres que le dio fue el de Cuchulain, hijo de Sualtim.

Fácil fue el cometido de Finnched, pues los hombres del Ulster estaban saliendo de su debilidad, y todos se aprestaron a ir con Conchubar; y los hubo que ni siquiera esperaron a Conchubar, sino que partieron en busca del ejército de Irlanda.

Entonces Conchubar y los suyos salieron de Emain, y el primer día fueron hasta Irard Cuillenn, y allí hicieron alto.

—¿Para qué nos detenemos aquí? —dijo Conchubar.

—Para esperar a tus dos hijos —dijeron sus hombres—, Fiachna y Fiacha, que han ido a ver a tu nieto Erc, hijo de Fedelm, y de Cairbre, rey de Teamhair, para traerle con nosotros.

—Por mi fe —dijo Conchubar— que yo no me demoraré más aquí, no sea que los de Irlanda se enteren de que he salido de mi debilidad; pues hasta ahora no lo saben, ni siquiera si estoy vivo o no.

Conque él y Celthair siguieron adelante con tres mil fieros luchadores de carro, y no tardaron mucho en encontrar a ciento sesenta hombres fuertes de Ailell y Maeve,

cada uno de los cuales llevaba consigo una mujer de las del Ulster. Y Conchubar y Celthair les cortaron las cabezas, y liberaron a las mujeres; y después se volvieron a Irard Cuillenn.

En cuanto a los hombres de Irlanda, aquella noche la pasaron en Sleamhain de Meath. Y por la noche Cormac Conloingeas se despertó sobresaltado, y gritó que había tenido un sueño anunciador, y que una batalla terrible les esperaba. Y al cabo de un rato Dubthach, el Escarabajo del Ulster, se despertó sobresaltado, y gritó lo mismo, que había tenido un sueño anunciador, y que antes de que pasara mucho tiempo habría gran estrépito de escudos. Y con esos sueños y augurios les entró un gran temor a los hombres de Irlanda, y fue una noche intranquila la que pasaron en Sleamhain.

Y por la mañana dijo Ailell: «Hace mucho tiempo que estamos asolando el Ulster y Cuailgne, y nos hemos apoderado de las mujeres, los ganados y los bienes de los hombres del Ulster, y hemos talado montes a nuestras espaldas; ya es hora de que regresemos a Magh Ai, y si quieren que nos sigan y luchen allí con nosotros. Pero antes de eso voy a enviar un mensajero que se asome a la gran llanura de Meath, a ver si algunos vienen contra nosotros; y si vinieren, no me iré de aquí sin darles batalla, pues no sería buen rey el que se apresurase a huir.»

Conque envió a Mac Roth, el heraldo. Y Mac Roth no tuvo que esperar mucho para oír un rumor que era como si el cielo se cayera, o si el mar se rompiera contra la tierra, o como si los árboles cayeran unos sobre otros en una gran tormenta. Y vio la llanura cubierta de animales salvajes que escapaban de los bosques. Volvió entonces junto a Ailell y Maeve, y les contó lo que sucedía, y ellos le preguntaron qué había visto; y dijo él: «Me pareció ver una bruma gris muy lejana, al otro lado de la llanura, y después una cosa como nieve que caía, y luego a través de la bruma vi una cosa brillante como chispas de una hoguera, o como las estrellas en una noche muy fría.»

—¿Qué era lo que vio, Fergus? —dijo Ailell.

Y dijo Fergus: «La bruma que vio era el polvo que levanta la marcha de los hombres del Ulster, y los copos de nieve eran los copos de espuma de los bocados de sus caballos; y lo que vio brillar como chispas de una hoguera, o como estrellas en una noche fría, era la luz airada de sus ojos, que centelleaban bajo los yelmos.»

—Poco me inquieta eso —dijo Maeve—; tenemos buenos luchadores para recibirlos.

—Es lástima que así lo creas —dijo Fergus—; pues no hay un ejército en Alban ni en Irlanda capaz de abatir a los hombres del Ulster una vez que salen de la debilidad y se enciende su ira.

Aquella noche los hombres de Irlanda acamparon en Clartha, y pusieron a hacer guardia a Mac Roth y otro, para que los del Ulster no cayeran sobre ellos sin aviso. Conchubar y Celthair, con sus tres mil hombres, los habían seguido a Slieve Sleamhain, y al ver que se habían marchado de allí continuaron hacia Clartha, porque querían adelantarse al resto del Ulster en enrojecerse las manos sobre los de Irlanda.

Así que Mac Roth no tuvo que esperar mucho hasta ver venir hombres y caballos del noreste, y se volvió al campamento.

—Y bien, Mac Roth —dijo Ailell—, ¿has visto que nos sigan hombres del Ulster?

—He visto venir hombres y caballos —dijo él.

—¿Cuál es su número? —dijo Ailell.

—No menos de tres mil carros.

—Son los hombres del Ulster que vienen con Conchubar —dijo Ailell—; ¿y tú, Fergus, por qué nos amenazabas hace poco con el polvo de un gran ejército en la llanura, si lo único que se puede sacar contra nosotros es esa pequeña tropa?

—Demasiado te apresuras a quejarte de eso —dijo Fergus—; pronto sabrás cuál es su número.

—Hagamos un buen plan —dijo Maeve—, pues estoy segura de que el que viene a atacarnos es el ardiente y rudo Conchubar, el rey del Ulster. Hagamos para él un cerco, con todo el ejército formado en tres lados, y tres mil hombres dispuestos a cerrar tras él la salida cuando haya entrado. Pues a éstos hemos de capturarlos vivos y no matarlos, porque sería indigno de nuestro nombre hacer otra cosa con ellos que apresarlos, siendo tan pocos como son.

Ésta fue una de las cosas más risibles que se dijeron en todo el curso de la guerra, que a Conchubar y sus tres mil hombres escogidos entre los mejores del Ulster se los pudiese apresar vivos. Y cuando esto oyó el hijo de Conchubar, Cormac Conloingeas, montó en cólera, y pensó: «Si ahora mismo no tomo satisfacción de Maeve por esa jactancia, no la tomaré nunca.» Así que se alzó con sus tres mil hombres para atacarlos a ella y Ailell; y ellos también se alzaron, y con ellos sus hijos los Maines, y los hijos de Magach. Pero entonces se interpusieron entre ellos los gailianas, y los hombres de Munster y de Teamhair, y pusieron paz, y les persuadieron a deponer las armas. A pesar de esto, Maeve hizo un cerco con el ejército de Irlanda para encerrar a Conchubar, y puso hombres dispuestos a cerrarlo una vez que él estuviera dentro. Mas lo que hizo Conchubar fue que, cuando vio ante sí al ejército, no buscó ninguna abertura, sino que arremetió derechamente contra él, y abrió una brecha de doscientos a la mano derecha, y una brecha de doscientos a la mano izquierda, y rodeándolos a todos se abatió sobre ellos en el propio meollo, y de ese modo mató a ochocientos.

Después se apartó de ellos y regresó a Slieve Sleamhain, para juntarse con el ejército del Ulster.

Entonces empezaron los hombres del Ulster a reunir todas sus fuerzas en la llanura, y cuando Ailell lo supo, dijo: «Que vaya alguien a vigilar su venida, y nos traiga noticia del aspecto que traen, y de quiénes son los jefes que los acaudillan.» «Que vaya Mac Roth», dijo Fergus.

Conque salió Mac Roth y se estuvo en un alto sobre la llanura desde las primeras luces de la mañana hasta el anochecer, y durante todo ese tiempo siguieron viniendo los hombres del Ulster, de modo que no se veía la tierra a sus pies; cada división iba

con su jefe, y cada tropa con su señor, y cada uno de ellos separado de los otros, y siguieron llegando hasta cubrir el Monte de Sleamhain.

Al anochecer regresó Mac Roth junto a Ailell y Maeve, y ellos le preguntaron diciendo: «¿De qué clase eran los hombres del Ulster que venían por la llanura?»

Y dijo Mac Roth: «La primera tropa que vi venir era de tres mil hombres, y tan pronto como llegaron al monte se despojaron de sus arneses, y se pusieron a cavar y a hacer un asiento de tierra en lo más alto del monte, para que su jefe se acomodase allí en tanto llegaba el resto del ejército.

»Su jefe era un hombre alto y de aspecto orgulloso, acostumbrado a dar órdenes; con los cabellos rubios y rizados, y la barba rubia y partida, y el rostro rubicundo y agradable, y unos ojos azules que daría miedo mirar. Llevaba un manto carmesí de cinco pliegues, y un alfiler de oro sobre el pecho, y junto al cuerpo una camisa blanca entretejida de hilos de oro.»

—¿Quién era ese hombre, Fergus? —dijo Ailell.

—Era Conchubar, hijo de Fachta y de Ness, Gran Rey del Ulster.

—Había otro hombre a su lado —dijo Mac Roth—, con los cabellos blancos y dispersos, y un manto de color púrpura, y un escudo con bloca de latón rojo, y una espada larga de hierro, de hechura extranjera. Miraba al cielo y alzaba la mano, y con eso parecía como si las nubes se abalanzaran unas contra otras, y derramaran fuego hacia los hombres de Irlanda.

—Ése era Cathbad el Druida —dijo Fergus—, que con sus encantamientos trataba de saber cómo será la batalla de mañana.

—Vi a otro hombre con Conchubar —dijo Mac Roth—, de rostro liso y oscuro, y ojos blancos en la cabeza; con una larga vara de bronce en la mano, y a su lado una campanita; y cuando la tocaba con la vara, todos los que estaban cerca se echaban a reír.

—¿Quién es ese hombre? —dijo Ailell.

—Eso es fácil de saber —dijo Fergus—: es Rocmid, el bufón del rey. Nunca hubo tribulación ni cansancio en ningún hombre del Ulster que no olvidase viendo a Rocmid.

—Vino después otra tropa —dijo Mac Roth—, y me pareció que el jefe que traían era el más apuesto y gallardo de todos los hombres de Irlanda, alto y bien formado. Tenía los cabellos entre rubios y bermejos, el rostro ancho por arriba y estrecho por abajo; labios rojos y finos, y ojos grises y risueños. Llevaba un manto rojo y blanco, que el viento le movía al andar; sobre el hombro un escudo blanco con enganches de oro, en la mano una lanza larga de color verde oscuro.

—¿Quién era ese hombre, Fergus? —dijo Ailell.

—Ese hombre es medio ejército él solo: es Rochad, hijo de Fatheman, de Rachlainn, en el norte —dijo Fergus. Y era éste el mismo Rochad que había amado Findabair.

—Vino después otra tropa —dijo Mac Roth—, y a la cabeza de ella un hombre

callado, de cabellos grises. Llevaba un manto verde oscuro, de largas lanas, y una camisa blanca, y un cinto de plata ciñéndole el talle, y una rama con campanas sobre el hombro. Sentóse ante el rey Conchubar cuando llegó al monte, y toda su compañía se sentó a su alrededor. Y el son de su voz cuando hablaba ante el rey, y cuando le aconsejaba, era más dulce que el de un arpa de tres puntas en la mano del tañedor.

—¿Quién era ese hombre, Fergus? —dijo Ailell.

—Ése era Sencha, el orador, el mejor hablado de todos los hombres del mundo entero, y el pacificador del ejército del Ulster —dijo Fergus—; a todos los hombres del mundo, desde donde sale el sol hasta donde se pone, podría pacificar con sus tres buenas palabras. Pero por mi fe, que no será consejo cobarde ni pacífico el que hoy dé ese hombre a su rey, sino consejo de coraje, de fuerza y de pelea.

—Vino otra tropa —dijo Mac Roth—, y a la cabeza de ella un hombre tal que no sería fácil encontrarlo de mejor aspecto, ni con cabellos más dorados que los suyos. Tenía en la mano una espada con empuñadura de marfil, y la arrojaba al alto y la volvía a coger, cuando ya bajaba sobre las cabezas de los que junto a él estaban.

—Ése es Aithirne, el poeta y satírico —dijo Fergus. Se decía de ese hombre que era muy codicioso, y que era capaz de pedirle su único ojo a un tuerto, y que los ríos y lagos retrocedían ante él cuando los ponía en sátira, y se alzaban cuando los alababa. Y una vez, cuando los hombres del Ulster luchaban para protegerle de los de Leinster, a los que había hostigado, y estaban encerrados en Beinn Etair, él tenía muchas vacas en la fortaleza, pero no daba una gota de leche a hombre ni chiquillo, ni siquiera a un herido, sino que les dejó sin comida ni bebida, como no fuera que quisieran comerse el barro o beber el agua salada del mar.

—Vi venir otra tropa —dijo Mac Roth—, de fiero aspecto, y en medio de ella un chiquillo rubicundo y pecoso. Llevaba camisa de seda con cenefa de oro bermejo, y escudo revestido de oro, con cerco de oro, y una espadita de oro brillante al costado.

—¿Quién es ése, Fergus? —dijo Ailell.

—No recuerdo haber dejado atrás a ningún muchacho así cuando salí del Ulster —dijo Fergus—; pero es probable que sea Ere, hijo de Cairbre, que haya venido sin permiso de su padre a ayudar a su abuelo Conchubar; y con él los hombres de Teamhair. Y si es verdad lo que yo creo, veréis que esa tropa es un mar devorador, y que por esa tropa y por ese chiquillo se ganará la batalla contra vosotros.

Ése era el mismo Erc que luchó después en la última batalla contra Cuchulain en Muirthemne, y unos decían que fue él el que acabó con Cuchulain, pero otros decían que sólo había acabado con el Tordo de Machad Y Conall Cearnach le mató después a él en su roja venganza; y su hermana Acaill vino a Teamhair donde le habían enterrado, y le lloró durante nueve días, hasta que el corazón se le rompió como una nuez, y quiso que su tumba y su túmulo se hicieran en un lugar desde donde se vieran la tumba y el túmulo de Erc. Y se hicieron en el lugar que antes se llamaba del poeta Maine, pero que ahora se llama de Acaill.

—Vi otra compañía —dijo Mac Roth— que traía a la cabeza a un hombre alto,

robusto, de excelente aspecto, con suaves cabellos castaños cayéndole en ondas sobre la frente; llevaba un manto gris oscuro, con un broche de plata, y junto a la piel una camisa blanca y suave.

—Conozco a ese hombre —dijo Fergus—; es Eoghan, hijo de Durthact, rey de Fernmaige, uno de los doce héroes principales de la Rama Roja.

—Vi venir otra compañía —dijo Mac Roth—, con muchos hombres en ella; encendidos en el fuego de su ira, fuertes, ansiosos y destructores. A su cabeza un hombre airado, terrible a la vista, de largas narices, grandes orejas, cabellos ásperos y grises; con un manto listado, un pincho de hierro en vez de broche, una camisa áspera y listada junto a la piel, un lanzón en la mano.

—Conozco a ese hombre —dijo Fergus—: es Celthair, hijo de Uthecar; jefe de combates en el Ulster. Y ese lanzón que llevaba en la mano es el Luin, que trajeron del este los tres hijos de Tuireann.

—Vi a la tropa que vino la última —dijo Mac Roth— y sin jefe. Había en ella tres mil hombres altivos, limpios, rubicundos; de largos cabellos rubios y ojos brillantes, con largos mantos brillantes y buenos broches, azules lanzas brillantes, buenas cubiertas en las cabezas y camisas de seda listada. Pero parecían presa de alguna gran tribulación, y muy abatidos.

—¿Qué hombres eran éstos, Fergus? —dijo Ailell.

—Los conozco bien —dijo Fergus—. Suerte la de aquéllos con quienes estén, y lástima de quienes los tengan en frente; porque ellos solos son capaces de pelear contra todo el ejército de Irlanda; pues son los hombres de Cuchulain, de Muirthemne.

Todo este tiempo estaba Cuchulain tendido en la cama, a causa de sus heridas. Mas cuando por el rumor que se oía en la llanura supo que los hombres del Ulster se congregaban para la batalla, hizo acopio de todas sus fuerzas para levantarse; y dio una gran voz, que la oyeron toda su tropa y el ejército entero. Pero los suyos que estaban con él le volvieron a tender en el lecho a viva fuerza, y le sujetaron con cuerdas y ataduras, de modo que no pudiera moverse y reabrir sus heridas. Y estando allí tendido vinieron dos burladoras del campamento de Ailell, y, llegadas junto a su lecho, hicieron como que lloraban y se lamentaban; y le dijeron que los hombres del Ulster estaban vencidos, y muerto Conchubar, y Fergus con él. Y por la noche vino la Morrigu como una vieja flaca y encanecida, gritando de un ejército al otro, saltando sobre las puntas de sus armas, para encender la ira entre ellos, y gritó diciendo que al día siguiente estarían los cuervos picando en los cuellos de los hombres. Con todo ese alboroto, Cuchulain no pudo dormir, y cuando empezaba a clarear el día le dijo a Laeg: «Asómate a mirar, y tráeme noticia de todo lo que suceda en este día.» Conque se asomó Laeg, y dijo: «Veo una pequeña vacada que escapa del campamento de Ailell por el oeste, y unos muchachos la siguen y tratan de hacerla volver; y veo que otros muchachos salen del ejército del Ulster para atacarlos.» «Esa pequeña vacada del llano es el comienzo de una gran batalla», dijo Cuchulain, «porque en ella está el

Toro Colorado de Cuailgne con sus novillas, y ahora los jóvenes del este y del oeste saldrán unos contra otros. Ve tú, Laeg, que yo no puedo ir; llama a los hombres del Ulster, y muévelos a luchar.» Salió, pues, Laeg, y en nombre de Cuchulain los llamó a aprestarse y salir a luchar.

Cuando los del Ulster oyeron ese mensaje de Cuchulain, se alzaron y salieron a toda prisa, sin pararse a ponerse la ropa, sino tomando tan sólo las armas en sus manos; y los que estaban en tiendas abiertas hacia el este no esperaron a salir por la puerta, sino que las rompieron hacia el oeste.

Pero Conchubar no tuvo tanta prisa por sacar a sus hombres, sino que dijo a Sencha: «Sujétalos hasta que sea la hora debida, cuando el sol haya alumbrado todos los valles y los montes.»

Entonces se asomó Laeg por segunda vez, y vio que el ejército de Irlanda salía al encuentro de los hombres del Ulster, y que entre ellos se entablaba un gran combate, que duró un buen tiempo sin que ninguno de los dos bandos sacase ventaja sobre el otro. Y cuando lo supo Cuchulain, dijo: «¡Ay dolor, y que yo no pueda estar con ellos!»

En cuanto a Maeve, estaba enviando a sus hombres, los tres Conaires de Slieve Lis, los tres Luachras rojos, los tres Suibhnes ligeros, los tres celestes Eochuids, los tres bardos de Lough Riach, los tres Fachtnas de los bosques de Navan, los tres Murroughs caritristes, los tres hirvientes Laegaires, los tres Conalls como palomas, los tres hijos de Driscoll que luchaban juntos, los tres Fintans de junto al mar. Y hay quien dice que además de éstos había tres jóvenes de los sidhes con brillante arnés, que se mezclaban con el ejército para infundirle coraje, y que ninguno de los hombres del ejército los veía entre ellos: Delbhaeth, hijo de Eithlin, y Cermat el Boca de Miel, y Angus Og, hijo del Dagda.

Pero al ver Maeve que la batalla proseguía y que ninguno de los dos bandos alcanzaba la victoria, llamó a Fergus y le dijo: «Es hora, Fergus, de que salgas a vengarte de tu enemigo Conchubar; además, es lo justo que vayas ahora a luchar por nosotros, que tan bien te hemos tratado en Connaught.»

—De buena gana iría —dijo Fergus— si tuviera otra vez mi espada la Caladcholg, la espada que trajo Leite del país de los sidhes.

Entonces le dijo Ailell a su conductor, Ferloga: «Ve a traer la espada de Fergus, que yo te ordené esconder.»

Trajo, pues, la espada Ferloga, y la puso en la mano de Fergus, y Fergus le hizo un gran recibimiento.

—Ahora sal a luchar, Fergus —dijo Maeve—, y a nadie perdones hoy la vida, como no sea a un amigo muy querido.

Marcharon entonces Fergus, Maeve y Ailell a la batalla, y por tres veces hicieron retroceder al ejército del Ulster. Y cuando Conchubar supo que estaban rechazando a su gente, gritó a los de la casa de la Rama Roja: «Tened el lugar donde yo estoy ahora, mientras voy a ver quién ha rechazado a los nuestros por tres veces en el lado

norte.»

Y los hombres de la Rama Roja le gritaron: «Así lo haremos, y a menos que caiga el cielo sobre nosotros, o que la tierra se hunda bajo nuestros pies, no cederemos ni un palmo de terreno frente a los hombres de Irlanda hasta que tú vuelvas, o hasta que muramos.»

Fue entonces Conchubar a ver quién estaba rechazando a su ejército, y encontró a Fergus frente a sí; y Fergus asestó tres grandes golpes sobre el escudo de Conchubar, el Ochain, de modo que el escudo clamó a gritos, y todos los escudos del ejército del Ulster clamaron con él, y las tres grandes ondas de Irlanda le respondieron.

Entonces dijo Fergus: «¿Quién es el que contra mí sostiene el escudo?» Y entonces supo Conchubar quién era el que tenía enfrente, y gritó: «Es ese hombre, Fergus, que es más grande y apuesto y joven y mejor que tú, el hombre cuyo padre y cuya madre fueron mejores que los tuyos; el que dio muerte a las tres grandes luminarias del valor de los celtas, los tres prósperos hijos de Usnach, a pesar de tu garantía y tu protección; el que te desterró de tu país; el que hizo de tu casa morada de ciervos y raposas; el que no te dejó ni el ancho de tu pie de tierra en el Ulster; el que te empujó a dejarte mantener por una mujer; y el que hoy te hará retroceder en presencia de los hombres de Irlanda, Conchubar, hijo de Fachtna Fathach, Gran Rey del Ulster, el Gran Rey de Irlanda.»

Cuando Fergus oyó esto, asió con las dos manos su espada, la Caladcholg, y la volteó sobre su cabeza de tal manera que parecía tener el tamaño y el aspecto de un arco iris, y se dispuso a descargar sus tres grandes golpes sobre los hombres del Ulster.

Pero Cormac Conloingeas, el hijo de Conchubar, vio lo que hacía Fergus, y precipitándose a él le echó los brazos alrededor de las rodillas, y dijo: «No saques tu gran fuerza, mi señor Fergus, para destruir a todo el ejército del Ulster.»

—Suéltame —dijo Fergus—, pues no llegaré vivo al fin del día si no descargo mis tres grandes golpes sobre los hombres del Ulster.

Pero Cormac Conloingeas no cesaba de suplicarle, y entonces él dijo: «Dile a Conchubar que regrese a su puesto en la batalla, y yo perdonaré al ejército.» Conque retrocedió Conchubar, y Fergus descargó sus tres golpes sobre tres montecillos que había cerca de él; y les rebanó la cresta, y hasta el día de hoy se han seguido llamando los tres montes pelados de Meath.

Pero cuando Cuchulain oyó gritar al escudo de Conchubar al golpearlo Fergus, gritó a Laeg: «¿Quién se ha atrevido a descargar esos tres golpes sobre el Ochain, estando yo vivo?»

—Es Fergus, hijo de Rogh, quien los ha dado —dijo Laeg.

—¿Dónde es ahora la batalla? —dijo Cuchulain.

—Los ejércitos han llegado hasta Gairech —dijo Laeg.

—Por mi mano valerosa —dijo Cuchulain—, que antes de que lleguen a Ilgairech estaré con ellos.

Diciendo esto hizo acopio de todas sus fuerzas, y rompió las cuerdas que le ceñían y las tiró lejos, y esparció por los aires la hierba que cubría sus heridas. Aún estaban allí las dos burladoras, y las estrelló una contra otra, y las dejó allí caídas en tierra. Y buscó sus armas, pero no vio ninguna; sólo estaba allí su carro, que estaba roto. Tomó entonces uno de los ejes del carro, y con todas sus heridas se abalanzó derechamente a la batalla, hasta que encontró a Fergus, y le gritó que se retirase ante él, según había prometido. Pero Fergus no le contestó. Entonces dijo Cuchulain: «Retírate, Fergus, o, por el juramento de mi pueblo, te trituraré en pedazos como se tritura la malta en el molino.»

Entonces dijo Fergus: «No me vengas con amenazas, que mi ejército se basta contra el ejército del Ulster.»

—Me diste tu promesa, Fergus —dijo Cuchulain— de retirarte frente a mí cuando nos encontrásemos en la gran batalla, y cuando yo estuviese cubierto de heridas. Te obligaste a eso cuando yo me retiré ante ti, estando tú sin tu espada.

Entonces Fergus, al oír esto, retrocedió tres pasos, y luego se volvió, y sus hombres con él, y dejó paso a Cuchulain. Y todos los hombres de Irlanda se volvieron al verlo, y rompiendo las filas echaron a correr por el monte hacia el oeste; y Cuchulain y los del Ulster los siguieron, haciendo gran matanza. Y llegó Cuchulain hasta donde estaba Maeve, y ella le gritó: «Hazme una merced, Cuchulain.»

—¿Qué me pides? —dijo él.

—Que tomes bajo tu protección lo que queda de mi ejército, y le dejes cruzar el gran vado hacia el oeste.

Convino él en esto, y lo que quedaba del ejército de Irlanda cruzó el gran vado del Sionnan en Athluain, y Maeve y Ailell y Fergus, con los Maines y los hijos de Magach, se quedaron los últimos, y tendieron sus escudos de protección tras los hombres de Irlanda, hasta que estuvieron de vuelta en Cruachan de Connaught, el lugar de donde partieran.

Era mediodía cuando entró Cuchulain en la batalla, y se ponía el sol cuando el último de ellos pasó el vado. Entonces Cuchulain sacó la espada que Laeg le había llevado, porque ya no le quedaban más que unas pocas astillas del eje del carro que había empleado en la lucha, y asestó tres golpes a tres peñas y les rebanó las crestas, como insulto a Connaught para siempre; de modo que, si alguien hablaba de los tres montes pelados de Meath, estuvieran allí las tres peñas peladas de Athluain para dar la réplica.

Y contemplando Fergus cómo el ejército de Irlanda cruzaba de regreso el vado, dijo así: «Hoy ha sido barrido este ejército; va perdido y extraviado como la yegua entre sus potros que se extravía en lugar extraño, sin saber qué camino tomar. Y va siguiendo la guía de una mujer, que lo ha puesto en este trance.»

Y así acabó la batalla de Gairech e Ilgairech, y la guerra por el Toro Colorado de Cualgne.

XIII

LOS DOS TOROS

ÉSTA es la historia de los dos toros, el Colorado de Cuailgne y el Astiblanco de Cruachan Ai, que eran así: no eran toros como los demás, sino encantados. Hace mucho tiempo Bodb era rey de los sidhes de Munster, y estaba en Femen de Slievenaman; y Ochall Ochne era rey de los sidhes de Connaught, y solía estar en Cruachan. Hubo una época en que se combatían, pero después hicieron las paces y fueron buenos amigos. Es el caso que Bodb tenía un porquero que se llamaba Friuch, y Ochall tenía un porquero que se llamaba Rucht, y tan amigos eran los dos porqueros como sus amos. Y entendían de encantamientos, y sabían tomar sobre sí toda clase de formas. Y cuando en Munster había mucha abundancia de bellotas, el porquero de Connaught traía sus puercos flacos al sur; y, de la misma manera, cuando en Connaught abundaban las bellotas, el porquero de Munster traía sus puercos al norte, y se volvía con ellos cebados.

Pero al cabo de un tiempo surgió entre los porqueros cierta ojeriza, porque los hombres de Connaught y los de Munster empezaron a malquistarlos. Conque un año en que hubo en Munster muchas bellotas, y Rucht trajo su piara de Connaught, su colega Friuch, no bien le hubo dado la bienvenida, le dijo: «Anda diciendo todo el mundo que tus poderes son mayores que los míos.»

—En nada les van a la zaga —dijo el porquero de Ochall.

—Eso en seguida lo vamos a ver —dijo Friuch—. Voy a hacerles a tus puercos un encantamiento, que por más bellotas que coman no engorden, como engordarán los míos.

Y así fue: hizo un encantamiento sobre los puercos de Connaught, y cuando Rucht volvió a casa con ellos iban que casi no podían andar de puro débiles y enflaquecidos, y la gente se reía de verlos en aquel estado.

—En mala hora te fuiste al sur —decían—, porque tu colega tiene mayores poderes que tú.

—No es verdad —decía él—. Aguardad que nos llegue el turno de las bellotas, que yo le haré entonces la misma jugada.

Conque al año siguiente hizo lo que decía, y los puercos de Munster se encanijaron, con lo que todo el mundo dijo que los poderes de uno y otro eran pariguales. Y cuando el porquero de Bodb se volvió a Munster con sus puercos flacos, su amo le echó de casa. Y también Ochall echó a su porquero, por el mal estado en que habían vuelto de Munster los puercos.

Cierto día, cuando ya habían pasado dos años de esto, estaban reunidos los hombres de Munster cerca de Femen, y repararon en dos cuervos que graznaban

mucho.

—¡Cuánto ruido llevan haciendo esos cuervos todo el año! —dijeron—. No paran de regañar.

En aquel momento subía hacia ellos por el monte Findell, el mayordomo de Ochall, que venía de Cruachan, y le dieron la bienvenida.

—¡Cuánto ruido hacen esos cuervos! —dijo—. Cualquiera diría que son los mismos que tuvimos en Cruachan el año pasado.

En esto vieron que los dos cuervos tomaban forma de hombres, y conocieron que eran los dos porqueros, y les dieron la bienvenida.

—No debéis darnos la bienvenida —dijo el porquero de Bodb—, pues habrá muchos cadáveres de amigos y mucho llanto por nuestra causa.

—¿Qué ha sido de vosotros en todo este tiempo? —le preguntaron.

—Nada bueno —dijo—. Desde que os dejamos hemos estado todo el tiempo en forma de aves, y ya visteis de qué manera reñíamos durante todo este año. De la misma manera estuvimos todo el año pasado regañando en Cruachan, y los hombres del norte y del sur han visto qué poderes tenemos. Ahora vamos a tomar forma de bestias acuáticas, y estaremos bajo el agua por espacio de dos años.

Dicho esto, uno de ellos se metió en el Sionnan y el otro en el Suir, y durante un año fueron vistos en el Suir, y durante otro en el Sionnan, devorándose el uno al otro. Un día tenían los hombres de Connaught una gran asamblea en Ednecha, a orillas del Sionnan, y vieron en el río a las dos bestias: cada una parecía de grande como un monte, y con tanta furia se atacaban que era como si de sus fauces salieran espadas de fuego; y la gente las rodeó por todos lados. Entonces salieron del Sionnan, y en cuanto tocaron la orilla tomaron otra vez la forma de los dos porqueros. Ochall les dio la bienvenida.

—¿Por dónde habéis andado? —les preguntó.

—Cansados estamos ya de nuestras andanzas —dijeron—. Ya visteis lo que hemos hecho ante vuestros ojos, y eso es lo que hemos estado haciendo durante estos dos años, bajo aguas y mares. Ahora tenemos que tomar nuevas formas, para volver a medir nuestras fuerzas.

Y dicho esto se marcharon.

Bastante tiempo después hubo una gran asamblea de los hombres de Connaught en Loch Riach, pues venía Bodb a hacerle una visita de amistad a Ochall. Y trajo Bodb consigo una gran tropa, la más espléndida que nunca se viera: con caballos píos, y mantos verdes con broches de plata, y zapatos con hebillas de bronce bermejo, y cada hombre con un collar de oro, y en él engastada una piedra que valía lo que una vaca recién parida. Cuando vio Ochall las magníficas ropas y caballos que traían, convocó a los suyos en secreto, y les preguntó si podían emular a la gente de Bodb en vestido y caballos y armas, y ellos dijeron que no. Entonces dijo Ochall: «Es lástima; perdido está nuestro gran nombre.» Pero en aquel preciso momento vieron una tropa de hombres que venía del norte, con caballos negros que parecían como salidos del

mar, y bocados de oro en sus bocas. Los hombres llevaban mantos de color gris y negro, y sobre el pecho un broche de oro, y una túnica blanca listada de carmesí, y cincuenta bandas de oro brillante alrededor de cada uno. Y todos tenían negros los cabellos, y lisos como si los hubiera lamido una vaca. Dtuvieronse a poca distancia, y los de Connaught se levantaron y les cedieron el sitio. Había allí un druida de Bretaña, y al verles hacer sitio dijo: «De aquí en adelante, hasta el fin de los tiempos, los hombres de Connaught estarán bajo el yugo, sirviendo a mastines y a hijos de reyes para siempre.»

Luego, cuando ya llevaban un rato gozando de la fiesta, preguntó Bodb si había algún hombre de Connaught que quisiera luchar contra su campeón Rinn, que estaba con él y tenía gran nombre, aunque nadie sabía de dónde venía. Y al principio no se halló a nadie, pero después salió de entre los de Connaught un extraño campeón, diciendo: «Yo peleo con él.» «No es buena noticia», dijo Rinn. Lucharon durante tres días y tres noches, y antes de que pasara ese tiempo empezaron a entrar en la lucha los dos ejércitos, y vino una tropa de Leinster para unirse a Bodb, y otra vino de Meath para unirse a Ochall. Cuatro reyes fueron allí muertos, uno de ellos Ochall; y luego regresó Bodb a Slieve-na-man. En cuanto a los dos campeones, no volvieron a ser vistos, y se supo que eran los dos porqueros. Después de esto estuvieron durante dos años bajo apariencia de sombras, amenazándose mutuamente, de tal modo que mucha gente murió del susto después de verlos.

Y después de eso tomaron forma de anguilas, y una se metió en el río Cruind en Cuailgne, y al cabo de un tiempo una vaca que pertenecía a Daire, hijo de Fachna, se la tragó. La otra se metió en la fuente de Uaran Garad en Connaught; y un día fue Maeve a la fuente llevando en la mano un vasito de bronce, y lo sumergió en el agua; y la anguililla se metió dentro, y lucía con todos los colores. Y Maeve se estuvo largo rato mirándola, tan bellos le parecían sus colores. Entonces desapareció el agua, y la anguila se quedó sola en el vaso.

—Es lástima que no me puedas hablar —dijo Maeve.

—¿Qué quieres saber? —dijo la anguila.

—Querría saber qué vida llevas con esa forma de bestia —dijo Maeve—; y querría saber qué me sucederá después de que obtenga el mando en Connaught.

—La verdad es que soy una bestia atormentada —dijo la anguila—, y en muchas formas he estado. En cuanto a ti, aunque seas agraciada, deberías tomar un buen hombre que te acompañe en el mando.

—No tengo ninguna gana —dijo Maeve— de que un hombre de Connaught mande sobre mí —y dicho esto se volvió a su casa.

Pero más tarde se casó con Ailell; y en cuanto a la anguila, se la tragó una de las vacas de Maeve que iban a la fuente a beber.

Y fue de esa vaca, y de la vaca que pertenecía a Daire, hijo de Fachna, de las que nacieron los dos toros, el Astiblanco y el Colorado. Eran los mejores que jamás se vieran en Irlanda, y los hombres del Ulster y de Connaught les pusieron en los

cuernos oro y plata. No había toro en Connaught que se atreviera a mugir delante del Astiblanco, ni había toro en el Ulster que se atreviera a mugir delante del Colorado.

En cuanto al Colorado, el que había sido Friuch, el porquero de Munster, todas las tardes cuando volvía al establo su mugido era buena música para los habitantes de todo Cuailgne. Y doquiera que estuviese, ni los bocanadas ni los bananachs ni las brujas del valle podían entrar en el mismo lugar que él. Y por su causa estalló la gran guerra.

Y cuando Maeve vio en Ilgairech que perdía la batalla, envió a ocho de sus mensajeros a sacar de allí al Toro Colorado con sus novillas. «Porque unos volverán y otros no», dijo, «pero el Toro Colorado ha de ir a Cruachan.»

Y cuando el Toro Colorado entró en Connaught, y vio el hermoso país sin caminos que se extendía ante él, soltó tres grandes mugidos. Y tan pronto como lo oyó el Astiblanco, echó a andar hacia el sitio de donde venían los mugidos, con la cabeza levantada.

Entonces dijo Maeve a los hombres de su ejército que no debían irse a sus casas sin antes ver la lucha de los dos toros.

Y todos dijeron que había que enviar a alguien a ser testigo de la lucha, para que luego les diese cumplida noticia de ella. Y acordaron enviar a Bricriu a verla, porque no había tomado partido en la guerra; pues durante todo aquel tiempo había estado en Cruachan atendido por los médicos, por la herida que recibió el día en que irritó a Fergus y Fergus le clavó las piezas del ajedrez en la cabeza. «Yo iré de buen grado», dijo Bricriu. Conque fue y se apostó en una quebrada desde donde pudiera ver bien la pelea.

Tan pronto como los toros se vieron, piafaron con tanta furia que levantaron terrones por los aires, y los ojos se les encendieron como bolas de fuego; trabáronse de los cuernos, y revolvieron la tierra bajo sus pezuñas y la pisotearon, y durante un día entero pugnaron por aplastarse y destruirse.

Y hubo un momento en que el Astiblanco retrocedió un poco y embistió al Colorado hincándole un cuerno en el flanco, y el Colorado soltó un fuerte mugido, y los dos se precipitaron juntos por la quebrada donde estaba Bricriu, de modo que le aplastaron contra la tierra con sus pezuñas. Y así fue como halló la muerte Bricriu de la Lengua Amarga, hijo de Cairbre.

Cuando ya estaba próxima la noche, Cormac Conloingeas empuñó el asta de una lanza y le dio tres grandes golpes al Toro Colorado de la cabeza al rabo, diciendo: «¡Vaya tesoro para presumir de él, que no puede con un novillo de su misma edad!» Cuando el Toro Colorado oyó ese insulto le entró una gran furia, y de nuevo arremetió contra el Astiblanco. Y toda la noche estuvieron los hombres de Irlanda oyéndoles mugir, y andar de acá para allá por todo el país.

Por la mañana vieron al Toro Colorado venir hacia Cruachan desde el oeste, llevando entre los cuernos lo que quedaba del Astiblanco. Entonces los hijos de Maeve, los Maines, se alzaron para atacarle por haber aniquilado al toro de

Connaught.

—¿A dónde van esos hombres? —dijo Fergus.

—A matar al Toro Colorado de Cuailgne.

—Por el juramento de mi pueblo —dijo Fergus—, que si no dejáis que el Toro Colorado vuelva sano y salvo a su tierra, todo lo que él ha hecho con el Astiblanco será poco en comparación con lo que os haré yo.

Entonces el Toro Colorado mugió tres veces, y emprendió su camino. Cuando llegó al gran vado del Sionnan se detuvo a beber, y los dos flancos del Astiblanco se le cayeron de los cuernos al agua. Y hasta el día de hoy se ha seguido llamando ese lugar Athluain, el vado del flanco. De la misma manera cayó el hígado a un río de Meath, y hasta el día de hoy se ha seguido llamando el lugar Ath-Truim, el vado del hígado.

Siguió adelante el toro hasta la cumbre de Slieve Breagh, y al mirar desde allí vio su hogar, los montes de Cuailgne; y a la vista de su tierra despertó en él un fuerte brío, y le acometió un acceso de furia y locura, y echó a correr, matando a todo el que se cruzaba en su camino.

Cuando llegó a su lugar volvió la espalda a un cerro y soltó un recio mugido de victoria. Y con eso se le rompió el corazón en el cuerpo, y echó bocanadas de sangre por la boca, y murió.

XIV

DE LA ÚNICA VEZ QUE EMER TUVO CELOS

SUCEDIÓ una vez, cerca del día de *samhain*, que los hombres del Ulster se reunieron en la llanura de Muirthemne para jugar y hacer fiesta.

Y estaban allí todos, menos Conall Cearnach y Lugaid de las Bandas Rojas. «Que empiece la fiesta», dijeron. «No ha de empezar», dijo Cuchulain, «hasta que estén aquí Conall y Lugaid.»

Entonces dijo Sencha, el poeta: «Juguemos al ajedrez mientras esperamos, y que canten poemas para nosotros y se hagan juegos.» Y así lo acordaron.

Mientras estaban en esas cosas, una bandada de aves se posó en el lago que tenían enfrente; y en toda Irlanda no había aves más hermosas.

Y en las mujeres que allí estaban despertó un gran anhelo de tener aquellas aves del lago, y empezaron a reñir entre sí por quién debía tenerlas.

Dijo la esposa del rey Conchubar: «Yo quiero tener una de esas aves sobre cada uno de mis hombros.»

—Nosotras también —dijeron las demás.

—Si alguien ha de tenerlas, seré yo la primera —dijo Eithne Inguba, que amaba a Cuchulain.

—¿Qué haremos? —dijeron las mujeres.

—Yo os lo diré —dijo Levarcham—, pues iré de parte vuestra a Cuchulain para pedirle que las aprese.

Conque fue a Cuchulain, y le dijo: «Las mujeres del Ulster desean que apreses esas aves para ellas.»

Echó mano a la espada Cuchulain como para acometerla, y dijo: «¿No tienen otra cosa que hacer las ociosas mujeres del Ulster sino mandarme hoy a cazar aves?»

—No te enojas con las mujeres del Ulster —dijo Levarcham—, pues muchas están hoy medio ciegas de mirarte, por el gran amor que te tienen.

Entonces Cuchulain ordenó a Laeg que le enganchase el carro, y entró con él en el lago; y asestó a las aves un golpe de medio lado con la espada, de modo que ni sus pies ni sus alas pudieron alzarse del agua.

Entonces las atraparon a todas, y las repartieron entre las mujeres, de modo que no hubo ninguna que no recibiera dos, salvo sólo Eithne Inguba. Cuchulain llegó a ella en último lugar.

—Pareces enojada —dijo—. ¿Es porque les he dado las aves a las otras mujeres?

—Buenas razones tienes —dijo ella—, pues no hay entre ellas ninguna que no quisiera compartir su amor y su amistad contigo; mientras que yo no comparto mi amor sino contigo solo.

—Pues no te enojas —dijo Cuchulain—; porque de cuantas aves vengan de aquí en adelante a la llanura de Muirthemne, o al Boinne, las dos más bellas serán para ti.

Poco después de esto se posaron en el lago otras dos aves, enlazadas con una cadena de oro bermejo, y cantando una música dulce que a punto estuvo de adormecer a cuantos allí estaban.

Dirigióse Cuchulain hacia las aves, pero Laeg le dijo que no fuera, y Eithne dijo: «Si siguieras nuestro consejo, no te acercarías a ellas, porque detrás de esas aves hay un encantamiento; ya tendré otras que no sean éstas.»

—¿Crees poder disuadirme de lo que tengo resuelto hacer? —dijo Cuchulain. Y dijo a Laeg—: Pon una piedra en esa honda.

Tomó Laeg una piedra y la puso en la honda, y Cuchulain la tiró, pero falló.

—¡Ay de mí! —dijo.

Tomó entonces otra piedra, y se la tiró, y pasó sin rozarlas.

—No valgo para nada —dijo Cuchulain—; desde que por primera vez tomé las armas nunca erré un tiro hasta el día de hoy.

Arrojó entonces su lanza pesada, y la lanza atravesó un ala de una de las aves, y las dos se metieron debajo del agua.

Entonces Cuchulain se fue de allí irritado, y se tendió con la cabeza apoyada en una peña, y se adormeció. Y vio que hacia él venían dos mujeres, una envuelta en un manto verde y la otra en un manto carmesí de cinco pliegues.

La del manto verde se le acercó y le sonrió, y le dio un golpe con una vara. Acercósele entonces la otra y le sonrió, y le dio otro golpe de la misma manera; y lo mismo siguieron haciendo durante un buen rato, golpeándole por turno hasta que le dejaron más muerto que vivo. Luego se marcharon, dejándole allí.

Todos los hombres del Ulster vieron que algo había pasado, y preguntaron si le despertaban. «No le despertéis», dijo Conall; «no le mováis hasta la noche.»

Después de eso Cuchulain se puso en pie dormido, y los hombres del Ulster le preguntaron quién le había puesto así, pero él no pudo decirles nada. Al cabo de un rato, sin embargo, dijo: «Llevadme y acostadme en mi cama, no en Dundéalgan, sino en la Casa Jaspeada de Emain.»

—Que le lleven a Dundéalgan, donde está su esposa Emer —dijo Laeg.

—Eso no —dijo Cuchulain—: llevadme a la Casa Jaspeada.

Conque le llevaron allí, y en aquel lugar se estuvo un año entero sin hablar con nadie.

Un día antes de la siguiente fiesta de *samhain*, al cabo de un año, Conchubar y los hombres del Ulster estaban alrededor de él en la casa; esto es, Laegaire entre él y la pared, Conall Cearnach entre él y la puerta, Lugaid de las Bandas Rojas junto a su almohada, y Eithne Inguba a sus pies.

Estando así sentados, entró en la casa uno que parecía un hombre, y se sentó al lado de la cama donde yacía Cuchulain.

—¿Qué te trae por aquí? —dijo Conall.

—Te lo diré —dijo el otro—. He venido a hablar con el hombre que está aquí tendido en la cama. Si el hombre que está aquí tendido estuviera sano, sería una protección para todos los hombres del Ulster; pero tal como está, sumido en gran enfermedad y debilidad, es mejor protección para ellos.

Entonces se puso en pie, y dijo así:

—Si Cuchulain, hijo de Sualtim, aceptara hoy mi amistad, todo lo que ha visto en sueños sería suyo, sin ayuda de su ejército.

»Liban, la que está sentada a la derecha de Labraid de la espada ligera, ha dicho que la venida de Cuchulain daría gran contento al corazón de su hermana Fand.

»Oh Cuchulain, no restaría mucho tiempo tu enfermedad sobre ti si vinieran las dos hijas de Aedh Abrat. Aquí al sur, a la llanura de Muirthemne, enviaré a Liban a curarte de tu enfermedad, Cuchulain.»

—¿Y tú quién eres? —le dijeron entonces.

—Yo soy Angus —dijo, y dicho esto salió; y no supieron de dónde venía, ni a dónde iba.

Entonces Cuchulain se incorporó y les habló.

—Ya es hora, ciertamente —dijeron los hombres del Ulster—, de que nos cuentes todo lo que te ha sucedido.

—Tuve una visión —dijo él— por estas fechas del año pasado —y les contó todo lo que había visto, y lo de las mujeres que llegaron y le dieron de varetazos—. ¿Y qué se ha de hacer ahora, mi señor Conchubar? —dijo.

—Lo que hay que hacer —dijo Conchubar— es que vuelvas a la misma peña.

Conque partió Cuchulain y se fue a la misma peña, y allí vio a la misma mujer del manto verde, que venía hacia él.

—Bien está eso, Cuchulain —dijo la mujer.

—No está nada bien; dime, ¿qué queráis de mí cuando vinisteis el año pasado? —dijo Cuchulain.

—No veníamos a hacerte daño, ciertamente —dijo la mujer—, sino a solicitar tu amor; y ahora yo vengo a hablarte de parte de Fand, hija de Aedh Abrat; pues Manannan, Hijo del Mar, la ha abandonado, y ella te ha dado a ti su amor; yo soy Liban, esposa de Labraid de la espada ligera. Y te traigo de él un mensaje, que es que te dará todo cuanto deseas si vas a ayudarlo un solo día contra Senach del cuerpo torcido, y contra Eochaid Juil y Eoghan de Inver, esto es, Eoghan de la Boca del Río.

—Aún sufro de debilidad —dijo Cuchulain—; hoy no podría salir a luchar con hombres.

—No estarás así por mucho tiempo —dijo Liban—; te curarás, y las fuerzas que has perdido las recuperarás; eso lo debes hacer por Labraid, porque es el mejor de los héroes del mundo.

—¿Dónde está? —dijo Cuchulain.

—Está en Magh Mell, el Llano Dichoso —dijo ella.

—No iré —dijo Cuchulain— sin antes ver a mi esposa Emer. Ve tú por mí, Laeg,

a donde está, y dile que fueron las mujeres de los sidhes las que vinieron a mí de los montes y me golpearon; y dile que ya voy estando mejor, y que venga a visitarme.

Conque fue Laeg a Emer, y le contó cómo estaba Cuchulain. Y dijo Emer: «Mal criado eres tú, Laeg, que andas yendo y viniendo por los montes y no sabes hallar remedio para tu señor; y lástima de los hombres del Ulster, que no hallan remedio cierto para él. Si hubiese sido que Conchubar estuviera preso, o que Fergus no pudiera dormir, o que Conall Cearnach estuviera herido, Cuchulain los habría aliviado.» Y dijo así:

—¡Ay de mí!, hijo de Rianganab, tú que temprano y tarde andas por los montes, no has llegado temprano, sino tarde, a llevarle remedio al hermoso hijo de Dechtire.

»Lástima de los valientes del Ulster, con todos los hombres doctos y estudiosos que hay entre ellos, que no han buscado por toda la faz del mundo un remedio para su amigo Cuchulain.

»Si fuera Fergus el que hubiera perdido el sueño, y hubiera encantamiento capaz de curarle, el hijo de Dechtire no dormiría en casa hasta que hubiera encontrado un druida que lo hiciera.

»Si fuera Conall el que del mismo modo se doliera de heridas y llagas, el Mastín buscaría por todo el ancho mundo hasta encontrar quien le curase.

»Si fuera Laegaire el de los muchos dones el que hubiera sido herido en combate, Cuchulain habría buscado por toda Irlanda para curar al nieto de Iliach.

»Si fuera Celthair el que sufriera de sueño vengativo y larga enfermedad, la noche y el día verían a Setanta viajando por los montes.

»Si fuera Furbaigh, jefe de luchadores, el que estuviera consumiéndose en la cama, él habría buscado en la linde del mundo hasta encontrar quien le salvara.

»La hueste del monte de Truin le ha matado; le han despojado de su gran coraje; el Mastín de Muirthemne no vale más que otro mastín cualquiera desde que le acometió el sueño del monte de Bruagh.

»¡Ay de mí! La enfermedad se ha apoderado de mí por el Mastín del herrero de Conchubar; será enfermedad para mi corazón y para mi cuerpo, que yo no sepa llevarle remedio.

»¡Ay de mí! Me duele en el corazón que la enfermedad abata al jinete del llano, y que no haya podido venir aquí, a la asamblea del llano de Muirthemne.

»No viene de Emain porque ha perdido el aspecto que tenía; yo tengo la voz débil y muerta porque él está así. Un mes y un cuarto y un año sin dormir, así es como yo estoy, y sin oír palabras agradables de nadie, hijo de Rianganab, oh hijo de Rianganab.»

Cuando hubo hecho esta lamentación, Emer fue a Emain Macha para atender a Cuchulain, y se sentó en el costado de la cama donde estaba, y esto es lo que le decía:

—Levántate, campeón del Ulster, despierta de tu sueño, con salud y felicidad. Mira al bien formado rey de Macha; él no tolerará tu largo sueño. Mira su hombro, liso como el cristal; mira sus aliaras y sus despojos de guerra; mira sus carros que

barren los valles; mira los movimientos de sus piezas de ajedrez.

»Piensa en sus héroes con toda su fuerza; piensa en sus mujeres altivas y cumplidas; piensa en sus reyes de bravas hazañas; piensa en sus reinas altivas y nobles.

»Piensa en el comienzo del claro invierno; piensa en sus maravillas a su debido turno; piensa en tu interior todo lo que trae consigo: su frío, su duración, su falta de hermosura. Este estupor, esto no es sueño bueno y saludable; es ociosidad y miedo a la batalla; el largo sueño es lo mismo que una embriaguez; peor que la debilidad sólo hay la muerte.

»Despierta del sueño de los sidhes que has bebido; arrójalo de ti con toda tu fuerza poderosa. Ya has tenido hasta hartarte de palabras dulces y floridas; levántate, oh héroe del Ulster.»

Entonces se levantó Cuchulain, y se pasó la mano por la cara, y apartó de sí el estupor y la torpeza. Y dijo entonces Laeg: «Gran ociosidad para un héroe es ceder al sueño de una cama de enfermo porque se te han aparecido unas mujeres de Magh Mell, que te vencieron, que te ataron, que te pusieron en poder de mujeres ociosas. Levántate de la muerte, tú que estás herido por mujeres de los sidhes, pues te ha venido tu fuerza, la fuerza de un héroe entre los héroes; levántate para ir al sitio de los luchadores, para hacer grandes hazañas, donde Labraid de la mano ligera lleva a sus hombres. Levántate para ser grande, y deja esta ociosidad.»

Entonces Cuchulain fue de nuevo a la peña, y vio a Liban que venía hacia él, y otra vez le pidió Liban que fuera con ella a su país.

—¿Dónde está ahora Labraid? —dijo Cuchulain.

—Te lo diré —dijo Liban.

Y dijo así:

—Labraid está ahora en un lago claro, a donde van compañías de mujeres. No estarías cansado si fueras a su país, si visitaras a Labraid de la espada ligera.

»Una casa feliz ordenada por una mujer buena; cien hombres en ella que son maestros del saber; la belleza de la rubicundez está en la mejilla de Labraid.

»Agita una cabeza de lobo ante su espada roja y fina; hiere el arnés de las huestes acometedoras; rompe los escudos de los héroes.

»Su aspecto en la batalla deleita la vista; hace sus bravas hazañas en todos los puntos; vale más que ningún otro hombre.

»El más grande de los luchadores, el que se nombra en las historias, ha llegado al país de Eochaid Juil; sus cabellos son como anillos de oro; su venida es como el aroma del vino.

»Hombre de muchos hechos extraños, Labraid de la mano ligera con la espada; no hiere hasta ser forzado; tiene a su pueblo tranquilo.

»Sus caballos llevan bridas y colleras de oro bermejo, y no son éstas todas sus riquezas; la casa que habita está sostenida por pilares de plata y de cristal.»

—No iré porque una mujer me lo pida —dijo Cuchulain.

—Deja entonces que venga conmigo Laeg —dijo Liban—, para que lo vea y lo conozca todo.

—Que vaya, pues —dijo Cuchulain.

Marchó Laeg con las mujeres, y fueron hasta más allá de Magh Luada, el Llano de las Carreras, y del Bile Buada, el Árbol de la Victoria, y de Oenach Emna, el lugar de asambleas de Emain, y a Oenach Fidhga, el lugar de asambleas de los bosques; allí era donde solía estar Aedh Abrat con sus hijas. Y Liban asió a Laeg de un hombro.

—Hoy no saldrás vivo, Laeg —dijo—, a menos que te proteja una mujer.

—No estábamos muy acostumbrados a eso hasta ahora —dijo Laeg—, a ponernos bajo la protección de las mujeres.

—¡Ay de mí mil veces, que no esté ahora Cuchulain en tu lugar! —dijo Liban.

—Bien me gustaría a mí tenerle aquí —dijo Laeg.

Marcharon entonces hacia la Isla de Labraid, y al llegar al lago vieron en el agua, delante de ellos, un barquito de cobre. Subieron al barco, y fueron a la isla, y allí se llegaron a la puerta de una casa. Y vieron que un hombre venía hacia ellos, y le dijo Liban: «¿Dónde está Labraid de la espada ligera?» Y dijo el hombre: «Labraid está infundiendo valor al pueblo y reuniéndolo para la batalla. Va a haber una gran matanza, que llenará el llano de Fidgha.»

Subieron entonces a la casa, y a Laeg le pareció haberla visto antes, y sin embargo era extraña. Había en ella camas de color carmesí, verde, blanco y oro; y la candela grande era una brillante piedra preciosa. En la puerta de occidente, por donde se pone el sol, había una yeguada de caballos píos de crines grises, y otros que las tenían pardorrojizas. En la puerta de oriente había tres altos árboles de puro carmesí, con flores perennes, y pájaros que desde ellos cantaban para los muchachos de la fortaleza del rey. A la puerta del patio había un árbol de belleza sin par, un árbol de plata; y cuando le daba el sol era como de oro. Y había allí más árboles, hasta sesenta, y todas sus copas tocaban unas con otras; y trescientos se podían alimentar de cada árbol con frutas distintas, siempre en sazón. Había una fuente en el patio grande, y ciento cincuenta mantos listados, y en la vuelta de cada manto un alfiler de oro reluciente. Y había un tonel de buen aguamiel para repartir entre los de la casa; es una costumbre duradera que esté siempre lleno, a toda hora. Había en la casa ciento cincuenta mujeres, y todas dieron la bienvenida a Laeg, diciéndole así: «Bienvenido seas, Laeg, por la mujer con quien vienes, por aquel de quien vienes, y por ti mismo.»

—¿Qué vas a hacer ahora, Laeg? —dijo Liban—. ¿Quieres ir primero a hablar con Fand?

—Sí quiero, si sé dónde está —dijo Laeg.

—Yo te lo diré, porque está en un aposento ella sola —dijo Liban.

Fueron, pues, a hablar con ella, y ella le dio la bienvenida a Laeg lo mismo que se la habían dado los demás. El nombre de Fand significa una lágrima que pasa sobre el fuego de un ojo. Por su pureza la llamaron así, y por su belleza; pues con ninguna otra cosa en la vida se la podía comparar.

Luego que hubo dado la bienvenida a Laeg, le dijo: «¿Por qué razón no ha venido Cuchulain?»

—No quiso venir porque se lo pidiera una mujer —dijo Laeg—. Y además, no sabía si el mensaje procedía de ti.

—De mí procedía, ciertamente —dijo ella—; que no tarde en venir, porque hoy mismo ha de librarse la batalla.

Estando allí juntos oyeron el ruido del carro de Labraid que venía a la isla.

—Agitado está hoy el espíritu de Labraid —dijo Liban—. Salgamos a su encuentro.

Conque salieron, y Liban le dio la bienvenida diciendo así: «Bienvenido, Labraid el de la mano ligera con la espada, tú que tú solo eres un ejército, un destructor de héroes; bienvenido, bienvenido, Labraid.»

Labraid no respondió, y volvió a hablar Liban:

—Bienvenido, Labraid el de la mano ligera con la espada; su mano está abierta para todos; su palabra es fiel; su justicia es recta; amable es su gobierno; fuerte es su brazo derecho; suave es con sus caballos; ¡bienvenido, bienvenido, Labraid!

Siguió Labraid sin responder, y ella volvió a hablar, y dijo así:

—Bienvenido, Labraid el de la espada ligera; adalid de los débiles; sojuzgador de los fuertes; ¡bienvenido, Labraid; bienvenido, Labraid!

Entonces dijo Labraid: «Deja tus alabanzas, mujer, pues no es el orgullo, ni el contento, ni la alta estima de mí mismo lo que hoy ocupa mi espíritu. Se acerca una batalla, y chocar de espadas en manos diestras y siniestras; el solo corazón de Eochad Juil vale lo que muchos. No es tiempo de orgullo.»

—Hay buenas noticias para ti —dijo entonces Liban—. Está aquí Laeg, el conductor del carro de Cuchulain, y te trae de él el mensaje de que irá a la batalla contigo.

Entonces Labraid le dio la bienvenida igual que habían hecho las mujeres, y dijo: «Ahora vuelve a casa, y dile a Cuchulain que no tarde en venir, porque hoy se libra la batalla.»

Conque se fue Laeg a Emain Macha, y contó lo sucedido ante Cuchulain y todos los demás, diciendo así:

—Labraid es un rey de grandes ejércitos. Vi su país, luminoso, libre, donde no se dicen mentiras ni malas palabras. Vi dentro a los maestros de música, deleitando a las hijas de Aedh. Si no me hubiera venido en seguida, me habrían robado las fuerzas.

»Todo esto vi en el monte de los sidhes. Las mujeres de allí son hermosas, sus dones no se pueden contar; en cuanto a Fand, la hija de Aedh Abrat, sólo reinas de reyes podrían igualarla en belleza.

»Eithne Inguba es una mujer hermosa, pero la mujer de la que estoy hablando arrebató el sentido a ejércitos enteros.

»Es lástima, Cuchulain, que no hayas ido hace un rato, cuando todo el mundo te lo pedía, y hubieras visto cómo es la mansión que yo he visto.

»Si toda Irlanda fuera mía, y yo fuera rey de los montes felices, todo lo diera, y no sería poco, por vivir para siempre en el lugar donde he estado.»

—Bueno es —dijo Cuchulain.

—Bueno es —dijo Laeg—, y está bien ir por ello, porque todo lo que hay en ese país es bueno.

Entonces se levantó Cuchulain, y se pasó la mano por la cara, y conversó agradablemente con Laeg; y sintió que las cosas que le contaba el joven le robustecían el ánimo. Y dijo Laeg: «Es hora de ir, porque hoy se libra la batalla.»

Entonces marchó Cuchulain con él a aquel país, y llevó consigo su carro hasta que llegaron a la isla. Labraid les dio la bienvenida, y todas las mujeres se la dieron también; y Fand le dio su bienvenida a Cuchulain.

—¿Qué hay que hacer aquí ahora? —dijo Cuchulain.

—Lo que hay que hacer —dijo Labraid— es ir a dar una vuelta alrededor del ejército que hay contra nosotros.

Marcharon adelante hasta llegar al lugar de asambleas de los ejércitos, y les echaron una ojeada, y parecían interminables. «Aléjate un rato», le dijo Cuchulain a Labraid. Se fue Labraid, y Cuchulain se quedó frente a los ejércitos. Entonces graznaron dos cuervos negros, y todos los ejércitos rieron. «Seguramente», dijeron, «están hablando los cuervos de la venida del hombre airado de Muirthemne.» Y los ahuyentaron.

Después de esto fue Eochaid Juil a lavarse las manos en el arroyo, y Cuchulain le vio un hombro desnudo a través de la camisa, y le arrojó una lanza que le atravesó; y atacó él solo al ejército, matando a muchos. Entonces le atacó a él Senach Siabhartha el Celestial, y pelearon muy duramente, hasta que al fin le venció Cuchulain. Vino entonces Labraid, y rompió los ejércitos ante sí, y gritó a Cuchulain que dejase de matar. Pero dijo Laeg: «Temo que descargue su furor sobre nosotros, si no se ha hartado de luchar. Dile a tu gente que vaya y prepare tres cubas de agua para apagar su ardor. La primera cuba donde se meta hervirá hasta rebosar; la segunda, nadie soportaría su calor; pero el calor de la tercera cuba será soportable.»

Cuando las mujeres vieron volver a Cuchulain, fue Fand la que cantó ante él:

—Gallardo es el hombre que viene en su carro; joven es e imberbe; su carrera es espléndida por la llanura a la tarde, en Senach Fidhga, el lugar de asambleas de los bosques.

»La música de los sidhes no podría sujetarle en el lecho; trae encima el color rojo de la sangre; yo contemplo los caballos de su carro; no se conocen otros iguales, son tan veloces como los vientos de la primavera.

»Es Cuchulain el que viene, el joven héroe de Muirthemne; lástima del hombre con el que se enoje.»

Entonces le preguntó Liban qué había hecho en el combate. Y dijo Cuchulain: «Hombres rubios y rubicundos me atacaban por todos los lados a lomos de caballos, el pueblo de Manannan, Hijo del Mar, llamado por Eochaid de Inver; yo les di herida

por herida. Arrojé mi lanza contra Eochaid Juil; no con el tiro incierto de un hombre entre brumas la arrojé. Oí su lamento, y lo hallé conocido; si los que han hablado han dicho verdad, fue ese tiro lo que ganó la batalla.»

Al hijo de ese Eochaid Juil de la Tierra de Promisión fue al que más tarde dio Manannan en matrimonio a Aebgreine, la hija de Naoise y Deirdre.

Después de esto se estuvo Cuchulain un mes en aquel país con Fand, y al cabo del mes se despidió de ella, y ella le dijo: «En donde tú me digas que vaya a reunirme contigo, allí iré.» Y donde acordaron reunirse fue en Ibar Cinn Tracta, el tejo que estaba a un extremo de la playa de Baile.

Cuando Emer se enteró de todo esto sintió gran cólera, y mandó preparar cuchillos para matar a la mujer; y fue, con cincuenta muchachas, al lugar donde habían acordado reunirse.

Cuchulain y Laeg estaban allí jugando al ajedrez, y no vieron venir a las mujeres. Fue Fand quien las vio primero, y le dijo a Laeg: «Mira, Laeg, lo que estoy viendo.»

—¿Qué es? —dijo Laeg.

Miró entonces, y le dijo Fand: «Mira a tu espalda, Laeg; hay unas mujeres que os están escuchando, prudentes, con verdes cuchillos afilados en sus manos derechas, con oro en sus pechos bien formados; se mueven como los hombres bravos en una batalla de carros. Bien hace Emer, hija de Forgall, en mudar de color por la cólera.»

—Ningún daño te hará —dijo Cuchulain—, ni te alcanzará siquiera. Sube al asiento soleado del carro, frente a mí, que yo te defenderé contra todas las mujeres de los cuatro puntos del Ulster; pues aunque la hija de Forgall amenace, fiada en la fuerza de sus compañeras, con hacer alguna osadía, contra mí no se atreverá a hacerla.

Entonces dijo Cuchulain a Emer: «Poco me inquietas, mujer, a pesar del afecto que te tengo, más de lo que ningún hombre se inquieta por una mujer. La lanza que empuñas en tu mano temblorosa no me hiere, ni tu cuchillo fino y débil, ni tu ira hinchada y vana; pobre de mí si mi fuerza se viera doblegada por la fuerza de una mujer.»

—Yo te pregunto entonces —dijo Emer—: ¿qué es lo que te ha llevado, Cuchulain, a deshonrarme ante todas las mujeres de la provincia, y ante todas las mujeres de Irlanda, y de la misma manera ante todas las gentes de honor? Pues a tu amparo me acogí, y a la fuerza de tu fidelidad; porque aunque por orgullo amenaces con una gran riña, cierto es, Cuchulain, que no puedes apartarme, aunque lo intentes.

—Yo te pregunto, Emer —dijo Cuchulain—, por qué no puedo yo pasar un tiempo en la compañía de esta mujer; pues en primer lugar es cortés, agraciada, de buenas maneras, digna de un rey, esta mujer de allende las olas del gran mar; tiene buena forma y semblante y alto linaje; tiene bordado y habilidad, buen sentido y viveza; pues nada hay bajo los cielos que su marido pudiera pedir que ella no lo hiciera, aunque no hubiera dado su promesa. Y, oh Emer, nunca encontrarás un hombre bravo y apuesto que valga lo que yo.

—Cierto es —dijo Emer— que yo no repudiaré a esta mujer si tú la sigues. Pero aun así, todo lo rojo es bello, todo lo nuevo es hermoso, todo lo elevado es amable, todo lo ordinario es amargo, todo lo que no se tiene es muy apreciado, todo lo que se tiene es poco apreciado, hasta que se sabe todo lo que hay que saber. Y, oh Cuchulain, en otro tiempo yo estuve en gracia contigo y lo volvería a estar, si eso fuera de tu gusto.

Y el dolor se apoderó de ella y la venció.

—Ea, por mi honor —dijo Cuchulain—, que tú eres de mi gusto, y lo serás mientras viva.

—Abandóname —dijo Fand.

—Es mejor que sea yo la abandonada —dijo Emer.

—Eso no —dijo Fand—; seré yo la abandonada al final, y en ese peligro he estado todo este tiempo.

Y un gran dolor y desasosiego se apoderó de Fand, porque le daba vergüenza ser abandonada, y tener que volverse sin más a su casa; y el gran amor que había dado a Cuchulain la atribulaba; por eso se quejó, e hizo esta lamentación:

—Yo seré la que se vaya; con mucho dolor lo acepto; aunque mi padre tenga tan gran nombre, preferiría quedarme con Cuchulain. Mejor me sería estar aquí, estar a tu arbitrio sin pena, aunque te extrañes de ello, que ir a la casa soleada de Aedh Abrat.

»Oh Emer, el hombre es tuyo, y bien lo puedes lucir, porque eres digna; a lo que mi brazo no alcanza, a eso puedo al menos desearle bien.

»Muchos fueron los hombres que me solicitaron, en la corte y en lugares rústicos; con ninguno fui, porque yo me conducía como es debido.

»Lástima es dar amor a un hombre y que él no haga caso. Mejor que te repudien, si no aman como amas tú.

»No has hecho bien, Emer la rubia, en apoderarte de Fand para matarla en su desgracia.»

De todo esto se enteró Manannan: de que Fand, hija de Aedh Abrat, estaba luchando sola contra las mujeres del Ulster, y que Cuchulain la repudiaba. Vino entonces Manannan del este en su busca, y estaba cerca de ellos, pero no le veía nadie más que Fand. Al ver a Manannan sintió gran temor y agitación, y dijo así:

—Mirad al gran hijo del mar, venido de las llanuras de Eoghan de Inver; Manannan, señor de los bellos montes del mundo; hubo un tiempo en que me era querido.

»Puede ser que aún hoy sea constante; mi espíritu no es amigo de los celos. Hay un camino por el que el amor nos lleva.

»En aquel tiempo en que yo y el amigo de Lugh estábamos en el palacio soleado de Dun Inver, pensábamos, sin ninguna duda, que nunca nos habíamos de separar.

»Cuando Manannan el grande se casó conmigo, yo era una esposa digna de él; me dio un brazalete de oro pesado como precio de mi belleza.

»Veo que viene sobre el mar y nadie de este mundo le ve, al crestado jinete de las olas de altas crines; a él no le hacen falta naves largas.

»En cuanto a mí, porque en el espíritu de las mujeres hay necesidad, el hombre al que amé sobremanera me ha dejado aquí extraviada.

»Adiós, hermoso Cuchulain; me alejo de ti con corazón benigno. Aunque nunca regrese, dame tu buena voluntad; todo es bueno comparado con una despedida.

»Hora es de que me vaya; hay alguien para quien no es dolor, pero a pesar de todo para mí es una gran desgracia, oh Laeg, hijo de Rianganab.

»Iré con mi marido, porque él hará según mis deseos. Mirad cómo me voy, que no se diga que me fui a escondidas.»

Entonces se llegó Fand hasta Manannan, y Manannan le dio la bienvenida, y dijo: «Ea, mujer, ¿será tras Cuchulain tras quien vayas de ahora en adelante, o vendrás conmigo?»

—Por mi fe —dijo ella—, que a uno de vosotros preferiría seguir antes que al otro; pero me iré contigo y no estaré con Cuchulain, porque me ha abandonado. Y hay más: tú no tienes una reina que sea digna de ti, y eso es lo que tiene Cuchulain.

Pero cuando vio Cuchulain que la mujer se alejaba de él con Manannan, le dijo a Laeg: «¿Qué es aquello?»

—Es Fand —dijo Laeg—, que va a Manannan, Hijo del Mar, porque no gustaste de ella.

Grande fue entonces la ira de Cuchulain, y a grandes trancos se fue a Luachair, el lugar de juncos; y durante largo tiempo se estuvo sin bebida y sin comida en las montañas, y durmiendo todas las noches en el camino de Midluachan.

Y cuando lo supo Emer, fue a Emain Macha a visitar a Conchubar, y le contó de qué manera estaba Cuchulain.

Entonces Conchubar mandó a visitarle a los poetas y a los hombres hábiles y a los druidas del Ulster, para que le apresaran y le llevaran con ellos a Emain Macha. Cuando llegaron hasta él, él los hubiera matado, pero los druidas hicieron encantamientos hasta que le apresaron y empezó a recobrar el juicio. Pidióles entonces de beber, y los druidas le dieron una bebida de olvido. Desde el momento en que la bebió, ya no se acordó de Fand ni de todas las cosas que había hecho. Y también a Emer le dieron una bebida de olvido, para que se olvidara de sus celos, porque el estado en que se hallaba no era mejor que el de él.

Y después de eso Manannan sacudió su manto entre Cuchulain y Fand, para que no volvieran a verse nunca más.

XV

CONSEJO A UN PRÍNCIPE

HUBO por entonces una asamblea de las tres provincias de Irlanda en Teamhair, por ver si se encontraba alguien a quien darle el Gran Reino de Irlanda; pues se pensó que era una lástima que el Monte del Señorío de Irlanda, esto es, Teamhair, estuviera sin un rey que en él mandase, y las tribus sin el gobierno de un rey que juzgara sobre sus casas. Pues los hombres de Irlanda estaban sin un Gran Rey que los gobernase desde la muerte de Conaire en la posada de Da Derga.

Y los reyes que se reunieron en la corte de Cairbre Niafer fueron Ailell y Maeve de Connaught, y Curoi, y Tigernach, hijo de Luchta, rey de Tuathmumain, y Finn, hijo de Ross, rey de Leinster. Pero a los del Ulster no les pidieron ayuda para elegir rey, porque todos estaban en contra de los del Ulster.

Dispúsose entonces la fiesta del toro, del mismo modo que cuando se eligió a Conaire, para descubrir quién era el hombre mejor para otorgarle la realeza.

Al cabo de un rato gritó en sueños el soñador, y les contó a los reyes lo que veía. Y lo que vio esta vez fue un hombre joven y fuerte, de altivo aspecto, que tenía sobre el cuerpo dos bandas rojas, y estaba sentado sobre la almohada de un hombre que se consumía en Emain Macha.

Envióse entonces un mensaje a Emain Macha con esas señas. En aquel momento estaban los hombres del Ulster reunidos en torno a Cuchulain, que estaba enfermo en la cama. El mensajero contó su historia a Conchubar y a los jefes del Ulster.

—Hay ahora entre nosotros un hombre joven, de buena estirpe y buen linaje, que responde a esas señas —dijo Conchubar—; es Lugaid de las Bandas Rojas, hijo de Clothru, hija de Eochaid Feidlech, discípulo de Cuchulain; está dentro, sentado junto a su almohada, atendiéndole, porque Cuchulain está enfermo en la cama.

Y cuando supo Cuchulain que habían venido mensajeros por Lugaid, para hacerle rey en Teamhair, se levantó y empezó a aconsejarle, diciendo así:

—No seas hombre temeroso en el combate; no seas atolondrado, ni difícil, ni soberbio. No seas desabrido, ni precipitado, ni apasionado; no te dejes embriagar por las grandes riquezas, como la pulga que se ahoga en la cerveza de la casa de un rey. No hagas derroche de fiestas para los extranjeros; no visites a los mezquinos que no pueden reciberte como a un rey. No dejes pasar la posesión indebida porque venga de tiempo atrás, antes bien haz interrogar a testigos para saber quién es el legítimo dueño de la tierra. Haz que los que cuentan la historia digan la verdad ante ti; haz que las tierras de hermanos y su aumento se registren mientras estén vivos; si una familia ha echado nuevas ramas, ¿acaso no salen de un mismo tronco? Haz que sean llamados, que las antiguas cadenas se afiancen con juramentos; que el heredero disfrute de la

legítima posesión del lugar donde vivieron sus padres; haz expulsar de él por la fuerza a los extraños.

»No gastes muchas palabras. No hables ruidosamente; no hagas burla, no insultes, no menosprecies a los viejos. No pienses mal de nadie; no pidas lo que es difícil dar. Ten una ley para el préstamo, una ley para la opresión, una ley para el compromiso. Sé obediente al consejo de los sabios; ten presente el consejo de los viejos. Sigue las normas de tus padres. No seas frío con los amigos; sé fuerte con los enemigos; no des mal por mal en tus batallas. No seas dado a hablar en exceso. No digas ningún mal de otros. No malgastes, no disperses, no te desprendas de lo que es tuyo. Cuando hayas hecho mal, recibe las culpas; no renuncies a la verdad por nadie. No intentes ser el primero, para no ser celoso; no holgazanees, para no ser débil; no preguntes demasiado, para que no te menosprecien. ¿Estás dispuesto a seguir este consejo, hijo mío?»

Respondió Lugaid a Cuchulain, y dijo así: «Mientras todo vaya bien, seguiré tus palabras, y todos sabrán que no hay defecto en mí; se hará todo lo que se pueda hacer.»

Entonces Lugaid se fue con los mensajeros a Teamhair, y le hicieron rey, y aquella noche durmió en Teamhair. Y hecho esto todos los que se habían reunido se volvieron cada uno a su casa.

XVI

LOS HIJOS DE DOEL DERMAIT

UNA vez había ido Cuchulain al oeste, a Carraige, en la provincia de Connaught, y con él iban Lugaid de las Bandas Rojas y Laeg. Y un día vieron a una muchacha que estaba subida al túmulo de Tetach.

—¿Qué quieres? —dijo Lugaid.

—Quiero a Cuchulain, hijo de Sualtim —dijo ella—; pues me he prendado de él, por las grandes hazañas tuyas que han llegado hasta mis oídos.

—Allí le tienes —dijo Lugaid. Entonces la muchacha se llegó hasta él, y echándole los brazos al cuello le besó; y le dijo que era Finnchoem, hija de Eocho Rond, rey de Hy Maine.

Tomóla entonces Cuchulain bajo su amparo, y durante toda la noche viajaron hacia el norte, en dirección a Emain. Y una vez, en la oscuridad de la noche, hacia Fid Manach, vieron delante tres hogueras en un bosque, con nueve hombres en cada hoguera; eran proscritos que saqueaban el país. Y Cuchulain mató a tres en cada hoguera.

Por la mañana vieron una tropa de hombres que venía hacia ellos por el llano, y el que la conducía era el padre de Finnchoem, el rey de Hy Maine. Llevaba un manto carmesí de cuatro pliegues, con cuatro cenefas de oro, y un escudo con ocho cercos de bronce blanco, y al costado una espada con empuñadura de oro. Sus cabellos, de color amarillo claro, le caían por cada lado hasta los flancos de su caballo tordo, y de los cabellos le colgaba una cadena de oro de siete onzas de peso; y por eso le llamaban Eocho Rond, esto es, Eocho el de la cadena de oro. Y tan pronto como vio a Cuchulain arrojó contra él su lanza. Pero Cuchulain la tomó y se la arrojó a él, y la lanza hirió al caballo en el cuello, de modo que se encabritó y tiró a su amo. Y Cuchulain alzó a Eocho en sus brazos y le llevó hasta Cruachan, que estaba allí cerca, para dejarle al cuidado de Ailell y Maeve. Y el rey de Hy Maine sintió gran vergüenza de lo sucedido.

Y cuando ya le dejaba Cuchulain, dijo: «Ojalá no tengas nunca reposo sentado ni tendido, hasta que descubras qué fue lo que hizo salir de su país a los tres hijos de Doel Dermait, el Escarabajo del Olvido.»

Y siguió Cuchulain hasta Emain. Pero cuando se sentó en su sitio, le pareció como si las paredes de la casa y el suelo bajo sus pies estuvieran ardiendo. Y dijo a los suyos: «Creo que me está sucediendo aquello con que me amenazó Eocho Rond, y que me vendrá la muerte si no hago lo que me dijo.»

Regresó entonces a su lugar, Dundealghan, y de allí marchó al oeste hasta la playa de Baile. Y allí vio venir una barca, y en ella al hijo del rey de Alban con los suyos,

que traían presentes de púrpura y copas de oro para el rey Conchubar. Y al ver a los tres hombres que estaban en la playa, Cuchulain y Lugaid y Laeg, les dijeron: «Si el rey supiera que estamos aquí, seguramente nos enviaría comida y bebida por vosotros.»

—¿Queréis tomarme por mayordomo? —dijo Cuchulain, y montó en cólera, y empuñó la espada para acometerlos.

—Perdona nuestra vida, Cuchulain, pues no te conocimos —dijo el hijo del rey.

—¿Sabes tú qué fue lo que hizo salir de su país a los tres hijos de Doel Dermait? —dijo Cuchulain.

—Yo no lo sé —dijo el hijo del rey—. Pero tengo un encantamiento del mar, y lo pondré para ti, y te lo daré, y encontrarás el conocimiento que buscas.

Entonces Cuchulain le dio su lanza pequeña, y arañó en ella un *ogham*, y le dijo: «Ponte en camino, y ve a ocupar mi sitio en Emain Macha.»

Sacaron las cosas de la barca, y subieron en ella Cuchulain, Lugaid de las Bandas Rojas y Laeg; y desplegaron la vela, y navegaron durante un día y una noche, hasta que llegaron a una isla. Era una isla grande, buena y hermosa, que tenía alrededor un muro de plata y una empalizada de bronce.

Desembarcó Cuchulain, y vio una casa con columnas de bronce blanco, y en la casa ciento cincuenta camas, y un tablero de ajedrez, y un tablero de damas, y un arpa colgando sobre cada cama. Y vio que en la casa estaban un rey canoso y una reina, que vestían mantos de color púrpura labrados en oro de color oscuro, y tres muchachas, las tres de una misma edad, y cada cual con un vestido labrado con hilo de oro.

Hízoles el rey un recibimiento de amigo, y dijo: «Bienvenido entre nosotros es Cuchulain por Lugaid, y Laeg es bienvenido por su padre y su madre.»

Preguntóle entonces Cuchulain si sabía qué fue lo que hizo salir de su país a los tres hijos de Doel Dermait. «Pronto lo sabrás», dijo el rey, «pues su hermana y el marido de su hermana están en esa isla que hay más al sur.»

Pusieron entonces en el fuego tres pedazos de hierro, y cuando estaban al rojo las tres muchachas los sacaron, y los metieron en tres cubas, y Cuchulain, Lugaid y Laeg se bañaron en las cubas. Y les llevaron copas de aguamiel. Oyeron después ruido de armas y trompetas, y vieron entrar en la casa a cincuenta hombres armados, que cada dos traían un puerco y un buey, y cada uno una copa de aguamiel de avellanas. Después volvió a entrar cada uno de ellos con una carga de leña a la espalda, y guisaron los bueyes y los puercos, y hubo un banquete para cientos en honor de Cuchulain y sus compañeros.

Al día siguiente continuaron hasta la isla donde estaba la hija de Doel Dermait, y la barca se guió sola hasta la isla. Estaba Condla, yerno de Doel Dermait, tendido en la playa, con la cabeza apoyada en una columna al este de la isla y los pies al oeste; y cada vez que respiraba hacía en el mar una ola que empujaba la barca hacia atrás. Pero llamó a Cuchulain diciendo: «Venid a tierra, que no os tenemos miedo; pues, por

grande que sea vuestra ira, no está anunciado que esta isla haya de ser destruida por vosotros.» Bajó entonces a tierra Cuchulain, y Condla y su mujer le dieron la bienvenida. Y preguntóles Cuchulain si sabían qué fue lo que hizo salir de su país a los tres hijos de Doel Dermait. «Yo lo sé», dijo la mujer, «y te voy a enseñar dónde están, porque está anunciado que tú les traigas la curación; y bien se alegraría mi corazón leal y cariñoso de que se curasen.» Y luego dijo: «Id a donde está aquel muro, y encontraréis a Cairpre Cundail, y él os llevará al valle donde los tiene Eocho Glas, el hombre fuerte.»

Conque se llegaron hasta el muro, y vieron a dos mujeres que estaban cortando juncos, y Cuchulain le dijo a una de ellas: «¿Cómo se llama este país al que he venido?» Y la mujer se enderezó, y dijo así: «Hay siete príncipes en este país, y cada uno de ellos ha tenido siete victorias; y hay siete mujeres en este país, y cada una de ellas tiene un rey bajo sus pies. Y cada uno de éstos tiene siete ejércitos; y cuando viene un ladrón a este lugar, no regresa para contarle.»

Entonces Cuchulain la derribó de una puñada, y la otra mujer se fue a contarle lo sucedido a Cairpre Cundail.

Salió entonces Cairpre Cundail, y él y Cuchulain pelearon todo el día, sin que ninguno sacara ventaja al otro. Pero a la noche dijo Cairpre: «Ya basta, Cuchulain.» Y cesaron por esa noche. A la mañana siguiente Cairpre llevó a Cuchulain al valle donde estaba Eocho Glas, con quien él siempre estaba en guerra. Y gritó Eocho Glas: «¿Hay ahí alguno de tus luchadores miserables?» «Hay alguien aquí», dijo Cuchulain. Y al oírlo dijo Eocho: «No me gusta esa voz, porque es la voz del hombre airado de Muirthemne.»

Salió entonces, y pelearon en el valle, y después pelearon junto al mar. Y al final Cuchulain empuñó la Gae Bulg y le atravesó con ella, y Eocho Glas cayó, y Cuchulain le cortó la cabeza.

Entonces vinieron corriendo los prisioneros de Eocho Glas de los montes de un lado y de otro, del este y del oeste, y se bañaron en su sangre, porque había estado haciéndoles toda clase de males y daños, y todos se curaron.

Y con ellos vinieron los tres hijos de Doel Dermait, y con ellos se curaron, y le contaron toda su historia a Cuchulain. Luego partieron hacia su país.

Y Cuchulain se volvió por donde había venido, y llevó consigo maravillosos presentes de Cairpre Cundail.

Y de vuelta en el Ulster siguió hasta Emain Macha, y allí todavía le estaba esperando su ración de comida y bebida. Y contó toda su historia a Conchubar y a los héroes de la Rama Roja, y a Eocho Rond, rey de Hy Mainne; y así fue como hizo las paces con él.

XVII

LA BATALLA DE ROSNAREE

HUBO un tiempo, después de la guerra por el Toro de Cuailgne, en que el rey Conchubar estaba un tanto abatido, y apesadumbrado en su ánimo.

Y los hombres del Ulster pensaron que podía ser que se sintiera solo, y todavía penase por Deirdre, y le buscaron esposa por toda la provincia.

Al cabo encontraron una hermosa muchacha de buena estirpe, que se llamaba Luain, y la llevaron a Emain Macha, y se hizo una gran boda con grandes festejos; y el rey se apaciguó y se puso contento. Pero entre los hombres que fueron a la boda estaban los dos hijos del poeta Aithirne, que tan mala fama tenía de codicioso y cruel.

También eran poetas los dos hijos, Cuingedach y Abhartach; y cuando vieron a Luain, la reina de Conchubar, y la vieron tan hermosa, los dos se enamoraron de ella al instante. Y se detuvieron en Emain, y al poco tiempo cada uno de ellos intentó conquistar su amor en secreto. Pero Luain tuvo por esto gran ira y desagrado, y los rechazó.

Volviéronse entonces a la casa de su padre Aithirne, y los tres, para vengarse de Luain, compusieron sátiras contra ella, que le hicieron salir manchas en la cara. Y cuando vio así estropeada su cara, que antes era tan hermosa, se fue a ocultarse en la casa de su padre, y de la vergüenza y la pena que tenía se murió allí.

Entonces sintió Conchubar gran ira y furia, y envió a los hombres del Ulster a casa de Aithirne; y les dieron muerte a él y a sus dos hijos, y de su casa no dejaron piedra sobre piedra.

Pero a los demás poetas del Ulster no les supo bien que Conchubar tratara con tal desconsideración a uno de ellos y se cobrara tan gran venganza de él, y se reunieron para hacerle a Aithirne un gran entierro y hacer duelo por él, y fue Amergin el que hizo una lamentación sobre su tumba.

Entonces se detuvo Conchubar en Emain Macha, y otra vez vino sobre él la nube de tribulación; pensaba en la guerra por el Toro de Cuailgne, y en todo lo que hizo el ejército de Maeve cuando él estaba en su debilidad, y no dormía por las noches, ni había manjar que le agradase.

Y los hombres del Ulster pidieron a Cathbad el Druida que fuera a Conchubar y le sacase de su enfermedad.

Conque fue Cathbad a él, y al verle derramó lágrimas, y dijo: «Dime, Conchubar: ¿qué herida ha sido, o qué enfermedad, la que te ha debilitado y te ha puesto tan pálido?»

—No es extraño que esté enfermo —dijo Conchubar—, cuando pienso cómo vinieron las cuatro provincias de Irlanda y destruyeron mis fortalezas y mis castillos,

mis ciudades amuralladas y las casas de mi gente, y cuando pienso cómo se llevó Maeve los ganados, el oro y la plata; y cómo llegó hasta Dun Sescind y Dun Sobairce, y de mi propia provincia sacó el toro de Daire. Y lo que me irrita es que la propia Maeve saliera sana de la batalla; hora es de que vaya a vengar aquel tiempo en los hombres de Irlanda.

—En eso no tienes razón —dijo Cathbad—, pues los del Ulster se cobraron una buena venganza en los de Irlanda cuando ganaron la batalla de Ilgairech.

—Yo no cuento una batalla como tal —dijo Conchubar— si no ha caído en ella un rey o una reina; y juro por el juramento de mi pueblo, Cathbad, que daré muerte a reyes y grandes hombres, o yo mismo moriré.

—Yo te aconsejo —dijo Cathbad— que no salgas hasta que pase el invierno; porque en esta época los vientos son ásperos, los caminos están fatigosos y los ríos van llenos y desbocados, y en cada quebrada ventosa hace frío. Es mejor esperar al verano, a que los vados estén bajos y lisos los caminos, a que las hojas apretadas de los arbustos den cobijo y cada terrón de hierba sea una almohada, a que nuestros potros estén fuertes y las noches sean cortas para estar en guardia frente a un enemigo. Es mejor esperar a que puedas reunir a los hombres del Ulster, y enviar mensajeros a los amigos que tienes entre los gall.

—Estoy dispuesto a hacerlo así —dijo Conchubar—; pero doy mi palabra de que, vengan o no vengan, yo iré a Teamhair a tomar satisfacción de Cairbre Niafer, mi propio yerno, que no vino a la asamblea de Ilgairech a ayudarme, y de Lugaid, hijo de Curoi, y de Eocha, hijo de Luchta, y de Maeve, y de Ailell, hasta que abata las estelas de las tumbas de sus jefes, hasta que arrase y asole su país, lo mismo que los hombres de Irlanda asolaron mi provincia.

Así pues, envió Conchubar mensajeros a Conall Cearnach, que estaba recaudando su tributo en las islas de Leodus, de Cadd y de Orc; y a los países de los gall, a Olaib, nieto del rey de Noruega, y a Baire el de las islas Scigger, y a Siugraid Soga, rey de Sudiam; a los siete hijos de Romra, y al hijo del rey de Alban, y al rey de la isla de Orc.

Y el primero en dar respuesta a los mensajeros y partir para el Ulster fue Conall Cearnach, pues sintió gran cólera cuando se enteró de todo lo que había sucedido en el Ulster en la guerra por el Toro de Cuailgne, sin estar él. «Si yo hubiera estado», dijo, «los de Connaught no habrían sacado botín del Ulster sin ser retribuidos con la misma medida.» Y Olaib, nieto del rey de Noruega, fue con él, y Baire el de las islas Scigger, y sus hombres con ellos en las naves; y surcaron las verdes olas, y las focas y los peces espada se alzaban a su paso, hacia Dundéalgan, y desembarcaron en la playa de Baile, hijo de Buan.

Ésta es la historia de Baile, que fue enterrado en esa playa.

Era de la estirpe de Rudraige, y, aunque poseía poca tierra, era el heredero del Ulster. Y todo el que le veía le amaba, fuera hombre o mujer, por su dulce hablar; y le llamaban Baile de la Boca de Miel. Y quien más le amaba era Aillinn, hija de

Lugaidh, el hijo del rey de Leinster. Una vez partieron ella y Baile para reunirse cerca de Dundualgan, junto al mar. Baile fue el primero en ponerse en camino, y vino desde Emain Macha, por Slieve Fuad y Muirthemne, hasta la playa donde habían de verse; y allí se detuvo, y sus carros fueron desenganchados, y sueltos sus caballos a pacer. Y mientras esperaban él y los suyos vieron un hombre extraño, de salvaje aspecto, que venía hacia ellos del sur, tan veloz como el halcón que se abate desde un peñasco o el viento que sopla del verde mar. «Id a su encuentro», dijo Baile a los suyos, «y pedidle noticia de a dónde va y de dónde viene, y cuál es la razón de su prisa.» Conque pidiéronle noticia, y él dijo: «Ahora vuelvo a Tuagh Inbhir desde Slieve Suidhe Laighen, y ésta es toda la noticia que tengo: que Aillinn, hija de Lugaidh, iba a reunirse con Baile, hijo de Buan, al que amaba. Los jóvenes de Leinster la alcanzaron, y le impidieron ir con él, y allí mismo se murió de la pena. Pues los druidas que les eran favorables habían anunciado que no se reunirían en vida, sino después de la muerte, y entonces serían felices para siempre.» Y dicho esto los dejó, y se fue otra vez como un huracán, y no le pudieron detener.

Cuando Baile supo aquella noticia, le abandonó la vida, y allí mismo en la playa cayó muerto.

En aquel momento la joven Aillinn estaba en su solana al sur, pues aún no se había puesto en camino. Y el mismo hombre extraño entró donde ella estaba, y ella le preguntó de dónde venía. «Vengo del norte», dijo, «de Tuagh Inver, y de aquí voy a Slieve Suidhe Laighen. Y la única noticia que tengo es que vi a los hombres del Ulster congregados en la playa que hay cerca de Dundualgan, que estaban alzando una piedra y escribiendo en ella el nombre de Baile, hijo de Buan, que murió allí cuando iba a encontrarse con la mujer a la que había dado su amor; pues no les estaba destinado alcanzarse vivos, ni que ninguno de ellos viera vivo al otro.» Y cuando hubo dicho esto desapareció, y a Aillinn se le fue la vida, y murió de la misma manera que Baile.

De su tumba creció un manzano, y un tejo de la de Baile. Cerca de ese tejo desembarcaron Conall Cearnach y Baire, y el nieto del rey de Noruega. Cuchulain había dispuesto una gran fiesta para ellos, y para Conchubar, que había salido a recibirlos, en la alegre Dundualgan.

Dulce y amable recibimiento les hizo el Mastín, y dijo; «Bienvenidos seáis los que conozco y los que no conozco, los buenos y los malos, los jóvenes y los viejos.» Y se estuvieron allí una semana, y mucho agradó a Conchubar ver toda la playa llena de sus amigos, que habían venido en sus naves. Entonces se despidió de Emer, hija de Forgall, y dijo a Cuchulain: «Ye a los ciento cincuenta luchadores viejos que descansan en su ancianidad con Irgalach, hijo de Macclach, y diles que vengan conmigo a esta asamblea y esta guerra, para que yo tenga su ayuda y su consejo.» «Que vayan si quieren», dijo Cuchulain, «pero no seré yo el que vaya a pedirselo»

Así que fue el propio Conchubar a la casa grande donde vivían los luchadores viejos que habían dejado las armas. Cuando entró, alzaron la cabeza de sus sitios para

mirar al gran rey. Y al momento se pusieron en pie, y dijeron: «¿Qué te trae hoy a nosotros, nuestro jefe y señor?» «¿No habéis oído», dijo él, «que las cuatro provincias de Irlanda vinieron contra nosotros, y pusieron fuego a nuestras fortalezas y nuestras casas, y llevaron consigo a sus hacedores de poemas y de historias, para que sus hazañas fueran contadas y nuestra vergüenza fuera mayor? Ahora voy yo contra ellas para tomar satisfacción; venid conmigo y tendré vuestro consejo.» Animáronse entonces los corazones de los viejos, y tomando a sus viejos caballos los engancharon a sus viejos carros. Y marcharon con el rey hasta que por la noche llegaron a la boca del Agua de Luachann.

Al día siguiente partió Conchubar, con sus hombres y sus amigos de allende el mar, hacia Slieve Breagh, que está cerca de Rosnaree del Boinne. Y acamparon en Cuanglas, el puerto verde, y encendieron hogueras, y escucharon músicas y canciones alegres. Pero Cuchulain se quedó atrás, en Dundéalgan, para reunir a los suyos y abastecerlos para la marcha.

Habían llegado noticias hasta Cairbre Niafer, en Teamhair, de que Conchubar estaba reuniendo a sus hombres para tomar satisfacción de todo lo que se había hecho al Ulster en la guerra por el Toro de Cuailgne, y de que seguramente sería él el primero a quien atacase.

Pues había cierta malquerencia entre Cairbre y los del Ulster desde que Cairbre echara a los hijos de Umor a Connaught, con la pesada renta que les puso, y eso después de que Conall Cearnach y Cuchulain dieran garantías por su buen comportamiento. Volviéronse contra sus garantías después de esto, y pelearon con ellos, y Conall Cool, el hijo de su jefe, cayó; y Cuchulain, su padre y sus amigos alzaron sobre él el túmulo de piedras que se llama Carn Chonaill, en la provincia de Connaught.

Y Cairbre envió un mensaje a Cruachan, diciéndoles a Ailell y Maeve: «Contra nosotros vienen Conchubar y los hombres del Ulster, venid en nuestra ayuda; pues si pasan de nosotros a la hermosa provincia de Connaught, iremos nosotros a ayudarlos.» Así que cuando llegó Conchubar a Cuanglas, en Rosnaree, había allí reunido un buen ejército para hacerle frente: las tres tropas de los hijos de Deagha, y una gran tropa de los Collamnach, y de los hombres de Bregia y los gailianas. Alzóse Conchubar por la mañana temprano y vio movimiento de hombres y relumbrar de lanzas, y oyó el rumor de un gran ejército, y dijo: «Enviaremos a alguno de los nuestros a que nos traiga noticia de ellos.»

Y envió a Feic, hijo de Follaman. Y Feic subió a un cerro que había junto al Boinne, y empezó a mirar al ejército y a contarlos, y le irritó ver la cantidad de hombres que había en él. Y se dijo: «Si ahora vuelvo y digo esto, vendrán los hombres del Ulster y entablarán batalla, y yo no tendré mejor ocasión de ganar nombre y hacer grandes hazañas que cualquier otro hombre. ¿Por qué no ir ahora y luchar yo solo?» Y así diciendo cruzó el río.

Pero los hombres que estaban delante le vieron, y todo el ejército empezó a gritar

alrededor, y él no tuvo coraje de enfrentarse a ellos, sino que se volvió para cruzar otra vez el río. Pero dio un salto en falso allí donde el agua era más profunda, y una ola se rió sobre él, y murió.

Parecióle a Conchubar que hacía mucho tiempo que estaba ausente, y dijo a los hombres del Ulster: «¿Qué nos aconsejáis sobre esta batalla?» «Nuestro consejo», dijeron, «es que esperéis a que vengan nuestros luchadores fuertes y nuestros jefes.» Y no tuvieron que esperar mucho para ver que venían tropas: Cathbad con mil doscientos hombres, y Amergin con otros mil doscientos, y Eoghan, rey de Fernmaighe, y Laegaire Buadach, y los tres hijos de Conall Buide.

Vieron entonces venir otra tropa, y delante de ella un hombre moreno y fiero. Tenía los cabellos ásperos y oscuros, la nariz grande y las mejillas hundidas, y su hablar era rápido y apresurado. Llevaba un manto azul, y un broche de plata blanca como un ave, una espada pesada y un escudo con ribetes de hierro. Era Daire de Cuailgne, que venía a tomar satisfacción sobre los hombres de Irlanda por su toro y sus rebaños.

—¿Por qué te demoras aquí? —le dijo a Conchubar.

—Buenas razones tengo para demorarme —dijo Conchubar—, pues tenemos enfrente, en Rosnaree, un gran ejército bajo el mando de Cairbre Niafer, y no somos suficientes para marchar contra ellos. No es que no queramos dar batalla, sino que estamos esperando a juntarnos todos.

—Por mi fe —dijo Daire—, que si no marcháis contra ellos, yo mismo iré solo.

Entonces Conchubar se vistió su arnés, y tomó su espada y su escudo de muchos colores, el Ochain. Y todos los hombres del Ulster se congregaron a su alrededor, y alzaron sus lanzas y sus escudos, y fue como un gran río que rompe del flanco de la montaña y quebranta las piedras y los árboles que halla a su paso, como fueron a enfrentarse a los hombres de Leinster en Rosnaree del Boinne.

Cuando Cairbre Niafer y sus amigos y sus hombres los vieron venir, se aprestaron a recibirlos y se acercaron al río.

Cruzaron el río los hombres del Ulster, y encontráronse los dos ejércitos, y cada uno de ellos comenzó a herir y destruir al otro. Y los gailianas arremetieron reciamente contra los del Ulster y les entraron hasta el medio, y los abatieron como se talan los árboles en un bosque. En cuanto a Conchubar, no retrocedió de donde estaba, con Celthair a su derecha, y Amergin el poeta también a su derecha, y Eoghan, rey de Fernmaighe, a su izquierda, y Daire de Cuailgne cerca de él. Estos pocos resistieron contra los gailianas, y lucharon con ellos, recios y altivos. Pero los jóvenes y los que hasta entonces no habían estado en ningún combate se dieron media vuelta, y por mitad de la batalla escaparon hacia el norte.

En aquel momento venía Conall Cearnach en su carro, y cuando los jóvenes del Ulster vieron el rostro de Conall, se detuvieron; y Conall vio que iban vencidos y huían de la batalla, y les gritó palabras acerbos, pues le encolerizó que abandonasen la lucha sin llevar encima señal de sangre ni heridas.

Pero ellos entonces sintieron vergüenza, y voluntad de volver a la batalla, teniendo la mano de Conall para ayudarlos; y cada uno arrancó una rama verde de los robles que allí cerca había, y la levantó en alto, y fueron con él; porque sabían que no se podía huir de allí donde se viera el rostro de Conall.

Y sucedió que en aquel mismo momento estaba el gran rey Conchubar retrocediendo tres pasos de la batalla hacia el norte; pero cuando vio el rostro de Conall que venía hacia él, le gritó que contuviera el retroceso del ejército. «Doy mi palabra», dijo Conall, «de que más fácil me parece librar yo solo la batalla que detener ya la desbandada.»

En aquel momento venían los tres poetas reales del rey de Teamhair a ayudarle, Eochaid el Docto, Diarment de las Canciones y Forgel el Justo, y entraron en el combate contra Conall. Miróles Conall y dijo: «Doy mi palabra verdadera de que si no fuerais poetas y hombres doctos, ya antes de esto os hubiera dado la muerte; y ahora que venís combatiendo con vuestro señor, ¿qué razón hay para perdonaros la vida?» Y dicho esto les asestó un golpe con un garrote que tenía en la mano, que les arrancó la cabeza a los tres.

Después sacó Conall la espada de su vaina, y tocó la música de su espada en los ejércitos de Leinster, y su son se oyó de todas partes; y cuando lo oían los que estaban cerca de él palidecían sus rostros, y cada cual volvía a su puesto en la batalla. Entonces entró en la batalla Cuchulain, y los hombres de los gailianas le recibieron con gritos feroces, y él montó en cólera y los dispersó.

Y retornó el vigor a los corazones de los hombres del Ulster, y creció su cólera, y la tierra tembló bajo sus pies, y hubo chocar de espadas por ambos lados, y gritos de jóvenes y alaridos de viejos, y gemidos de luchadores de carros, y graznidos de cuervos. Y muchos quedaron tendidos en charcos fríos, juntas las blancas plantas de sus pies, los rojos labios tornándose grises y los claros rostros muy pálidos, mientras en sus ojos grises avanzaba la oscuridad, y la confusión en sus claros ingenios.

Entonces halló Cuchulain a Cairbre Niafer, y arremetió contra él, y puso su escudo contra el de Cairbre, y quedaron cara a cara. Y Cairbre dijo palabras insultantes a Cuchulain, y Cuchulain se las devolvió y dijo: «Lo único que te pido es que ahora pelees conmigo tú solo.» «Así lo haré», dijo Cairbre Niafer, «pues rey soy en mi manera de vivir, y campeón en las batallas.»

Atacáronse entonces, y tan apretada era la pelea que les costaba trabajo tener firmes los pies o golpear con las manos. Y Cairbre quebró todas sus armas, pero nueve de sus hombres se adelantaron y siguieron luchando con Cuchulain mientras le traían otras. Quebráronse después las armas de Cuchulain, y Cairbre y nueve de sus hombres se adelantaron y alzaron ante él sus escudos mientras Laeg le traía sus armas propias, su lanza la Dubach, la severa, y su espada la Cruaidin. Tornaron entonces a acometerse, y al cabo Cuchulain tomó la lanza en su mano izquierda y con ella hirió a Cairbre, y bajó el escudo para protegerse el cuerpo. Y después se la pasó a la mano derecha, y le hirió por encima del cerco del escudo, y le atravesó el corazón; y antes

de que el cuerpo de Cairbre llegara al suelo, saltó Cuchulain y le cortó la cabeza. Y sostuvo en alto la cabeza, y la sacudió ante los dos ejércitos.

Entonces Sencha, hijo de Ailell, se alzó y agitó la rama de la paz, y quedaron quietos los hombres del Ulster. En cuanto a los de Leinster, cuando vieron que su rey había sido muerto, se retiraron; pero Iriel de las Grandes Rodillas, el hijo de Conall Cearnach, fue tras ellos e hizo gran mortandad en los gailianas y en el resto del ejército hasta que llegaron al Rye de Leinster.

Volviéronse entonces a sus casas los hombres del Ulster. En cuanto a Conchubar, se volvió a Emain, y hasta mucho después de esto no recibió la herida en la cabeza que Fintan le cosió con hilo de oro, para igualar el color de sus cabellos, y que a la postre le causó la muerte.

XVIII

EL ÚNICO HIJO DE AOIFE

CUANDO Cuchulain volvió de Alban después de haber aprendido de Scathach el uso de las armas, dejó encinta a Aoife, la reina a la que había vencido en combate.

Y cuando iba a dejarla le dijo qué nombre había de poner al niño, y le dio un anillo de oro, y le ordenó tenerlo bien guardado hasta que el niño se hiciera mozo y su pulgar lo llenase; y que entonces se lo diera, y le enviara a Irlanda, para que por esa señal conociera él a su hijo. Prometió ella hacerlo así, y con eso Cuchulain se volvió a Irlanda.

No mucho tiempo después de que naciera el niño le llegó noticia a Aoife de que Cuchulain había tomado a Emer por esposa en Irlanda. Cuando lo supo sintió grandes celos y gran cólera, y su amor por Cuchulain se tornó en odio; y se acordó de los tres campeones suyos que Cuchulain había matado, y de cómo a ella misma la había vencido, y resolvió que, cuando su hijo tuviera fuerza de hombre, se tomaría venganza por medio de él. A su hijo Conlaoch no le dijo nada de esto, sino que le educó como a cualquier hijo de rey; y una vez que llegó a edad de razón le puso bajo la guía de Scathach, para que aprendiera el uso de las armas y el arte de la guerra. Mostróse el muchacho tan buen discípulo como su padre, y pronto aprendió todo lo que Scathach podía enseñar.

Entonces le dio Aoife armas de campeón, y le mandó ir a Irlanda. Pero antes le impuso tres mandatos: el primero, no ceder nunca el paso a persona viviente, sino morir antes que retroceder; el segundo, no rehusar el desafío del mayor campeón viviente, sino luchar con él a toda costa, aunque estuviera seguro de perder la vida; el tercero, no decir su nombre por nada del mundo, aunque le amenazasen de muerte por ocultarlo. Le puso bajo *geasa*, esto es, bajo obligaciones, de no hacer esas cosas.

Partió entonces el joven Conlaoch, y de allí a poco arribó con su nave a Irlanda, y desembarcó en la playa de Baile, cerca de Dundegalán.

Y sucedió que por entonces tenía allí su corte el gran rey Conchubar, por ser un lugar conveniente para reunir a sus jefes; y estaban arreglando algunos asuntos de la gobernación de aquel distrito.

Cuando dieron noticia a Conchubar de que había arribado una nave a la playa, y en ella un mozo armado como para luchar, y hombres armados con él, envió a uno de los jefes de su casa a preguntar su nombre y el negocio que le traía.

El mensajero se llamaba Cuinaire. Bajó a la playa, y al ver al muchacho dijo: «Bienvenido seas, joven héroe del este, de alegre rostro. Seguramente te habrás extraviado en tu viaje, pues que vienes armado como para luchar; mas, ya que has llegado a Irlanda, dime tu nombre y cuáles han sido tus hechos, y tus victorias en los

confines orientales del mundo.»

—Mi nombre es poco importante —dijo Conlaoch—; pero, cualquiera que sea, estoy obligado a no decírselo ni al hombre más robusto del mundo.

—Mejor será que lo digas atendiendo al deseo del rey —dijo Cuinaire—, antes que por negarte halles la muerte, como ya antes de ahora ha acontecido a más de un campeón de Alban y de Bretaña.

—Si tal es la orden que imponéis a los que aquí desembarcamos, yo seré quien la quebrante —dijo Conlaoch—, y ya nadie más la obedecerá desde hoy.

Así que Cuinaire regresó y le contó al rey lo que había dicho el mozo. Entonces Conchubar dijo a su gente: «¿Quién quiere salir al campo, y arrancarle a ese muchacho su nombre y su historia?» «Yo iré», dijo Conall, pues su mano no era nunca remisa para luchar. Y salió, y encontró al mozo airado y haciendo destrozos con sus armas, y acometiéronse con gran ruido de espadas y de gritos, y trabados combatieron durante un rato, hasta que Conall salió vencido; y el gran nombre y alabanza que antes eran de Conall pasaron a Conlaoch.

Entonces enviaron noticia a donde estaba Cuchulain, en la agradable y alegre Dundealga. Contóle el mensajero todo lo que había pasado, y dijo: «Conall yace humillado, y tarda en llegar la ayuda; bien recibido sería el Mastín.»

Alzóse entonces Cuchulain y fue a donde estaba Conlaoch, todavía esgrimiendo sus armas. Y preguntóle Cuchulain su nombre, y le dijo: «Bueno sería para ti, joven héroe de nombre desconocido, soltarte de ese nudo y no atraer sobre ti mi mano, pues difícil te sería escapar a la muerte.»

Pero dijo Conlaoch: «Si yo te derribo en la lucha, como derribé a tu compañero, ganaré gran nombre; pero si ahora retrocedo, me habré ganado burlas, y se dirá que tuve miedo de luchar. Jamás cederé ante ningún hombre en cuanto a decir mi nombre ni dar razón de mí. Aunque, si no estuviera atado por un mandato, a ningún hombre del mundo se la daría antes que a ti, desde que vi tu rostro. Pero no pienses, bravo campeón de Irlanda, que voy a permitir que me arrebatas a cambio de nada la fama que he ganado.»

Dicho esto combatieron, y pocas veces se vio batalla igual; y todos se admiraban de que el mozo pudiera resistir tan bien frente a Cuchulain.

Pelearon, pues, largo rato, sin que ninguno sacara ventaja al otro; pero al cabo Cuchulain se vio tan apretado por el mozo que tuvo que retroceder, y aunque había librado tantas buenas peleas, y dado muerte a tantos grandes campeones, y conocía el uso de las armas mejor que ningún otro hombre del mundo, pasó por mucho apuro.

Y pidió la Gae Bulg, y la ira se apoderó de él, y en torno a su cabeza empezaron a brillar las llamas de la luz de héroe; y por ese signo supo Conlaoch que era Cuchulain, su padre. En aquel mismo momento estaba apuntando su lanza contra él, y al saber que era Cuchulain la arrojó torcida, para que pasase sin tocarle. Pero Cuchulain le arrojó a él su lanza, la Gae Bulg, con todas sus fuerzas, y la lanza hirió al mozo en el costado y se clavó en su cuerpo, de suerte que cayó en tierra.

Y dijo Cuchulain: «Ahora, muchacho, dime tu nombre y qué eres, pues corta va a ser tu vida; porque no vivirás con esa herida.»

Y mostró Conlaoch el anillo que llevaba en la mano, y dijo: «Ven aquí donde estoy tendido en el campo, que mis hombres del este vengan y me rodeen. Sufro por una venganza. Yo soy Conlaoch, hijo del Mastín, heredero de la querida Dundéalgan; fui ligado a este secreto en Dun Scathach, al secreto que ha sido mi perdición.»

Y dijo Cuchulain: «Lástima que no esté aquí tu madre para verte derribado. Ella podría haber tendido la mano para detener la lanza que te ha herido.»

Y dijo Conlaoch: «Maldita sea mi madre, pues fue ella la que me puso bajo obligaciones; fue ella la que me envió aquí a medir mi fuerza con la tuya.»

Y dijo Cuchulain: «Maldita sea tu madre, la mujer que está llena de traición; sus dañinos pensamientos son los que nos han traído estas lágrimas.»

Y dijo Conlaoch: «Hasta ahora nadie arrancó mi nombre de mi boca; a ningún hombre bajo el sol di razón de mí. Mas, oh Cuchulain de la afilada espada, lástima fue que no me conocieras cuando en la lucha arrojé lejos de ti la lanza tendida.»

Y entonces vino sobre Conlaoch la aflicción de la muerte, y Cuchulain sacó su espada y le traspasó con ella, antes que dejarle en el dolor y el castigo en que estaba.

Y entonces Cuchulain sintió gran tribulación y angustia, e hizo esta lamentación:

—Lástima, oh hijo de Aoife, que vinieras a la provincia del Ulster, que te encontraras con el Mastín de Cuailgne.

»Si yo y mi bello Conlaoch hiciéramos proezas de guerra en un mismo bando, los hombres de Irlanda, de un mar al otro, no serían bastantes contra nosotros dos. No es extraño que me aflija cuando veo el escudo y las armas de Conlaoch. Lástima que no haya nadie, lástima que no haya cientos de hombres en los que tomar satisfacción por su muerte.

»Si fuera el propio rey el que hubiera herido tu bello cuerpo, yo habría acortado sus días.

»Bueno es para la Casa de la Rama Roja, y para las cabezas de su bello ejército de héroes, no haber sido ellos los que mataran a mi único hijo.

»Bueno es para Laegaire de las Victorias que no fuera de él de quien recibiste tu pesado dolor.

»Bueno es para los héroes de Conall no haber tenido parte en tu muerte; bueno es que viajando por el llano de Macha no se hayan topado conmigo después de tal combate.

»Bueno es para el alto y bien formado Forbuidé; bueno para Dubthach, vuestro Escarabajo Negro del Ulster.

»Bueno es para ti, Cormac Conloingeas, que tus armas no ayudasen, que no fueran tus armas las que le hicieran la herida, el escudo de duro cuero ni la hoja.

»Lástima que no fuera uno de las llanuras de Munster, o de Leinster la de las hojas afiladas, o de Cruachan la de los ásperos luchadores, el que abatió a mi apuesto Conlaoch.

»Lástima que no fuera en el país de los cruithnes, de los fieros fianes, donde caíste en dura pelea, o en el país de los griegos, o en otro lugar del mundo donde hallaste la muerte, para que yo pudiera vengarte.

»O en España, o en Sorcha, o en el país de los sajones de los ejércitos libres; no habría entonces esta muerte en mi corazón.

»Muy bueno es para los hombres de Alban no haber sido los que destruyeron tu fama; y bueno es para los hombres de los gall.

»¡Ay! Malo es que sucediera; ¡ay de mí, mío es el infortunio, oh Conlaoch de la Lanza Roja, de haber derramado yo tu sangre!

»Que yo esté vencido, sin fuerzas. Es lástima que Aoife no te enseñara a conocer mi poderío en el combate.

»No es extraño que yo esté ciego después de tal pelea y tal derrota.

»No es extraño que esté exhausto, y sin los hijos de Usnach junto a mí.

»Sin hijo, sin hermano, sin nadie que venga tras de mí; sin Conlaoch, sin un nombre que sostenga mi fuerza.

»Estar sin Naoise, sin Ainnle, sin Ardan; ¿no he sufrido ya tribulaciones sin cuento?

»Yo soy el padre que mató a su hijo, la hermosa rama verde; no hay mano ni amparo que me ayude.

»Yo soy un cuervo que no tiene hogar; soy una barca que va de ola en ola; soy una nave que ha perdido el timón; soy la manzana que quedó en el árbol; poco pensaba que de él fuera a caer; el dolor y la aflicción me acompañarán desde ahora.»

Alzóse entonces Cuchulain y volvió la cara a todos los hombres del Ulster.

—Turbado está Cuchulain —dijo Conchubar—; ha matado a su propio hijo, y si yo y todos mis hombres marcháramos contra él, para el final del día habría acabado con todos nosotros. Ve tú —dijo a Cathbad el Druida— y oblígale a bajar a la playa de Baile, y a estar tres días luchando contra las olas del mar, antes que nos mate a todos.

Conque Cathbad le hizo un encantamiento, y le obligó a bajar. Y cuando llegó a la playa, había ante él una gran piedra blanca, y tomando la espada en la mano derecha dijo: «Si yo tuviera la cabeza de la mujer que envió a su hijo a la muerte, yo la partiría como parto esta piedra.» Y partió la piedra en cuatro pedazos.

Después se estuvo tres días y tres noches luchando con las olas, hasta que cayó rendido por el hambre y la debilidad, por lo que algunos dicen que allí encontró la muerte. Pero no fue allí donde encontró la muerte, sino en el llano de Muirthemne.

XIX

LA GRAN ASAMBLEA DE MUIRTHEMNE

DESPUÉS de todos los combates que había librado Cuchulain, y de todos los hombres que había matado, no es de extrañar que tuviera buen número de enemigos acechando la ocasión de humillarle. Además de Maeve, los que mayor animosidad tenían hacia él eran Ere, hijo de Cairbre Niafer, al que había matado en Rosnaree, y Lugaid, hijo de Curoi, al que había matado en su propia casa de Munster, y las tres hijas de Calatin.

Así fue como aconteció que Curoi hallara la muerte a sus manos. Una vez se encontró Cuchulain con Blanad, bastante tiempo después de que Curoi le diera el campeonato del Ulster, y ella le dijo que no había hombre sobre la faz de la tierra a quien amase más que a él. Y le pidió que cerca de *samhain* fuera con sus hombres al castillo de Curoi en Fingías, y que se la llevara por la fuerza.

Así que llegado el tiempo partió Cuchulain con sus hombres, y llegaron a un bosque que había cerca del castillo, por el cual corría un arroyo; y envió aviso a Blanad de que estaba allí esperando. Y Blanad le contestó diciendo que fuera a llevársela cuando viera que el arroyo del bosque blanqueaba. Y cuando le pareció ser buen momento, después de haber sido enviados todos los hombres del lugar a buscar piedras para construir un gran castillo nuevo, ordeñó Blanad a las tres vacas blancas de orejas rojas que Curoi había arrebatado por la fuerza a su padre Midhir, en el caldero que Curoi se había llevado con ellas, y derramó una gran vasija de leche reciente en el arroyo, por donde pasaba junto al castillo. Y cuando Cuchulain vio que el arroyo blanqueaba, subió al castillo. Pero allí encontró a Curoi, y pelearon, y cayó muerto Curoi, el hijo de Daire, señor del mar del sur, que tenía gran nombre y gran alabanza sobre sí antes de tomar a Blanad por esposa.

Entonces Cuchulain llevó consigo a Blanad al Ulster. Pero el poeta de Curoi, Feirceirtne, los siguió para vengar la muerte de su señor. Y cuando habían llegado al promontorio de Cian Beara, vio que Blanad estaba sola al borde de una alta peña. Llegóse a ella y la tomó en sus brazos, y se tiró con ella desde la roca; y ambos murieron al instante por la caída.

En cuanto a las hijas de Calatin, esto fue lo que sucedió. Cuando Cuchulain acabó con Calatin en el vado, y con todos sus hijos, la mujer de Calatin estaba encinta. Y cuando le llegó la hora dio a luz tres hijas en el mismo parto, las tres deformes, y cada una con un solo ojo.

Vino después Maeve de Cruachan a visitarlas, y se llevó con ella a las niñas y las tomó bajo su cuidado. Y cuando llegaron a edad de razón fue a verlas, y dijo: «¿Sabéis quién fue el que mató a vuestro padre?»

—Bien sabemos —dijeron— que fue Cuchulain, hijo de Sualtim, el que le mató.

—Así es —dijo Maeve—; id ahora a hacer un viaje por el mundo entero, para aprender el conocimiento de los hechizos y los encantamientos de aquellos que lo tienen, para que así podáis vengar a vuestro padre cuando llegue la hora.

Oyeron esto las tres hijas tuertas de Calatin y se fueron a Alban, y a todos los demás países, desde donde sale el sol hasta donde se pone, y aprendieron toda clase de encantamientos y brujerías. Y al cabo se volvieron a Cruachan.

En cuanto a Maeve, subió una mañana a su solana, y desde allí vio a las tres hijas de Calatin que estaban sentadas afuera, en el prado. Tomó, pues, su manto, que tenía hermosos bordados, y se lo puso, y saliendo al prado les dio la bienvenida; y se sentó frente a ellas y les pidió noticias de todo lo que habían hecho desde que salieron de Irlanda. Y ellas le contaron todo lo que habían aprendido.

—¿Lo recordáis todo? —dijo Maeve.

—Lo recordamos bien —dijeron—, y sabemos hacer muchas cosas, y podemos hacer apariencias de terribles batallas mediante palabras secretas.

Entonces Maeve las llevó a la casa real, y allí fueron servidas y se les dieron toda clase de manjares y bebidas y buen tratamiento.

Después Maeve mandó avisar a Lugaid, y él vino a Cruachan, y se pusieron a hablar él y Maeve.

—¿Tú recuerdas —dijo ella— quién fue el que mató a Curoi, tu padre?

—Lo recuerdo bien —dijo él—; fue Cuchulain el que le mató.

Después fue Ere ante ella, y ella le hizo la misma pregunta acerca de su padre Cairbre Niafer, y él dio la misma respuesta.

—Eso que dices es verdad —dijo entonces Maeve—, y las hijas de Calatin acaban de volver junto a mí, después de correr todo el mundo, para luchar contra Cuchulain con sus encantamientos. Y no hay rey ni jefe ni luchador en las cuatro provincias de Irlanda que no haya perdido por su mano a un amigo o compañero, o a su padre o a un hermano, en la guerra por el Toro de Cuailgne o en otro momento. Lo que hemos de hacer es reunir un gran ejército de los hombres de Irlanda para ir contra él, pues a los hombres del Ulster se les avecina su debilidad, y seguramente no podrán ayudarle.

Con esto Lugaid marchó al sur para ver al rey de Munster y pedirle que acudiera con sus hombres; y Ere fue a convocar de la misma manera a los jefes de Leinster.

Entonces todas las provincias se reunieron en Cruachan, y se estuvieron allí con festejos y alegría durante tres días y tres noches. Al cabo de ese tiempo salieron de Cruachan. Pero esta vez Maeve no llevó con ellos a Fergus, porque estaba segura de que los hombres de Irlanda no conseguirían nunca acabar con Cuchulain si Fergus estaba con ellos.

Y marcharon hasta Athluain, más allá de Magh Fínn, y allí descansaron aquella noche.

Al día siguiente prosiguieron su camino hasta Glean-na-loin, y de allí a Glean-

mor, y de allí a Tailtin, y aquí hicieron noche; y después continuaron por los confines de Magh Breagh, Midhe, Treathfa y Cuailgne.

Entonces Conchubar, el rey del Ulster, recibió aviso de que las fronteras de su provincia estaban siendo saqueadas y arrasadas por los hombres de Munster y Leinster, y por los de Connaught.

—¿Dónde está Levarcham? —dijo Conchubar.

—Aquí estoy —dijo ella.

—Sal en mi nombre —dijo Conchubar— y tráete a Cuchulain aquí a Emain; pues contra él se ha reunido ese ejército del cual tenemos noticia. Dile que no se demore, sino que deje Dundéalgan y Muirthemne y se venga aquí para tomar consejo conmigo, y con Cathbad y Amergin y todos los hombres de conocimiento. Pues si puede aplazar el combate hasta que yo y Conall y todos los del Ulster estemos preparados para salir con él, les daremos una gran derrota, de modo que no vuelvan a entrar en mi provincia. Porque hay muchos que le quieren mal en razón de todos los que ha matado. Finn, hijo de Ross, Fraoch, hijo de Idath, y Dearg, hijo de Conroi, y muchos de los mejores hombres del Ulster; y Cairbre Niafer en la batalla de Rosnaree; y Curoi, hijo de Daire, Gran Rey de Munster, y con él muchos de los hombres de Munster; Fircearna, y Fiamain, y Niall, y Laoc Leathbuine, y otros muchos más.

Prestamente partió Levarcham con aquel mensaje, y encontró a Cuchulain entre mar y tierra, en la playa de Baile, tratando de abatir aves marinas con su honda; pero con ser muchas las aves que revolaban sobre él, no pudo abatir ninguna, sino que todas se le escaparon.

Y él se apesadumbró de no poder acertarlas, porque sabía que en ello había algún mal agüero. Nunca, en efecto, había vuelto a estar muy contento desde la muerte de la rama en flor, el hijo de Aoife, allí en aquella playa. Entonces vio venir a Levarcham, y le dio la bienvenida.

—Me alegra esa bienvenida —dijo Levarcham—; vengo a ti con nuevas de Conchubar.

—¿Qué nuevas traes? —dijo Cuchulain.

—Nuevas traigo, en efecto —dijo ella.

Y le contó todo lo que había dicho Conchubar, desde el principio hasta el fin.

—Y lo que todos piden de ti —dijo—, jefes y luchadores, poetas y hombres doctos, mujeres y muchachas, es que te apartes de los hombres de Irlanda que vienen aquí a Muirthemne, y no salgas tú solo contra ese gran ejército.

—Preferiría quedarme aquí y defender mi lugar —dijo Cuchulain.

—Es mejor que vayas a Emain —dijo Laeg.

Conque al rato cedió ante ellos, y se volvieron a Dundéalgan. Y salió Emer al prado a recibirlos, y el mismo consejo le dieron a ella, que fuera a Emain Macha, donde estaba reunido Conchubar con sus jefes. Pidió Emer su carro, y envió a sus criados con sus rebaños y sus vacadas a Slieve Cuilenn, en el norte, y ella y

Cuchulain partieron para Emain. Y fue la primera vez que se vació Dundevalgan desde que mandaba en ella Cuchulain.

Cuando llegó Cuchulain a Emain Macha, le llevaron a la casa clara y soleada. Y cuando las mujeres del lugar supieron que estaba allí, vinieron y le dijeron dulces palabras; y vinieron los poetas y los arpistas, y los hombres hábiles, y todos hicieron música y fiestas y grata conversación alrededor de Cuchulain, en la casa ancha, blanca y soleada de la Rama Roja; pues lo que siempre apaciguaba mejor a Cuchulain era que delante de él se cantasen canciones y versos. Así fue como el narrador de historias Scumac le apaciguó una vez que estaba irritado, y que quería prender fuego a Emain, porque Conchubar se había ido a una fiesta que daba Conall, hijo de Gleo Glas, en Cuailgne, y no le había dejado dicho que fuera él también.

Y mandó Conchubar que Cathbad y los hombres doctos y las mujeres vigilaran atentos a Cuchulain y cuidasen bien de él.

—Pues a vuestro cargo le dejo —dijo— para salvarle de los planes que ha concebido Maeve contra él, y del poder de las hijas de Calatin. Porque, si cayera, de fijo que la seguridad y la prosperidad del Ulster caerían con él para siempre.

—Eso es verdad —dijo Cathbad, y todos los demás dijeron lo mismo.

—Ea —dijo Geanann, el hijo de Cathbad—, yo voy a ir a verle.

Y fue a donde estaban Cuchulain y Emer, y con ellos los poetas, las mujeres y los hombres doctos, y un banquete servido sobre la mesa, y todos ellos bebiendo, jugando y solazándose.

En cuanto a los hombres de Irlanda, llegaron al llano de Muirthemne y acamparon en él, y empezaron a destruir y rapiñar cuando pudieron encontrar allí y en Macaire Conall; y cuando supieron que Cuchulain había abandonado Dundevalgan, las tres hijas de Calatin fueron, con la ligereza y la velocidad del viento, a Emain Macha. Sentáronse en el prado afuera de la casa donde estaba Cuchulain, y se pusieron a arrancar la tierra y la hierba, y por medio de su brujería pusieron la apariencia de tropas de hombres y ejércitos sobre los tallos y las hojas coloreadas de los robles, y sobre las setas; y de todas partes se oyó estruendo de lucha y golpes, y vocerío de un gran ejército, como si hubiera un ataque contra el castillo.

Aquel día era el carialegre Geanann, hijo de Cathbad, el que vigilaba a Cuchulain, y le vio incorporarse y asomarse al prado, y teñirse su rostro de rubor y vergüenza, al ver, según le pareció, a dos ejércitos en combate; y alargó la mano como para empuñar la espada, pero Geanann le echó los brazos alrededor y se lo estorbó, y le dijo que frente a él no había nada más que brujerías y encantamientos, y una apariencia de combate que habían hecho las hijas de Calatin para hacerle salir y llevarle a la muerte. Acudieron entonces Cathbad y todos los hombres doctos, y le dijeron lo mismo. Pero, con todo y con eso, mucho trabajo les costó refrenarle y convencerle.

Al día siguiente vino el propio Cathbad a vigilarle con los demás, y al cabo de un rato empezó de nuevo el vocerío, y por más que hicieron no pudieron impedir que

Cuchulain fuera a asomarse a la ventana. Y lo primero que le pareció ver fue el ejército de Irlanda allí en pie sobre el llano. Después le pareció ver que estaba allí Gradh, hijo de Lir; y después le pareció que oía el arpa del hijo de Meardha tocando la dulce música de los sidhes, y al oír aquellos sonos supo que había llegado su hora, y que pronto sería el fin de su coraje y de sus fuerzas. Entonces una de las hijas de Calatin tomó apariencia de corneja y revoló sobre él diciendo palabras de burla, y le instó a que saliera a salvar su casa y sus tierras de los enemigos que las estaban destruyendo. Y aunque bien sabía ya Cuchulain que aquello era brujería que estaban usando contra él, al oír los rumores y voces de combate estaba tan dispuesto como antes a echarse afuera; y con el ruido de golpes y de lucha y con los dulces sonidos del arpa de los sidhes su espíritu se atribuló y se ofuscó. Pero Cathbad hizo todo lo que pudo por volverle en sí, diciéndole que con sólo otros tres días que se estuviera tranquilo sin salir de Emain se rompería el poder de los encantamientos, y Conall Cearnach vendría en su ayuda, y podría volver a salir, y el mundo entero se llenaría con la fama de su nombre y de sus duraderas victorias.

Y las mujeres de Emain y los músicos se apiñaron a su alrededor, y cantaron canciones dulces, y apartaron de su ánimo lo que había oído, hasta que acabó el día.

A la mañana siguiente convocó Conchubar a Cathbad y al carialegre Geanann, y al resto de los druidas. Con ellos acudieron también Emer y Niamh, la hija de Celthair, a la que Cuchulain amaba, y las demás mujeres de la Casa de la Rama Roja. Y preguntóles Conchubar cómo sería mejor que vigilaran a Cuchulain durante el día.

—No lo sabemos —dijeron.

—Os diré lo que hemos de hacer —dijo entonces Conchubar—. Lleváosle a Glean-na-Bodhar, el Valle Sordo. Pues aunque todos los hombres de Irlanda andasen allí en derredor dando voces y gritos de guerra, nadie que estuviera en ese valle oiría sonido alguno. Llevad ahí, pues, a Cuchulain, y tenedle con vosotros hasta que se gasten todos los encantamientos y venga en su ayuda Conall Cearnach de la isla de Leodus.

—Rey —dijo Niamh—, durante todo el día de ayer le hemos estado pidiendo e instando a que fuera a ese valle, pero no quería ir, por más que porfiásemos yo y las restantes mujeres de Irlanda. Ve tú mismo a verle con Cathbad, y Geanann y los poetas, y con Emer, y llevadle a ese valle, y que allí se haga música y solaz a su alrededor, de modo que no oiga los gritos y las burlas de las hijas de Calatin.

—No seré yo quien vaya con él —dijo Emer—; que vaya Niamh, y con ella mi bendición, porque a ella no sabrá decirle que no.

Conque así lo acordaron, y fueron a donde estaba Cuchulain; y fue también con ellos Cobhtach, el arpista de Conchubar, tañendo dulces músicas. Salió entonces Cathbad a donde estaba Cuchulain tendido en la cama, y empezó a preguntarle y a rogarle.

—Querido hijo —dijo—, ven hoy conmigo a gozar de la fiesta que voy a dar, y todas las mujeres y los poetas vendrán con nosotros. Hay obligaciones sobre ti de no

desdeñar mi fiesta.

—¡Ay de mí! —dijo Cuchulain—. No es momento éste para que yo esté festejando y solazándome, con las cuatro provincias de Irlanda incendiando y arrasando el Ulster, y los hombres del Ulster en su debilidad, y Conall lejos, y los de Irlanda derramando insultos e improperios sobre mí, y diciendo que he huido ante ellos. Si no fuera por ti y por Conchubar, y por Geanann y Amergin, yo caería sobre ellos y los dispersaría, y serían más sus muertos que sus vivos.

Entonces todas las mujeres le rogaron, y Emer le habló así: «Pequeño Mastín, yo hasta ahora nunca te aparté de ningún hecho o aventura que quisieras acometer. Ahora, pues, hazlo por mí, mi amado elegido, mi primer amor y primer querido entre los hombres del mundo, ve con Cathbad y con Geanann, con Niamh y con los poetas, a compartir la fiesta de Cathbad.»

Entonces Niamh se llegó hasta él y le dio tres besos dulces y amorosos; y todos se alzaron, y él se alzó con ellos, triste y apesadumbrado, y de esa manera se fue en su compañía a Glean-na-Bodhar. Y una vez allí, dijo: «¡Ay de mí! Que yo haya venido aquí, cuando nunca fui a ningún lugar que menos me agradase; porque ahora dirán los hombres de Irlanda que vine aquí huyendo de ellos.»

—Me diste tu palabra —dijo Niamh— de no salir a enfrentarte con los de Irlanda si yo no te daba permiso.

—Si la di —dijo Cuchulain—, justo será que la mantenga.

Desengancharon entonces sus carros, y soltaron al Tordo de Macha y al Sainglain Negro a pacer en el valle, y entraron todos en la casa que Cathbad había aprestado. Estaba dispuesto un gran banquete, y a Cuchulain le sentaron en el sitio principal; a su derecha estaban Cathbad, Geanann y los poetas, y a su izquierda estaba Niamh, hija de Celthair, con las mujeres. Y frente a ellos estaban los músicos y los recitadores. Todos se entregaron entonces al banquete, a la bebida y a los juegos, e hicieron grandes muestras de regocijo y alegría ante Cuchulain.

Pero las tres hijas deformes y tuertas de Calatin acudieron aprisa y ligeras, lo mismo que hicieran los otros días, al prado de Emain, al lugar desde donde habían visto a Cuchulain en la casa. Y al no verle allí le buscaron por todo Emain, y mucho se asombraron de no encontrarle con Conchubar, ni con los hombres de la Rama Roja. Entonces empezaron a pensar que Cathbad se lo estaba ocultando, y se alzaron por los aires en una ráfaga de viento gemidor que hicieron con sus encantamientos, y a lomos de ella recorrieron la provincia entera, buscando en todos los bosques y valles, en todas las cuevas y sendas secretas. Pero no encontraron nada, hasta que al cabo llegaron a Glean-na-Bodhar, y allí en medio del valle vieron al Tordo de Macha y al Sainglain Negro, y a su lado a Laeg, hijo de Riagabra.

Supieron entonces que Cuchulain debía estar en el valle, y en seguida oyeron músicas y risas y voces de mujer, que salían de la casa de banquetes donde estaban todos esforzándose por disipar la nube y la pesadumbre del espíritu de Cuchulain.

Entonces las hijas de Calatin bajaron al valle, y de la misma manera que antes

tomaron tallos de cardo y setas y hojas marchitas, y les infundieron la apariencia de tropas de hombres armados, de modo que no pareció haber cerro ni lugar fuera de todo el valle que no estuviera colmado de batallones, que venían a cientos. Y todo el aire se llenó de rumores de batalla y vocerío, y de trompetas y risotadas y gritos de hombres heridos. Y parecía como si en el país circundante hubiera incendios, y rumor de llanto de mujeres. Y todos cuantos oyeron aquel estrépito concibieron gran temor, tanto hombres como mujeres, y perros de todas clases.

Cuando las mujeres que estaban con Cuchulain oyeron aquellos gritos, gritaron ellas también alzando la voz, pero por más que hicieron no pudieron evitar que el estrépito llegase a oídos de Cuchulain.

—¡Ay de mí! —dijo—, oigo las voces de los hombres de Irlanda que están expoliando toda la provincia; mi fama ha terminado, mi gran nombre se ha perdido, el Ulster está vencido para siempre.

—Deja pasar el ruido —dijo Cathbad—; no es más que el ruido que hacen las hijas de Calatin, que quieren sacarte de donde estás para acabar contigo. Quédate aquí con nosotros, y ahuyenta la tribulación de tu espíritu.

Quedóse entonces tranquilo Cuchulain, pero durante largo rato siguieron las hijas de Calatin llenando el aire de ruidos de combate. Y al fin se cansaron, porque vieron que Cathbad y las mujeres podían más que ellas.

Entonces montó en cólera Badb, una de las hijas de Calatin, y dijo: «Seguid vosotras haciendo ruido de combate en el aire, que yo voy a bajar al valle; pues, aunque me cueste la vida, quiero hablar con Cuchulain.»

Y dicho esto se llegó, enloquecida de ira, a la misma casa donde tenía lugar la fiesta, y allí tomó la apariencia de una de las mujeres que iban con Niamh, y le hizo seña a Niamh de que saliera a hablar con ella.

Conque salió Niamh, pensando que tendría noticias que darle, y con ella salieron muchas de las otras mujeres de Emain; y Badb les dijo que la siguieran. Y las condujo largo trecho por el valle, y luego con sus encantamientos levantó una niebla espesa entre ellas y la casa, de suerte que no pudieron hallar el camino y se extraviaron por el valle, sin saber dónde estaban.

Volvió ella entonces a la casa de banquetes y tomó la apariencia de Niamh, y entrando donde estaba Cuchulain clamó: «Álzate, Cuchulain; Dundéalgan está incendiada y arrasado Muirthemne, y Conaille Muirthemne. Toda la provincia la han pisoteado los hombres de Irlanda. A mí me echarán la culpa, y todo el Ulster dirá que yo te hice impedimento, y te contuve de salir a detener al ejército, y a tomar satisfacción de los hombres de Irlanda. Del propio Conchubar recibiré la muerte por eso», dijo. Porque sabía que Cuchulain le había prometido a Niamh que sin su permiso no saldría a enfrentarse a los hombres de Irlanda.

—¡Ay de mí! —dijo entonces Cuchulain—, duro es confiar en las mujeres. Yo pensé que ni por todas las riquezas del mundo me darías ese permiso. Pero ya que tú misma me das permiso para salir y hacer frente a los hombres de Irlanda, lo haré.

Y así diciendo se levantó para salir. Y al tiempo que se levantaba se echó por encima el manto, y se le enredó un pie en el manto, y el broche de oro que estaba prendido en el manto se le cayó sobre el pie y se le clavó en él. «Ciertamente, el broche es un amigo que me avisa», dijo Cuchulain.

Salió entonces, y mandó a Laeg que enganchase los caballos y aparejase el carro. Y Cathbad, Geanann y las mujeres le siguieron afuera y le asieron, pero no pudieron detenerle. Porque en el aire seguían los gritos de combate, y le pareció ver un gran ejército formado sobre el prado de Emain, y la llanura entera llena y atestada de tropas y bandas de hombres, con caballos y armas y arneses, y le pareció oír grandes voces, y ver que toda la ciudad de Conchubar ardía, y todos los cerros de alrededor de Emain estaban llenos de rapiña; y le pareció ver la casa soleada de Emer derribada, y la Casa de la Rama Roja hecha una hoguera, y todo Emain entre fuego y humo. Y Cathbad trató de apaciguarle.

—Hijo querido —dijo—, por este día solamente, sigue mi consejo y no salgas contra los hombres de Irlanda, y yo podré salvarte de todos los encantamientos de las hijas de Calatin.

Pero dijo Cuchulain: «Maestro querido, de ahora en adelante ya no hay razón para que me cuide de mi vida, pues mi tiempo se ha acabado, y Niamh me ha dado permiso para ir a enfrentarme a los hombres de Irlanda.»

Entonces se llegó hasta él la propia Niamh, y dijo: «¡Ay de mí, pequeño Mastín! Yo no te habría dado ese permiso ni por todas las riquezas del mundo; ni fui yo quien te lo dio, sino Badb, la hija de Calatin, que tomó mi forma sobre sí. Quédate conmigo, amigo mío, querido mío.»

Pero Cuchulain no la quiso creer, y mandó a Laeg enganchar el carro y poner en orden sus armas. Marchó Laeg a hacerlo, pero en aquella ocasión menos que en ninguna otra le apetecía hacer el trabajo. Y cuando sacudió las bridas hacia los caballos como tenía por costumbre, los caballos huyeron de él; y el Tordo de Macha no le dejó acercarse.

—Verdaderamente —dijo Laeg—, esto es anuncio de algo malo. Pocas veces, vida mía —le dijo al Tordo—, has dejado hasta ahora de venir tú solo a la brida y a mí.

Entonces se llegó a Cuchulain y dijo: «Juro por los dioses por los que jura mi pueblo, que si todos los hombres de la provincia del Ulster cercasen al Tordo de Macha no serían capaces de llevarle hasta el carro; yo nunca te desobedecí hasta ahora, pero ven a hablarle tú mismo al Tordo.»

Conque fue Cuchulain, y por tres veces volvió el caballo el flanco izquierdo a su amo. Y Cuchulain le riñó. «Antes no me hacías esas cosas», le dijo. Entonces el Tordo de Macha se vino hasta él y dejó caer lágrimas de sangre, grandes y redondas, sobre los pies de Cuchulain.

Engancharon entonces el carro; y era la Morrigu la que lo había desenganchado y roto la noche anterior, porque no quería que Cuchulain saliera y fuera muerto en la

batalla. Y partió Cuchulain y llegó a Emain, y a la casa donde estaba Emer, y ella salió y le pidió que bajara del carro.

—No bajaré —dijo él— sin antes ir a Muirthemne a atacar a las cuatro grandes provincias de Irlanda, y vengar todos los daños y los insultos que nos han hecho a mí y al Ulster; pues he visto sus asambleas y sus ejércitos.

—Estaban hechos con encantamientos —dijo Emer.

—Yo te digo, mujer —dijo él—, y juro por mi palabra, que jamás volveré aquí sin antes haberlos atacado en su campamento.

Volvió entonces el carro hacia el sur, por el camino de Meadhon Luachair, y Levarcham gritó tras él; y las ciento cincuenta reinas que estaban en Emain Macha, y que le amaban, clamaron por él lastimosamente y se golpearon las manos una con otra, porque sabían que ya nunca regresaría junto a ellas.

XX

LA MUERTE DE CUCHULAIN

FUE entonces Cuchulain a la casa de su madre Dechtire, a despedirse de ella. Y salió ella al prado a recibirle, porque bien sabía que iba a enfrentarse a los hombres de Irlanda; y le sacó vino en una vasija, según tenía por costumbre siempre que él pasaba por allí. Pero cuando él tomó en su mano la vasija, era sangre roja lo que contenía.

—¡Ay de mí! —dijo—, madre mía Dechtire, no es extraño que otros me abandonen, cuando tú misma me das a beber sangre.

Ella entonces llenó la vasija por segunda y por tercera vez, pero cada vez que se la daba no había dentro más que sangre.

Entonces Cuchulain montó en cólera, y arrojando la vasija contra una peña la rompió. Y dijo: «La culpa no la tienes tú, madre mía Dechtire, pero mi suerte me ha dado la espalda, y mi vida se acerca a su fin; y esta vez no regresaré vivo de enfrentarme a los hombres de Irlanda.»

Entonces Dechtire trató con ahínco de persuadirle a que se volviese y esperase a tener la ayuda de Conall.

—No esperaré —dijo él—, por más que tú me digas; porque no renunciaría a mi gran nombre y mi valentía ni por todas las riquezas del mundo. Desde el día en que por primera vez me armé hasta hoy, nunca he rehuido un combate ni una batalla. Y no voy a empezar a rehuirlos ahora, porque el gran nombre dura más que la vida.

Después siguió su camino, y Cathbad, que le había seguido, marchó con él. Al cabo llegaron a un vado, y vieron allí a una muchacha, delgada, de piel blanca y rubios cabellos, que lavaba y lavaba y retorció una ropa manchada de rojo carmesí, y mientras tanto no dejaba de llorar y hacer duelo.

—Pequeño Mastín —dijo Cathbad—, ¿ves lo que está haciendo esa muchacha? Está lavando tus ropas rojas, y lavándolas llora, porque sabe que vas a la muerte contra el gran ejército de Maeve. Haz caso de la advertencia y vuelve atrás.

—Maestro querido —dijo Cuchulain—, ya bastante has venido siguiéndome; pues no voy a echarme atrás de la venganza sobre los hombres de Irlanda que han venido a incendiar y arrasar mi casa y mi país. ¿Qué se me da a mí de que la mujer de los sidhes me lave ropas rojas? No habrá de pasar mucho tiempo sin que haya ropas bastantes, y arneses y armas, empapadas en charcos de sangre por obra de mi espada y de mi lanza. Y si tú estás pesaroso y reacio a dejarme ir al combate, yo en cambio estoy contento y bien dispuesto, aunque sé tan bien como tú que he de caer en él. Así que no me pongas más impedimento; pues, lo mismo si me quedo como si voy, igual me ha de llegar la muerte. Vete a Emain, con Conchubar y Emer, y llévalas vida y

salud de parte mía, porque yo ya no volveré a reunirme con ellos. ¡Ésa es mi pena y mi herida, separarme de ellos! ¡Oh Laeg, ahora nos alejamos de Emer bajo tribulación y tinieblas, siendo así que muchas veces volvimos a ella con alegría, de lugares extraños y países lejanos!

Entonces Cathbad le dejó, y él siguió adelante. Y al cabo de un rato vio ante sí en el camino a tres viejas brujas, todas ciegas del ojo izquierdo, que estaban guisando un mastín venenoso sobre varas de serbal. Y él quiso pasar de largo, porque sabía que no estaban allí por su bien.

Pero una de las viejas le gritó: «Párate un poco con nosotras, Cuchulain.»

—No quiero pararme con vosotras —dijo Cuchulain.

—Eso es porque no tenemos nada mejor que darte que un perro —dijo la vieja—. Si tuviéramos un horno de guisar bien grande y hermoso, te detendrías a hacernos una visita; pero como es poco lo que te podemos ofrecer, no te quieres parar. Pero el que no respete lo pequeño, a él tampoco, aunque sea grande, le respetarán.

Llegóse entonces Cuchulain hasta ella, y ella le dio la paletilla del mastín con su mano izquierda, y él la comió teniéndola asida con la mano izquierda. Y la dejó sobre su muslo izquierdo, y la mano que la cogió se agarrotó, y el muslo donde la puso se agarrotó de parte a parte, de modo que la fuerza que antes tenían les abandonó.

Bajó entonces por el camino de Meadhon-Luachair, pasando por Slieve Fuad, y su enemigo Ere, hijo de Cairbre, le vio venir en el carro, con la espada reluciéndole roja en la mano, y la luz de su coraje bien visible alrededor, y sus cabellos esparcidos como hilos de oro que cambian de color en el borde del yunque bajo la mano del herrero, y la Corneja de las Batallas en el aire sobre su cabeza.

—Cuchulain viene hacia nosotros —dijo Ere a los hombres de Irlanda—; aprestémonos a recibirle.

Hicieron una cerca de escudos enlazados, y aquí y allá puso Ere a un par de hombres de los más fuertes, que hicieran como que se peleaban, para que pudieran llamar a Cuchulain hacia sí; y con cada par de hombres puso un druida, y mandó al druida que le pidiera a Cuchulain las lanzas, pues le costaría trabajo negarle nada a un druida. Porque estaba anunciado por las hijas de Calatin que con cada una de aquellas lanzas sería muerto un rey en esa batalla.

Y mandó a los hombres de Irlanda que dieran gritos. Vino Cuchulain contra ellos en su carro, haciendo sus tres proezas del trueno, y de tal modo manejó su lanza y su espada, que sus cabezas y sus manos, sus pies y sus huesos quedaron esparcidos por el llano de Muirthemne, como las arenas en la orilla, como las estrellas en el cielo, como el rocío en el mes de mayo, como los copos de nieve y el granizo, como hojas de los árboles, como abrepunños en un prado, como hierba bajo los pies del ganado en un hermoso día de verano. Roja quedó esa llanura con la matanza que hizo Cuchulain cuando pasó arrollando por ella.

Vio entonces a uno de los hombres que hacía que se peleaba con otro, y el druida le llamó para que fuera a separarlos, y Cuchulain saltó hacia ellos.

—Dame tu lanza —gritó el druida.

—Juro por el juramento de mi pueblo —dijo Cuchulain— que no la necesitas tú tanto como yo la necesito. Los hombres de Irlanda están sobre mí, y yo sobre ellos.

—Te echaré mala fama si me la niegas —dijo el druida.

—Aún no ha habido nadie que me echara mala fama por nada que yo haya negado —dijo Cuchulain, y así diciendo le arrojó la lanza, y la lanza le atravesó la cabeza y mató a los hombres que había al otro lado de él.

Cruzó entonces Cuchulain en su carro por entre el ejército, y Lugaid, hijo de Curoi, recogió la lanza.

—¿Quién es el que caerá por esta lanza, hijas de Calatin? —dijo Lugaid.

—Un rey caerá por ella —dijeron.

Entonces Lugaid arrojó la lanza al carro de Cuchulain, y la lanza lo atravesó e hirió al conductor, Laeg, hijo de Rianganabra; cayó Laeg hacia atrás, y las entrañas se le salieron sobre los almohadones del carro.

—¡Ay de mí! —dijo—. Muy herido estoy.

Entonces Cuchulain le sacó la lanza, y Laeg se despidió de él, y dijo Cuchulain: «Hoy seré yo luchador y conductor a la vez.»

Vio después a otros dos hombres que hacían que se peleaban, y uno de ellos le gritó que sería una gran vergüenza para él no darle ayuda. Y saltó Cuchulain hacia ellos.

—Dame tu lanza, Cuchulain —dijo el druida.

—Juro por el juramento por el que jura mi pueblo —dijo Cuchulain— que tú no tienes la necesidad de mi lanza que yo tengo; porque es con mi coraje y con mis armas como tengo que expulsar a las cuatro provincias de Irlanda que están asolando Muirthemne.

—Te echaré mala fama —dijo el druida.

—No estoy obligado a hacer más de una donación en el día, y ya he pagado lo que se debe a mi fama —dijo Cuchulain.

Entonces dijo el druida: «Echaré mala fama a la provincia del Ulster por tu negativa.»

—Aún no se ha echado mala fama al Ulster por nada que yo haya negado —dijo Cuchulain—, ni por nada que haya hecho indignamente. Aunque sea poco de mi vida lo que me quede, no habrá nada que reprocharle hoy al Ulster por mi causa.

Así diciendo le arrojó la lanza, y la lanza atravesó la cabeza del druida, y las cabezas de los nueve hombres que tenía detrás; y Cuchulain cruzó por entre el ejército como antes.

Entonces Ere, hijo de Cairbre Niafer, recogió la lanza.

—¿Quién caerá por esto? —preguntó a las hijas de Calatin.

—Un rey caerá por eso —dijeron.

—Lo mismo os he oído decir de la lanza que arrojó Lugaid hace un rato —dijo Ere.

—Es verdad —dijeron ellas—; y por ella cayó el rey de los conductores de Irlanda, el conductor de Cuchulain, Laeg, hijo de Rianganab.

Con eso Ere arrojó la lanza, y atravesó al Tordo de Macha. Cuchulain le sacó la lanza, y se despidieron el uno del otro. Y entonces el Tordo se apartó de él, con la mitad de los arreos colgándole del cuello, y se fue a Clas-linn, el estanque gris de Slieve Fuad.

Entonces Cuchulain cruzó con el carro por entre el ejército, y vio al tercer par de hombres que disputaban, y se interpuso entre ellos como antes. Y el druida le pidió la lanza, pero él se la negó.

—Te echaré mala fama —dijo el druida.

—Ya he pagado lo que se debe a mi fama en el día de hoy —dijo él—; mi honor no me obliga a conceder más de una petición al día.

—Echaré mala fama al Ulster por tu negativa.

—Ya he pagado lo que se debe al honor del Ulster —dijo Cuchulain.

—Entonces echaré mala fama a tus parientes —dijo el druida.

—La noticia de que se me ha echado mala fama no volverá nunca al lugar al que yo mismo nunca he de volver; pues poco de mi vida es lo que me queda —dijo Cuchulain.

Y así diciendo le arrojó la lanza, y la lanza le atravesó, y atravesó las cabezas de los hombres que estaban con él.

—Poca bondad pones en tus dádivas, Cuchulain —dijo el druida al caer.

Entonces Cuchulain cruzó por última vez por entre el ejército, y Lugaid tomó la lanza y dijo: «¿Quién caerá por esta lanza, hijas de Calatin?»

—Un rey caerá por ella —dijeron.

—Os he oído decir que caería un rey por la lanza que arrojó Ere hace un rato.

—Es verdad —dijeron—, y por ella cayó el Tordo de Macha, que era el rey de los caballos de Irlanda.

Entonces Lugaid arrojó la lanza, y la lanza atravesó de parte a parte el cuerpo de Cuchulain, y supo él que había recibido su herida de muerte; y se le salieron las entrañas sobre los almohadones del carro, y su único caballo se apartó de él, el Sainglain Negro, con la mitad de los arreos colgándole del cuello, y dejó a su amo, el rey de los héroes de Irlanda, moribundo en el llano de Muirthemne.

Entonces dijo Cuchulain: «Siento un gran deseo de ir a aquel lago de allá y beber de él.»

—Te damos permiso para hacerlo —dijeron—, si después vuelves junto a nosotros.

—Yo os diré que vayáis por mí si no puedo volver yo solo —dijo Cuchulain.

Recogióse entonces las entrañas dentro del cuerpo, y bajó al lago. Bebió un trago y se lavó, y después volvió a su muerte, y llamó a sus enemigos para que fueran hacia él.

Había un mojón al oeste del lago, y él acertó a verlo; y se llegó hasta el mojón y

se ató a él con el cinto que le cruzaba el pecho, para no recibir la muerte tendido, sino en pie. Entonces le rodearon sus enemigos, pero les daba miedo acercarse a él, porque no estaban seguros de que no siguiera vivo.

—Vergüenza os debería dar —dijo Ere, hijo de Cairbre— no ir a cortar la cabeza a ese hombre, en venganza de que él se la cortara a mi padre.

Entonces volvió el Tordo de Macha a defender a Cuchulain mientras aún le quedara vida dentro, y la luz de héroe brillara sobre él. Y el Tordo de Macha dio tres arremetidas contra ellos, y mató a cincuenta hombres con los dientes, y a treinta con cada uno de sus cascos. Por eso hay el dicho: «No hizo más destrozo el Tordo de Macha cuando la muerte de Cuchulain.»

Entonces vino un ave y se posó sobre su hombro. «No es en ese mojón donde solían posarse las aves», dijo Ere.

Entonces fue Lugaid y alzó los cabellos de Cuchulain de sus hombros, y le cortó la cabeza; y los hombres de Irlanda dieron tres fuertes voces, y cayó la espada de la mano de Cuchulain, y al caer le cortó la mano derecha a Lugaid, y cayó ésta al suelo. Cortáronle entonces la mano derecha a Cuchulain, en satisfacción de la de Lugaid, y en ese momento se desvaneció la luz que rodeaba la cabeza de Cuchulain, dejándola tan pálida como la nieve de una sola noche. Y todos los hombres de Irlanda dijeron que, puesto que era Maeve la que había reunido el ejército, sería justo que se llevase ella la cabeza a Cruachan. «Yo no me la quiero llevar; que se la lleve Lugaid, que la cortó», dijo Maeve. Y Lugaid y sus hombres se marcharon, llevándose consigo la cabeza y la mano derecha de Cuchulain, y se fueron al sur, hacia el río Lifé.

En aquel momento se estaba reuniendo el ejército del Ulster para atacar a sus enemigos, y Conall había salido por delante, y se encontró con el Tordo de Macha, que iba echando sangre a no poder más. Entonces supo Conall que Cuchulain había muerto, y fue con el Tordo de Macha a buscar el cuerpo de Cuchulain. Y cuando vieron su cuerpo en el mojón, el Tordo de Macha se acercó y apoyó la cabeza sobre el pecho de Cuchulain.

—Ese cuerpo es un duro pesar para el Tordo de Macha —dijo Conall.

Entonces marchó Conall tras el ejército, meditando cómo podría tomar satisfacción de la muerte de Cuchulain. Porque había una promesa entre Cuchulain y él, de que cualquiera de ellos que fuera el primero en ser muerto, el otro vengaría su muerte.

—Y si me matan a mí el primero —había dicho Cuchulain—, ¿cuánto tiempo tardarás en vengarme?

—Antes del anoecer del mismo día —había dicho Conall— te habré vengado. Y si soy yo el que muere antes que tú, ¿cuánto tiempo tardarás en vengarme?

—Toda tu sangre no estará fría sobre el suelo —había dicho Cuchulain— y ya te habré vengado.

Conque Conall siguió a Lugaid al río Lifé.

Bajaba Lugaid a bañarse en el agua, pero le dijo a su conductor: «Vigila bien el

llano, no sea que venga alguien y no nos demos cuenta.»

El conductor miró a todas partes.

—Viene un hombre hacia nosotros —dijo—, y viene con muchas prisas; diríase que trae todos los cuervos de Irlanda revolándole sobre la cabeza, y ante él el suelo está salpicado de copos de nieve.

—No viene en son de amistad el hombre que viene así —dijo Lugaid—. Es Conall Cearnach, que viene con el Dub-dearg; y las aves que tú ves tras él son los terrones que el caballo esparce por el aire con sus cascos, y los copos de nieve que salpican el suelo ante él son la espuma que esparce desde la boca y el bocado. Mira otra vez, a ver hacia dónde viene.

—Viene hacia el vado, por el mismo camino por donde pasó el ejército —dijo el conductor.

—Que pase de largo —dijo Lugaid—, porque no tengo ánimo de pelear con él.

Pero al llegar Conall al medio del vado vio a Lugaid y su conductor, y se llegó hasta ellos.

—Bienvenida a los ojos es la cara de un deudor —dijo Conall—. El hombre con quien tienes una deuda te pide ahora que la pagues, y ese hombre soy yo, por mi compañero Cuchulain, a quien tú mataste. Y aquí me tienes ahora, a reclamar esa deuda.

Acordaron entonces luchar en el llano de Magh Argetnas, y en la lucha Conall hirió a Lugaid con su lanza. De allí fueron a un lugar llamado Ferta Lugdac.

—Quisiera que me dieras un trato justo —dijo Lugaid.

—¿Qué trato justo? —dijo Conall Cearnach.

—Que tú y yo lucháramos con una sola mano —dijo él—, porque a mí no me queda más que una.

—Así se hará —dijo Conall. Ataron entonces la mano de Conall a su costado con una cuerda, y después lucharon largo rato, sin que ninguno de ellos sacara ventaja sobre el otro. Y como Conall no vencía, su caballo Dub-dearg, que estaba cerca, se llegó a Lugaid y le arrancó un mordisco del costado.

—¡Desgraciado de mí! —dijo Lugaid—. Eso no es justo ni honroso por tu parte, Conall.

—Lo justo y honroso era yo el que tenía que hacerlo —dijo Conall—. Yo no prometí nada de una bestia que carece de enseñanza y de sentido.

—Bien sé que no me dejarás mientras no te lleves mi cabeza, como yo me llevé la de Cuchulain —dijo Lugaid—. Tómala, pues, y llévatela con la tuya. Pon mi reino con tu reino, y mi valor con tu valor; porque yo quisiera que fueras el mejor campeón de Irlanda.

Entonces Conall acabó con él, y se volvió, llevando consigo la cabeza de Cuchulain, al mojón donde estaba su cuerpo.

Para entonces ya había tenido noticia Emer de todo lo sucedido, y de que su marido había hallado la muerte frente a los hombres de Irlanda, y por los poderes de

las hijas de Calatin. Fue Levarcham quien se lo dijo, pues Conall Cearnach la había encontrado en su camino, y le pidió que fuera a llevar las nuevas a Emain Macha; y allí Levarcham halló a Emer sentada en su aposento alto, mirando hacia el llano en espera de alguna noticia de la batalla.

Salieron todas las mujeres al encuentro de Levarcham, y cuando oyeron su relato dieron grandes muestras de dolor y agudos gritos, con fuerte llanto y lágrimas ardientes; y por Emain corrieron largos sonos lastimeros, y todo el país circundante se llenó de lamentos. Y Emer y las mujeres fueron al lugar donde estaba el cuerpo de Cuchulain, y allí se congregaron a su alrededor, y se entregaron a llorarle y hacer duelo por él.

Y cuando Conall volvió al lugar, puso la cabeza junto al cuerpo de Cuchulain, y empezó a lamentarse con ellas, y dijo así: «Cuchulain tuvo sobre sí prosperidad, una raíz de valentía desde que era tierno niño; nunca cayó mejor héroe que el que cayó por mano de Lugaid de las Bandas. Muchos son los que te echan en falta, y hasta que todos los jefes de Irlanda hayan caído por mi mano no debe haber paz.

»Me duele que marchara al combate sin tener a Conall a su lado; lástima que fuera sin mi cuerpo al lado del suyo. ¡Ay, era mi hijo adoptivo, y ahora los cuervos beben su sangre; no habrá ni risas ni alegría ahora que el Mastín se ha extraviado de nosotros!»

—Enterremos a Cuchulain —dijo Emer.

—No es justo hacerlo —dijo Conall— mientras yo no le haya vengado sobre los hombres de Irlanda. Grandes voces oigo por el llano de Muirthemne, y lleno está el país de llantos por Cuchulain; bueno era para guardar el país y vigilar las fronteras el hombre que está aquí ante mí, un cuerpo tajado en un charco de sangre. Bien le agradó a Lugaid, hijo de Curoi, estar en la matanza de Cuchulain, pues Cuchulain mató a los jefes y a los hijos de Deaguid en torno a Famain, hijo de Foraoi, y en torno a Curoi, hijo del propio Daire. Este clamor me ha arrebatado el seso y la memoria; y me es duro que Cuchulain no responda a esos gritos, y yo verme ahora sin él; pues no hay en Irlanda un campeón que no temiera a la espada en su mano. Roto en mitades está mi corazón por mi hermano; por toda Irlanda llevaré mi venganza, y no dejaré tribu sin herir, ni sangre verdadera sin derramar, y al mundo entero se le contará mi estrago hasta el fin de los tiempos, hasta que los hombres de Munster y Connaught y Leinster lloren por el levantamiento que hicieron contra él. Sin los hechizos de las hijas de Calatin, entre todos no habrían sido capaces de darle la muerte.

Después de esa lamentación, la furia y el desvarío se apoderaron de Conall; y partió en su carro para seguir al resto de los hombres de Irlanda, de la misma manera que había seguido a Lugaid.

Y Emer tomó en sus manos la cabeza de Cuchulain, y la lavó y la limpió bien, y la envolvió en un paño de seda, y la apretó contra su pecho; y se puso a llorar sobre ella reciamente, diciendo así:

—¡Ay dolor! ¡Buena era la belleza de esta cabeza, aunque hoy esté baja, y

muchos de los reyes y príncipes del mundo le estarían haciendo duelo si supieran cómo está ahora, y los poetas y los druidas de Irlanda y de Alban; muchos fueron los bienes y joyas, y rentas y tributos, que tú me trajiste a casa de los países del mundo, con la valentía y la fuerza de tus manos!

E hizo esta lamentación:

—¡Ay, cabeza! ¡Ay dolor, oh cabeza! Tú diste muerte a grandes héroes, a muchos cientos; mi cabeza reposará en la misma tumba, una misma piedra se hará para los dos.

»¡Ay, mano! ¡Ay dolor, mano que en otro tiempo fue suave! A menudo estaba debajo de mi cabeza; ¡querida me era esa mano!

»¡Boca querida! ¡Ay dolor, boca amable que era dulce para contar historias; desde que por primera vez asomó el amor a tu rostro, nunca rehusaste ni al débil ni al fuerte!

»¡Caro el hombre, caro el hombre que era capaz de matar a todo un gran ejército; caros sus cabellos fríos y brillantes, y caras sus brillantes mejillas!

»Caro el rey, caro el rey que nunca le negó nada a nadie; treinta días hace esta noche desde que mi cuerpo yació junto a tu cuerpo.

»¡Ay, dos lanzas! ¡Ay dolor, dos lanzas; ay, escudo! ¡Ay, espada mortífera! Séanle dadas a Conall de las batallas; nunca se dio soldada igual.

»Me alegro, me alegro, Cuchulain de Muirthemne, de no haberte hecho nunca enrojecer de vergüenza por ninguna infidelidad hacia ti.

»Felices son, felices son los que ya nunca volverán a oír el canto del cuco, ahora que el Mastín se nos ha muerto.

»Arrastrada estoy como una rama en la corriente; hoy no me recogeré el pelo. ¡Desde el día de hoy no tengo nada mejor que decir que “¡Ay dolor!”!»

Y después dijo: «Largo tiempo ha que me fue mostrado en una visión de la noche que Cuchulain caería frente a los hombres de Irlanda, y se me apareció Dundualgan cayendo por tierra, y su escudo hendido de borde a cerco, y su espada y sus lanzas partidas por la mitad, y vi a Conall haciendo hechos de muerte frente a mí, y tú y yo en una misma muerte. ¡Oh amor mío!, a menudo estuvimos en compañía uno del otro, y estamos felices; pues buscando en todo el mundo, desde donde sale el sol hasta el ocaso, jamás se habría encontrado cosa igual en un mismo lugar, como el Sainglain Negro y el Tordo de Macha, y Laeg el conductor, y yo y Cuchulain. El corazón se me rompe dentro del cuerpo, escuchando el lamento y la pena de mujeres y hombres, y el áspero llanto de los jóvenes del Ulster que hacen duelo por Cuchulain; y el Ulster en su debilidad, y sin fuerzas para vengarse sobre los hombres de Irlanda.»

Y después que hubo hecho esa lamentación, llevó el cuerpo de Cuchulain a Dundualgan; y todos le lloraron y le hicieron duelo por él hasta que volvió Conall Cearnach de hacer su rojo estrago por todo el ejército de los hombres de Irlanda.

Pues no se contentó con hacer una matanza de los hombres de Munster y

Connaught, sin enrojecer también su mano en la sangre de Leinster.

Y una vez que lo hubo hecho vino a Dundéalgan, y sus hombres con él; pero esa vez no se regocijaron al regresar. Y llevó consigo las cabezas de los hombres de Irlanda en un ramal, y las tendió por el verde prado, y la gente de la casa dio tres grandes voces al ver las cabezas.

Y salió Emer, y al ver a Conall Cearnach dijo: «Mi gran estima y mi bienvenida a ti, rey de los héroes, y que tus muchas heridas no sean tu muerte; porque has vengado la traición hecha al Ulster, y ahora lo que tienes que hacer es abrir nuestra tumba, y tendernos juntos en ella, porque yo no viviré sin Cuchulain.

»Y dime, Conall», dijo, «¿de quiénes son esas cabezas que hay por todo el prado, y a cuáles de los grandes hombres de Irlanda pertenecieron?»

Y preguntaba, y Conall respondía, y decía ella así:

—Dime, Conall, de quiénes son esas cabezas, pues sin duda te has enrojecido los brazos con ellos. Dime cómo se llamaban los hombres cuyas cabezas están ahí en el suelo.

Y dijo Conall: «Hija de Forgall de los Caballos, joven Emer de las dulces palabras, en venganza por el Mastín de las Proezas traje aquí esas cabezas desde el sur.»

—¿De quién es la gran cabeza negra, con la mejilla lisa más roja que una rosa; la que está allá en el extremo a la izquierda, la que no ha cambiado de color?

—Es la cabeza del rey de Meath, Ere, hijo de Cairbre de los Caballos Veloces; traje conmigo esa cabeza desde muy lejos, en venganza por mi hijo adoptivo.

—¿De quién es esa cabeza que está ahí frente a mí, de cabellos suaves y lisas cejas, sus ojos como hielo, sus dientes como capullos; esa cabeza que es más bella de forma que las otras?

—De un hijo de Maeve; un destructor de puertos, Maine el rubio, hombre de caballos; dejó su cuerpo sin cabeza; toda su gente cayó por mi mano.

—Oh gran Conall que no nos fallaste, ¿de quién es esa cabeza que tienes en la mano? Ya que el Mastín de las Proezas no está vivo, ¿qué traes en satisfacción de su cabeza?

—La cabeza del hijo de Fergus de los Caballos, destructor en todos los campos de batalla, hijo de mi hermana la de la torre estrecha; le he arrancado la cabeza del cuerpo.

—¿De quién es esa cabeza que hay al oeste, con cabellos claros, la que está ajada de dolor? Yo conocía su voz; yo fui durante un tiempo su amiga.

—Ése es el que abatió al Mastín, Lugaid, hijo de Curoi de las Rimas. Su cuerpo quedó tendido derecho y hermoso, la cabeza se la corté después.

—¿De quiénes son esas dos cabezas que hay más allá, gran Conall del buen juicio? Por nuestra amistad, no me ocultes los nombres de los que han caído por tus armas.

—Son las cabezas de Laigaire y Ciar Cuilt, dos hombres que cayeron por mis

heridas. Fueron ellos los que hirieron al fiel Cuchulain; yo enrojecí mis armas en su sangre.

—¿De quiénes son aquellas cabezas que están más al este, gran Conall de los brillantes hechos? Los cabellos de las dos son de un mismo color; sus mejillas son más rojas que la sangre de novilla.

—Del bravo Cullain y el duro Cunlaid, dos que solían vencer en su ira. Allá al este, Emer, están sus cabezas; sus cuerpos los dejé en un charco rojo.

—¿De quiénes son esas tres cabezas de avieso aspecto que veo delante de mí, hacia el norte? Sus rostros azules, sus cabellos negros; hasta los ojos del recio Conall se apartan de ellas.

—De tres de los enemigos del Mastín, las hijas de Calatin, sabias en encantamientos; son las tres brujas que he matado, con sus armas en las manos.

—Oh gran Conall, padre de reyes, ¿de quién es esa cabeza que debía vencer en la batalla? Sus cabellos espesos son del color amarillo del oro; su tocado es liso y blanco como la plata.

—Ésa es la cabeza del hijo de Ross el Pelirrojo, hijo de Necht Min, que murió frente a mi fuerza. Ésa, Emer, es su cabeza; el gran rey de Leinster de las Espadas Jaspeadas.

—Oh gran Conall, hálame de otra cosa. ¿Cuántos de los hombres que le hicieron daño cayeron por tu mano que no falla, en satisfacción por la cabeza de Cuchulain?

—Yo digo que diecisiete veintenas de cientos es el número de los que cayeron, espalda con espalda, por la ira de mi dura espada y de mi gente.

—Oh Conall, ¿de qué manera están las mujeres de Irlanda sin el Mastín? ¿Lloran al hijo de Sualtim? ¿Muestran respeto con su dolor?

—Oh Emer, ¿qué voy a hacer yo sin mi Cuchulain, mi buen cachorro, que entra y se va de mí esta noche?

—Oh Conall, álzame a la tumba. Eleva mi piedra sobre la tumba del Mastín; ya que por dolor de él voy a la muerte, pon mi boca junto a la boca de Cuchulain.

»Yo soy Emer de la Bella Figura; ya no me queda venganza que encontrar; no siento amor por ningún hombre. Penosa me es la estancia sin el Mastín.»

Y después de eso Emer le pidió a Conall que hiciera una tumba ancha y muy honda para Cuchulain; y se tendió al lado de su gentil compañero, y puso su boca junto a la de él, y dijo: «Amor de mi vida, mi amigo, mi amador, mi único elegido entre todos los hombres de la tierra, muchas son las mujeres, casadas y sin casar, que me han envidiado hasta hoy; y ahora no seguiré viviendo sin ti.»

Y la vida la abandonó, y ella y Cuchulain fueron tendidos en la misma tumba por Conall. Y alzó sobre ellos una sola piedra, y escribió sus nombres en *ogham*, y él mismo y todos los hombres del Ulster hicieron duelo por ellos.

Pero las ciento cincuenta reinas que amaban a Cuchulain le vieron aparecerse en su carro druídico, cruzando Emain Macha; y oyeron que iba cantando la música de los sidhes.

NOTA DE W. B. YEATS SOBRE LA CONVERSACION DE CUCHULAIN Y EMER

Esta conversación, tan preñada de extraña información mitológica, es un ejemplo del habla de los poetas de la antigua Irlanda. Es un habla con la que nos tropezamos de vez en cuando en otras historias y poemas. Se la encuentra en un poema atribuido a Ailbhe, hija de Cormac Mac Art, y citado por O'Curry en *MS. Materials*, que en uno de sus versos alude a una historia que está en el libro de lady Gregory:

*«El manzano de la alta Aillinn,
el tejo de Baile de poca tierra,
aunque estén puestos en lays,
los toscos no los entienden.»*

Se la encuentra también en los poemas que cantaba Brian, Hijo de Tuireann, cuando no quería que le entendieran del todo. «El poema es bueno, pero no entiendo ni una palabra de lo que dice», decían los reyes ante los cuales cantaba; pero su oscuridad estaba más en la manera oblicua de hablar que en alusiones mitológicas. Hay una descripción de un banquete, citada por el profesor Kuno Meyer, donde los huevos de gallina son «grava de Glenn Ai», y el puerro es «una lágrima de una mujer hermosa», y un alga comestible, quizá la *Rhodymenia palmata*, es «una red de los llanos de Rein», es decir, del mar, y así sucesivamente. El mismo autor cita un poema que llama al sauce cabruno «la fuerza de las abejas», y al espino «los mastines ladradores», y al grosellero «el más dulce de los árboles», y al tejo «el más viejo de los árboles».

Este habla de poetas se parece un poco a la llamada poesía áulica irlandesa, que desde luego requería una gran cultura tradicional para su composición y comprensión. Sus descripciones de escudos y tapices, y sus alabanzas de reyes, de las que las primeras parecen haber sido escritas hacia el siglo X, dependían para sus efectos precisamente de tal acumulación de alusiones mitológicas, y los *Eddas* se escribieron para servir de troje a quienes hacían esos poemas. Pero ya en los siglos XIV y XV les resultaban a los nuevos poetas y escritores cristianos, ajenos a esa tradición, tan irritantes como les resultan las formas más esotéricas del verso moderno a los lectores indoctos. Se decía que eran «oscuros», que «hablaban en enigmas», etcétera.

Hay quienes han pensado que el habla poética irlandesa no fuese, en efecto, más que una copia de esa poesía áulica, pero el profesor York Powell lo niega, y considera que no es improbable que los poemas irlandeses influyeran en los islandeses, haciéndolos más mitológicos y oscuros.

Yo no soy lo bastante entendido para poder juzgar el verso escandinavo, pero el

habla poética irlandesa me parece ser, en el peor de los casos, una sobreabundancia de ese esoterismo que es un elemento esencial de toda literatura admirable, y creo que es una necesidad tomarla a la ligera, como ha hecho un escritor reciente. Todavía ahora, una poesía no menos preñada de símbolo y mito me parece tan legítima como, pongamos, una pintura religiosa llena de detalles simbólicos, o la ornamentación simbólica de una catedral.

Los versos de Nash:

*«Brightness falls from the air,
Queens have died young and fair,
Dust hath closed Helen's eye»^[2]*

le parecerán tan vacíos como el canto de un escaldo o la conversación de Cuchulain y Emer al que nunca haya sabido nada de Helena, y aun al que no se haya enamorado de ella en su juventud. Y si no estuviéramos acostumbrados a que el mito griego nos conmueva, incluso no recordándolo muy bien, *«Berenice's ever burning hair»^[3]* no nos removería la sangre, y menos si estuviera puesto en una lengua extranjera y por el camino hubiera perdido todas sus resonantes bes.

Los sucesos mitológicos de que habla Cuchulain dan misterio al escenario de los relatos, y cuando tienen relación con la batalla de Magh Tuireadh, la más tremenda de las batallas mitológicas, y lo más tremendo que conocemos, están llenos de contenido poético o de interés histórico. Los montes que tenían la forma del lomo de una cerda cuando la venida de los Hijos de Miled nos recuerdan la convicción de Borlase de que el cerdo era el símbolo de la ascendencia mitológica de los firbolg, a quienes los Hijos de Miled debían someter, y su sugerencia de que los cerdos mágicos que Maeve numeraba fueran alguna tribu de firbolg que Maeve sojuzgó en la guerra. Y por todas partes ese habla esotérica nos trae el aroma de los bosques nativos.

Cuanto más nos remontamos en el tiempo más copioso es ese elemento tradicional y simbólico en la literatura. Hasta que Grecia y Roma crearon una cultura nueva, un sentido de la importancia del hombre, todo lo que entendemos por humanismo, nadie escribía historia, nadie describía nada como nosotros entendemos la descripción. Se evocaba la imagen de una cosa comparándola con otra, y ello en parte porque había menos interés por el hombre, que no parecía importante, que por las revelaciones divinas, por las mudanzas acaecidas entre los cielos y los dioses, que difícilmente se pueden expresar, y sólo mediante el mito, el símbolo, el enigma. El hombre estaba continuamente perdiéndose en lo desconocido y corriendo a los límites del mundo. La imaginación lo era todo en todo. ¿Acaso no es la poesía, en definitiva, un poco de ese hábito mental como atrapado en el berilo de un Mago?

NOTAS

El texto irlandés del que proceden la mayoría de los relatos de este libro ha sido publicado en *Irische Texte* o en la *Revue Celtique*, o por O'Curry en *Atlantis* y otros lugares; yo he trabajado a partir de ese texto, cotejándolo con las traducciones que ya se habían hecho. En algunos casos, y concretamente en la mayor parte de “La Guerra por el Toro de Cuailgne”, lo impreso hasta ahora ha sido una parte muy pequeña del texto irlandés, y he tenido que comparar y ensamblar diversas traducciones.

De tanto en tanto he tenido que insertar alguna frase de enlace, y he resumido muchos pasajes; en algunas ocasiones he intentado dar el sentido de una fórmula que había perdido su sentido antiguo. Así, por ejemplo, he sustituido las grotescas descripciones de la deformación de Cuchulain —que sin duda no significaban sino que en momentos de gran tensión o de ira adquiriría una fuerza sobrehumana— por la fórmula más simple de que su aspecto pasaba a ser el de un dios. Del mismo modo, he omitido la deformación de Levarcham, que era la forma aceptada de decir que era una mensajera veloz.

Por lo que se refiere a la fecha de las narraciones, no puedo mejorar lo ya dicho por Alfred Nutt en *Cuchulain, the Irish Achilles*:

«Basta decir que poseemos una literatura manuscrita que tiene por objeto a Cuchulain y sus contemporáneos, y cuya extensión se puede calcular aproximadamente en dos mil páginas en octavo. En su mayor parte se trata de manuscritos que anteceden al siglo XII, o que demostrablemente son copias de manuscritos anteriores a ese siglo; allí donde sólo se conservan versiones posteriores al siglo XII, la historia en sí nos es casi siempre conocida por fuentes más antiguas; apenas hay, de hecho, escenas o incidentes en todo el ciclo que nos hayan llegado únicamente en manuscritos del siglo XIII y siguientes. Al mismo tiempo, una parte no desdeñable del ciclo se nos presenta alterada en su lenguaje, y hasta cierto punto en su contenido, estilo narrativo y caracterización, lo que demuestra que la saga en su conjunto fue un elemento vivo de la cultura irlandesa, y participó de las vicisitudes de su evolución.

»No cabe duda, repito, de que la mayor parte de esta literatura es anterior al siglo XII; pero podemos fecharla mucho antes, aparte de cualesquiera consideraciones basadas en el tema. Argumentos de índole puramente filológica, basados en el lenguaje de los textos, o crítica, basados en las relaciones existentes entre los diversos manuscritos, no sólo nos autorizan, sino que nos obligan a fechar la *redacción* de las principales historias de Cuchulain, sustancialmente en la forma en que han sobrevivido, entre los siglos VII y IX. Si son aún más antiguas o no es una cuestión a la que no cabe dar respuesta sin un previo examen del contenido. Entretanto, ya es algo saber que las historias de Cuchulain recibieron una forma literaria permanente aproximadamente por las mismas fechas que el *Beowulf*, entre cien y doscientos cincuenta años antes de que la mitología escandinava cristalizara en su forma actual,

por lo menos doscientos años antes que los romances carolingios más antiguos, y probablemente trescientos años antes que la primera versión del *Nibelungenlied*. La irlandesa es la literatura *vernácula* más antigua de la Europa moderna, y ya sólo por ese hecho reclama la atención del estudioso.»

También se encuentra un estudio crítico de éste y los restantes ciclos irlandeses en la *Literary History of Ireland* del Dr. Douglas Hyde.

Los tuatha de danaan o sidhes, tantas veces mencionados, eran la raza divina, el pueblo de los dioses de Dana, que vencieron a los fomores, los poderes de las tinieblas, y a sus ayudantes los firbolg, en la batalla de Magh Tuireadh, y fueron los amos de Irlanda hasta ser a su vez conquistados por los hijos de los gael o celtas, bajo el mando de los Hijos de Miled. Entonces se hicieron invisibles, y se retiraron a habitar los montes y los *raths* o castros fortificados.

La Morrighu era su diosa de las batallas, y Angus Og, Hijo del Dagda, su dios de la juventud y del amor; Lugh, el Maestro de muchas Artes, era su Hermes y su Apolo, y Manannan, Hijo de Lir, su Dios del Mar, o, según algunos, el mar mismo.

La ortografía de los nombres irlandeses resulta siempre difícil para los lectores de habla inglesa. Yo no me he atenido a reglas fijas, sino que he tomado la que daban diversas autoridades.

He aquí algunos lugares que todavía se pueden identificar:

<i>Ard Inver</i>	Desembocadura del Avoca, condado de Wicklow
<i>Argatros</i>	<i>Junto al Nore, condado de Kilkenny</i> <i>El Sil ver Wood</i>
<i>Ath Cliath</i>	Dublín
<i>Ath Firdiadh</i>	(El Vado de Ferdiad) Ardee
<i>Ath Truim</i>	Trim
<i>Beinn Edair</i>	Howth
<i>Boinne, río</i>	El Boyne
<i>Bregia</i>	Bray
<i>Bri Leith</i>	En el condado de Longford
<i>Brugh na Boinne</i>	Junto al Boyne
<i>Brughean mor,</i> <i>monte de</i>	En la parroquia de Drumany, condado de Westmeath
<i>Carraige</i>	Kerry
<i>Cerna</i>	Probablemente el río Muilchean, en el condado de Limerick
<i>Clarthe</i>	Clara, cerca de Mullingar
<i>Cleitech</i>	Junto al Boyne
<i>Conaille-</i>	

<i>Muirthemne</i>	
<i>Cruachan</i>	En el condado de Roscommon
<i>Cuailgne</i>	Cooley, en el condado de Louth
<i>Cuilsilinne</i>	Al suroeste de Kells
<i>Drium</i> <i>Criadh</i>	Drumcree, en el condado de Westmeath
<i>Dundealgan</i>	Dundalk
<i>Dun</i> <i>Rudraige</i>	Dundrum, en el condado de Down
<i>Dun Scathach</i>	Isla de Skye
<i>Dun Sobairee</i>	Dunseverick, en el condado de Antrim
	Fuerte de Navan, cerca de Armagh
<i>Emain Macha</i>	D'Arbois de Jubainville dio una descripción y plano de Emain Macha en <i>Revue Celtique</i> , vol. XVI
<i>Esro</i>	Ballyshannon
<i>Fearbile</i>	En el condado de Westmeath
<i>Femen</i>	En Slieve na Man, condado de Tipperary
<i>Gairech e</i> <i>Ilgaireth</i>	Dos montes cercanos a Mullingar
<i>Hy Maine</i>	Parte de Roscommon, rayana con Sligo y Mayo
<i>Inver Colptha</i>	Estuario del Boyne
<i>Loch Cuan</i>	Strangford Loch
<i>Loch Riach</i>	En el condado de Galway
<i>Leodus, Cadd</i> <i>y Ork</i>	Lewis, Shetland y Orkney
<i>Magh Ai</i>	En el condado de Roscommon
<i>Magh Breagh</i>	En East Meath
<i>Magh</i> <i>Mucrime</i>	Cerca de Athenry, en el condado de Galway
<i>Magh Slecht</i>	Cerca de Ballymagauran, en el condado de Cavan
<i>Midluachair,</i> <i>camino de</i>	El camino que parte de Teamhair en dirección noreste
<i>Muirthemne</i>	La parte costera del condado de Lough, entre el Boyne y Dundalk
<i>Onda de</i> <i>Assaroe</i>	En Ballyshannon
<i>Onda de</i> <i>Clidna</i>	En Glandore, condado de Cork
<i>Onda de</i> <i>Inbhir</i>	Desembocadura del Bann
<i>Scigger, islas</i>	Islas Faröe

<i>Scigger, islas</i>	Islas Farøe
<i>Sionnan</i>	El Shannon
<i>Sleamhain de Meath</i>	Cerca de Mullingar
<i>Slieve Breagh</i>	Condado de Louth
<i>Slieve Cuilinn</i>	Condado de Londonderry
<i>Slieve Fuad</i>	Condado de Armagh
<i>Slieve Mis</i>	Condado de Kerry
<i>Slieve Suidhe Laighhen</i>	Monte Leinster
<i>Sudiam</i>	Suecia
<i>Tailltin</i>	Telltown
<i>Teamhair</i>	Tara, condado de Meath
<i>Tuathmumain</i>	Thomond
<i>Uaran Garad</i>	Río Cruind
<i>Usnach</i>	El monte de Usnogh, en West Meath

Lo que sigue es una lista de las principales autoridades de las que me he servido para componer estas historias. No puede ser, sin embargo, enteramente exacta, porque a veces he trasladado una mera frase, y otras todo un pasaje, de una historia a otra donde me pareció que encajaba mejor. De tanto en tanto he utilizado versiones en lengua gaélica escocesa, por ejemplo en la narración del nacimiento de Deirdre y de la forma de su muerte, y en una parte de “El Único Hijo de Aoife”. La mención “O’Curry” remite a los dos libros de ese autor, *The Manners and Customs of Ancient Ireland* y *MS. Materials for Ancient Irish History*, así como a sus contribuciones a la revista *Atlantis*.

Nacimiento de Cuchulain: O’Curry; De Jubainville, *Epopée Celtique*; Nutt, *Voyage of Bran*; Kuno Meyer, *Revue Celtique*; Duvau, *Revue Celtique*; Windisch, *Irische Texte*; Stokes, *Irische Texte*.

Hechos de la Infancia de Cuchulain: Lo mismo que para “La Guerra por el Toro de Cuailgne”.

De Cómo Cuchulain Cortejó a Emer: Kuno Meyer, *Revue Celtique*; Kuno Meyer, *Archaeological Review*, Dr. Douglas Hyde, *Literary History of Ireland*; De Jubainville, *Epopée Celtique*; O’Curry.

La Fiesta de Bricriu y El Campeonato del Ulster: Texto, con la traducción de Henderson, publicado por la Irish Texts Society; De Jubainville, *Epopée Celtique*; O’Curry; Windisch, *Irische Texte*.

El Gran Rey de Irlanda: Whitley Stokes, *Revue Celtique*; O’Curry; Zimmer, *Keltische Studien*.

for the Preservation of the Irish Language; Hyde, *Literary History of Ireland*; Hyde, *Zeitschrift Celt. Philologie*; O'Curry; Whitley Stokes, *Irische Texte*; Windisch, *Irische Texte*; Cameron, *Reliquae Celticae*; O'Flanagan, *Transactions of the Gaelic Society*; O'Flanagan, *Reliquae Celticae*; Carmichael, *Transactions of the Gaelic Society*; *Ultonian Ballads*; De Jubainville, *Epopée Celtique*; Dottin, *Revue Celtique*.

El Sueño de Angus Og: Müller, *Revue Celtique*.

Cruachan: Kuno Meyer, *Revue Celtique*; O'Beirne Crowe, *Proceedings of the Royal Irish Academy*; O'Curry; sinopsis de Standish Hayes O'Grady en la *Cuchulain Saga* de Miss Hull; Zimmer, sinopsis en *Zeitschrift für Vergleichende Sprachforschung*.

Las Bodas de Maine Morgor: Windisch, *Irische Texte*.

La Guerra por el Toro de Cuailgne y El Despertar del Ulster: Traducciones manuscritas de O'Daly en la Royal Irish Academy; traducciones manuscritas de O'Looney en la Royal Irish Academy; O'Curry; sinopsis de Standish Hayes O'Grady en la *Cuchulain Saga* de Miss Hull; Zimmer, sinopsis en *Zeitschrift für Vergleichende Sprachforschung*.

Los Dos Toros: Windisch, *Irische Texte*; Nutt, *Voyage of Bran*; O'Curry.

De la Única Vez que Emer Tuvo Celos y Consejo a un Príncipe: O'Curry, *Atlantic*, De Jubainville, *Epopée Celtique*.

Los Hijos de Doel Dermait: Windisch, *Irische Texte*; Rhys, *Hihbert Lectures*.

La Batalla de Rosnaree: Texto con la traducción del Padre Hogan, *Todd Lecture Series*; O'Curry; Kuno Meyer, *Revue Celtique*.

El Único Hijo de Aoife: Keating, *History of Ireland*; Miss Brooke, *Reliques*; Curtain, *Folk Tales*; algunas baladas gaélicas.

La Gran Asamblea de Muirthemne y La Muerte de Cuchulain: "Brislech Mor Magh Muirthemne" y "Deargruatar Conaill Cearnaig", publicados en *Gaelic Journal*, 1901; Standish Hayes O'Grady en la *Cuchulain Saga* de Miss Hull; Whitley Stokes, *Revue Celtique*; un manuscrito inédito perteneciente al Dr. Hyde.

Tenemos una deuda de gratitud con todos esos eruditos, trabajadores o compiladores, los fallecidos y los que viven. Y yo personalmente estoy agradecida a mi amigo Douglas Hyde por la paciencia con que ha respondido a muchas consultas, y a mi amigo y crítico W. B. Yeats por su amabilidad y su severidad.

A. G.



LATH GREGON (1852-1932), nacida en Irlanda en el seno de una familia de tendencia nacionalista, aprendió gaélico en 1894; posteriormente proyectó con Yeats la fundación de un «Teatro nacional irlandés» y dirigió con él y con Synge el «Teatro de la Abadía». Consagró su vida a la causa de la cultura irlandesa y su residencia de Coole se convirtió en el punto de encuentro de las personalidades literarias más importantes de la época. Entre sus obras narrativas y dramáticas, inspiradas en la cultura popular, las legendas irlandesas y la mitología céltica, destacan *Cuchulain of Mnirthemne*, *Gods and Fighting Men*, *Poets and Dreamers*, *A book of Saints and Wonders*, *Irish Folk-History Plays*, *Our Irish Theatre* y *Visions and Beliefs in the West of Ireland*.

Notas

^[1] *Bloca*: Guarnición de metal que llevaba el escudo en su centro. (*N. de la T.*) <<

[2] Cae la claridad del aire, reinas han muerto jóvenes y bellas, el polvo ha cerrado los ojos de Helena (*N. de la T.*) <<

[3] La cabellera siempre ardiente de Berenice (*N. de la T.*) <<